RECURSOS PARA PREPARAR LA HOMILÍA DOMINICAL

Tiempo de Pascua (A)

Liturgia de la Misa, Padres de la Iglesia, Santos, Romano Pontífice, Directorio Homilético, Autores espirituales

La Compañía de María
Madre de los Sacerdotes

ÍNDICE GENERAL

- Domingo de Resurrección (ciclo A)
- Domingo II de Pascua (ciclo A) – Domingo de la Misericordia
- Domingo III de Pascua (ciclo A)
- Domingo IV de Pascua (ciclo A)
- Domingo V de Pascua (ciclo A)
- Domingo VI de Pascua (ciclo A)

Este subsidio ha sido preparado por ***La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes***, para ponerlo al servicio de los sacerdotes, como una ayuda para preparar la homilía dominical.

Si desea recibirlo directamente a su correo, puede pedir suscripción a **doctos.de.interes@gmail.com.**

Para recibirlo por **WhatsApp:** **https://chat.whatsapp.com/BfPOpiv1Tp02zK168vOLMd.**

TODAS LAS HOMILÍAS DEL AÑO EN LA APP "COR ARDENS"

Google Play App Store

App de Espiritualidad Sacerdotal

(Nuestras redes sociales)

Domingo de Resurrección (ciclo A)

IR A ÍNDICE GENERAL

(Comentarios sobre las Lecturas propias de la Santa Misa para meditar y preparar la homilía)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)**
- **SAN AGUSTÍN (www.homiletica.com.ar)**
- **FRANCISCO – Homilías de la Vigilia Pascual, 2013 y 2014**
- **BENEDICTO XVI**
- **RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)**
- **PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes**
- **FLUVIUM (www.fluvium.org)**
- **PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)**
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)**
    - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
    - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
    - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)**
- **Fray Josep Mª MASSANA i Mola OFM (Barcelona, España) (www.evangeli.net)**
- **Mons. Joan Enric VIVES i Sicilia Obispos de Urgell (Lleida, España)**
- **EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís**

***

DEL MISAL MENSUAL

IR A ÍNDICE DOMINGO DE RESURRECCIÓN

Vigilia Pascual de la Noche Santa

Blanco

1. *Según una tradición muy antigua, ésta es una noche de vigilia en honor del Señor (Ex 12, 42). Los fieles, llevando en la mano —según la exhortación evangélica (Lc 12,*

35-37)— lámparas encendidas, se asemejan a quienes esperan el regreso de su Señor para que, cuando él vuelva, los encuentre vigilantes, y los haga sentar a su mesa.

2. *La Vigilia de esta noche, la más grande y noble de todas las solemnidades, sea una sola para cada una de las iglesias. Así esta celebración de la Vigilia se desarrolla de la siguiente manera: después de la breve liturgia de la luz o "lucernario" y del Pregón pascual (primera parte de la Vigilia), la santa Iglesia, llena de fe en las palabras y promesas del Señor, medita los portentos que Él obró desde el principio a favor de su pueblo (segunda parte o liturgia de la palabra), y cuando el día está por llegar, encontrándose ya acompañada de sus nuevos miembros, renacidos en el Bautismo (tercera parte), es invitada a la mesa que el Señor ha preparado para su pueblo por medio del memorial de su muerte y resurrección, hasta que vuelva (cuarta parte).*

3. *Toda la celebración de la Vigilia Pascual se debe hacer en la noche, de modo que no debe comenzar antes del principio de la noche del sábado, ni terminar después del alba del domingo.*

4. *La Misa de la Vigilia, aunque se celebre antes de la medianoche, es ya la Misa pascual del domingo de Resurrección.*

5. *Quien participa en la Misa de la noche, puede comulgar también en la Misa del día. Quien celebra o concelebra la Misa de la noche, puede celebrar o concelebrar también la Misa del día. La Vigilia Pascual ocupa el lugar del Oficio de lectura.*

6. *El diácono asiste como de costumbre al sacerdote. En su ausencia, su ministerio lo asumen el sacerdote celebrante o un concelebrante, con excepción de lo que se indica más adelante.*

El sacerdote y el diácono se revisten, desde el principio, como para la Misa, con vestiduras blancas.

7. *Prepárense suficientes velas para todos los fieles que participen en la Vigilia Se apagan todas las luces de la iglesia.*

Primera parte

SOLEMNE INICIO DE LA VIGILIA, O "LUCERNARIO"

Bendición del fuego y preparación del cirio

8. *En un lugar adecuado, fuera de la iglesia, se prepara un fuego que llamee. Congregado ahí el pueblo, llega el sacerdote con los ministros. Uno de los ministros lleva el cirio pascual. No se usan ni la cruz procesional, ni los ciriales.*

Si las circunstancias no permiten encender el fuego fuera de la iglesia, todo este rito se desarrolla como se indica en el n. 13

9. *El sacerdote y los fieles se signan, mientras él dice: En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, y enseguida saluda al pueblo, como de costumbre, le hace una breve monición sobre la vigilia de esta noche, con estas palabras u otras semejantes:*

Hermanos: En esta noche santa, en que nuestro Señor Jesucristo pasó de la muerte a la vida, la Iglesia invita a todos sus hijos, diseminados por el mundo, a que se reúnan

para velar en oración. Conmemoremos, pues, juntos, la Pascua del Señor, escuchando su palabra y participando en sus sacramentos, con la esperanza cierta de participar también en su triunfo sobre la muerte y de vivir con Él para siempre en Dios.

10. *Enseguida el sacerdote bendice el fuego, diciendo con las manos extendidas:*

Oremos. Dios nuestro, que por medio de tu Hijo comunicaste a tus fieles el fuego de tu luz, santifica este fuego nuevo y concédenos que, al celebrar estas fiestas pascuales, se encienda en nosotros el deseo de las cosas celestiales, para que podamos llegar con un espíritu renovado a las fiestas de la eterna claridad. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R/. Amén.

11. *Una vez bendecido el fuego nuevo, uno de los ministros lleva el cirio pascual ante el celebrante. Éste, con un punzón, grava una cruz en el cirio. Después, traza sobre él, la letra griega Alfa, y; debajo, la letra Omega; entre los brazos de la cruz traza los cuatro números del año en curso, mientras dice:*

1. Cristo ayer y hoy,

Traza la línea vertical;

2. Principio y fin,

traza la línea horizontal;

3. Alfa,

traza la letra alfa, arriba de la línea vertical;

4. y Omega.

Traza la letra omega, abajo de la línea vertical;

5. Suyo es el tiempo,

traza el primer número del año en curso, en ángulo superior izquierdo de la cruz;

6. y la eternidad.

Traza el segundo número del año, en el ángulo superior derecho;

7. A Él la gloria y el poder,

traza el tercer número del año en el ángulo inferior izquierdo;

8. por los siglos de los siglos. Amén.

Traza el cuarto número del año en el ángulo inferior derecho.

12. Después de haber trazado la cruz y los demás signos el sacerdote puede incrustar en el cirio cinco granos de incienso, en forma de cruz diciendo al mismo tiempo:

1. Por sus santas llagas

2. gloriosas

3. nos proteja

4. y nos guarde

5. Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

13. Cuando por alguna razón no se puede encender el fuego fuera de la iglesia, el rito se acomoda a las circunstancias. El pueblo se reúne como de costumbre en la iglesia. El celebrante con los ministros, uno de los cuales lleva el cirio pascual, se dirige a la puerta de entrada. El pueblo, en cuanto sea posible, se vuelve hacia el sacerdote.

Hecho el saludo y la monición como se indica en el número 9, enseguida se bendice el fuego y se prepara el cirio como se indica en los números 10-12.

14. El celebrante enciende el cirio pascual con el fuego nuevo, diciendo:

Que la luz de Cristo, resucitado y glorioso, disipe las tinieblas de nuestro corazón y de nuestro espíritu.

PROCESIÓN

15. *Encendido el cirio, uno de los ministros toma del fuego unos carbones ardientes y los coloca en el incensario, y el sacerdote, en la forma acostumbrada, pone el incienso. El diácono o, en su ausencia otro ministro idóneo, recibe de un ministro el cirio pascual y se dispone la procesión. El turiferario con el incensario humeante se coloca adelante del diácono o del otro ministro, que lleva el cirio pascual. Siguen el sacerdote, los ministros y luego el pueblo, que llevan todos en la mano las velas apagadas.*

En la puerta de la iglesia, el diácono se detiene y elevando el cirio, canta: Luz de Cristo.

Y todos responden: Demos gracias a Dios.

El sacerdote enciende su vela de la llama del cirio pascual.

16. Enseguida el diácono avanza hasta la mitad de la iglesia, se detiene y elevando el cirio, canta por segunda vez:

Luz de Cristo.

Y todos responden: Demos gracias a Dios.

Todos encienden su vela de la llama del cirio pascual y avanzan.

17. *Al llegar ante el altar, el diácono, vuelto hacia el pueblo, eleva el cirio y canta por tercera vez:* Luz de Cristo.

Y todos responden: Demos gracias a Dios.

A continuación el diácono pone el cirio pascual en el candelabro que está preparado junto al ambón o, en medio del presbiterio.

Y entonces se encienden las luces de la iglesia, con excepción de las velas del altar.

PREGÓN PASCUAL

18. *Cuando el sacerdote llega al altar, se dirige a la sede, entrega su vela a un ministro, pone y bendice el incienso como lo hace en la Misa antes del Evangelio. El diácono se acerca al sacerdote y diciendo:* Padre, dame tu bendición*, pide y recibe la bendición del sacerdote, el cual dice en voz baja:*

El Señor esté en tu corazón y en tus labios, para que proclames dignamente su Pregón pascual; en el nombre del Padre, y del Hijo +, y del Espíritu Santo.

Y el diácono responde: Amén.

Esta bendición se omite si el Pregón pascual es proclamado por otro que no sea diácono.

19. *El diácono, habiendo incensado el libro y el cirio, proclama el Pregón pascual desde el ambón o desde un atril. Todos permanecen de pie, teniendo en sus manos las velas encendidas.*

El Pregón pascual puede ser proclamado, en ausencia del diácono, por el mismo sacerdote o por otro presbítero concelebrante. Pero si, en caso de necesidad, un cantor laico proclama el Pregón, omite las palabras Por eso, queridos hermanos*, hasta el final del invitatorio, así como el saludo:* El Señor esté con ustedes.

FORMA LARGA DEL PREGÓN PASCUAL

Alégrense, por fin, los coros de los ángeles, alégrense las jerarquías del cielo y, por la victoria de rey tan poderoso, que las trompetas anuncien la salvación.

Goce también la tierra, inundada de tanta claridad, y que, radiante con el fulgor del rey eterno, se sienta libre de la tiniebla que cubría el orbe entero.

Alégrese también nuestra madre la Iglesia, revestida de luz tan brillante; resuene este recinto con las aclamaciones del pueblo.

(Por eso, queridos hermanos, que asisten a la admirable claridad de esta luz santa, invoquen conmigo la misericordia de Dios omnipotente, para que aquel que, sin mérito mío, me agregó al número de los ministros, complete mi alabanza a este cirio, infundiendo el resplandor de su luz).

*(**V/.** El Señor esté con ustedes.*

R/. *Y con tu espíritu).*

V/. Levantemos el corazón.

R/. Lo tenemos levantado hacia el Señor.

V/. Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

R/. Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario aclamar con nuestras voces y con todo el afecto del corazón, a Dios invisible, el Padre todopoderoso, y a su Hijo único, nuestro Señor Jesucristo.

Porque Él ha pagado por nosotros al eterno Padre la deuda de Adán, y ha borrado con su sangre inmaculada la condena del antiguo pecado.

Porque éstas son las fiestas de Pascua, en las que se inmola el verdadero Cordero, cuya sangre consagra las puertas de los fieles.

Ésta es la noche en que sacaste de Egipto a los israelitas, nuestros padres, y los hiciste pasar a pie, sin mojarse, el Mar Rojo.

Ésta es la noche en que la columna de fuego esclareció las tinieblas del pecado.

Ésta es la noche que a todos los que creen en Cristo, por toda la tierra, los arranca de los vicios del mundo y de la oscuridad del pecado, los restituye a la gracia y los agrega a los santos.

Ésta es la noche en que, rotas las cadenas de la muerte, Cristo asciende victorioso del abismo.

¿De qué nos serviría haber nacido si no hubiéramos sido rescatados? ¡Qué asombroso beneficio de tu amor por nosotros! ¡Qué incomparable ternura y caridad! ¡Para rescatar al esclavo entregaste al Hijo!

Necesario fue el pecado de Adán, que ha sido borrado por la muerte de Cristo. ¡Feliz la culpa que mereció tal Redentor!

¡Qué noche tan dichosa! Sólo ella conoció el momento en que Cristo resucitó del abismo.

Ésta es la noche de la que estaba escrito: "Será la noche clara como el día, la noche iluminada por mi gozo".

Y así, esta noche santa ahuyenta los pecados, lava las culpas, devuelve la inocencia a los caídos, la alegría a los tristes, expulsa el odio, trae la concordia, doblega a los poderosos.

En esta noche de gracia, acepta, Padre santo, el sacrificio vespertino de alabanza, que la santa Iglesia te ofrece en la solemne ofrenda de este cirio, obra de las abejas.

Sabemos ya lo que anuncia esta columna de fuego, que arde en llama viva para la gloria de Dios. Y aunque distribuye su luz, no mengua al repartirla, porque se alimenta de cera fundida que elaboró la abeja fecunda para hacer esta lámpara preciosa.

¡Qué noche tan dichosa, en que se une el cielo con la tierra, lo humano con lo divino!

Te rogamos, Señor, que este cirio consagrado a tu nombre para destruir la oscuridad de esta noche, arda sin apagarse y, aceptado como perfume, se asocie a las lumbreras del cielo. Que el lucero matinal lo encuentre ardiendo, ese lucero que no conoce ocaso, Jesucristo, tu Hijo, que volviendo del abismo, brilla sereno para el linaje humano y vive y reina por los siglos de los siglos. **R/.** Amén.

Segunda parte

LITURGIA DE LA PALABRA

En esta Vigilia, "madre de todas las Vigilias", se proponen nueve lecturas, siete del Antiguo Testamento y dos del Nuevo (la Epístola y el Evangelio), que deben ser leídas todas, siempre que sea posible, para conservar la índole de la Vigilia, la cual exige que dure un tiempo prolongado.

Sin embargo, donde lo pidan circunstancias pastorales verdaderamente graves, puede reducirse el número de lecturas del Antiguo Testamento; pero téngase siempre en cuenta que la lectura de la Palabra de Dios, es parte fundamental de esta Vigilia Pascual. Deben leerse, por lo menos tres lecturas del Antiguo Testamento, tomadas de

la Ley y de los Profetas, y cánteme sus respectivos salmos responsoriales. Nunca se omita la tercera lectura, tomada del capítulo 14 del Éxodo, con su cántico.

Todos apagan sus velas y se sientan. Antes de comenzar las lecturas, el sacerdote exhorta a la asamblea con estas palabras u otras semejantes:

Hermanos, habiendo iniciado solemnemente la Vigilia Pascual, escuchemos con recogimiento la palabra de Dios. Meditemos cómo, en la antigua alianza, Dios salvó a su pueblo y en la plenitud de los tiempos, envió al mundo a su Hijo para que nos redimiera.

Oremos para que Dios lleve a su plenitud la obra de la redención realizada por el misterio pascual.

Siguen luego las lecturas. Un lector va al ambón y proclama la lectura. Después el salmista o cantor, dice el salmo, alternando con las respuestas del pueblo. Enseguida todos se levantan, el sacerdote dice: Oremos, y, después de que todos han orado en silencio durante unos momentos, dice la oración que corresponde a la lectura.

En lugar del salmo responsorial, se puede guardar un momento de silencio sagrado. En este caso se omite la pausa después del Oremos.

PRIMERA LECTURA

Vio Dios todo lo que había hecho y lo encontró muy bueno.

Del libro del Génesis: 1, 1-2, 2

En el principio creó Dios el cielo y la tierra. La tierra era soledad y caos; y las tinieblas cubrían la faz del abismo. El espíritu de Dios se movía sobre la superficie de las aguas.

Dijo Dios: "Que exista la luz", y la luz existió. Vio Dios que la luz era buena, y separó la luz de las tinieblas. Llamó a la luz "día" y a las tinieblas, "noche". Fue la tarde y la mañana del primer día.

Dijo Dios: "Que haya una bóveda entre las aguas, que separe unas aguas de otras". E hizo Dios una bóveda y separó con ella las aguas de arriba, de las aguas de abajo. Y así fue. Llamó Dios a la bóveda "cielo". Fue la tarde y la mañana del segundo día.

Dijo Dios: "Que se junten las aguas de debajo del cielo en un solo lugar y que aparezca el suelo seco". Y así fue. Llamó Dios "tierra" al suelo seco y "mar" a la masa de las aguas. Y vio Dios que era bueno.

Dijo Dios: "Verdee la tierra con plantas que den semilla y árboles que den fruto y semilla, según su especie, sobre la tierra". Y así fue. Brotó de la tierra hierba verde, que producía semilla, según su especie, y árboles que daban fruto y llevaban semilla, según su especie. Y vio Dios que era bueno. Fue la tarde y la mañana del tercer día.

Dijo Dios: "Que haya lumbreras en la bóveda del cielo, que separen el día de la noche, señalen las estaciones, los días y los años, y luzcan en la bóveda del cielo para iluminar la tierra". Y así fue. Hizo Dios las dos grandes lumbreras: la lumbrera mayor para regir el día y la menor, para regir la noche; y también hizo las estrellas. Dios puso las lumbreras en la bóveda del cielo para iluminar la tierra, para regir el día y la noche, y

separar la luz de las tinieblas. Y vio Dios que era bueno. Fue la tarde y la mañana del cuarto día.

Dijo Dios: "Agítense las aguas con un hervidero de seres vivientes y revoloteen sobre la tierra las aves, bajo la bóveda del cielo". Creó Dios los grandes animales marinos y los vivientes que en el agua se deslizan y la pueblan, según su especie. Creó también el mundo de las aves, según sus especies. Vio Dios que era bueno y los bendijo, diciendo: "Sean fecundos y multiplíquense; llenen las aguas del mar; que las aves se multipliquen en la tierra". Fue la tarde y la mañana del quinto día.

Dijo Dios: "Produzca la tierra vivientes, según sus especies: animales domésticos, reptiles y fieras, según sus especies". Y así fue. Hizo Dios las fieras, los animales domésticos y los reptiles, cada uno según su especie. Y vio Dios que era bueno.

Dijo Dios: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; que domine a los peces del mar, a las aves del cielo, a los animales domésticos y a todo animal que se arrastra sobre la tierra".

Y creó Dios al hombre a su imagen; a imagen suya lo creó; hombre y mujer los creó.

Y los bendijo Dios y les dijo: "Sean fecundos y multiplíquense, llenen la tierra y sométanla; dominen a los peces del mar, a las aves del cielo y a todo ser viviente que se mueve sobre la tierra".

Y dijo Dios: "He aquí que les entrego todas las plantas de semilla que hay sobre la faz de la tierra, y todos los árboles que producen fruto y semilla, para que les sirvan de alimento. Y a todas las fieras de la tierra, a todas las aves del cielo, a todos los reptiles de la tierra, a todos los seres que respiran, también les doy por alimento las verdes plantas". Y así fue. Vio Dios todo lo que había hecho y lo encontró muy bueno. Fue la tarde y la mañana del sexto día.

Así quedaron concluidos el cielo y la tierra con todos sus ornamentos, y terminada su obra, descansó Dios el séptimo día de todo cuanto había hecho.

Palabra de Dios.

O bien: Forma breve

La creación del hombre.

Del libro del Génesis: 1, 1. 26-31

En el principio creó Dios el cielo y la tierra. Y dijo Dios: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; que domine a los peces del mar, a las aves del cielo, a los animales domésticos y a todo animal que se arrastra sobre la tierra". Y creó Dios al hombre a su imagen; a imagen suya lo creó; hombre y mujer los creó.

Y los bendijo Dios y les dijo: "Sean fecundos y multiplíquense, llenen la tierra y sométanla; dominen a los peces del mar, a las aves del cielo y a todo ser viviente que se mueve sobre la tierra".

Y dijo Dios: "He aquí que les entrego todas las plantas de semilla que hay sobre la faz de la tierra, y todos los árboles que producen fruto y semilla, para que les sirvan de alimento. Y a todas las fieras de la tierra, a todas las aves del cielo, a todos los reptiles

de la tierra, a todos los seres que respiran, también les doy por alimento las verdes plantas". Y así fue. Vio Dios todo lo que había hecho y lo encontró muy bueno.

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 32

R/. La tierra llena está de tus bondades.

Sincera es la palabra del Señor y todas sus acciones son leales. Él ama la justicia y el derecho, la tierra llena está de sus bondades. **R/.**

La palabra del Señor hizo los cielos y su aliento, los astros. Los mares encerró como en un odre y como en una presa, los océanos. **R/.**

Feliz la nación cuyo Dios es el Señor; dichoso el pueblo que escogió por suyo. Desde el cielo el Señor, atentamente, mira a todos los hombres. **R/.**

En el Señor está nuestra esperanza, pues Él es nuestra ayuda y nuestro amparo. Muéstrate bondadoso con nosotros, puesto que en ti, Señor, hemos confiado. **R/.**

O bien:

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 103

R/. Bendice al Señor, alma mía.

Bendice al Señor, alma mía; Señor y Dios mío, inmensa es tu grandeza. Te vistes de belleza y majestad, la luz te envuelve como un manto. **R/.**

Sobre bases inconmovibles asentaste la tierra para siempre. Con un vestido de mares la cubriste y las aguas en los montes concentraste. **R/.**

En los valles haces brotar las fuentes, que van corriendo entre montañas; junto al arroyo vienen a vivir las aves, que cantan entre las ramas. **R/.**

Desde tu cielo riegas los montes y sacias la tierra del fruto de tus manos; haces brotar hierba para los ganados y pasto para los que sirven al hombre. **R/.**

¡Qué numerosas son tus obras, Señor, y todas las hiciste con maestría! La tierra está llena de tus creaturas. Bendice al Señor, alma mía. **R/.**

ORACIÓN

Oremos.

Dios todopoderoso y eterno, que en todas las obras de tu amor te muestras admirable, concede a quienes has redimido, comprender que el sacrificio de Cristo, nuestra Pascua, en la plenitud de los tiempos, es una obra más maravillosa todavía que la misma creación del mundo. Por Jesucristo, nuestro Señor. **R/.** Amén.

O bien: Creación del hombre.

Oremos.

Dios nuestro, que de modo admirable creaste al hombre y de modo más admirable aún lo redimiste, concédenos sabiduría de espíritu, para resistir a los atractivos del pecado y poder llegar así a las alegrías eternas. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R/. Amén.

SEGUNDA LECTURA

El sacrificio de nuestro patriarca Abraham.

Del libro del Génesis: 22, 1-18

En aquel tiempo, Dios le puso una prueba a Abraham y le dijo: "¡Abraham, Abraham!" Él respondió: "Aquí estoy". Y Dios le dijo: "Toma a tu hijo único, Isaac, a quien tanto amas; vete a la región de Moria y ofrécemelo en sacrificio, en el monte que yo te indicaré".

Abraham madrugó, aparejó su burro, tomó consigo a dos de sus criados y a su hijo Isaac; cortó leña para el sacrificio y se encaminó al lugar que Dios le había indicado. Al tercer día divisó a lo lejos el lugar. Les dijo entonces a sus criados: "Quédense aquí con el burro; yo iré con el muchacho hasta allá, para adorar a Dios y después regresaremos".

Abraham tomó la leña para el sacrificio, se la cargó a su hijo Isaac y tomó en su mano el fuego y el cuchillo. Los dos caminaban juntos. Isaac dijo a su padre Abraham: "¡Padre!" Él respondió: "¿Qué quieres, hijo?" El muchacho contestó: "Ya tenemos fuego y leña, pero, ¿dónde está el cordero para el sacrificio?" Abraham le contestó: "Dios nos dará el cordero para el sacrificio, hijo mío". Y siguieron caminando juntos.

Cuando llegaron al sitio que Dios le había señalado, Abraham levantó un altar y acomodó la leña. Luego ató a su hijo Isaac, lo puso sobre el altar, encima de la leña, y tomó el cuchillo para degollarlo.

Pero el ángel del Señor lo llamó desde el cielo y le dijo: "¡Abraham, Abraham!" Él contestó: "Aquí estoy". El ángel le dijo: "No descargues la mano contra tu hijo, ni le hagas daño. Ya veo que temes a Dios, porque no le has negado a tu hijo único".

Abraham levantó los ojos y vio un carnero, enredado por los cuernos en la maleza. Atrapó el carnero y lo ofreció en sacrificio, en lugar de su hijo. Abraham puso por nombre a aquel sitio "el Señor provee", por lo que aun el día de hoy se dice: "el monte donde el Señor provee".

El ángel del Señor volvió a llamar a Abraham desde el cielo y le dijo: "Juro por mí mismo, dice el Señor, que por haber hecho esto y no haberme negado a tu hijo único, yo te bendeciré y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y las arenas del mar. Tus descendientes conquistarán las ciudades enemigas. En tu descendencia serán bendecidos todos los pueblos de la tierra, porque obedeciste a mis palabras.

Palabra de Dios.

O bien: Forma breve

Del libro del Génesis: 22, 1-2. 9-13. 15-18

En aquel tiempo, Dios le puso una prueba a Abraham y le dijo: "¡Abraham, Abraham!" Él respondió: "Aquí estoy". Y Dios le dijo: "Toma a tu hijo único, Isaac, a quien tanto amas; vete a la región de Moria y ofrécemelo en sacrificio, en el monte que yo te indicaré".

Cuando llegaron al sitio que Dios le había señalado, Abraham levantó un altar y acomodó la leña. Luego ató a su hijo Isaac, lo puso sobre el altar, encima de la leña, y tomó el cuchillo para degollarlo.

Pero el ángel del Señor lo llamó desde el cielo y le dijo: "¡Abraham, Abraham!" Él contestó: "Aquí estoy". El ángel le dijo: "No descargues la mano contra tu hijo, ni le hagas daño. Ya veo que temes a Dios, porque no le has negado a tu hijo único". Abraham levantó los ojos y vio un carnero, enredado por los cuernos en la maleza. Atrapó el carnero y lo ofreció en sacrificio en lugar de su hijo.

El ángel del Señor volvió a llamar a Abraham desde el cielo y le dijo: "Juro por mí mismo, dice el Señor, que por haber hecho esto y no haberme negado a tu hijo único, yo te bendeciré y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y las arenas del mar. Tus descendientes conquistarán las ciudades enemigas. En tu descendencia serán bendecidos todos los pueblos de la tierra, porque obedeciste a mis palabras".

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 15

R/. Protégeme, Dios mío, porque me refugio en ti.

El Señor es la parte que me ha tocado en herencia: mi vida está en sus manos. Tengo siempre presente al Señor y con Él a mi lado, jamás tropezaré. **R/.**

Por eso se me alegran el corazón y el alma y mi cuerpo vivirá tranquilo, porque tú no me abandonarás a la muerte, ni dejarás que sufra yo la corrupción. **R/.**

Enséñame el camino de la vida, sáciame de gozo en tu presencia y de alegría perpetua junto a ti. **R/.**

ORACIÓN

Oremos.

Dios nuestro, excelso Padre de los creyentes, que por medio de la gracia de la adopción y por el misterio pascual sigues cumpliendo la promesa hecha a Abraham de multiplicar su descendencia por toda la tierra y de hacerlo el padre de todas las naciones, concede a tu pueblo responder dignamente a la gracia de tu llamada. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R/. Amén.

TERCERA LECTURA

Los israelitas entraron en el mar sin mojarse.

Del libro del Éxodo: 14, 15-15, 1

En aquellos días, dijo el Señor a Moisés: "¿Por qué sigues clamando a mí? Diles a los israelitas que se pongan en marcha. Y tú, alza tu bastón, extiende tu mano sobre el mar y divídelo, para que los israelitas entren en el mar sin mojarse. Yo voy a endurecer el corazón de los egipcios para que los persigan, y me cubriré de gloria a expensas del faraón y de todo su ejército, de sus carros y jinetes. Cuando me haya cubierto de gloria a expensas del faraón, de sus carros y jinetes, los egipcios sabrán que yo soy el Señor".

El ángel del Señor, que iba al frente de las huestes de Israel, se colocó tras ellas. Y la columna de nubes que iba adelante, también se desplazó y se puso a sus espaldas, entre el campamento de los israelitas y el campamento de los egipcios. La nube era tinieblas para unos y claridad para otros, y así los ejércitos no trabaron contacto durante toda la noche.

Moisés extendió la mano sobre el mar, y el Señor hizo soplar durante toda la noche un fuerte viento del este, que secó el mar, y dividió las aguas. Los israelitas entraron en el mar y no se mojaban, mientras las aguas formaban una muralla a su derecha y a su izquierda. Los egipcios se lanzaron en su persecución y toda la caballería del faraón, sus carros y jinetes, entraron tras ellos en el mar.

Hacia el amanecer, el Señor miró desde la columna de fuego y humo al ejército de los egipcios y sembró entre ellos el pánico. Trabó las ruedas de sus carros, de suerte que no avanzaban sino pesadamente. Dijeron entonces los egipcios: "Huyamos de Israel, porque el Señor lucha en su favor contra Egipto".

Entonces el Señor le dijo a Moisés: "Extiende tu mano sobre el mar, para que vuelvan las aguas sobre los egipcios, sus carros y sus jinetes". Y extendió Moisés su mano sobre el mar, y al amanecer, las aguas volvieron a su sitio, de suerte que al huir, los egipcios se encontraron con ellas, y el Señor los derribó en medio del mar. Volvieron las aguas y cubrieron los carros, a los jinetes y a todo el ejército del faraón, que se había metido en el mar para perseguir a Israel. Ni uno solo se salvó.

Pero los hijos de Israel caminaban por lo seco en medio del mar. Las aguas les hacían muralla a derecha e izquierda. Aquel día salvó el Señor a Israel de las manos de Egipto. Israel vio a los egipcios, muertos en la orilla del mar. Israel vio la mano fuerte del Señor sobre los egipcios, y el pueblo temió al Señor y creyó en el Señor y en Moisés, su siervo. Entonces Moisés y los hijos de Israel cantaron este cántico al Señor:

SALMO RESPONSORIAL

Éxodo 15

R/. Alabemos al Señor por su victoria.

Cantemos al Señor, sublime es su victoria: caballos y jinetes arrojó en el mar. Mi fortaleza y mi canto es el Señor, Él es mi salvación; Él es mi Dios, y yo lo alabaré, es el Dios de mis padres, y yo le cantaré. **R/.**

El Señor es un guerrero, su nombre es el Señor. Precipitó en el mar los carros del faraón y a sus guerreros; ahogó en el Mar Rojo a sus mejores capitanes. **R/.**

Las olas los cubrieron, cayeron hasta el fondo, como piedras. Señor, tu diestra brilla por su fuerza, tu diestra, Señor, tritura al enemigo. **R/.**

Tú llevas a tu pueblo para plantarlo en el monte que le diste en herencia, en el lugar que convertiste en tu morada, en el santuario que construyeron tus manos. Tú, Señor, reinarás para siempre. **R/.**

ORACIÓN

Oremos.

Señor Dios, cuyos antiguos prodigios los percibimos resplandeciendo también en nuestros tiempos, puesto que aquello mismo que realizó la diestra de tu poder para liberar a un solo pueblo de la esclavitud del faraón, lo sigues realizando también ahora, por medio del agua del bautismo para salvar a todas las naciones, concede que todos los hombres del mundo lleguen a contarse entre los hijos de Abraham y participen de la dignidad del pueblo elegido. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R/. Amén.

O bien:

Oremos.

Dios nuestro, que manifestaste a la luz del Nuevo Testamento el sentido profundo de los prodigios realizados en los tiempos antiguos, dejándonos ver en el paso del Mar Rojo, una imagen del bautismo y en el pueblo liberado de la esclavitud, un anuncio de los sacramentos del pueblo cristiano, haz que todos los hombres, mediante la fe, participen del privilegio del pueblo elegido y sean regenerados por la acción santificadora de tu Espíritu. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R/. Amén.

CUARTA LECTURA

Con amor eterno se ha apiadado de ti tu redentor.

Del libro del profeta Isaías: 54, 5-14

"El que te creó, te tomará por esposa; su nombre es 'Señor de los ejércitos'. Tu redentor es el Santo de Israel; será llamado 'Dios de toda la tierra'. Como a una mujer abandonada y abatida te vuelve a llamar el Señor. ¿Acaso repudia uno a la esposa de la juventud?, dice tu Dios.

Por un instante te abandoné, pero con inmensa misericordia te volveré a tomar. En un arrebato de ira te oculté un instante mi rostro, pero con amor eterno me he apiadado de ti, dice el Señor, tu redentor.

Me pasa ahora como en los días de Noé: entonces juré que las aguas del diluvio no volverían a cubrir la tierra; ahora juro no enojarme ya contra ti ni volver a amenazarte. Podrán desaparecer los montes y hundirse las colinas, pero mi amor por ti no desaparecerá y mi alianza de paz quedará firme para siempre. Lo dice el Señor, el que se apiada de ti.

Tú, la afligida, la zarandeada por la tempestad, la no consolada: He aquí que yo mismo coloco tus piedras sobre piedras finas, tus cimientos sobre zafiros; te pondré almenas de rubí y puertas de esmeralda y murallas de piedras preciosas. Todos tus hijos serán

discípulos del Señor, y será grande su prosperidad. Serás consolidada en la justicia. Destierra la angustia, pues ya nada tienes que temer; olvida tu miedo, porque ya no se acercará a ti".

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 29

R/. Te alabaré, Señor, eternamente.

Te alabaré, Señor, pues no dejaste que se rieran de mí mis enemigos. Tú, Señor, me salvaste de la muerte y a punto de morir, me reviviste. **R/.**

Alaben al Señor quienes lo aman, den gracias a su nombre, porque su ira dura un solo instante y su bondad, toda la vida. El llanto nos visita por la tarde; por la mañana, el júbilo. **R/.**

Escúchame, Señor, y compadécete; Señor, ven en mi ayuda. Convertiste mi duelo en alegría, te alabaré por eso eternamente. **R/.**

ORACIÓN

Oremos. Dios todopoderoso y eterno, multiplica, en honor a tu nombre, cuanto prometiste a nuestros padres en la fe y acrecienta la descendencia por ti prometida mediante la santa adopción filial, para que aquello que los antiguos patriarcas no dudaron que habría de acontecer, tu Iglesia advierta que ya está en gran parte cumplido. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R/. Amén.

La oración anterior puede sustituirse por alguna de las que siguen, cuando sus lecturas correspondientes vayan a omitirse.

QUINTA LECTURA

Vengan a mí y vivirán. Sellaré con ustedes una alianza perpetua.

Del libro del profeta Isaías: 55, 1-11

Esto dice el Señor: "Todos ustedes, los que tienen sed, vengan por agua; y los que no tienen dinero, vengan, tomen trigo y coman; tomen vino y leche sin pagar. ¿Por qué gastar el dinero en lo que no es pan y el salario, en lo que no alimenta?

Escúchenme atentos y comerán bien, saborearán platillos sustanciosos. Préstenme atención, vengan a mí, escúchenme y vivirán.

Sellaré con ustedes una alianza perpetua, cumpliré las promesas que hice a David. Como a él lo puse por testigo ante los pueblos, como príncipe y soberano de las naciones, así tú reunirás a un pueblo desconocido, y las naciones que no te conocían acudirán a ti, por amor del Señor, tu Dios, por el Santo de Israel, que te ha honrado.

Busquen al Señor mientras lo pueden encontrar, invóquenlo mientras está cerca; que el malvado abandone su camino, y el criminal, sus planes; que regrese al Señor, y Él tendrá piedad; a nuestro Dios, que es rico en perdón.

Mis pensamientos no son los pensamientos de ustedes, sus caminos no son mis caminos. Porque así como aventajan los cielos a la tierra, así aventajan mis caminos a los de ustedes y mis pensamientos a sus pensamientos.

Como bajan del cielo la lluvia y la nieve y no vuelven allá, sino después de empapar la tierra, de fecundarla y hacerla germinar, a fin de que dé semilla para sembrar y pan para comer, así será la palabra que sale de mi boca: no volverá a mí sin resultado, sino que hará mi voluntad y cumplirá su misión".

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Isaías 12

R/. El Señor es mi Dios y salvador.

El Señor es mi Dios y salvador, con Él estoy seguro y nada temo. El Señor es mi protección y mi fuerza, y ha sido mi salvación. Sacarán agua con gozo de la fuente de salvación. **R/.**

Den gracias al Señor, invoquen su nombre, cuenten a los pueblos sus hazañas, proclamen que su nombre es sublime. **R/.**

Alaben al Señor por sus proezas, anúncienlas a toda la tierra. Griten jubilosos, habitantes de Sión, porque el Dios de Israel ha sido grande con ustedes. **R/.**

ORACIÓN

Oremos.

Dios todopoderoso y eterno, única esperanza del mundo, tú que anunciaste, por voz de los profetas, los misterios que estamos celebrando esta noche, multiplica en el corazón de tu pueblo los santos propósitos porque no podría ningún santo anhelo alcanzar crecimiento sin el impulso que procede de ti. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R/. Amén.

SEXTA LECTURA

Sigue el camino que te conduce a la luz del Señor.

Del libro del profeta Baruc: 3, 9-15. 32-4, 4

Escucha, Israel, los mandatos de vida, presta oído para que adquieras prudencia. ¿A qué se debe, Israel, que estés aún en país enemigo, que envejezcas en tierra extranjera, que te hayas contaminado por el trato con los muertos, que te veas contado entre los que descienden al abismo?

Es que abandonaste la fuente de la sabiduría. Si hubieras seguido los senderos de Dios, habitarías en paz eternamente. Aprende dónde están la prudencia, la inteligencia y la energía, así aprenderás dónde se encuentra el secreto de vivir larga vida, y dónde la luz de los ojos y la paz. ¿Quién es el que halló el lugar de la sabiduría y tuvo acceso a sus tesoros? El que todo lo sabe, la conoce; con su inteligencia la ha escudriñado. El que cimentó la tierra para todos los tiempos, y la pobló de animales cuadrúpedos; el que envía la luz, y ella va, la llama, y temblorosa le obedece; llama a los astros, que brillan

jubilosos en sus puestos de guardia, y ellos le responden: "Aquí estamos", y refulgen gozosos para aquel que los hizo. Él es nuestro Dios y no hay otro como El; Él ha escudriñado los caminos de la sabiduría y se la dio a su hijo Jacob, a Israel, su predilecto. Después de esto, ella apareció en el mundo y convivió con los hombres. La sabiduría es el libro de los mandatos de Dios, la ley de validez eterna; los que la guardan, vivirán, los que la abandonan, morirán.

Vuélvete a ella, Jacob, y abrázala; camina hacia la claridad de su luz; no entregues a otros tu gloria, ni tu dignidad a un pueblo extranjero. Bienaventurados nosotros, Israel, porque lo que agrada al Señor nos ha sido revelado.

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 18

R/. Tú tienes, Señor, palabras de vida eterna.

La ley del Señor es perfecta del todo y reconforta el alma; inmutables son las palabras del Señor y hacen sabio al sencillo. **R/.**

En los mandamientos del Señor hay rectitud y alegría para el corazón; son luz los preceptos del Señor para alumbrar el camino. **R/.**

La voluntad de Dios es santa y para siempre estable; los mandatos del Señor son verdaderos y enteramente justos. **R/.**

Más deseables que el oro y las piedras preciosas, las normas del Señor, y más dulces que la miel de un panal que gotea. **R/.**

ORACIÓN

Oremos.

Dios nuestro, que haces crecer continuamente a tu Iglesia con hijos llamados de todos los pueblos, dígnate proteger siempre con tu gracia a quienes has purificado con el agua del bautismo. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R/. Amén.

SÉPTIMA LECTURA

Los rociaré con agua pura y les daré un corazón nuevo.

Del libro del profeta Ezequiel: 36, 16-28

En aquel tiempo, me fue dirigida la palabra del Señor en estos términos: "Hijo de hombre, cuando los de la casa de Israel habitaban en su tierra, la mancharon con su conducta y con sus obras; como inmundicia fue su proceder ante mis ojos. Entonces descargué mi furor contra ellos, por la sangre que habían derramado en el país y por haberlo profanado con sus idolatrías. Los dispersé entre las naciones y anduvieron errantes por todas las tierras. Los juzgué según su conducta, según sus acciones los sentencié. Y en las naciones a las que se fueron, desacreditaron mi santo nombre, haciendo que de ellos se dijera: 'Éste es el pueblo del Señor, y ha tenido que salir de su tierra'.

Pero, por mi santo nombre, que la casa de Israel profanó entre las naciones a donde llegó, me he compadecido. Por eso, dile a la casa de Israel: 'Esto dice el Señor: no lo hago por ustedes, casa de Israel. Yo mismo mostraré la santidad de mi nombre excelso, que ustedes profanaron entre las naciones. Entonces ellas reconocerán que yo soy el Señor, cuando, por medio de ustedes les haga ver mi santidad.

Los sacaré a ustedes de entre las naciones, los reuniré de todos los países y los llevaré a su tierra. Los rociaré con agua pura y quedarán purificados; los purificaré de todas sus inmundicias e idolatrías.

Les daré un corazón nuevo y les infundiré un espíritu nuevo; arrancaré de ustedes el corazón de piedra y les daré un corazón de carne. Les infundiré mi espíritu y los haré vivir según mis preceptos y guardar y cumplir mis mandamientos. Habitarán en la tierra que di a sus padres; ustedes serán mi pueblo y yo seré su Dios'".

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

De los salmos 41 y 42

R/. Estoy sediento del Dios que da la vida.

Como el venado busca el agua de los ríos, así, cansada, mi alma te busca a ti, Dios mío. **R/.**

Del Dios que da la vida está mi ser sediento. ¿Cuándo será posible ver de nuevo su templo? **R/.**

Recuerdo cuando íbamos a casa del Señor, cantando, jubilosos, alabanzas a Dios. **R/.**

Envíame, Señor, tu luz y tu verdad; que ellas se conviertan en mi guía y hasta tu monte santo me conduzcan, allí donde tú habitas. **R/.**

Al altar del Señor me acercaré, al Dios que es mi alegría, y a mi Dios, el Señor, le daré gracias al compás de la cítara. **R/.**

O bien, cuando hay bautizos:

Isaías 12

R/. Sacarán agua con gozo de la fuente de la salvación.

El Señor es mi Dios y salvador, con Él estoy seguro y nada temo. El Señor es mi protección y mi fuerza y ha sido mi salvación. Sacarán agua con gozo de la fuente de salvación. **R/.**

Den gracias al Señor, invoquen su nombre, cuenten a los pueblos sus hazañas, proclamen que su nombre es sublime. **R/.**

Alaben al Señor por sus proezas, anúncienlas a toda la tierra. Griten jubilosos, habitantes de Sión, porque el Dios de Israel ha sido grande con ustedes. **R/.**

O bien:

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 50

R/. Crea en mí, Señor, un corazón puro.

Crea en mí, Señor, un corazón puro, un espíritu nuevo para cumplir tus mandamientos. No me arrojes, Señor, lejos de ti, ni retires de mí tu santo espíritu. **R/.**

Devuélveme tu salvación, que regocija, y mantén en mí un alma generosa. Enseñaré a los descarriados tus caminos y volverán a ti los pecadores. **R/.**

Tú, Señor, no te complaces en los sacrificios y si te ofreciera un holocausto, no te agradaría. Un corazón contrito te presento, y a un corazón contrito, tú nunca lo desprecias. **R/.**

ORACIÓN

Oremos.

Dios de inmutable poder y eterna luz, mira propicio el admirable misterio de la Iglesia entera y realiza serenamente, en virtud de tu eterno designio, la obra de la humana salvación; que todo el mundo vea y reconozca que los caídos se levantan, que se renueva lo que había envejecido y que, por obra de Jesucristo, todas las cosas concurren hacia la unidad que tuvieron en el origen. Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

R/. Amén.

O bien:

Oremos.

Señor Dios, que con las enseñanzas de ambos Testamentos nos instruyes para celebrar el sacramento de la Pascua, haz que comprendamos la hondura de tu misericordia, para que los dones que hoy recibimos afiancen en nosotros la esperanza de los bienes futuros. Por Jesucristo, nuestro Señor. **R/.** Amén.

Terminada la última lectura del Antiguo Testamento, con su salmo responsorial y la oración correspondiente, se encienden las velas del altar, y el sacerdote entona el himno Gloria a Dios en el cielo*, que todos prosiguen, mientras se tocan las campanas, de acuerdo con las costumbres de cada lugar.*

Terminado el himno, el sacerdote dice la oración colecta, como de ordinario.

Oremos.

Dios nuestro, que haces resplandecer esta noche con la gloria de la resurrección del Señor, aviva en tu Iglesia el espíritu de adopción filial, para que, renovados en cuerpo y alma, nos entreguemos fielmente a tu servicio. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

Enseguida un lector hace la lectura del Apóstol.

EPÍSTOLA

Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no morirá nunca.

De la carta del apóstol san Pablo a los romanos: 6, 3-11

Hermanos: ¿No saben ustedes que todos los que hemos sido incorporados a Cristo Jesús por medio del bautismo, hemos sido incorporados a Él en su muerte? En efecto, por el bautismo fuimos sepultados con Él en su muerte, para que, así como Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros llevemos una vida nueva.

Porque, si hemos estado íntimamente unidos a Él por una muerte semejante a la suya, también lo estaremos en su resurrección. Sabemos que nuestro hombre viejo fue crucificado con Cristo, para que el cuerpo del pecado quedara destruido, a fin de que ya no sirvamos al pecado, pues el que ha muerto queda libre del pecado.

Por lo tanto, si hemos muerto con Cristo, estamos seguros de que también viviremos con Él; pues sabemos que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no morirá nunca. La muerte ya no tiene dominio sobre Él, porque al morir, murió al pecado de una vez para siempre; y al resucitar, vive ahora para Dios. Lo mismo ustedes, considérense muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro.

Palabra de Dios.

34. *Leída la Epístola, todos se ponen de pie, y el sacerdote entona solemnemente tres veces, elevando gradualmente su voz, el Aleluya, que todos repiten. Si hace falta, un salmista canta el Aleluya.*

Luego un salmista o un cantor dice el salmo 117, al que el pueblo responde: Aleluya.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 117

R/. Aleluya, aleluya.

Te damos gracias, Señor, porque eres bueno, porque tu misericordia es eterna. Diga la casa de Israel: "Su misericordia es eterna". **R/.**

La diestra del Señor es poderosa, la diestra del Señor es nuestro orgullo. No moriré, continuaré viviendo, para contar lo que el Señor ha hecho. **R/.**

La piedra que desecharon los constructores, es ahora la piedra angular. Esto es obra de la mano del Señor, es un milagro patente. **R/.**

35. El sacerdote, como es costumbre, pone incienso y bendice al diácono. Para el Evangelio no se llevan los ciriales, sino solamente el incienso.

EVANGELIO

Ha resucitado e irá delante de ustedes a Galilea.

+Del santo Evangelio según san Mateo: 28,1-10

Transcurrido el sábado, al amanecer del primer día de la semana, María Magdalena y la otra María fueron a ver el sepulcro. De pronto se produjo un gran temblor, porque el ángel del Señor bajó del cielo y acercándose al sepulcro, hizo rodar la piedra que lo tapaba y se sentó encima de ella. Su rostro brillaba como el relámpago y sus vestiduras eran blancas como la nieve. Los guardias, atemorizados ante él, se pusieron a temblar y se quedaron como muertos. El ángel se dirigió a las mujeres y les dijo: "No teman.

Ya sé que buscan a Jesús, el crucificado. No está aquí; ha resucitado, como lo había dicho. Vengan a ver el lugar donde lo habían puesto. Y ahora, vayan de prisa a decir a sus discípulos: 'Ha resucitado de entre los muertos e irá delante de ustedes a Galilea; allá lo verán'. Eso es todo".

Ellas se alejaron a toda prisa del sepulcro, y llenas de temor y de gran alegría, corrieron a dar la noticia a los discípulos. Pero de repente Jesús les salió al encuentro y las saludó. Ellas se le acercaron, le abrazaron los pies y lo adoraron. Entonces les dijo Jesús: "No tengan miedo. Vayan a decir a mis hermanos que se dirijan a Galilea. Allá me verán".

Palabra del Señor.

36. *Después del Evangelio, no se omita la homilía, aunque breve.*

Tercera parte

LITURGIA BAUTISMAL

37. *Después de la homilía se pasa a la liturgia bautismal. El sacerdote con los ministros se dirige a la fuente bautismal, si es que ésta se encuentra a la vista de los fieles. De lo contrario se pone un recipiente con agua en el presbiterio.*

38. *Si hay catecúmenos, son llamados por su nombre y presentados por los padrinos, o, si son niños, son llevados por sus papás y sus padrinos frente a toda la asamblea.*

39. *Si tiene lugar la procesión al bautisterio o a la fuente bautismal, se organiza en este momento. Va delante el ministro con el cirio pascual; lo siguen los bautizandos con sus padrinos, enseguida los ministros, el diácono y el sacerdote. Durante la procesión se cantan las letanías (n. 43). Terminadas las letanías, el sacerdote hace la monición (n. 40).*

40. *Si, en cambio, se lleva a cabo la liturgia bautismal en el presbiterio, el sacerdote inmediatamente hace la monición introductoria con estas palabras u otras semejantes: Si están presentes los que se van a bautizar:*

Hermanos, acompañemos con nuestra oración a quienes anhelan renacer a una nueva vida en la fuente del bautismo, para que Dios, nuestro Padre, les otorgue su protección y amor.

Si se bendice la fuente, pero no hay bautismos:

Hermanos, pidamos a Dios todopoderoso, que con su poder santifique esta fuente bautismal, para que cuantos en el bautismo van a ser regenerados en Cristo, sean agregados al número de hijos adoptivos de Dios.

41. *Dos cantores entonan las letanías, a las que todos responden, estando de pie (por razón del Tiempo Pascual).*

Si la procesión hasta el bautisterio es larga, se cantan las letanías durante la procesión; en este caso se llama a los que se van a bautizar, antes de comenzar la procesión. Se abre la procesión con el cirio pascual, luego siguen los bautizados con sus padrinos, después los ministros, el diácono y el sacerdote. En este caso, la monición precedente se hace antes de la bendición del agua.

42. *Si no hay bautismos ni bendición de la fuente, omitidas las letanías se procede inmediatamente a la bendición del agua (n. 54).*

43. En las letanías se pueden añadir algunos nombres de santos, especialmente el del titular de la iglesia, el de los patronos del lugar y el de los patronos de quienes serán bautizados.

Señor, ten piedad de nosotros. Señor, ten piedad de nosotros.

Cristo, ten piedad de nosotros. Cristo, ten piedad de nosotros.

Señor, ten piedad de nosotros. Señor, ten piedad de nosotros.

Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros.

San Miguel, ruega por nosotros.

Santos ángeles de Dios, rueguen por nosotros.

San Juan Bautista, ruega por nosotros.

San José, ruega por nosotros.

San Pedro y san Pablo, rueguen por nosotros.

San Andrés, San Juan, ruega por nosotros.

Santa María Magdalena, ruega por nosotros.

San Esteban, ruega por nosotros.

San Ignacio de Antioquía, ruega por nosotros.

San Lorenzo, ruega por nosotros.

San Felipe de Jesús, ruega por nosotros.

Santos Cristóbal Magallanes y compañeros, mártires, rueguen por nosotros.

Santas Perpetua y Felicitas, rueguen por nosotros.

Santa Inés, ruega por nosotros.

San Gregorio, ruega por nosotros.

San Atanasio, ruega por nosotros.

San Agustín, ruega por nosotros.

San Basilio, ruega por nosotros.

San Martín, ruega por nosotros.

San Benito, ruega por nosotros.

San Francisco y santo Domingo, rueguen por nosotros.

San Francisco Javier, ruega por nosotros.

San Juan María Vianney, ruega por nosotros.

San Rafael Guízar y Valencia, ruega por nosotros.

San José María de Yermo y Parres, ruega por nosotros.

Santa Catalina de Siena, ruega por nosotros.

Santa Teresa de Jesús, ruega por nosotros.

Santa Teresa del Niño Jesús, ruega por nosotros.

Santa María de Jesús

Sacramentado Venegas, ruega por nosotros.

Santa María Guadalupe García Zavala, ruega por nosotros.

San Juan Diego, ruega por nosotros.

Todos los santos y santas de Dios, rueguen por nosotros.

Muéstrate propicio, líbranos, Señor.

De todo mal, líbranos, Señor.

De todo pecado, líbranos, Señor.

De la muerte eterna, líbranos, Señor.

Por tu encarnación, líbranos, Señor.

Por tu muerte y resurrección, líbranos, Señor.

Por el don del Espíritu Santo, líbranos, Señor.

Nosotros, que somos pecadores, te rogamos, óyenos.

Si hay bautismos:

Para que estos elegidos renazcan

a la vida nueva por medio del bautismo, te rogamos, óyenos.

Si no hay bautismos:

Para que santifiques esta fuente bautismal

por la que renacerán tus hijos a la vida nueva, te rogamos, óyenos.

Jesús, Hijo de Dios vivo, te rogamos, óyenos.

Cristo, óyenos. Cristo, óyenos.

Cristo, escúchanos Cristo, escúchanos.

Si hay bautismos, el sacerdote, con las manos extendidas, dice esta oración:

Derrama, Señor, tu infinita bondad en este sacramento del bautismo y envía tu santo Espíritu, para que haga renacer de la fuente bautismal a estos nuevos hijos tuyos, que van a ser santificados por tu gracia, mediante nuestra humilde colaboración en este ministerio. Por Jesucristo, nuestro Señor. **R/.** Amén.

BENDICIÓN DEL AGUA BAUTISMAL

44. *La bendición del agua puede ser cantada.*

45. *La aclamación a la bendición del agua también puede ser cantada.*

46. *Enseguida el sacerdote bendice el agua bautismal, diciendo, con las manos extendidas, esta oración:*

Dios nuestro, que con tu poder invisible realizas obras admirables por medio de los signos sacramentales y has hecho que tu creatura, el agua, signifique de muchas maneras la gracia del bautismo;

Dios nuestro, cuyo Espíritu aleteaba sobre la superficie de las aguas en los mismos principios del mundo, para que ya desde entonces el agua recibiera el poder de dar la vida;

Dios nuestro, que incluso en las aguas torrenciales del diluvio prefiguraste el nuevo nacimiento de los hombres, al hacer que de una manera misteriosa, un mismo elemento diera fin al pecado y origen a la virtud;

Dios nuestro, que hiciste pasar a pie, sin mojarse, el Mar Rojo a los hijos de Abraham, a fin de que el pueblo, liberado de la esclavitud del faraón, prefigurara al pueblo de los bautizados;

Dios nuestro, cuyo Hijo, al ser bautizado por el Precursor en el agua del Jordán, fue ungido por el Espíritu Santo; suspendido en la cruz, quiso que brotaran de su costado sangre y agua; y después de su resurrección mandó a sus apóstoles: "Vayan y enseñen a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo": mira ahora a tu Iglesia en oración y abre para ella la fuente del bautismo.

Que por obra del Espíritu Santo esta agua adquiera la gracia de tu Unigénito, para que el hombre, creado a tu imagen, limpio de su antiguo pecado, por el sacramento del bautismo, renazca a la vida nueva por el agua y el Espíritu Santo.

Si es oportuno, introduce el cirio pascual en el agua, una o tres veces, diciendo:

Te pedimos, Señor, que por tu Hijo, descienda sobre el agua de esta fuente el poder del Espíritu Santo,

Manteniendo el cirio dentro del agua, prosigue:

para que todos, sepultados con Cristo en su muerte por el bautismo, resuciten también con Él a la vida nueva. Él, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. **R/.** Amén.

47. Enseguida saca el cirio del agua, y el pueblo dice la siguiente aclamación:

Fuentes del Señor, bendigan al Señor, alábenlo y glorifíquenlo por los siglos.

48. *Concluida la bendición del agua bautismal y dicha la aclamación del pueblo, el sacerdote, de pie, interroga a los adultos y a los papás o padrinos de los niños, para que hagan la renuncia, como está indicado en los respectivos Rituales romanos.*

Si no se ha hecho antes la unción de los adultos con el óleo de los catecúmenos en los ritos inmediatamente preparatorios, se hace en este momento.

49. *Enseguida, el sacerdote interroga a cada uno de los adultos sobre su fe, y también, si se trata de los niños, pide la triple profesión de fe a todos los papás y padrinos simultáneamente, como se indica en los respectivos Rituales.*

Si son muchos los que se bautizan puede ordenarse este rito, de tal manera que, inmediatamente después de la respuesta de los bautizandos, padrinos y papás, el

celebrante pida y reciba la renovación de las promesas bautismales de todos los presentes.

50. *Terminado el interrogatorio, el sacerdote bautiza a los elegidos adultos y niños.*

51. *Después del bautismo, el sacerdote unge con el crisma a quienes no han llegado al uso de razón. Y se entrega a todos, sean adultos o niños, la vestidura blanca. Luego, el sacerdote o el diácono recibe el cirio pascual de mano del ministro y se encienden las velas de los neófitos. El rito del "Effetá" se omite para quienes no han llegado al uso de razón.*

52. *A continuación, si no tuvieron lugar en el presbiterio el baño bautismal y los demás ritos explicativos, se retorna al presbiterio, organizada la procesión como antes, con los neófitos, o padrinos o papás llevando la vela encendida. Durante la procesión se canta el cántico bautismal* Vidi aquam*, u otro canto apropiado (n. 56).*

53. *Si los bautizados son adultos, el obispo o, en su ausencia, el presbítero que confirió el bautismo, adminístreles inmediatamente el sacramento de la Confirmación en el presbiterio, como se indica en el Pontifical o en el Ritual Romano.*

BENDICIÓN DEL AGUA

54. *Si no hay bautismos ni tampoco se bendice la fuente bautismal, el sacerdote prepara a los fieles para la bendición del agua, diciendo:*

Pidamos, queridos hermanos, a Dios nuestro Señor, que se digne bendecir esta agua, con la cual seremos rociados en memoria de nuestro bautismo, y que nos renueve interiormente, para que permanezcamos fieles al Espíritu que hemos recibido.

Y después de una breve pausa en silencio, dice la siguiente oración, con las manos extendidas:

Señor, Dios nuestro, mira con bondad a este pueblo tuyo, que vela en oración en esta noche santísima, recordando la obra admirable de nuestra creación y la obra más admirable todavía, de nuestra redención. Dígnate bendecir esta agua, que tú creaste para dar fertilidad a la tierra, frescura y limpieza a nuestros cuerpos.

Tú, además, convertiste el agua en un instrumento de tu misericordia: por ella liberaste a tu pueblo de la esclavitud y en el desierto saciaste su sed; con la imagen del agua viva los profetas anunciaron la nueva alianza que deseabas establecer con los hombres; por ella, finalmente, santificada por Cristo en el Jordán, renovaste, mediante el bautismo que nos da la vida nueva, nuestra naturaleza, corrompida por el pecado.

Que esta agua nos recuerde ahora nuestro bautismo y nos haga participar en la alegría de nuestros hermanos, que han sido bautizados en esta Pascua. Por Jesucristo, nuestro Señor. **R/. Amén.**

RENOVACIÓN DE LAS PROMESAS BAUTISMALES

55. *Terminado el rito del Bautismo (y de la Confirmación) o, si no hubo bautismos, después de la bendición del agua, todos, de pie y teniendo en sus manos las velas encendidas, hacen la renovación de las promesas del bautismo, junto con los bautizandos, a no ser que ya se hubieran hecho (cfr. n. 49).*

El sacerdote se dirige a los fieles, con estas palabras u otras semejantes:

Hermanos, por medio del bautismo, hemos sido hechos partícipes del misterio pascual de Cristo; es decir, por medio del bautismo, hemos sido sepultados con Él en su muerte para resucitar con Él a la vida nueva. Por eso, culminado nuestro camino cuaresmal, es muy conveniente que renovemos las promesas de nuestro bautismo, con las cuales un día renunciamos a Satanás y a sus obras y nos comprometimos a servir a Dios, en la santa Iglesia católica. Por consiguiente:

Primera fórmula:

Sacerdote: ¿Renuncian ustedes a Satanás?

Todos: Sí, renuncio.

Sacerdote: ¿Renuncian a todas sus obras?

Todos: Sí, renuncio.

Sacerdote: ¿Renuncian a todas sus seducciones?

Todos: Sí, renuncio.

O bien:

Sacerdote: ¿Renuncian ustedes al pecado, para vivir en la libertad de los hijos de Dios?

Todos: Sí, renuncio.

Sacerdote: ¿Renuncian a todas las seducciones del mal, para que el pecado no los esclavice?

Todos: Sí, renuncio.

Sacerdote: ¿Renuncian a Satanás, padre y autor de todo pecado?

Todos: Sí, renuncio.

La Conferencia Episcopal, si lo cree conveniente, puede ajustar más a las circunstancias locales esta segunda fórmula, sobre todo ahí donde entre los cristianos se requiera renunciar a las supersticiones, adivinaciones y artes mágicas.

Prosigue el sacerdote:

Sacerdote: ¿Creen ustedes en Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra?

Todos: Sí, creo.

Sacerdote: ¿Creen en Jesucristo, su Hijo único y Señor nuestro, que nació de la Virgen María, padeció y murió por nosotros, resucitó y está sentado a la derecha del Padre?

Todos: Sí, creo.

Sacerdote: ¿Creen en el Espíritu Santo, en la santa Iglesia católica, en la comunión de los santos, en el perdón de los pecados, en la resurrección de los muertos y en la vida eterna?

Todos: Sí, creo.

Y el sacerdote concluye:

Que Dios todopoderoso, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos liberó del pecado y nos ha hecho renacer por el agua y el Espíritu Santo, nos conserve con su gracia unidos a Jesucristo nuestro Señor, hasta la vida eterna.

Todos: Amén.

56. *El sacerdote rocía al pueblo con el agua bendita, mientras todos cantan:*

ANTÍFONA

Vi brotar agua del lado derecho del templo, aleluya. Vi que en todos aquellos que recibían el agua, surgía una vida nueva y cantaban con gozo: Aleluya, aleluya.

Se puede cantar también algún otro canto de índole bautismal.

57. *Mientras tanto los neófitos son conducidos a su lugar entre los fieles. Si la bendición del agua bautismal no se hizo en el bautisterio, el diácono y los ministros llevan a la fuente bautismal, con toda reverencia, un recipiente con el agua bendita.*

Si no hubo bendición de la fuente, el agua bendita se coloca en un lugar apropiado.

58. *Hecha la aspersión, el sacerdote vuelve a la sede, en donde, omitido el Credo, dirige la oración universal en la cual toman parte los neófitos por primera vez.*

Cuarta parte

LITURGIA EUCARÍSTICA

59. *El sacerdote va al altar y comienza la liturgia eucarística en la forma acostumbrada.*

60. *Es conveniente que el pan y el vino sean presentados por los neófitos o, si son niños, por sus papás o padrinos.*

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Recibe, Señor, las súplicas de tu pueblo, junto con los dones que te presentamos para que los misterios de la Pascua que hemos comenzado a celebrar, nos obtengan, con tu ayuda, el remedio para conseguir la vida eterna. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio I de Pascua

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación glorificarte siempre, Señor, pero más que nunca en esta noche, en que Cristo, nuestra Pascua, fue inmolado.

Por él es el verdadero Cordero que quitó el pecado del mundo: muriendo, destruyó nuestra muerte, y resucitando, restauró la vida.

Por eso, con esta efusión del gozo pascual, el mundo entero se desborda de alegría y también los coros celestiales, los ángeles y los arcángeles, cantan sin cesar el himno de tu gloria: Santo, Santo, Santo...

63. *En la Plegaria eucarística, se hace memoria de los bautizados y de los padrinos, según las fórmulas que se encuentran en cada una de las Plegarias eucarísticas en el Misal y en el Ritual Romano.*

64. *Antes de decir Éste es el Cordero de Dios, el sacerdote puede exhortar brevemente a los neófitos sobre la primera Comunión que van a recibir y, sobre el valor de tan gran misterio, que es el culmen de la iniciación y el centro de toda la vida cristiana.*

65. *Es conveniente que los neófitos reciban la sagrada Comunión bajo las dos especies, junto con sus padrinos, madrinas, papás y esposos católicos, y con los catequistas laicos. Es conveniente también, con el consentimiento del obispo diocesano, donde las circunstancias lo aconsejen, que todos los fieles reciban la sagrada Comunión bajo las dos especies.*

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN 1 Co 5, 7-8

Cristo, nuestro Cordero Pascual, ha sido inmolado. Aleluya. Celebremos, pues, la Pascua, con el pan sin levadura, que es de sinceridad y verdad. Aleluya.

Conviene cantar el salmo 117.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Infúndenos, Señor, el espíritu de tu caridad, para que, saciados con los sacramentos pascuales, vivamos siempre unidos en tu amor. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que Dios todopoderoso, los bendiga en este día solemnísimo de la Pascua y, compadecido de ustedes, los guarde de todo pecado.

R. Amén.

Que les conceda el premio de la inmortalidad aquel que los ha redimido para la vida eterna con la resurrección de su Unigénito.

R. Amén.

Que ustedes, que una vez terminados los días de la Pasión, celebran con gozo la fiesta de la Pascua del Señor, puedan participar, con su gracia, del júbilo de la Pascua eterna.

R. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo +, y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. R. Amén.

Puede usarse también la fórmula de bendición final del ritual para el Bautismo de los adultos o de los niños, de acuerdo a las circunstancias.

69. Para despedir al pueblo, el diácono o, en su ausencia, el mismo sacerdote canta o dice:

Anuncien a todos la alegría del Señor resucitado. Vayan en paz, aleluya, aleluya.

O bien:

Pueden ir en paz, aleluya, aleluya.

Todos responden:

Demos gracias a Dios, aleluya, aleluya.

Esta fórmula de despedida se utiliza durante toda la octava de Pascua.

70. El cirio pascual se enciende en todas las celebraciones litúrgicas más solemnes de este tiempo.

Misa del día

TÚ ERES, SACERDOTE, CRISTO VIVO – Reflexión sacerdotal

Este día es designado también Domingo de Gloria, en el cual los creyentes conmemoramos el retorno de Cristo Jesús al tercer día de ser crucificado. Hoy se da por concluido el Triduo Pascual y la Semana Santa; así se da paso a un periodo que comprende 50 días denominado Tiempo Pascual que culmina el Domingo de Pentecostés, (este año e1 3l de mayo). La palabra "pascua" es "paso", por lo que se considera como el paso de Jesucristo de la muerte a la vida eterna.

VE A DECIRLE A MIS HERMANOS

Hch 10, 34.37-43; 1 Co 5. 6-8: Lc 24, 1-12; Jn 20, 1-19

Pedro y Magdalena ocupan un lugar decisivo en cada uno de los relatos. En la narración evangélica Magdalena supera el llanto y el desconsuelo inicial al constatar la desaparición del cuerpo del Señor Jesús; al identificar la voz del Maestro que la llama con su inconfundible timbre de voz, María rehace su ruta interior, da un giro de 180 grados en su vida y reconstruye su confianza en el Señor resucitado. La mujer que sale del sepulcro y comparte su esperanza no se parece a la mujer llorosa del comienzo. Por su parte, el libro de los Hechos de los Apóstoles nos refiere el testimonio animoso del apóstol Pedro, quien, habiendo superado la penosa situación de su fingida ignorancia del Maestro, habla contundentemente de la victoria del Señor Resucitado: "Lo mataron colgándolo de un madero, pero Dios lo resucito al tercer día".

ANTÍFONA DE ENTRADA **Lc 24, 34; cfr. Apoc 1,6**

El Señor ha resucitado verdaderamente, aleluya. A él la gloria y el poder por toda la eternidad, aleluya, aleluya.

ORACIÓN COLECTA

Señor Dios, que por medio de tu Unigénito, vencedor de la muerte, nos has abierto hoy las puertas de la vida eterna, concede a quienes celebramos la solemnidad de la resurrección del Señor, resucitar también en la luz de la vida eterna, por la acción renovadora de tu Espíritu. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Hemos comido y bebido con Cristo resucitado.

Del libro de los Hechos de los Apóstoles: 10, 34. 37-43

En aquellos días, Pedro tomó la palabra y dijo: "Ya saben ustedes lo sucedido en toda Judea, que tuvo principio en Galilea, después del bautismo predicado por Juan: cómo

Dios ungió con el poder del Espíritu Santo a Jesús de Nazaret y cómo éste pasó haciendo el bien, sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con Él.

Nosotros somos testigos de cuanto Él hizo en Judea y en Jerusalén. Lo mataron colgándolo de la cruz, pero Dios lo resucitó al tercer día y concedió verlo, no a todo el pueblo, sino únicamente a los testigos que Él, de antemano, había escogido: a nosotros, que hemos comido y bebido con Él después de que resucitó de entre los muertos.

Él nos mandó predicar al pueblo y dar testimonio de que Dios lo ha constituido juez de vivos y muertos. El testimonio de los profetas es unánime: que cuantos creen en Él reciben, por su medio, el perdón de los pecados".

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 117

R/. Éste es el día del triunfo del Señor. Aleluya.

Te damos gracias, Señor, porque eres bueno, porque tu misericordia es eterna. Diga la casa de Israel: "Su misericordia es eterna". **R/.**

La diestra del Señor es poderosa, la diestra del Señor es nuestro orgullo. No moriré, continuaré viviendo para contar lo que el Señor ha hecho. **R/.**

La piedra que desecharon los constructores, es ahora la piedra angular. Esto es obra de la mano del Señor, es un milagro patente. **R/.**

SEGUNDA LECTURA

Busquen los bienes del cielo, donde está Cristo.

De la carta del apóstol san Pablo a los colosenses: 3, 1-4

Hermanos: Puesto que han resucitado con Cristo, busquen los bienes de arriba, donde está Cristo, sentado a la derecha de Dios. Pongan todo el corazón en los bienes del cielo, no en los de la tierra, porque han muerto y su vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando se manifieste Cristo, vida de ustedes, entonces también ustedes se manifestarán gloriosos, juntamente con Él.

Palabra de Dios.

O bien:

Tiren la antigua levadura, pues Cristo, nuestro cordero pascual, ha sido inmolado.

De la primera carta del apóstol san Pablo a los corintios: 5, 6-8

Hermanos: ¿No saben ustedes que un poco de levadura hace fermentar toda la masa? Tiren la antigua levadura, para que sean ustedes una masa nueva, ya que son pan sin levadura, pues Cristo, nuestro cordero pascual, ha sido inmolado.

Celebremos, pues, la fiesta de la Pascua, no con la antigua levadura, que es de vicio y maldad, sino con el pan sin levadura, que es de sinceridad y verdad.

Palabra de Dios.

SECUENCIA

(Sólo el día de hoy es obligatoria: durante la octava es opcional)

Ofrezcan los cristianos
ofrendas de alabanza
a gloria de la víctima
propicia de la Pascua.
Cordero sin pecado,
que a las ovejas salva,
a Dios y a los culpables
unió con nueva alianza.
Lucharon vida y muerte
en singular batalla,
y, muerto el que es la vida,
triunfante se levanta.
"¿Qué has visto de camino,
María, en la mañana?".
A mi Señor glorioso,
la tumba abandonada,
los ángeles testigos,
sudarios y mortaja.
¡Resucitó de veras
mi amor y mi esperanza!
Venid a Galilea,
allí el Señor aguarda;
allí veréis los suyos
la gloria de la Pascua.
Primicia de los muertos,
sabemos por tu gracia
que estás resucitado;
la muerte en ti no manda.
Rey vencedor, apiádate
de la miseria humana
y da a tus fieles parte
en tu victoria santa

ACLAMACIÓN (Cfr. 1 Cor 5, 7-8)

R/. Aleluya, aleluya.

Cristo, nuestro cordero pascual, ha sido inmolado; celebremos, pues, la Pascua. **R/.**

EVANGELIO

Él debía resucitar de entre los muertos.

+ Del santo Evangelio según san Juan: 20, 1-9

El primer día después del sábado, estando todavía oscuro, fue María Magdalena al sepulcro y vio removida la piedra que lo cerraba. Echó a correr, llegó a la casa donde

estaban Simón Pedro y el otro discípulo, a quien Jesús amaba, y les dijo: "Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo habrán puesto".

Salieron Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro. Los dos iban corriendo juntos, pero el otro discípulo corrió más aprisa que Pedro y llegó primero al sepulcro, e inclinándose, miró los lienzos puestos en el suelo, pero no entró.

En eso llegó también Simón Pedro, que lo venía siguiendo, y entró en el sepulcro. Contempló los lienzos puestos en el suelo y el sudario, que había estado sobre la cabeza de Jesús, puesto no con los lienzos en el suelo, sino doblado en sitio aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro, y vio y creyó, porque hasta entonces no habían entendido las Escrituras, según las cuales Jesús debía resucitar de entre los muertos.

Palabra del Señor.

O bien:

Ha resucitado e irá delante de ustedes a Galilea.

+ Del santo Evangelio según san Mateo: 28, 1-10

Transcurrido el sábado, al amanecer del primer día de la semana, María Magdalena y la otra María fueron a ver el sepulcro. De pronto se produjo un gran temblor, porque el ángel del Señor bajó del cielo y acercándose al sepulcro, hizo rodar la piedra que lo tapaba y se sentó encima de ella. Su rostro brillaba como el relámpago y sus vestiduras eran blancas como la nieve. Los guardias, atemorizados ante él, se pusieron a temblar y se quedaron como muertos. El ángel se dirigió a las mujeres y les dijo: "No teman. Ya sé que buscan a Jesús, el crucificado. No está aquí; ha resucitado, como lo había dicho. Vengan a ver el lugar donde lo habían puesto. Y ahora, vayan de prisa a decir a sus discípulos: 'Ha resucitado de entre los muertos e irá delante de ustedes a Galilea; allá lo verán'. Eso es todo".

Ellas se alejaron a toda prisa del sepulcro, y llenas de temor y de gran alegría, corrieron a dar la noticia a los discípulos. Pero de repente Jesús les salió al encuentro y las saludó. Ellas se le acercaron, le abrazaron los pies y lo adoraron. Entonces les dijo Jesús: "No tengan miedo.

Vayan a decir a mis hermanos que se dirijan a Galilea. Allá me verán".

Palabra del Señor.

O bien, en las misas vespertinas del domingo:

Quédate con nosotros, porque ya es tarde.

+ Del santo Evangelio según san Lucas: 24, 13-35

El mismo día de la resurrección, iban dos de los discípulos hacia un pueblo llamado Emaús, situado a unos once kilómetros de Jerusalén, y comentaban todo lo que había sucedido.

Mientras conversaban y discutían, Jesús se les acercó y comenzó a caminar con ellos; pero los ojos de los dos discípulos estaban velados y no lo reconocieron. Él les preguntó: "¿De qué cosas vienen hablando, tan llenos de tristeza?"

Uno de ellos, llamado Cleofás, le respondió: "¿Eres tú el único forastero que no sabe lo que ha sucedido estos días en Jerusalén?" Él les preguntó: "¿Qué cosa?" Ellos le respondieron: "Lo de Jesús el nazareno, que era un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo. Cómo los sumos sacerdotes y nuestros jefes lo entregaron para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que Él sería el libertador de Israel, y sin embargo, han pasado ya tres días desde que estas cosas sucedieron. Es cierto que algunas mujeres de nuestro grupo nos han desconcertado, pues fueron de madrugada al sepulcro, no encontraron el cuerpo y llegaron contando que se les habían aparecido unos ángeles, que les dijeron que estaba vivo. Algunos de nuestros compañeros fueron al sepulcro y hallaron todo como habían dicho las mujeres, pero a Él no lo vieron".

Entonces Jesús les dijo: "¡Qué insensatos son ustedes y qué duros de corazón para creer todo lo anunciado por los profetas! ¿Acaso no era necesario que el Mesías padeciera todo esto y así entrara en su gloria?" Y comenzando por Moisés y siguiendo con todos los profetas, les explicó todos los pasajes de la Escritura que se referían a Él.

Ya cerca del pueblo a donde se dirigían, Él hizo como que iba más lejos; pero ellos le insistieron, diciendo: "Quédate con nosotros, porque ya es tarde y pronto va a oscurecer". Y entró para quedarse con ellos. Cuando estaban a la mesa, tomó un pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio. Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron, pero Él se les desapareció. Y ellos se decían el uno al otro: "¡Con razón nuestro corazón ardía, mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras!"

Se levantaron inmediatamente y regresaron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, los cuales les dijeron: "De veras ha resucitado el Señor y se le ha aparecido a Simón". Entonces ellos contaron lo que les había pasado en el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Llenos de júbilo por el gozo pascual te ofrecemos, Señor, este sacrificio, mediante el cual admirablemente renace y se nutre tu Iglesia. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio I de Pascua

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación glorificarte siempre, Señor, pero más que nunca en este día, en que Cristo, nuestra Pascua, fue inmolado.

Por él es el verdadero Cordero que quitó el pecado del mundo: muriendo, destruyó nuestra muerte, y resucitando, restauró la vida.

Por eso, con esta efusión del gozo pascual, el mundo entero se desborda de alegría y también los coros celestiales, los ángeles y los arcángeles, cantan sin cesar el himno de tu gloria: Santo, Santo, Santo...

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN 1 Co 5, 7-8

Cristo, nuestro Cordero Pascual, ha sido inmolado. Aleluya. Celebremos, pues, la Pascua, con el pan sin levadura, que es de sinceridad y verdad. Aleluya.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Dios de bondad, protege paternalmente con amor incansable a tu Iglesia, para que, renovada por los misterios pascuales, pueda llegar a la gloria de la resurrección. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Para dar la bendición al final de la Misa, es conveniente que el sacerdote utilice la fórmula de bendición solemne de la Misa de la Vigilia Pascual.

Al despedir al pueblo, se canta o se dice:

Anuncien a todos la alegría del Señor resucitado. Vayan en paz, aleluya, aleluya.

O bien:

Pueden ir en paz, aleluya, aleluya.

Todos responden:

Demos gracias a Dios, aleluya, aleluya.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

IR A ÍNDICE DOMINGO DE RESURRECCIÓN

Dios lo resucitó al tercer día (Hch 10, 34a.37-43)

1ª lectura

Pedro, en un apretado discurso, síntesis de todo el Evangelio, predica al centurión Cornelio y a toda su casa la verdad de Cristo Jesús. En el discurso de Pentecostés, Pedro había presentado a Jesús ante un auditorio judío, como «Señor y Cristo»; ahora lo hace como «Juez de vivos y muertos», prerrogativa que en el Antiguo Testamento era exclusiva de Dios. En el ámbito humano, que podían entender fácilmente Cornelio y su casa, funcionarios del Imperio romano, la suprema potestad de juzgar la tenía el César. Los Apóstoles enseñan que el juicio último del hombre no pertenece a ninguna autoridad humana.

Buscad las cosas de arriba (Col 3, 1-4)

2ª lectura

Por el Bautismo el cristiano participa de la vida gloriosa de Jesucristo resucitado. Por eso, Cristo debe llenar todos los horizontes de su vida. «Mi amor está crucificado (...). No me satisfacen los alimentos corruptibles y los placeres de este mundo. Lo que yo quiero es el pan de Dios, que es la carne de Cristo, nacido de la descendencia de David, y no deseo otra bebida que su sangre, que es la caridad incorruptible» (S. Ignacio de Antioquía, *Ad Romanos* 6,1-9,3).

El deseo de vivir con Cristo proporciona una nueva perspectiva a la existencia en este mundo: «Los cristianos, peregrinando hacia la ciudad celeste, deben buscar y gustar las cosas de arriba (cfr vv. 1-2), lo cual en nada disminuye la importancia de la obligación que les incumbe de trabajar con todos los hombres en la construcción de un mundo más humano» (Conc. Vaticano II, *Gaudium et spes*, n. 57).

Jesús ha resucitado (Mt 28, 1-10)

Evangelio

«La Resurrección de Jesús es la verdad culminante de nuestra fe en Cristo, creída y vivida por la primera comunidad cristiana como verdad central, transmitida como fundamental por la Tradición, establecida en los documentos del Nuevo Testamento, predicada como parte esencial del Misterio Pascual al mismo tiempo que la Cruz» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 638). Dos notas lo configuran. En primer lugar, es «un acontecimiento a la vez históricamente atestiguado por los discípulos que se encontraron realmente con el Resucitado, y misteriosamente trascendente en cuanto entrada de la humanidad de Cristo en la gloria de Dios» (*ibidem,* n. 656). En segundo lugar, el hecho tiene una singular importancia para nosotros, los hombres, pues «Cristo, "el primogénito de entre los muertos" (Col 1,18), es el principio de nuestra propia resurrección, ya desde ahora por la justificación de nuestra alma, más tarde por la vivificación de nuestro cuerpo» (*ibidem*, n. 658).

Los evangelios coinciden en que las primeras apariciones de Jesús Resucitado no fueron a los discípulos, sino a «las santas mujeres», cuyo amor más desinteresado y generoso, más fiel y recio que el de los varones, parece haber sido premiado de un modo muy delicado. En el ambiente judaico de la época se concedía poco valor al testimonio jurídico de las mujeres: quizás por eso San Pablo no las menciona en su resumen catequético de 1 Co 15,1-9. La circunstancia de que se les atribuya tanta relevancia en los cuatro evangelios apunta en primer lugar a la realidad histórica del hecho, pero muestra también la predilección de Dios por las almas sencillas, generosas y humildes.

Hay pequeñas diferencias entre los sinópticos. Frente a la frescura y espontaneidad de Marcos, y frente al gusto de Lucas por los detalles, Mateo es algo hierático, catequético y solemne; prescinde de detalles secundarios. Las señales con las que describe el anuncio de la resurrección (vv. 2-4) indican también la magnitud del hecho; como la muerte de Jesús (27,51-54), la resurrección es un acontecimiento extraordinario: es lógico que el cielo y la tierra lo proclamen. «Éste es el día en que actuó el Señor, día totalmente distinto de aquellos otros establecidos desde el comienzo de los siglos y que son medidos por el paso del tiempo. Este día es el principio de una nueva creación, porque, como dice el profeta, en este día Dios ha creado un cielo nuevo y una tierra nueva. (…) En este día es creado el verdadero hombre, aquel que fue hecho a imagen y semejanza de Dios. (…) Pero aún no hemos hablado del mayor de los privilegios de este día de gracia: lo más importante de este día es que Él destruyó el dolor de la muerte y dio a luz al primogénito de entre los muertos. (…) ¡Oh mensaje lleno de felicidad y de hermosura! El que por nosotros se hizo hombre semejante a nosotros, siendo el Unigénito del Padre, quiere convertirnos en sus

hermanos y, al llevar su humanidad al Padre, arrastra tras de sí a todos los que ahora son ya de su raza» (S. Gregorio de Nisa, *In Christi Resurrectione oratio* 1).

El otro discípulo vio y creyó (Jn 20, 1-9)

Evangelio

Los cuatro Evangelios narran los primeros testimonios de las santas mujeres y de los discípulos acerca de la Resurrección gloriosa de Cristo. Tales testimonios se refieren, en un primer momento, a la realidad del sepulcro vacío. Después relatarán diversas apariciones de Jesús Resucitado.

María Magdalena es una de las que asistían al Señor en sus viajes; junto con la Virgen María le siguió valientemente hasta la Cruz, y vio dónde habían depositado su Cuerpo. Ahora, una vez pasado el reposo obligado del sábado, va a visitar la tumba. Notemos el detalle evangélico: «Al amanecer, cuando todavía estaba oscuro»; el amor y la veneración le hacen ir sin demora junto al Cuerpo del Señor.

El cuarto Evangelio destaca que, aunque fueron las mujeres, y en concreto María Magdalena, las primeras en llegar al sepulcro, son los Apóstoles los primeros en entrar y percibir los detalles externos que muestran que Cristo ha resucitado (el sepulcro vacío, los lienzos «caídos», el sudario aparte). Dar testimonio de este hecho será punto esencial de la misión que les encomendará Cristo: «Seréis mis testigos en Jerusalén… y hasta los confines de la tierra» (Act 1,8).

Juan, que llegó antes —quizá porque era más joven—, no entró por deferencia hacia Pedro. Esto insinúa que ya entonces Pedro era considerado como cabeza de los Apóstoles.

Las palabras que emplea el Evangelista para describir lo que Pedro y él vieron en el sepulcro vacío expresan con vivo realismo la impresión que les causó lo que allí encontraron, y cómo quedaron grabados en su memoria algunos detalles a primera vista irrelevantes. Hasta tal punto fueron significativas las características que presentaba el sepulcro vacío, que les hicieron intuir de algún modo la Resurrección del Señor. Algunos términos que aparecen en el relato necesitan ser explicados; la escueta traducción difícilmente puede expresar todo el contenido.

«Los lienzos caídos»: El participio griego que hemos traducido por «caídos» parece indicar que los lienzos habían quedado aplanados, como vacíos al resucitar y desaparecer de allí el cuerpo de Jesús, como si Este hubiera salido de los lienzos y vendas sin ser desenrollados, pasando a través de ellos (lo mismo que entró más tarde en el Cenáculo «estando cerradas las puertas»). Por ello, los lienzos estaban «caídos», «planos», «yacentes» según la traducción literal del griego, al salir de ellos el Cuerpo de Jesús que los había mantenido antes en forma abultada. Así se comprende la admiración y el recuerdo imborrable del testigo.

«El sudario… aparte, todavía enrollado, en un sitio»: La primera observación es que el sudario, que había envuelto la cabeza, no estaba encima de los lienzos, sino al lado. La segunda, más sorprendente, es que, como los lienzos, conservaba todavía su forma de envoltura, pero, a diferencia de aquellos, mantenía cierta consistencia de

volumen, a manera de casquete, probablemente debido a la tersura producida por los ungüentos. Todo ello es lo que parece indicar el correspondiente participio griego, que hemos traducido por «enrollado».

De estos detalles en la descripción del sepulcro vacío se desprende que el cuerpo de Jesús tuvo que resucitar de manera gloriosa, es decir, trascendiendo las leyes físicas. No se trataba sólo de la reanimación del cuerpo, como por ejemplo, en el caso de Lázaro, que necesitó ser desligado de las vendas y demás lienzos de la mortaja para poder andar.

Como les había dicho María Magdalena, el Señor no estaba en el sepulcro; pero los dos Apóstoles se dieron cuenta de que no podía tratarse de un robo, como ella suponía, pues vieron que los lienzos y el sudario se encontraban puestos de un modo especial; al verlos así empezaron a entender lo que tantas veces les había explicado el Maestro acerca de su Muerte y Resurrección.

El sepulcro vacío y los demás datos que lo acompañan son señales perceptibles por los sentidos; la Resurrección, en cambio, aunque pueda tener efectos comprobables por la experiencia, requiere la fe para ser aceptada. La Resurrección de Cristo es un hecho real e histórico: nueva unión del cuerpo y del alma de Jesús. Pero, siendo una Resurrección gloriosa —no como la de Lázaro—, que está muy por encima de lo que podemos apreciar en esta vida, y supera, por tanto, los límites de la experiencia sensible, se requiere una ayuda especial de Dios —el don de la fe— para conocer y aceptar con certeza este hecho que, al mismo tiempo que es histórico, es sobrenatural. Por tanto, puede decirse con Santo Tomás de Aquino que «cada uno de los argumentos de por sí no bastaría para demostrar la Resurrección, pero, tomados en conjunto, la manifiestan suficientemente; sobre todo por el testimonio de la Sagrada Escritura, el anuncio de los Ángeles y la palabra de Cristo confirmada con milagros» (Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, III, q. 55, a. 6 ad 1).

Además de las predicciones de Cristo acerca de su Pasión, Muerte y Resurrección, ya en el Antiguo Testamento estaba anunciado el triunfo glorioso del Mesías y, en cierto modo, su Resurrección. Los Apóstoles empiezan a entender el verdadero sentido de la Sagrada Escritura después de la Resurrección del Señor, y más especialmente cuando reciben el Espíritu Santo, que ilumina plenamente sus inteligencias para comprender el contenido de la Palabra de Dios. Es de suponer la sorpresa y alborozo de todos los discípulos al oír contar a Pedro y Juan lo que habían visto en el sepulcro.

Por el camino de Emaús (Lc 24,13-35)

Evangelio

A lo largo de la conversación con Jesús los discípulos pasan de la tristeza a la alegría, recobran la esperanza y con ello el afán de comunicar el gozo que hay en sus corazones, haciéndose de este modo anunciadores y testigos de Cristo resucitado.

Esta es una de las escenas exclusivas de San Lucas, descrita con gran maestría literaria. Nos presenta el celo apostólico del Señor. *Jesús camina junto a aquellos dos hombres, que han perdido casi toda esperanza, de modo que la vida comienza a*

parecerles sin sentido. Comprende su dolor, penetra en su corazón, les comunica algo de la vida que habita en El.

Cuando, al llegar a aquella aldea, Jesús hace ademán de seguir adelante, los dos discípulos le detienen, y casi le fuerzan a quedarse con ellos. Le reconocen luego al partir el pan: El Señor, exclaman, ha estado con nosotros. Entonces se dijeron uno a otro: ¿No es verdad que sentíamos abrasarse nuestro corazón, mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras? *(Lc 24,32). Cada cristiano debe hacer presente a Cristo entre los hombres; debe obrar de tal manera que quienes le traten perciban el* bonus odor Christi *(cfr 2* Cor *11,15), el buen olor de Cristo; debe actuar de modo que, a través de las acciones del discípulo, pueda descubrirse el rostro del Maestro* (San Josemaría Escrivá, *Es Cristo que pasa*, n. 105).

La conversación con Jesús de los dos discípulos camino de Emaús resume perfectamente la desilusión de los que habían seguido al Señor, ante el aparente fracaso que representaba para ellos su muerte. En las palabras de Cleofás está recogida la vida y misión de Cristo, su Pasión y Muerte, la desesperanza de estos discípulos al cabo de tres días, y los hechos acaecidos la mañana del domingo.

Ya antes Jesús había dicho a los judíos: «Escudriñad las Escrituras, en las que vosotros pensáis tener la vida eterna; ellas son las que dan testimonio de mí» (Jn 5,39). Nos da así un camino seguro para conocerle. El Papa Pablo VI señala que también hoy día el uso frecuente y la devoción a la Sagrada Escritura es una moción clara del Espíritu Santo: «El progreso de los estudios bíblicos, la creciente difusión de la Sagrada Escritura y, sobre todo, el ejemplo de la Tradición y la moción íntima del Espíritu orientan a los cristianos de nuestro tiempo a servirse cada vez más de la Biblia como del libro fundamental de oración, y a buscar en ella inspiración genuina y modelos insuperables» (*Marialis cultus*, n. 30).

Jesús, en respuesta al desaliento de los discípulos, va pacientemente descubriéndoles el sentido de toda la Sagrada Escritura acerca del Mesías: «¿No era preciso que el Cristo padeciera estas cosas y así entrara en su gloria?» Con estas palabras el Señor deshace la idea que todavía pudieran tener de un Mesías terreno y político, haciéndoles ver que la misión de Cristo es sobrenatural: la Salvación del género humano.

En la Sagrada Escritura estaba anunciado que el plan salvador de Dios se realizaría por medio de la Pasión y Muerte redentora del Mesías. La Cruz no es un fracaso, sino el camino querido por Dios para el triunfo definitivo de Cristo sobre el pecado y sobre la muerte. Muchos contemporáneos del Señor no entendieron su misión sobrenatural por no haber interpretado correctamente los textos del Antiguo Testamento. Nadie como Jesús puede conocer el verdadero sentido de las Escrituras Santas. Y, después de Él, sólo la Iglesia tiene la misión y el oficio de interpretarlas auténticamente: «Todo lo dicho sobre la interpretación de la Escritura está sometido al juicio definitivo de la Iglesia, que recibió de Dios el encargo y el oficio de conservar e interpretar la palabra de Dios» (Concilio Vaticano II, *Dei Verbum*, n. 12).

La presencia y la palabra del Maestro recupera a estos discípulos desalentados, y enciende en ellos una esperanza nueva y definitiva: *Iban aquellos dos discípulos hacia Emaús. Su paso era normal, como el de tantos otros que transitaban por aquel paraje. Y allí, con naturalidad, se les aparece Jesús, y anda con ellos, con una conversación que disminuye la fatiga. Me imagino la escena, ya bien entrada la tarde. Sopla una brisa suave. Alrededor, campos sembrados de trigo ya crecido, y los olivos viejos, con las ramas plateadas por la luz tibia.*

Jesús, en el camino. ¡Señor, qué grande eres siempre! Pero me conmueves cuando te allanas a seguirnos, a buscarnos, en nuestro ajetreo diario. Señor, concédenos la ingenuidad de espíritu, la mirada limpia, la cabeza clara, que permiten entenderte cuando vienes sin ningún signo exterior de tu gloria.

Se termina el trayecto al encontrar la aldea, y aquellos dos que —sin darse cuenta— han sido heridos en lo hondo del corazón por la palabra y el amor del Dios hecho hombre, sienten que se vaya. Porque Jesús les saluda con ademán de continuar adelante *(*Lc *24,28). No se impone nunca, este Señor Nuestro. Quiere que le llamemos libremente, desde que hemos entrevisto la pureza del Amor, que nos ha metido en el alma. Hemos de detenerlo* por fuerza *y rogarle:* continúa con nosotros, porque es tarde, y vaya el día de caída *(*Lc *24,29), se hace de noche.*

Así somos: siempre poco atrevidos, quizá por insinceridad, o quizá por pudor. En el fondo, pensamos: quédate con nosotros, porque nos rodean en el alma las tinieblas, y sólo Tú eres luz, sólo Tú puedes calmar esta ansia que nos consume. Porque entre las cosas hermosas, honestas, no ignoramos cuál es la primera: poseer siempre a Dios *(San Gregorio Nacianceno,* Epistulae*, 212).*

Y Jesús se queda. Se abren nuestros ojos como los de Cleofás y su compañero, cuando Cristo parte el pan; y aunque El vuelva a desaparecer de nuestra vista, seremos también capaces de emprender de nuevo la marcha —anochece—, para hablar a los demás de Él, porque tanta alegría no cabe en un pecho solo.

Camino de Emaús. Nuestro Dios ha llenado de dulzura este nombre. Y Emaús es el mundo entero, porque el Señor ha abierto los caminos divinos de la tierra» (San Josemaría Escrivá, *Amigos de Dios*, nn. 313 y 314).

Muchos Santos Padres han visto en esta acción del Señor (vv. 30-31) una consagración del pan como en la Última Cena, El modo peculiar con que bendice y parte el pan les hace ver que es Él.

En la vida de la Iglesia la liturgia siempre ha tenido una gran importancia como culto a Dios, como expresión de la fe y como catequesis eficaz de las verdades reveladas. Por eso, los gestos externos —las ceremonias litúrgicas— han de ser observadas con la mayor fidelidad (cfr *Sacrosantum Concilium*, n. 22). *Ten veneración y respeto por la Santa Liturgia de la Iglesia y por sus ceremonias particulares. — Cúmplelas fielmente. — ¿No ves que los pobrecitos hombres necesitamos que hasta lo más grande y noble entre por los sentidos?* (Camino n. 522).

Los discípulos de Emaús sienten ahora la urgencia de volver a Jerusalén, donde los Apóstoles y algunos otros discípulos se encuentran reunidos con Pedro, a quien Jesús se ha aparecido.

En la Historia Sagrada, Jerusalén fue el lugar donde Dios quiso ser alabado de modo particular y en ella los profetas ejercieron su principal ministerio. Por voluntad divina Jesucristo padeció, murió y resucitó en Jerusalén y desde allí comenzará a extenderse el Reino de Dios. En el Nuevo Testamento a la Iglesia de Cristo se la denomina «la Jerusalén de arriba» (Gal 4,26), «la Jerusalén celestial» (Heb 12,22), «la nueva Jerusalén» (Apc 21,2).

En la Ciudad Santa también comienza la Iglesia. Más tarde San Pedro, no sin una especial providencia divina, se traslada a Roma que, de este modo, se convierte en el centro de la Iglesia. Como aquellos discípulos son confirmados en la fe por San Pedro, los cristianos de todos los siglos acuden a la Sede de Pedro para confirmar su fe, y mantener así la unidad de la Iglesia: «Sin el Papa la Iglesia Católica ya no sería tal, sino que, faltando en la Iglesia de Cristo el oficio pastoral supremo, eficaz y decisivo de Pedro, la unidad se desmoronaría, y en vano se intentaría reconstruirla luego con criterios sustitutivos de aquel auténtico establecido por el mismo Cristo (...). Queremos además considerar que ese gozne central de la Santa Iglesia no pretende constituir una supremacía de orgullo espiritual o de dominio humano, sino un primado de servicio, de ministerio y de amor. No es vana retórica la que atribuye al Vicario de Cristo el título de *servus servorum Dei*» (*Ecclesiam Suam*, n. 83).

SAN AGUSTÍN (www.homiletica.com.ar)

IR A ÍNDICE DOMINGO DE RESURRECCIÓN

VIGILIA PASCUAL

La alegría pascual.

1. No hay día que no lo haya hecho el Señor; no solamente ha hecho los días, sino que continúa haciéndolos desde el momento en que *hace salir su sol sobre los buenos y sobre los malos, y llueve sobre los justos y los injustos*. En consecuencia, no ha de pensarse que se refiera a este día ordinario, común a buenos y malos, aquel texto en que hemos escuchado: *Este es el día que hizo*. Al decir: *Este es el día que hizo el Señor,* nos proclama un día más notable y hace que concentremos nuestra atención en él. ¿Qué día es este del que se dice: *Alegrémonos y gocémonos en él?* ¿Qué día sino un día bueno? ¿Qué día sino el apetecible, amable, deseable y deleitoso del que decía el santo Jeremías: *Tú sabes que no apetecí el día delos hombres? ¿Cuál* es, pues, este día que hizo el Señor? Vivid bien y lo seréis vosotros. Cuando el apóstol decía: *Caminemos honestamente como de día,* no se refería a este que inicia con la salida del sol y termina con su ocaso. El mismo dice también: *Pues los que se embriagan, se embriagan de noche*. Nadie ve a los hombres borrachos a la hora del almuerzo; pero sea la hora que sea, se trata siempre de la noche, no del día que hizo el Señor. Pues así como son día

los que viven piadosa, santa y devotamente, con templanza, justicia y sobriedad, así, por el contrario, son noche los que viven impía, lujuriosa, soberbia e irreligiosamente; para esta noche, la noche será, sin duda, como un ladrón. *El día del Señor vendrá como ladrón en la noche,* según está escrito. Pero, después de mencionar este testimonio, el Apóstol, dirigiéndose a quienes había dicho en otro lugar: *Fuisteis en otro tiempo tinieblas; ahora, en cambio, sois luz en el Señor* —ved aquí el día que hizo el Señor—; después de haber dicho dirigiéndose a ellos: *Sabéis, hermanos, que el día del Señor vendrá como ladrón en la noche,* añadió: *Pero vosotros no estáis en las tinieblas para que aquel día os sorprenda como un ladrón. Todos vosotros sois hijos de la luz e hijos de Dios; no lo somos de la noche ni de las tinieblas.* Así, pues, este nuestro cantar es un traer a la memoria la vida santa. Cuando decimos todos al unísono con espíritu alegre y corazón concorde: *Este es el día que hizo el Señor,* procuremos ir de acuerdo con nuestro sonido para que nuestra lengua no profiera un testimonio contra nosotros. Tú que vas a embriagarte hoy dices: *Este es el día que hizo el Señor;* ¿no temes que te responda: «Este día no lo hizo el Señor? ¿Se cree día bueno incluso aquel al que la lujuria y la maldad convirtieron en pésimo?»

2. Ved qué alegría, hermanos míos; alegría por vuestra asistencia, alegría de cantar salmos e himnos, alegría de recordarla pasión y resurrección de Cristo, alegría de esperar la vida futura. Si el simple esperarla nos causa tanta alegría, ¿qué será el poseerla? Cuando estos días escuchamos el *Aleluya* ¡cómo se transforma el espíritu! ¿No es como si gustáramos un algo de aquella ciudad celestial? Si estos días nos producen tan grande alegría, ¿qué sucederá aquel en que se nos diga: *Venid, benditos de mi Padre; recibid el reino;* cuando todos los santos se encuentren reunidos, cuando se encuentren allí quienes no se conocían de antes, se reconozcan quienes se conocían; allí donde la compañía será tal que nunca se perderá un amigo ni se temerá un enemigo? Henos, pues, proclamando el *Aleluya;* es cosa buena y alegre, llena de gozo, de placer y de suavidad. Con todo, si estuviéramos diciéndolo siempre, nos cansaríamos; pero como va asociado a cierta época del año, ¡con qué placer llega, con qué ansia de que vuelva se va! ¿Habrá allí acaso idéntico gozo e idéntico cansancio? No lo habrá. Quizá diga alguien: «¿Cómo puede suceder que no engendre cansancio el repetir siempre lo mismo?» Si consigo mostrarte algo en esta vida que nunca llega a cansar, has de creer que allí todo será así. Se cansa uno de un alimento, de una bebida, de un espectáculo; se cansa uno de esto y aquello, pero nunca se cansó nadie de la salud. Así, pues, como aquí, en esta carne mortal y frágil, en medio del tedio originado por la pesantez del cuerpo, nunca ha podido darse que alguien se cansara dela salud, de idéntica manera tampoco allí producirá cansancio la caridad, la inmortalidad o la eternidad.

Sermones (4), Sermón 229 B, 1-2, BAC Madrid 1983, XXIV, pág. 305-08

***

DOMINGO DE RESURRECCIÓN

La Pascua, fiesta de cada día.

1. Siempre habéis de tener bien presente, hermanos, que Cristo *fue entregado por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación,* sobre todo en estos días que nos han recordado gracia tan grande, días en que la celebración anual no nos permite olvidar ese acontecimiento que tuvo lugar una sola vez. Iluminados por la fe, fortalecidos por la esperanza e inflamados por la caridad, asistamos a las solemnidades temporales y suspiremos incesantemente por las eternas. Pues si Dios *no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no iba a darnos todo con él?* Cristo sufrió la pasión; muramos al pecado; Cristo resucitó; vivamos para Dios; Cristo pasó de este mundo al Padre: no se apegue aquí nuestro corazón, antes bien sígale al cielo; nuestra cabeza pendió del madero: crucifiquemos la concupiscencia de la carne; vació en el sepulcro: sepultados con él, olvidemos el pasado; está sentado en el cielo; transfiramos nuestros deseos a las cosas sublimes; ha de venir como juez: no llevemos el mismo yugo que los infieles; ha de resucitar también los cadáveres de los muertos: merezcamos la transformación del cuerpo transformando la mente; pondrá a los malos a su izquierda y a los buenos a su derecha: elijamos nuestro lugar con las obras; su reino no tendrá fin: no temamos en absoluto el fin de esta vida. Toda *la enseñanza para obtener nuestra paz está en aquel por cuyas llagas hemos sido sanados.*

2. Por tanto, amadísimos, celebremos diariamente la Pascua meditando asiduamente todas estas cosas. La importancia que concedemos a estos días no debe ser tal que nos lleve a descuidar el recuerdo de la pasión y resurrección del Señor cuando cada día nos alimentamos con su cuerpo y sangre; con todo, en esta festividad el recuerdo es más brillante; el estímulo, más intenso, y la renovación, más gozosa, porque cada año nos coloca, como ante los mismos ojos, el recuerdo del acontecimiento. Celebrad, pues, esta fiesta transitoria y pensad que el reino futuro ha de permanecer por siempre. Si tanto nos llenan de gozo estos días pasajeros en los que recordamos con devota solemnidad la pasión y resurrección de Cristo, ¡qué dichosos nos hará el día eterno en que le veremos a él y permaneceremos con él, día cuyo solo deseo y expectación presente ya nos produce alegría! ¡Qué gozo otorgará a su Iglesia, a la que, regenerada por Cristo, quita el prepucio —por hablar así— de su naturaleza carnal, es decir, el oprobio de su nacimiento! Por eso se dijo: *Y a vosotros, que estabais muertos por vuestros pecados y el prepucio de vuestra carne, os vivificó con él perdonándoos todos los pecados. Pues como todos mueren en Adán, así también serán todos vivificados en Cristo.* Por lo cual en el bautismo de Cristo se manifiesta lo que estaba oculto bajo la sombra de la antigua circuncisión; y el mismo quitar la piel de la ignorancia carnal pertenece ya a esa circuncisión no efectuada por mano humana. *Pero cuando te vuelvas al Señor,* dijo, *desaparecerá el velo.*

***Sermones (4), Sermón 229 D, 1-2,* BAC Madrid 1983, XXIV, pág. 310-12**

FRANCISCO – Homilías de la Vigilia Pascual, 2013 y 2014

IR A ÍNDICE DOMINGO DE RESURRECCIÓN

2013

Jesús es el «hoy» eterno de Dios

Queridos hermanos y hermanas

1. En el Evangelio de esta noche luminosa de la Vigilia Pascual, encontramos primero a las mujeres que van al sepulcro de Jesús, con aromas para ungir su cuerpo (cf. *Lc* 24,1-3). Van para hacer un gesto de compasión, de afecto, de amor; un gesto tradicional hacia un ser querido difunto, como hacemos también nosotros. Habían seguido a Jesús. Lo habían escuchado, se habían sentido comprendidas en su dignidad, y lo habían acompañado hasta el final, en el Calvario y en el momento en que fue bajado de la cruz. Podemos imaginar sus sentimientos cuando van a la tumba: una cierta tristeza, la pena porque Jesús les había dejado, había muerto, su historia había terminado. Ahora se volvía a la vida de antes. Pero en las mujeres permanecía el amor, y es el amor a Jesús lo que les impulsa a ir al sepulcro. Pero, a este punto, sucede algo totalmente inesperado, una vez más, que perturba sus corazones, trastorna sus programas y alterará su vida: ven corrida la piedra del sepulcro, se acercan, y no encuentran el cuerpo del Señor. Esto las deja perplejas, dudosas, llenas de preguntas: «¿Qué es lo que ocurre?», «¿qué sentido tiene todo esto?» (cf. *Lc* 24,4). ¿Acaso no nos pasa así también a nosotros cuando ocurre algo verdaderamente nuevo respecto a lo de todos los días? Nos quedamos parados, no lo entendemos, no sabemos cómo afrontarlo. A menudo, la *novedad* nos da miedo, también la novedad que Dios nos trae, la novedad que Dios nos pide. Somos como los apóstoles del Evangelio: muchas veces preferimos mantener nuestras seguridades, pararnos ante una tumba, pensando en el difunto, que en definitiva sólo vive en el recuerdo de la historia, como los grandes personajes del pasado. Tenemos miedo de las sorpresas de Dios. Queridos hermanos y hermanas, en nuestra vida, tenemos miedo de las sorpresas de Dios. Él nos sorprende siempre. Dios es así.

Hermanos y hermanas, no nos cerremos a la novedad que Dios quiere traer a nuestras vidas. ¿Estamos acaso con frecuencia cansados, decepcionados, tristes; sentimos el peso de nuestros pecados, pensamos no lo podemos conseguir? No nos encerremos en nosotros mismos, no perdamos la confianza, nunca nos resignemos: no hay situaciones que Dios no pueda cambiar, no hay pecado que no pueda perdonar si nos abrimos a él.

2. Pero volvamos al Evangelio, a las mujeres, y demos un paso hacia adelante. Encuentran la tumba vacía, el cuerpo de Jesús no está allí, algo nuevo ha sucedido, pero todo esto todavía no queda nada claro: suscita interrogantes, causa perplejidad, pero sin ofrecer una respuesta. Y he aquí dos hombres con vestidos resplandecientes, que dicen: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí, ha resucitado» (*Lc* 24,5-6). Lo que era un simple gesto, algo hecho ciertamente por amor –el ir al sepulcro–, ahora se transforma en acontecimiento, en un evento que cambia verdaderamente la vida. Ya nada es como antes, no sólo en la vida de aquellas mujeres, sino también en nuestra vida y en nuestra historia de la humanidad. Jesús no está

muerto, ha resucitado, es *el Viviente*. No es simplemente que haya vuelto a vivir, sino que es la vida misma, porque es el Hijo de Dios, que es el que vive (cf. *Nm*14,21-28; *Dt* 5,26, *Jos* 3,10). Jesús ya no es del pasado, sino que vive en el presente y está proyectado hacia el futuro, Jesús es el «hoy» eterno de Dios. Así, la novedad de Dios se presenta ante los ojos de las mujeres, de los discípulos, de todos nosotros: la victoria sobre el pecado, sobre el mal, sobre la muerte, sobre todo lo que oprime la vida, y le da un rostro menos humano. Y este es un mensaje para mí, para ti, querida hermana y querido hermano. Cuántas veces tenemos necesidad de que el Amor nos diga: ¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo? Los problemas, las preocupaciones de la vida cotidiana tienden a que nos encerremos en nosotros mismos, en la tristeza, en la amargura…, y es ahí donde está la muerte. No busquemos ahí a Aquel que vive. Acepta entonces que Jesús Resucitado entre en tu vida, acógelo como amigo, con confianza: ¡Él es la vida! Si hasta ahora has estado lejos de él, da un pequeño paso: te acogerá con los brazos abiertos. Si eres indiferente, acepta arriesgar: no quedarás decepcionado. Si te parece difícil seguirlo, no tengas miedo, confía en él, ten la seguridad de que él está cerca de ti, está contigo, y te dará la paz que buscas y la fuerza para vivir como él quiere.

3. Hay un último y simple elemento que quisiera subrayar en el Evangelio de esta luminosa Vigilia Pascual. Las mujeres se encuentran con la novedad de Dios: Jesús ha resucitado, es el Viviente. Pero ante la tumba vacía y los dos hombres con vestidos resplandecientes, su primera reacción es de temor: estaban «con las caras mirando al suelo» –observa san Lucas–, no tenían ni siquiera valor para mirar. Pero al escuchar el anuncio de la Resurrección, la reciben con fe. Y los dos hombres con vestidos resplandecientes introducen un verbo fundamental: Recordad. «Recordad cómo os habló estando todavía en Galilea… Y recordaron sus palabras» (*Lc* 24,6.8). Esto es la invitación a *hacer memoria* del encuentro con Jesús, de sus palabras, sus gestos, su vida; este recordar con amor la experiencia con el Maestro, es lo que hace que las mujeres superen todo temor y que lleven la proclamación de la Resurrección a los Apóstoles y a todos los otros (cf. *Lc* 24,9). Hacer memoria de lo que Dios ha hecho por mí, por nosotros, hacer memoria del camino recorrido; y esto abre el corazón de par en par a la esperanza para el futuro. Aprendamos a hacer memoria de lo que Dios ha hecho en nuestras vidas.

En esta Noche de luz, invocando la intercesión de la Virgen María, que guardaba todos estas cosas en su corazón (cf. *Lc* 2,19.51), pidamos al Señor que nos haga partícipes de su resurrección: nos abra a su novedad que trasforma, a las sorpresas de Dios, tan bellas; que nos haga hombres y mujeres capaces de hacer memoria de lo que él hace en nuestra historia personal y la del mundo; que nos haga capaces de sentirlo como el Viviente, vivo y actuando en medio de nosotros; que nos enseñe cada día, queridos hermanos y hermanas, a no buscar entre los muertos a Aquel que vive. Amén.

***

2014

Nuestra propia Galilea es el encuentro personal con Jesucristo

El Evangelio de la resurrección de Jesucristo comienza con el ir de las mujeres hacia el sepulcro, temprano en la mañana del día después del sábado. Se dirigen a la tumba, para honrar el cuerpo del Señor, pero la encuentran abierta y vacía. Un ángel poderoso les dice: «Vosotras no tengáis miedo» (*Mt* 28,5), y les manda llevar la noticia a los discípulos: «Ha resucitado de entre los muertos y va por delante de vosotros a Galilea» (v. 7). Las mujeres se marcharon a toda prisa y, durante el camino, Jesús les salió al encuentro y les dijo: «No temáis: id a comunicar a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán» (v. 10). «No tengáis miedo», «no temáis»: es una voz que anima a abrir el corazón para recibir este mensaje».

Después de la muerte del Maestro, los discípulos se habían dispersado; su fe se deshizo, todo parecía que había terminado, derrumbadas las certezas, muertas las esperanzas. Pero entonces, aquel anuncio de las mujeres, aunque increíble, se presentó como un rayo de luz en la oscuridad. La noticia se difundió: Jesús ha resucitado, como había dicho... Y también el mandato de ir a *Galilea*; las mujeres lo habían oído por dos veces, primero del ángel, después de Jesús mismo: «Que vayan a Galilea; allí me verán». «No temáis» y «vayan a Galilea».

Galilea es *el lugar de la primera llamada, donde todo empezó*. Volver allí, volver al lugar de la primera llamada. Jesús pasó por la orilla del lago, mientras los pescadores estaban arreglando las redes. Los llamó, y ellos lo dejaron todo y lo siguieron (cf. *Mt* 4,18-22).

Volver a Galilea quiere decir *releer* todo a partir de la cruz y de la victoria; sin miedo, «no temáis». Releer todo: la predicación, los milagros, la nueva comunidad, los entusiasmos y las defecciones, hasta la traición; releer todo a partir del final, que es un nuevo comienzo, *de este acto supremo de amor*.

También *para cada uno de nosotros hay una «Galilea»* en el comienzo del camino con Jesús. «Ir a Galilea» tiene un significado bonito, significa para nosotros redescubrir nuestro bautismo como fuente viva, sacar energías nuevas de la raíz de nuestra fe y de nuestra experiencia cristiana. Volver a Galilea significa sobre todo volver allí, a ese punto incandescente en que la gracia de Dios me tocó al comienzo del camino. Con esta chispa puedo encender el fuego para el hoy, para cada día, y llevar calor y luz a mis hermanos y hermanas. Con esta chispa se enciende una alegría humilde, una alegría que no ofende el dolor y la desesperación, una alegría buena y serena.

En la vida del cristiano, después del bautismo, hay también otra «Galilea», *una «Galilea» más existencial*: la experiencia del *encuentro personal con Jesucristo*, que me ha llamado a seguirlo y participar en su misión. En este sentido, volver a Galilea significa custodiar en el corazón la memoria viva de esta llamada, cuando Jesús pasó por mi camino, me miró con misericordia, me pidió seguirlo; volver a Galilea significa recuperar la memoria de aquel momento en el que sus ojos se cruzaron con los míos, el momento en que me hizo sentir que me amaba.

Hoy, en esta noche, cada uno de nosotros puede preguntarse: *¿Cuál es mi Galilea?* Se trata de hacer memoria, regresar con el recuerdo. *¿Dónde está mi Galilea?*

¿La recuerdo? ¿La he olvidado? Búscala y la encontrarás. Allí te espera el Señor. He andado por caminos y senderos que me la han hecho olvidar. Señor, ayúdame: dime cuál es mi Galilea; sabes, yo quiero volver allí para encontrarte y dejarme abrazar por tu misericordia. No tengáis miedo, no temáis, volved a Galilea.

El evangelio es claro: es necesario volver allí, para ver a Jesús resucitado, y convertirse en testigos de su resurrección. No es un volver atrás, no es una nostalgia. Es volver al primer amor, para *recibir el fuego* que Jesús ha encendido en el mundo, y llevarlo a todos, a todos los extremos de la tierra. Volver a Galilea sin miedo.

«Galilea de los gentiles» (*Mt* 4,15; *Is* 8,23): horizonte del Resucitado, horizonte de la Iglesia; deseo intenso de encuentro... ¡Pongámonos en camino!

BENEDICTO XVI

IR A ÍNDICE DOMINGO DE RESURRECCIÓN

Todas sus homilías en las diferentes fiestas del Año litúrgico

---

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO DE RESURRECCIÓN

¡Ha resucitado!

Hay algunas situaciones en la vida, en las que nos resulta natural usar la palabra resurrección o resucitar. Busquemos ahora recordar algunas, porque ellas nos pueden introducir en el mensaje de la fiesta mejor que muchos razonamientos.

Una persona ha pasado por una grave enfermedad o por el temor de tenerla. La ha superado o aquel temor se ha revelado infundado y ahora vuelve a su trabajo y a frecuentar a sus amigos. Decimos: ¡Ha resucitado! Un hombre político o un atleta ha sufrido una grave derrota. Todos lo dan por acabado. Pero, he aquí que tiene una vuelta o regreso de vigor y en la próxima ocasión obtiene un éxito clamoroso. Decimos asimismo de él: ¡ha resucitado!

Tolstoi ha escrito una célebre novela titulada *Resurrección*. Detrás del mismo título de la palabra *Resurrección* hay aquí una historia de redención sobre el mal. Un hombre sacrifica su posición social y la carrera para reparar el mal hecho en la juventud a una muchacha.

Cada una de estas situaciones nos ayuda a entender algo de la resurrección de Cristo. Ésta es todo esto: vuelta a la vida, victoria sobre los enemigos, triunfo del amor e infinitamente más. Si hay muchas pequeñas resurrecciones en la vida, incluso en la nuestra, es porque ha existido la resurrección de Cristo. Ésta es la causa de todas las resurrecciones en la vida, en la esperanza y en la Inocencia.

Con estas premisas, acerquémonos al Evangelio de este Domingo de Pascua. Hubo un momento en que el grito: «¡ha resucitado!» por vez primera resonó en el mundo. El ángel les dijo a las mujeres, que en la mañana de Pascua se acercaron al sepulcro:

«Vosotras no temáis, pues sé que buscáis a Jesús, el Crucificado; no está aquí, ha resucitado» (*Mateo* 28. 5).

No es difícil imaginar qué es lo que sucedió después de estas palabras. Las mujeres se precipitan corriendo hacia abajo por la colina y recogiéndose las faldas con la mano para no tropezar. Entran jadeantes en el cenáculo y, antes aún de que comiencen a hablar, cada uno de los presentes ya entiende, sólo mirándoles su rostro y sus ojos, que algo inaudito ha sucedido. Todas a la vez, confusamente, se ponen a gritar: «¡El Maestro, el Maestro, Jesús, Jesús!» «*¿Jesús,* qué?» «¡Ha resucitado, está vivo! La tumba, la tumba». «¿La tumba, qué?» «¡Está vacía, vacía!»

Los apóstoles debieron chillarles para que se calmasen y hablasen una detrás de otra. Pero, mientras tanto un escalofrío había recorrido por el cuerpo de todos los presentes; el sentido de lo sobrenatural había llenado de golpe la sala y el corazón de cada uno. La noticia de la resurrección comenzaba así su carrera a través de la historia, como una ola calmada y majestuosa que nada ni nadie podrá parar jamás hasta el fin de mundo.

Esta ola sonora llega, ahora, hasta nosotros. Nosotros posiblemente hemos comprado esta mañana el periódico; pero, llegados a la tarde, todas las noticias están ya superadas y mañana habrá otras, que harán olvidar a las de hoy. No es así esta nuestra noticia; han pasado veinte siglos y todavía resuena hoy, límpida y fresca, como la primera vez: «¡Jesucristo, el Crucificado, ha resucitado de los muertos!»

Pero, verdaderamente, ¿ha resucitado Jesús? ¿Qué garantías tenemos de que se trata de un hecho realmente ocurrido y no de una invención o de una sugestión? San Pablo, escribiendo a no más de 25 años de distancia desde los hechos, hace un elenco de todas las personas, que le han visto después de la resurrección; la mayoría de ellos aún están en vida: primero Pedro; después, los Doce reunidos; después, quinientos hermanos a la vez. «Y en último término, concluye el Apóstol, se me apareció también a mí» (1 *Corintios* 15,8). Por lo tanto, quien habla es un testigo ocular. ¿De qué hechos de la antigüedad tenemos testimonios tan fuertes y valientes como de éste?

Pero, para convencemos de la verdad del hecho hay asimismo que hacer una observación general. En el momento de la muerte de Jesús, los discípulos se habían dispersado; su caso había sido dado por concluido: «Nosotros esperábamos que sería él el que iba a librar a Israel…», dicen los discípulos de Emaús (Lucas 24,21). Evidentemente, ya no lo esperan más. Y he aquí que, imprevistamente, ven estos mismos hombres proclamar unánimes que Jesús está vivo, afrontan por este testimonio procesos, persecuciones y, en fin, uno detrás de otro el martirio y la muerte.

¿Qué ha podido determinar un cambio tan general, si no es la certeza de que él había verdaderamente resucitado? No *pueden haber* sido engañados, porque han hablado y comido con él después de la resurrección; y, además, eran hombres

prácticos, todo lo contrario que fáciles a exaltarse. Ellos mismos dudan ante las primeras noticias y oponen no poca resistencia a creer. Ni siquiera *pueden haber* querido *engañar* a los demás, porque si Jesús no hubiera resucitado, los primeros en ser traicionados y a restablecerse (¡la misma vida!) eran precisamente ellos. Sin el hecho de la resurrección, el nacimiento del cristianismo y de la Iglesia llegaría a ser un misterio aún más difícil de explicar que la misma resurrección.

Éstos son algunos argumentos históricos y objetivos; pero, ¡la prueba más fuerte de que Cristo ha resucitado es que está vivo! Vivo, no porque nosotros lo tengamos hablándonos en la vida sino porque él nos tiene en vida a nosotros, nos comunica el sentido de su presencia, nos hace esperar. «Toca a Cristo quien cree en Cristo», decía san Agustín; y los verdaderos creyentes tienen la experiencia de la verdad de esta afirmación.

Los que no creen en la realidad de la resurrección siempre han adelantado hipótesis: de que si se trataba de fenómenos de autosugestión; de si los apóstoles habían creído ver... Pero, esto, si fuese verdad, constituiría, al final, un milagro no menos grande que el que se quiere evitar admitir. Supone, en efecto, que personas distintas, en situaciones y lugares diversos, hayan tenido todas la misma alucinación. Las visiones imaginarias llegan según costumbre a quien las espera y las desea intensamente; pero, los apóstoles, después de los hechos del viernes santo, ya no esperaban nada más.

Pero, dejemos aparte el *hecho* de la resurrección y hablemos algo del *significado* de ella, de lo que san Pablo llama «el poder de su resurrección» *(Filipenses* 3,10). La resurrección de Cristo es para el universo espiritual lo que, según una teoría moderna, fue para el universo físico el *Big bang* inicial: una explosión de tal energía y fuerza para imprimir al cosmos el movimiento de expansión, que aún perdura hasta hoy, a una distancia de miles de millones de años. Quítale a la Iglesia la fe en la resurrección y todo se detiene y se apaga como cuando en una casa cae o se quita la corriente eléctrica. San Pablo escribe:

«Si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor y crees en tu corazón que Dios le resucitó de entre los muertos, serás salvo» (*Romanos* 10, 9).

«La fe de los cristianos es la resurrección de Cristo» (san Agustín). Todos creen que Jesús haya *muerto;* también, los paganos; los agnósticos lo creen. Pero, sólo los cristianos creen que igualmente *ha resucitado* y no se es cristiano si ello no se cree. Resucitándole de la muerte es como si Dios avalara lo realizado por Cristo, le imprimiese su sello, «dando a todos una garantía al resucitarlo de entre los muertos» (*Hechos* 17,31).

¿La muerte de cruz no hubiese sido suficiente para garantizarnos que Jesús es verdaderamente el Mesías, el enviado de Dios? No; ¡no hubiese sido suficiente! Muchos son mártires por una causa errada o hasta inicua. Pensemos en determinados extremistas, que se inmolan, arrastrando consigo en la muerte a decenas y decenas de personas inocentes. Su muerte ha servido para demostrar que creían en su causa, no que su causa (o, al menos, la manera de defenderla) fuese justa. La muerte de Cristo

nos garantiza su amor, su *caridad* (porque «nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos»: *Juan* 15, 13); pero, sólo la resurrección atestigua, también, su *verdad,* la autenticidad de su causa.

De san Serafín de Sarov, un monje que vivía en Rusia en el Ochocientos, se lee que cuando las personas iban a buscarle en su monasterio para confiarle sus penas, él iba a su encuentro y, todavía lejos, les saludaba con gran entusiasmo, gritando: «¡Alegría mía, Cristo ha resucitado!» En los labios del santo, aquellas palabras tenían tal fuerza que, sólo al oírlas, los visitantes sentían caerles la pena del corazón y renacer a la esperanza.

Hagamos nuestro aquel saludo y, encontrándonos en el día de Pascua, digámonos con los ojos si no es posible con la boca unos a otros: «¡Alegría mía, Cristo ha resucitado!»

PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes

IR A ÍNDICE DOMINGO DE RESURRECCIÓN

Dar testimonio con la vida

¡El Señor ha resucitado! ¡Cristo está vivo! ¡Aleluya!

La luz que vino al mundo, pero el mundo no la recibió, brilló en medio de las tinieblas, de una vez y para siempre, para iluminar al mundo entero.

El Cordero de Dios ha sido inmolado para celebrar con Él la Pascua, y ha resucitado para darle vida al mundo.

Todo cristiano es testigo de Cristo vivo, y así como las santas mujeres fueron testigos de su resurrección, deben dar testimonio de Él, anunciando la buena nueva a los que aún no lo han conocido, a los que no tienen fe, a los que lo han abandonado, a los que no creen en Él.

Y deben dar testimonio con su vida a los que se han alejado de la fe, para que vuelvan, porque por las llagas de Cristo hemos sido salvados, y sólo a través de Él pueden llegar los hombres a Dios.

Él es el único mediador entre Dios y los hombres. Quien crea en Él tendrá vida eterna.

Muchos son los testigos que lo vieron y creyeron, y dieron testimonio de Él.

Alégrate, porque tu Señor ha resucitado. Cree que Él está vivo. Escucha su palabra, que es como espada de dos filos, que atraviesa tu corazón, y que es actual, porque está viva, y te dice lo que en este momento necesitas para que puedas seguirlo.

Deja que arda de amor tu corazón con el fuego de su presencia.

Y, si aún no crees, pide la fe que te falta. Acude a la santa Misa y reconócelo al partir el pan, y cree que está vivo y presente en la Eucaristía. Porque si Cristo no resucitó, vana es tu fe.

Y, si aun así no crees, ten el valor de desear y de pedirle tener un verdadero encuentro con Él, para que metas tu mano en su costado y toques su Corazón Sagrado, para que convierta tu corazón, y no seas incrédulo, sino creyente.

Dichosos los que creen sin haber visto. Dichosos los que creen y viven en la luz de Cristo vivo, porque tendrán vida eterna en su resurrección.

FLUVIUM (www.fluvium.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO DE RESURRECCIÓN

Resurrección: una alegría sin barreras

El Evangelio según san Juan nos narra con bastante detenimiento lo sucedido el primer día de la semana, el siguiente al sábado, el día en que resucitó el Señor. Este hecho fue de tal trascendencia para la naciente Iglesia que originó el cambio, no poco importante, del día especialmente dedicado a Dios. El día del culto por excelencia no fue ya el sábado para los cristianos, sino el *dies domínica*, día del Señor, el domingo.

Este cambio era necesario, no sólo para marcar con claridad la diferencia entre la antigua ley –que había preparado la venida del Mesías– y la ley de la fe en el Dios Trino; era preciso, sobre todo, para afirmar sin paliativos la ley de la Gracia, una nueva economía de la salvación, por la cual los hombres, injertados en Cristo, somos verdaderamente familia de Dios. Era importante significar que los preceptos del pasado no eran ya necesarios, toda vez que Jesucristo había saldado sobradamente con su sacrificio la deuda de nuestros pecados. En adelante, aplicándose en el cristiano los méritos de la Cruz, agradamos a Dios como un hijo bueno a su padre.

Hijos de Dios. —Portadores de la única llama capaz de iluminar los caminos terrenos de las almas, del único fulgor, en el que nunca podrán darse oscuridades, penumbras ni sombras.

—El Señor se sirve de nosotros como antorchas, para que esa luz ilumine... De nosotros depende que muchos no permanezcan en tinieblas, sino que anden por senderos que llevan hasta la vida eterna.

Así leemos en "Forja". Esa luz del convencimiento firme de nuestra filiación divina, alumbra a cada uno en primer lugar. Inundar a otros de alegría, transmitirles la propia riqueza, es algo espontáneo, manifestación del esplendor y seguridad que provoca la fe en quien la vive. El fuego no puede sino quemar, como la luz necesariamente ilumina. También es cierto que el agua apaga y la suciedad contamina lo que le rodea. Seamos luz ardiente de Dios, ricos, entusiasmados por gozar del mayor Amor, y con el deseo –que casi no hay que proponerse– de que muchos más sean felices de verdad.

Antes que los Apóstoles, supo de la resurrección del Señor María Magdalena. Por los otros evangelios sabemos de su alegría al conocer que Jesús vivía. **Entonces echó a correr, fue a Simón Pedro y al otro discípulo al que Jesús amaba…** "Echó a correr…", dice san Juan. Como nosotros cuando descubrimos algo estupendo. Enseguida nos vienen a la cabeza personas queridas y nos apresuramos a compartir la alegría, porque deseamos que sean también muy felices.

Fácilmente nos podemos imaginar el efecto inmediato de la "onda expansiva" provocada por esta mujer y los dos primeros discípulos que se acercaron al sepulcro a primera hora del domingo. En muy poco tiempo, todos: los otros apóstoles y las demás mujeres que acompañaron al Señor, sabrían la noticia. Y, a continuación, otros más que apreciaban a Jesús en Jerusalén, aunque no le siguieron tan de cerca. Era la consecuencia natural de un entusiasmo que se transmite.

Muy pronto, por algunos de la guardia que custodiaba el sepulcro, llegó también la noticia a los que habían planeado y logrado la muerte de Jesús; que, según san Mateo, **reunidos con los ancianos, después de haberlo acordado, dieron una buena suma de dinero a los soldados con el encargo de decir: Sus discípulos vinieron de noche y lo robaron mientras nosotros dormíamos.** Es muy diferente, como vemos, la reacción de los que han decidido dejar al Señor de lado. El empeño por mantener a toda costa su actitud de siempre les lleva a falsear lo evidente por cualquier medio, no importa si correcto o no.

La verdad incontestable de la resurrección de Jesús, públicamente ejecutado como un malhechor, se imponía necesariamente en el pueblo y confirmaba en la fe a los discípulos tras el desencanto por la aparente derrota del Calvario. Cristo mismo, resucitado, vivifica ya a los suyos. No hay fuerza –no puede haberla– capaz de contener el triunfo del Hijo de Dios actuando en sus fieles: **su Reino no tendrá fin**, dijo el Ángel a María; **y las puertas del infierno no prevalecerán contra Ella**, prometió Jesús a Pedro, refiriéndose a la Iglesia. No son nuestros buenos propósitos, nuestras disposiciones de fidelidad, ni las grandes cualidades que puedan tener algunos cristianos, la garantía del triunfo final de los cristianos en la historia. Es el propio Cristo, Dios hecho hombre por amor a los hombres, el garante de nuestra victoria definitiva.

Como María, conscientes de nuestra debilidad y del poder divino en favor de sus hijos, proclamamos que ha hecho en cada uno **cosas grandes el que es Todopoderoso** y las hará hasta el fin de los tiempos.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

IR A ÍNDICE DOMINGO DE RESURRECCIÓN

La Resurrección: Testimonio de Dios sobre Jesucristo

También este año hemos llegado al domingo de Pascua. La liturgia nos recibe en esta santa asamblea con el impulso y el júbilo que no conoce cansancio: "Exulte el coro de los ángeles, goce la tierra inundada de tanta claridad: la luz del Rey eterno ha vencido las tinieblas del mundo".

Así, esta noche, en el *Exultet,* la Iglesia ha cantado al mundo su fe y su alegría pascual. Y ahora quiere arrastramos también a nosotros en un ímpetu de alegría: *Este es el día que hizo el Señor: alegrémonos y regocijémonos en él* (Salmo responsorial). El aleluya es el grito con que ininterrumpidamente, desde los tiempos de Cristo, se expresa este júbilo pascual. Es el "cántico nuevo" de los salvados. Significa tantas cosas: alaben a Dios; Dios es grande; Dios ha hecho cosas grandes; nosotros estamos en la alegría. Repitámoslo con emoción cada vez que lo liturgia lo pone en nuestros labios. Cantarlo significa aprender el lenguaje de los bienaventurados, significa participar ya en la pascua eterna.

Hasta aquí existía sólo nuestra voz. Sin embargo, al inicio de la Misa, el mismo Resucitado ha venido a nuestro encuentro en una especie de epifanía de culto, y nosotros hemos oído su voz:

"He resucitado y estoy de nuevo contigo". Sí, él ha resucitado y está de nuevo con nosotros.

Ha resucitado: el núcleo del misterio y del anuncio cristiano está incluido en esta única palabra: *surrexit!* El Evangelio nos lo hizo escuchar de boca del ángel: *Y vayan en seguida a decir a sus discípulos: "Ha resucitado de entre los muertos, e irá antes que ustedes a Galilea: allí lo verán"* (Mt. 28, 7).

"La fe de los cristianos –dice san Agustín– es la resurrección de Cristo" *(Enarr. Ps.* 120, 6). Que Cristo murió, todos lo creen, incluso los paganos, incluso sus enemigos estaban convencidos de eso. Que haya resucitado sólo los cristianos lo creen, y no se es cristiano sin creerlo.

Si se quiere que esta solemnidad marque verdaderamente un progreso en nuestra fe y no se agote en exclamaciones de júbilo, debemos profundizar este mensaje de la Pascua. ¿Por qué la resurrección de Cristo es la prueba irrefutable de nuestra fe? ¿Qué es en verdad la resurrección de Cristo?

Es el testimonio de Dios con respecto a Jesucristo. Es Dios el protagonista de este evento y de este día. En la primera lectura de hoy, hemos escuchado este concepto en boca de Pedro: *Dios lo ha resucitado y nosotros somos testigos.* Al resucitarlo –dirá en otro lugar el mismo apóstol– Dios ha como *acreditado* a Cristo entre nosotros (Hech. 2. 22), es decir, lo ha legitimado ante nuestros ojos. Más claramente, Pablo, en el discurso del aerópago de Atenas, habla de *...un Hombre que él ha destinado y acreditado delante de todos, haciéndolo resucitar de entre los muertos* (Hech. 17, 31).

¡Una garantía de la verdad! En efecto, sólo la resurrección es un testimonio seguro de la verdad de Cristo, es decir, de la autenticidad de su persona y de su misión. Atestigua que él es en verdad lo que ha dicho ser: "el santo de Dios", uno que estaba antes que Abraham, el hijo unigénito del Padre.

¿La muerte de Jesús no era en sí misma un testimonio de esto? ¡No! Ella no puede testimoniar la verdad de su causa. Muchos hombres murieron en esta tierra por causas equivocadas, incluso por causas inicuas. Su muerte no hizo verdadera su causa; solamente testimonió que creían en la verdad de ella. *Cristo Jesús …dio buen testimonio ante Poncio Pilato* (1 Tim. 6, 13), pero eso no resulta entonces el testimonio de su verdad; es sólo el testimonio de su amor. El supremo testimonio en este terreno, puesto que *no hay amor más grande que dar la vida por los amigos* (Jn. 15, 13).

Por el contrario, la resurrección es el sello de la autenticidad divina de Cristo y de la verdad de su causa. He aquí por qué Jesús mismo lo dio como signo por excelencia de su misión. *"¿Qué signo nos das para obrar así?" Jesús les respondió: "Destruyan este templo* (es decir, mi cuerpo) *y en tres días lo volveré a levantar"* (Jn 2, 18-19). Entonces, Pablo tiene razón cuando dice, al colocar sobre ella, como sobre un cimiento, todo el edificio de la fe: *y si Cristo no resucitó, es vana nuestra predicación y vana también la fe de ustedes. Incluso seríamos falsos testigos de Dios…seríamos los hombres más dignos de lástima* (1 Cor. 15, 14-15.19).

¿Pero concretamente, qué atestigua con respecto a Cristo su resurrección? Primero, atestigua la persona y la obra terrenal de Cristo: *el Jesús histórico*. Aquel Jesús de Nazaret que, comenzando por Galilea, ha pasado beneficiando y sanando a todos, aquel que los judíos mataron, es el mismo que fue resucitado por Dios. Es él la piedra descartada que Dios puso como cabezal. En la Cruz, parecía haber renegado de Jesucristo, al extremo de arrancarle aquel grito: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?", pero ahora, al resucitarlo, demuestra que él se identifica con el Crucificado y con su causa: *Ustedes lo hicieron morir… Pero Dios lo resucitó* (Hech. 3, 15; 2, 23; 5, 30). El Padre asume a Cristo en su misma gloria; de ahora en más resultará imposible ver al Crucificado si no es "en la gloria del Padre", y a la gloria del Padre si no es en el rostro del Crucificado. Por lo tanto, la resurrección es como un faro dirigido hacia más allá de la Pascua, en la vida terrenal de Jesús. Bajo su luz, los discípulos recordaron, comprendieron y fijaron las palabras y los gestos de Jesús en su vida en la tierra.

En segundo lugar, la resurrección atestigua al Jesús posterior a la Pascua, *al Cristo de la fe*. De él nos testimonia que está *vivo para siempre* (Apoc. 1, 18), que está sentado a la derecha del Padre, que es Señor y Espíritu (2, Cor. 3, 17), el juez de los vivos y de los muertos (primera lectura). En fin, atestigua que él se ha convertido en la cabeza de una nueva humanidad, a cuyos pies el Padre ha puesto todo. Él es "omega" del mundo y de la historia (Teilhard de Chardin), una especie de polo de atracción y de centro de reunión de todos los espíritus.

Testimonia también que Cristo está presente ahora en el mundo: *Estoy con ustedes hasta el fin del mundo*. Lo está con su Espíritu, y lo está también con su cuerpo gracias a la Eucaristía. "Liberado de la aisladora opacidad de su cuerpo mortal, en calidad de resucitado él es ahora el prójimo de todos" (K. Rahner). Él es ya el Señor "que vendrá" (Apoc. 1. 4; 22, 20), que se hace presente ante la Iglesia, su esposa, cuando ésta se dirige a él con el grito: *¡Marana tha, Señor, ven!*

El signo más cierto de todo esto es justamente la Eucaristía que celebramos ahora. En ella, experimentamos que él en verdad resucitó y que está vivo porque también nosotros vivimos de su Espíritu (cfr. Jn. 14, 19). En ella, tenemos el signo de nuestra resurrección y de su regreso.

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO DE RESURRECCIÓN

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Mensaje pascual del Domingo de Resurrección (19-IV-1981)

– Gloria a la Trinidad Santísima

"Creo en Jesucristo...nuestro Señor, que fue concebido por obra del Espíritu Santo y nació de Santa María Virgen...".

Todos los domingos hacemos esta profesión de fe.

Hoy queremos hacerlo de manera especialmente solemne porque Aquél que fue concebido por obra del Espíritu Santo y nació de Santa María Virgen ha resucitado. ¡Resucitó al tercer día!

En la liturgia de este día nos dice San Pedro: "Sabéis lo acontecido..., esto es, cómo a Jesús de Nazaret le ungió Dios con el Espíritu Santo y con poder" (Hch 10,37-38). Con este mismo poder, Aquél que "fue crucificado, que murió y fue sepultado", resucitó al tercer día.

Nosotros damos gloria en el día de hoy a Cristo –Víctima pascual– como vencedor de la muerte. Y damos gloria hoy a ese poder que ha logrado la victoria sobre la muerte y ha completado el Evangelio de las obras y de las palabras de Cristo con el testimonio definitivo de la vida.

– Espíritu Santo

Y glorificamos hoy al Espíritu Santo, en virtud del cual Cristo fue concebido en el seno de la Virgen; y con el poder de la unción de ese Espíritu pasó a través de la pasión, la muerte y el descenso a los infiernos; con la fuerza del mismo Espíritu vive y "la muerte ya no tiene dominio sobre Él" (Rm 6,9).

Damos gloria al Espíritu Santo "que es el Señor y dador de vida"... Profesamos nuestra fe en el Espíritu Santo "que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria"; y glorificamos el poder de este Espíritu "que es Señor y dador de vida", poder manifestado plenamente en la resurrección de Cristo.

Cristo resucitado pasará a través de la puerta cerrada del Cenáculo, donde estaban reunidos los Apóstoles, se detendrá en medio de ellos y dirá: "La paz sea con vosotros... Recibid el Espíritu Santo".

Con estas palabras, con este aliento divino, inaugurará los tiempos nuevos: tiempos de la venida del Espíritu Santo, tiempos del nacimiento de la Iglesia. Será el tiempo de Pentecostés, que dista de la solemnidad de hoy cincuenta días, pero inscrito ya con toda plenitud en esta solemnidad pascual y radicado en ella.

– Aborto

Venzan los pensamientos de paz. Y venza el respeto a la vida.

La Pascua trae consigo el mensaje de la vida liberada de la muerte, de la vida salvada de la muerte. Venzan los pensamientos y los programas que tutelan la vida humana contra la muerte, y no las ilusiones de quien ve un progreso del hombre en el derecho a infligir la muerte a la vida apenas concebida.

***

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

Celebramos hoy la cumbre del misterio de nuestra Salvación y que cada uno de los 52 domingos del año conmemoramos también. La verdad nuclear del Cristianismo. El triunfo de Cristo sobre la muerte y el comienzo de una Vida Nueva para Jesús y para nosotros. La consumación del proyecto salvador de Dios. "Nosotros somos testigos", dirán los Apóstoles en su primera predicación (1ª lect).

Por eso la Iglesia rompe a cantar en la Vigilia Pascual: "Exulten por fin los coros de los ángeles, exulten las jerarquías del cielo…Goce también la tierra inundada de tanta claridad y que, radiante con el fulgor del Rey Eterno, se sienta libre de la tiniebla que cubría el orbe entero". (Pregón Pascual). Nuestra alegría es grande porque entendemos que, incorporándonos a esa "Vida Nueva" que nos llega por los Sacramentos, resucitaremos también con Jesucristo.

La Resurrección de Jesús es no sólo un hecho histórico sino un acontecimiento absolutamente único. Un suceso que los discípulos del Señor comprendieron que estaba llamado a cambiar la vida humana. Jesús no regresó a nuestro tiempo y a nuestra condición terrestre actual como Lázaro, el hijo de la viuda de Naím o la hija de Jairo. Jesús entró corporalmente en la eternidad y abrió definitivamente las puertas a todo el que crea en El y viva su vida. Su Resurrección no es un retroceso a nuestra forma de vida, es una promoción hacia adelante y ya irreversible: Cristo Resucitado ya no muere, vive glorioso en el Cielo.

La Resurrección de Cristo es la prueba más clara de que Él es la Vida, una vida que se reveló más fuerte que la muerte. Ella nos recuerda que el amor siempre puede más que el odio; la verdad que la mentira; la entrega y el servicio desinteresado a los demás sobreviven a todos los egoísmos; que el bien y la buena conciencia triunfan al final sobre los que extorsionan a los demás.

El consuelo que esta gozosa verdad ofrece a la hora de la muerte no oculta lo terrible de ella, pero, a su luz, el dolor que este trance provoca en nosotros, permite al cristiano ver más allá de él la vida eterna. Esa Vida que los testigos de la Resurrección

pudieron ver y palpar y que nos anuncian para que nuestra alegría sea completa (Cfr 1 Jn 1,4).

***

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«No busquéis entre los muertos al que vive»

I. LA PALABRA DE DIOS

Hch 10,34a-37-43: «Nosotros hemos comido y bebido con él después de la Resurrección»

Sal 117,1-2.16-17.22-23: «Éste es el día en que actuó el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo»

Col 3,1-4: «Buscad los bienes de allá arriba, donde está Cristo»

Jn 20,1-9: «Él había de resucitar de entre los muertos»

II. APUNTE BÍBLICO-LITÚRGICO

S. Lucas como lo hicieron S. Pedro y S. Pablo presenta en Hechos el núcleo central de la predicación cristiana, el kerigma, «la sustancia viva del Evangelio».

«Morir con Cristo» tenía en San Pablo una resonancia especial: Al dejar constancia de que «vuestra vida está oculta con Cristo en Dios», invita a todos a una ruptura definitiva con cualquier actitud anterior, porque de ello depende «aparecer con Cristo en la gloria».

Nuestra experiencia acerca de Jesús resucitado no es la misma que la de la comunidad primitiva, pero sí coincidimos entroncando nuestra fe en Él en cuanto vencedor de la muerte. Hoy y aquí, los cristianos, la Iglesia ha de anunciar a todos la Resurrección. Nosotros mismos somos testigos de que «hemos pasado de la muerte a la vida».

III. SITUACIÓN HUMANA

Ya se apuntaba en el esquema de la Noche Pascual cómo hay signos de apuesta por la vida. Pero también es verdad que se han instalado entre nosotros lo que el Papa llama «cultura de la muerte» (aborto, eutanasia, terrorismo, guerras, etc). No obstante, seguimos confiando en los muchos esfuerzos de la humanidad en la lucha contra las enfermedades, en la prevención de males, en la mejora de la calidad de vida, atenciones al mantenimiento de la salud... Pero nos preguntamos si todo esto puede alzarse más allá de horizonte puramente humano.

IV. LA FE DE LA IGLESIA

La fe

– La Resurrección: «La fe en la Resurrección tiene por objeto un acontecimiento a la vez históricamente atestiguado por los discípulos que se encontraron realmente con el Resucitado, y misteriosamente transcendente en cuanto entrada de la

humanidad de Cristo en la gloria de Dios» (656). "Cristo, «el primogénito de entre los muertos» (Col 1,18), es el principio de nuestra propia resurrección" (658; cf 652-655).

– El sepulcro vacío y apariciones: 640-641.

La respuesta

– Resucitados con Cristo: «Unidos a Cristo por el Bautismo, los creyentes participan ya realmente en la vida celestial de Cristo resucitado, pero esta vida permanece «escondida con Cristo en Dios» (Col 3,3). «Con Él nos ha resucitado y hecho sentar en los cielos con Cristo Jesús» (Ef 2,6). Alimentados en la Eucaristía con su Cuerpo, nosotros pertenecemos ya al Cuerpo de Cristo. Cuando resucitemos en el último día también nos «manifestaremos con Él llenos de gloria» (Col 3,4)» (1003).

– La Iglesia anuncia el Evangelio de la Resurrección: 849-856.

– Testigos del Resucitado: 871. 888. 904. 905.

El testimonio cristiano

– «No me servirá nada de los atractivos del mundo ni de los reinos de este siglo. Es mejor para mi morir (para unirme) a Cristo Jesús que reinar hasta los confines de la tierra. Es a Él a quien buscó, a quien murió por nosotros. A Él quiero, al que resucitó por nosotros. Mi nacimiento se acerca... (S. Ignacio de Antioquía, Rm 6,1- 2)» (2474).

– «Cristo resucitó de entre los muertos. Con su muerte venció a la muerte. A los muertos ha dado la vida (Liturgia bizantina, Tropario de Pascua)» (638).

Creer en el Resucitado es comenzar a vivir como resucitado. Los apóstoles dan testimonio de Aquel en quien han creído. Y viven como resucitados.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO DE RESURRECCIÓN

Resucitó de entre los muertos.

– La Resurrección del Señor, fundamento de nuestra fe. Jesucristo vive: ésta es la gran alegría de todos los cristianos.

I. *En verdad ha resucitado el Señor, aleluya. A él la gloria y el poder por toda la eternidad.*

*Al caer la tarde del sábado, María Magdalena y María, madre de Santiago, y Salomé compraron aromas para ir a embalsamar el cuerpo muerto de Jesús. –Muy de mañana, al otro día, llegan al sepulcro, salido ya el sol (*Mc *16, 12) Y entrando, se quedan consternadas porque no hallan el cuerpo del Señor. –Un mancebo, cubierto de vestidura blanca, les dice: No temáis: sé que buscáis a Jesús Nazareno:* non est hic, surrexit enim sicut dixit, *–no está aquí, porque ha resucitado, según predijo. (Mt 28, 5).*

¡Ha resucitado! –Jesús ha resucitado. No está en el sepulcro. –La Vida pudo más que la muerte.

La Resurrección gloriosa del Señor es la clave para interpretar toda su vida, y el fundamento de nuestra fe. Sin esa victoria sobre la muerte, dice San Pablo, toda predicación sería inútil y nuestra fe vacía de contenido. Además, en la Resurrección de Cristo se apoya nuestra futura resurrección. Porque Dios, *rico en misericordia, movido del gran amor con que nos amó, aunque estábamos muertos por el pecado, nos dio vida juntamente con Cristo… y nos resucitó con Él*. La Pascua es la fiesta de nuestra redención y, por tanto, fiesta de acción de gracias y de alegría.

La Resurrección del Señor es una realidad central de la fe católica, y como tal fue predicada desde los comienzos del Cristianismo. La importancia de este milagro es tan grande, que los Apóstoles son, ante todo, testigos de la Resurrección de Jesús. Anuncian que Cristo vive, y éste es el núcleo de toda su predicación. Esto es lo que, después de veinte siglos, nosotros anunciamos al mundo: ¡Cristo vive! La Resurrección es el argumento supremo de la divinidad de Nuestro Señor.

Después de resucitar por su propia virtud, Jesús glorioso fue visto por los discípulos, que pudieron cerciorarse de que era Él mismo: pudieron hablar con Él, le vieron comer, comprobaron las huellas de los clavos y de la lanza… Los Apóstoles declaran que se manifestó *con numerosas pruebas*, y muchos de estos hombres murieron testificando esta verdad.

Jesucristo vive. Y esto nos colma de alegría el corazón. *Ésta es la gran verdad que llena de contenido nuestra fe. Jesús, que murió en la cruz, ha resucitado, ha triunfado de la muerte, del poder de las tinieblas, del dolor y de la angustia (…): en Él, lo encontramos todo; fuera de Él, nuestra vida queda vacía.*

Se apareció a su Madre Santísima. –Se apareció a María de Magdala, que está loca de amor. –Y a Pedro y a los demás Apóstoles. –Y a ti y a mí, que somos sus discípulos y más locos que la Magdalena: ¡qué cosas le hemos dicho!

Que nunca muramos por el pecado, que sea eterna nuestra resurrección espiritual. –Y (…) has besado tú las llagas de sus pies…, y yo más atrevido –por más niño– he puesto mis labios sobre su costado abierto.

– La luz de Cristo. La Resurrección, una fuerte llamada al apostolado.

II. Dice bellamente San León Magno que Jesús se apresuró a resucitar cuanto antes porque tenía prisa en consolar a su Madre y a los discípulos: estuvo en el sepulcro el tiempo estrictamente necesario para cumplirlos tres días profetizados. Resucitó al tercer día, pero lo antes que pudo, al amanecer, *cuando aún estaba oscuro*, anticipando el amanecer con su propia luz.

El mundo había quedado a oscuras. Sólo la Virgen María era un faro en medio de tantas tinieblas. La Resurrección es la gran luz para todo el mundo: *Yo soy la luz*, había dicho Jesús, luz para el mundo, para cada época de la historia, para cada sociedad, para cada hombre.

Ayer noche, mientras participábamos –si nos fue posible– en la liturgia de la *Vigilia pascual*, vimos cómo al principio reinaba en el templo una oscuridad total, imagen de las tinieblas en las que se debate la humanidad sin Cristo, sin la revelación de Dios. En un instante el celebrante proclamó la conmovedora y feliz noticia: *La luz de Cristo, que resucita glorioso, disipe las tinieblas del corazón y del espíritu*. Y de la luz del cirio pascual, que simboliza a Cristo, todos los fieles recibieron la luz: el templo quedó iluminado con la luz del cirio pascual y de todos los fieles. Es la luz que la Iglesia derrama sobre toda la tierra sumida en tinieblas.

La Resurrección de Cristo es una fuerte llamada al apostolado: ser luz y llevar la luz a otros. Para eso hemos de estar unidos a Cristo. "*Instaurare omnia in Christo*, da como lema San Pablo a los cristianos de Efeso (Ef 1, 10), informar el mundo entero con el espíritu de Jesús, colocar a Cristo en la entraña de todas las cosas. *Si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum* (Jn 12, 32), cuando sea levantado en alto sobre la tierra, todo lo atraeré hacia mí. Cristo con su Encarnación, con su vida de trabajo en Nazareth, con su predicación y milagros por las tierras de Judea y de Galilea, con su muerte en la Cruz, con su Resurrección, es el centro de la creación, Primogénito y Señor de toda criatura.

Nuestra misión de cristianos es proclamar esa Realeza de Cristo, anunciarla con nuestra palabra y con nuestras obras. Quiere el Señor a los suyos en todas las encrucijadas de la tierra. A algunos los llama al desierto, a desentenderse de los avatares de la sociedad de los hombres, para hacer que esos mismos hombres recuerden a los demás, con su testimonio, que existe Dios. A otros, les encomienda el ministerio sacerdotal. A la gran mayoría, los quiere en medio del mundo, en las ocupaciones terrenas. Por lo tanto, deben estos cristianos llevar a Cristo a todos los ámbitos donde se desarrollan las tareas humanas: a la fábrica, al laboratorio, al trabajo de la tierra, al taller del artesano, a las calles de las grandes ciudades y a los senderos de montaña.

– Apariciones de Jesús: el encuentro con su Madre, a quien se aparece en primer lugar. Vivir este tiempo litúrgico muy cerca de la Virgen.

III. La Virgen, que estuvo acompañada por las santas mujeres en las horas tremendas de la crucifixión de su Hijo, no acompañó a éstas en el piadoso intento de terminar de embalsamar el Cuerpo muerto de Jesús. María Magdalena y las demás mujeres que le habían seguido desde Galilea han olvidado las palabras del Señor acerca de su Resurrección al tercer día. La Virgen Santísima sabe que resucitará. En un clima de oración, que nosotros no podemos describir, Ella espera a su Hijo glorificado.

"Los evangelios no nos hablan de una aparición de Jesús resucitado a María. De todos modos, como Ella estuvo de manera especialmente cercana a la cruz del Hijo, hubo de tener también una experiencia privilegiada de su resurrección". Una tradición antiquísima de la Iglesia nos transmite que Jesús se apareció en primer lugar y a sola a su Madre. En primer término, porque Ella es la primera y principal corredentora del género humano, en perfecta unión con su Hijo. A solas, puesto que esta aparición tenía una razón de ser muy diferente de las demás apariciones a las mujeres y a los discípulos. A éstos había que reconfortarlos y ganarlos definitivamente para la fe. La

Virgen, que ya había sido constituida Madre del género humano reconciliado con Dios, no dejó en ningún momento de estar en perfecta unión con la Trinidad Beatísima. Toda la esperanza en la Resurrección de Jesús que quedaba sobre la tierra se había cobijado en su corazón.

No sabemos de qué manera tuvo lugar la aparición de Jesús a su Madre. A María Magdalena se le apareció de forma que ella no le reconoció en un primer momento. A los dos discípulos de Emaús se les unió como un hombre que iba de viaje. A los apóstoles reunidos en el Cenáculo se les apareció con las puertas cerradas... A su Madre, en una intimidad que podemos imaginar, se le mostró en tal forma que Ella conociera, en todo caso, su estado glorioso y que ya no continuaría la misma vida de antes sobre la tierra. La Virgen, después de tanto dolor, se llenó de una inmensa alegría. "No sale tan hermoso el lucero de la mañana –dice fray Luis de Granada–, como resplandeció en los ojos de la Madre aquella cara llena de gracias y aquel espejo sin mancilla de la gloria divina. Ve el cuerpo del Hijo resucitado y glorioso, despedidas ya todas las fealdades pasadas, vuelta la gracia de aquellos ojos divinos y resucitada y acrecentada su primera hermosura. Las aberturas de las llagas, que eran para la Madre como cuchillos de dolor, verlas hechas fuentes de amor, al que vio penar entre ladrones, verle acompañado de ángeles y santos, al que la encomendaba desde la cruz al discípulo ve cómo ahora extiende sus amorosos brazos y le da dulce paz en el rostro, al que tuvo muerto en sus brazos, verle ahora resucitado ante sus ojos. Tiénele, no le deja, abrázale y pídele que no se le vaya, entonces, enmudecida de dolor, no sabía qué decir, ahora, enmudecida de alegría, no puede hablar". Nosotros nos unimos a esta inmensa alegría.

Se cuenta que Santo Tomás de Aquino, cada año en esta fiesta, aconsejaba a sus oyentes que no dejaran de felicitar a la Virgen por la Resurrección de su Hijo. Es lo que hacemos nosotros, comenzando hoy a rezar el *Regina Coeli*, que ocupará el lugar del *Angelus* durante el tiempo Pascual: *Alégrate, Reina del cielo, ¡aleluya!, porque Aquel a quien mereciste llevar dentro de ti ha resucitado, según predijo*... Y le pedimos que nosotros resucitemos en íntima unión con Jesucristo. Hagamos el propósito de vivir este tiempo pascual muy cerca de Santa María.

Fray Josep Mª MASSANA i Mola OFM (Barcelona, España) (www.evangeli.net)

IR A ÍNDICE DOMINGO DE RESURRECCIÓN

Vigilia pascual (Mt 28, 1-10): «No está aquí, ha resucitado»

Hoy, en el Evangelio de la Vigilia pascual, late un gran dinamismo: dos mujeres corren hacia el sepulcro, un terremoto, un ángel hacer rodar la piedra, unos guardas asustados caen como muertos. Y Jesús, vivo y resucitado, se hace compañero de camino de aquellas mujeres...

Las mujeres son las primeras en experimentar la resurrección de Jesús, y esto sólo viendo el sepulcro vacío y al ángel que les anuncia: «Vosotras no temáis, pues sé que buscáis a Jesús, el Crucificado; no está aquí, ha resucitado, como lo había dicho…» (Mt 28,5-6). Son también las primeras en dar testimonio de su experiencia: «Id enseguida a decir a sus discípulos: 'Ha resucitado'» (Mt 28,7).

Enseguida creen. Pero su fe es una mezcla de miedo y de alegría. Sentían miedo por las palabras del ángel, con un anuncio que va más allá de las expectativas humanas. Y alegría por la certeza de la resurrección del Señor, porque las Escrituras se habían cumplido, por el inmenso privilegio de la primicia pascual que han recibido. La fe, pues, aun produciendo una gran alegría interior, no excluye el miedo.

Se van a anunciar aquella experiencia del Resucitado, que han hecho sin haberlo visto. Jesús les premia esta fe y se les aparece mientras van por el camino.

El centro de toda la experiencia de fe no es en primer lugar una doctrina ni unos dogmas. Es la persona de Jesús. La fe de las dos mujeres del Evangelio de hoy está centrada en Él, en su persona y en nada más. ¡Lo han experimentado vivo y van a anunciarlo vivo!

Otra mujer, santa Clara, escribía a santa Inés de Praga que debía centrarse en Jesús resucitado: «Observad, considerad y contemplad a Jesucristo (…). Si sufrís con Él, reinaréis también con Él; si con Él lloráis, con Él gozaréis; si morís con Él en la cruz de la tribulación, poseeréis con Él las eternas moradas».

Mons. Joan Enric VIVES i Sicília Obispo de Urgell (Lleida, España) (www.evangeli.net)

IR A ÍNDICE DOMINGO DE RESURRECCIÓN

«Entró también el otro discípulo, el que había llegado el primero al sepulcro; vio y creyó»

Hoy «es el día que hizo el Señor», iremos cantando a lo largo de toda la Pascua. Y es que esta expresión del Salmo 117 inunda la celebración de la fe cristiana. El Padre ha resucitado a su Hijo Jesucristo, el Amado, Aquél en quien se complace porque ha amado hasta dar su vida por todos.

Vivamos la Pascua con mucha alegría. Cristo ha resucitado: celebrémoslo llenos de alegría y de amor. Hoy, Jesucristo ha vencido a la muerte, al pecado, a la tristeza… y nos ha abierto las puertas de la nueva vida, la auténtica vida, la que el Espíritu Santo va dándonos por pura gracia. ¡Que nadie esté triste! Cristo es nuestra Paz y nuestro Camino para siempre. Él hoy «manifiesta plenamente el hombre al mismo hombre y le descubre su altísima vocación» (Concilio Vaticano II, *Gaudium et Spes* 22).

El gran signo que hoy nos da el Evangelio es que el sepulcro de Jesús está vacío. Ya no tenemos que buscar entre los muertos a Aquel que vive, porque ha resucitado. Y los discípulos, que después le verán Resucitado, es decir, lo experimentarán vivo en un

encuentro de fe maravilloso, captan que hay un vacío en el lugar de su sepultura. Sepulcro vacío y apariciones serán las grandes señales para la fe del creyente. El Evangelio dice que «entró también el otro discípulo, el que había llegado el primero al sepulcro; vio y creyó» (Jn 20,8). Supo captar por la fe que aquel vacío y, a la vez, aquella sábana de amortajar y aquel sudario bien doblados eran pequeñas señales del paso de Dios, de la nueva vida. El amor sabe captar aquello que otros no captan, y tiene suficiente con pequeños signos. El «discípulo a quien Jesús quería» (Jn 20,2) se guiaba por el amor que había recibido de Cristo.

"Ver y creer" de los discípulos que han de ser también los nuestros. Renovemos nuestra fe pascual. Que Cristo sea en todo nuestro Señor. Dejemos que su Vida vivifique a la nuestra y renovemos la gracia del bautismo que hemos recibido. Hagámonos apóstoles y discípulos suyos. Guiémonos por el amor y anunciemos a todo el mundo la felicidad de creer en Jesucristo. Seamos testigos esperanzados de su Resurrección.

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

IR A ÍNDICE DOMINGO DE RESURRECCIÓN

Tú eres, sacerdote, Cristo vivo

«Y si hemos muerto con Cristo creemos que también viviremos con Él, porque sabemos que Cristo, resucitado de entre los muertos, ya no muere más, la muerte ya no tiene dominio sobre Él» *(*Rm *6, 8-9)*

Eso dicen las Escrituras.

¡Cristo está vivo!

Y tú das testimonio de Él, sacerdote, porque tú vives, pero ya no vives tú, sino que es Cristo quien vive en ti, y ahora vives en la fe del Hijo de Dios, que te amó, y se entregó a sí mismo por ti.

Tú eres, sacerdote, testimonio vivo de la vida, pasión, muerte y resurrección de tu Señor.

¡Alégrate, sacerdote! Porque Cristo ha resucitado, ha vencido al mundo y a la muerte, ha perdonado tus pecados, y ha ganado, para la gloria de su Padre, un pueblo de sacerdotes.

¡Vive, sacerdote, vive en la alegría de tu Señor resucitado!, anunciando al mundo la buena nueva a través de la Palabra que Él te ha confiado.

Conmemora su muerte y anuncia su resurrección todos los días de tu vida, elevándolo entre tus manos, en presencia viva, adorando, alabando y glorificando a Dios en la Eucaristía.

Tú eres testimonio vivo de tu Señor resucitado, con tu vida y con tu ejemplo, configurado con el Crucificado, para que el mundo crea en Él, porque si Cristo no resucitó, vana es nuestra fe.

Exulta de alegría, sacerdote, porque este es el día Santo del Señor, que dio su vida para recuperar la tuya, con su propia resurrección.

Lleva la vida al mundo, sacerdote, a través del agua viva del Bautismo, que te ha dado tu Señor, para que, por su misericordia, y a través de tus manos, llegue a todo el mundo su salvación.

Tú eres, sacerdote, Cristo vivo, que ha vencido al mundo cuando dijiste sí y, renunciando a ti mismo, tomaste tu cruz para seguirlo.

Tú eres, sacerdote, Cristo vivo, que ha caminado en el mundo, cuando guías a las almas conduciéndolas y reuniéndolas en un solo rebaño y con un solo pastor, configurado con Cristo Buen Pastor.

Tú eres, sacerdote, Cristo vivo, cuando limpias las almas con el agua del Bautismo.

Tú eres, sacerdote, Cristo vivo, cuando perdonas los pecados en el confesionario, y absuelves a las almas, sabiendo que tu Señor ya ha asumido su culpa y pagado su deuda.

Tú eres, sacerdote, Cristo vivo, cuando consagras el pan y el vino, y lo transformas en el Cuerpo y en la Sangre de Cristo crucificado, muerto, resucitado y vivo.

Tú eres, sacerdote, Cristo vivo, cuando lo entregas por primera vez y te entregas en comunión con Él, y confirmas a las almas en la fe.

Tú eres, sacerdote, Cristo vivo, cuando unes en Matrimonio al hombre y a la mujer, y das comienzo a una nueva familia, y la bendices con tu poder, por el que lo que tú atas en la tierra queda atado en el cielo.

Tú eres, sacerdote, Cristo vivo, cuando das la Unción a los enfermos llevándoles la fortaleza a sus almas y la paz de tu Señor.

Tú eres, sacerdote, Cristo vivo, cuando administras la misericordia que tu Señor ha puesto en tu corazón, para que la lleves a todos los rincones del mundo, con el poder de tus manos.

Tú eres, sacerdote, Cristo vivo, cuando das de comer al hambriento, cuando das de beber al sediento, cuando vistes al desnudo y visitas al enfermo, cuando acoges al peregrino y visitas al preso, y bendices al muerto, cuando enseñas al que no sabe, cuando aconsejas, cuando corriges, cuando perdonas, cuando consuelas y soportas con paciencia los defectos de los demás, y rezas por los vivos y los muertos.

Tú eres, sacerdote, Cristo vivo, cuando te revistes y te presentas ante el mundo en la sede, en el ambón y en el altar.

Tú eres, sacerdote, Cristo vivo, cuando eres misionero y llevas su luz hasta los confines de la tierra.

Tú eres, sacerdote, Cristo vivo, cuando abres tu corazón para recibir la gracia y la misericordia de tu Señor, reconociéndote necesitado de Él para permanecer en Él y hacer sus obras.

Tú eres, sacerdote, Cristo vivo, cuando pones en obra tu fe, porque sabes que una fe sin obras es una fe muerta.

Tú eres, sacerdote, Cristo vivo, cuando escuchas la Palabra de Dios y la pones en práctica, cumpliendo el mandamiento de tu Señor, amando a los demás como Él los amo.

¡Vive, sacerdote, en la alegría de llevar al mundo la vida!, porque tú eres, sacerdote, Cristo vivo para el mundo.

Tú eres el instrumento fidelísimo de Dios, para que, por la pasión y la muerte de su Hijo, cada alma del mundo acepte ser partícipe de la vida en su resurrección, y tenga vida eterna para la gloria de Dios.

Alégrate, sacerdote, porque tú has muerto con Cristo, pero tú eres Cristo vivo, porque Cristo ¡ha resucitado!

(*Espada de Dos Filos* II, n. 47)

Domingo II de Pascua (ciclo A) – Domingo de la Misericordia

IR A ÍNDICE GENERAL

(Comentarios sobre las Lecturas propias de la Santa Misa para meditar y preparar la homilía)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)**
- **SAN AGUSTÍN (www.iveargentina.org)**
- **FRANCISCO – Homilías 2013, 2015 y 2016 – Ángelus 2017**
- **BENEDICTO XVI – Ángelus 2008**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)**
- **PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes**
- **FLUVIUM (www.fluvium.org)**
- **PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)**
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)**
    - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
    - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
    - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)**
- **Rev. D. Joan Ant. MATEO i García (La Fuliola, Lleida, España) (www.evangeli.net)**
- **EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís**

***

DEL MISAL MENSUAL

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE PASCUA

LA DIVINA MISERICORDIA. A partir del año de 1931 Santa Faustina Kowalska recibió diversos mensajes de Jesús los cuales asentó en un Diario, de más de 600

páginas, dirigido a un mundo que necesitaba y sigue necesitando la Misericordia de Dios; en él se consigna que Nuestro Señor le indicó debe celebrarse el día de la Misericordia Divina, con estas palabras: "Estos rayos protegen las almas de la ira de Mi Padre. Bienaventurado el que habitará en su refugio, porque la mano justa de Dios no lo tomará. Deseo que el primer domingo después de Pascua sea la Fiesta de la Misericordia" (Diario, 299); asimismo, manifestó que debía de realizar una imagen que llevara una cartela con la inscripción; "Jesús en ti confío". El año 2000 durante la ceremonia de canonización de la vidente Sor Faustina Kowalska, el Sumo Pontífice san Juan Pablo II decretó: "En todo el mundo el Segundo Domingo de Pascua recibirá el nombre de Domingo de la Divina Misericordia. Una invitación perenne para el mundo cristiano a afrontar, con confianza en la benevolencia divina, las dificultades y las pruebas que esperan al género humano en los años venideros".

DICHOSOS LOS QUE CREEN SIN HABER VISTO

Hech 2, 42-47; 1 Pe 1,3-9; Jn 20, 19-31

Los relatos pascuales que nos refiere el cuarto Evangelio son una enseñanza esencial sobre la fe cristiana. Tomás es el espejo donde podemos apreciar nuestra vacilante confianza en Dios. Mientras que el resto de los apóstoles acogen con apertura las señales del triunfo del Señor resucitado, el llamado Mellizo demanda evidencias contundentes. El principio de la suspicacia en lugar del principio de confiabilidad. En esa óptica podemos comprender el sumario sobre la vida cristiana que nos presenta san Lucas en su segunda obra. La vida cristiana no queda reducida a proclamaciones y súplicas a Dios, se completa con la vivencia de la comunión y la caridad. Esas señales son indispensables para cumplir la misión apostólica: testimoniar de manera creíble la muerte y resurrección de Jesús.

ANTÍFONA DE ENTRADA ***Esd 2. 36-37***

Abran el corazón con alegría, y den gracias a Dios, que los ha llamado al Reino de los cielos. Aleluya.

ORACIÓN COLECTA

Dios de eterna misericordia, que reanimas la fe de este pueblo a ti consagrado con la celebración anual de las fiestas pascuales, aumenta en nosotros los dones de tu gracia, para que todos comprendamos mejor la excelencia del bautismo que nos ha purificado, la grandeza del Espíritu que nos ha regenerado y el precio de la Sangre que nos ha redimido. Por nuestro Señor Jesucristo…

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Los creyentes vivían unidos y todo lo tenían en común.

Del libro de los Hechos de los Apóstoles: 2, 42-47

En los primeros días de la Iglesia, todos los que habían sido bautizados eran constantes en escuchar la enseñanza de los apóstoles, en la comunión fraterna, en la fracción del

pan y en las oraciones. Toda la gente estaba llena de asombro y de temor, al ver los milagros y prodigios que los apóstoles hacían en Jerusalén.

Todos los creyentes vivían unidos y lo tenían todo en común. Los que eran dueños de bienes o propiedades los vendían, y el producto era distribuido entre todos, según las necesidades de cada uno. Diariamente se reunían en el templo, y en las casas partían el pan y comían juntos, con alegría y sencillez de corazón. Alababan a Dios y toda la gente los estimaba. Y el Señor aumentaba cada día el número de los que habían de salvarse.

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 117, 2-4. 13-15. 22-24.

R/. La misericordia del Señor es eterna. Aleluya.

Diga la casa de Israel: "Su misericordia es eterna". Diga la casa de Aarón: "Su misericordia es eterna". Digan los que temen al Señor: "Su misericordia es eterna". ***R/.***

Querían a empujones derribarme, pero Dios me ayudó. El Señor es mi fuerza y mi alegría, en el Señor está mi salvación ***R/.***

La piedra Que desecharon los constructores, es ahora la piedra angular. Esto es obra de la mano del Señor, es un milagro patente. Éste es el día del triunfo del Señor, día de júbilo y de gozo. ***R/.***

SEGUNDA LECTURA

La resurrección de Cristo nos da la esperanza de una vida nueva.

De la primera carta del apóstol san Pedro: 1, 3-9

Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, por su gran misericordia, porque al resucitar a Jesucristo de entre los muertos, nos concedió renacer a la esperanza de una vida nueva, que no puede corromperse ni mancharse y que él nos tiene reservada como herencia en el cielo. Porque ustedes tienen fe en Dios, él los protege con su poder, para que alcancen la salvación que les tiene preparada y que él revelará al final de los tiempos.

Por esta razón, alégrense, aun cuando ahora tengan que sufrir un poco por adversidades de todas clases, a fin de que su fe, sometida a la prueba, sea hallada digna de alabanza, gloria y honor, el día de la manifestación de Cristo. Porque la fe de ustedes es más preciosa que el oro, y el oro se acrisola por el fuego. A Cristo Jesús no lo han visto y, sin embargo, lo aman; al creer en él ahora, sin verlo, se llenan de una alegría radiante e indescriptible, seguros de alcanzar la salvación de sus almas, que es la meta de la fe.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Jn 20, 29

R/. Aleluya, aleluya.

Tomás, tú crees porque me has visto; dichosos los que creen sin haberme visto, dice el Señor. ***R/.***

EVANGELIO

Ocho días después, se les apareció Jesús.

+ Del santo Evangelio según san Juan: 20, 19-31

Al anochecer del día de la resurrección, estando cerradas las puertas de la casa donde se hallaban los discípulos, por miedo a los judíos, se presentó Jesús en medio de ellos y les dijo: "La paz esté con ustedes". Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Cuando los discípulos vieron al Señor, se llenaron de alegría.

De nuevo les dijo Jesús: "La paz esté con ustedes. Como el Padre me ha enviado, así también los envío yo". Después de decir esto, sopló sobre ellos y les dijo: "Reciban el Espíritu Santo. A los que les perdonen los pecados, les quedarán perdonados; y a los que no se los perdonen, les quedarán sin perdonar".

Tomás, uno de los Doce, a quien llamaban el Gemelo, no estaba con ellos cuando vino Jesús, y los otros discípulos le decían: "Hemos visto al Señor". Pero él les contestó: "Si no veo en sus manos la señal de los clavos y si no meto mi dedo en los agujeros de los clavos y no meto mi mano en su costado, no creeré".

Ocho días después, estaban reunidos los discípulos a puerta cerrada y Tomás estaba con ellos. Jesús se presentó de nuevo en medio de ellos y les dijo: "La paz esté con ustedes". Luego le dijo a Tomás: "Aquí están mis manos; acerca tu dedo. Trae acá tu mano, métela en mi costado y no sigas dudando, sino cree". Tomás le respondió: "¡Señor mío y Dios mío!". Jesús añadió: "Tú crees porque me has visto; dichosos los que creen sin haber visto".

Otros muchos signos hizo Jesús en presencia de sus discípulos, pero no están escritos en este libro. Se escribieron éstos para que ustedes crean que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengan vida en su nombre.

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Recibe, Señor, las ofrendas de tu pueblo (y de los recién bautizados) para que, renovados por la confesión de tu nombre y por el bautismo, consigamos la felicidad eterna. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Cfr. Jn 20, 27

Jesús dijo a Tomás: Acerca tu mano, toca los agujeros que dejaron los clavos y no seas incrédulo, sino creyente. Aleluya.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Dios todopoderoso, concédenos que la gracia recibida en este sacramento pascual permanezca siempre en nuestra vida. Por Jesucristo, nuestro Señor.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE PASCUA

Perseveraban en la doctrina de los apóstoles y en la comunión (Hch 2, 42-47)

1ª lectura

Éste es el primero de los tres sumarios que se recogen en los capítulos iniciales del libro de los Hechos de los Apóstoles (cfr Hch 4,32-37 y 5,12-16). Al comienzo (v. 42), describe en términos sencillos lo más esencial de la vida ascética y litúrgico-sacramental de los primeros cristianos: «Esta secuencia de actos es típica de la oración de la Iglesia; fundada sobre la fe apostólica y autentificada por la caridad, se alimenta con la Eucaristía» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2624).

La «doctrina de los Apóstoles» es la instrucción habitual impartida a los nuevos convertidos. No es el anuncio del Evangelio a los no cristianos, sino una catequesis cada vez más ordenada y sistemática en la que se explican a los discípulos las verdades fundamentales de la Fe —lo que poco después se recitará en la Iglesia como Profesión de fe, Símbolo o Credo—, que debían ser creídas y practicadas para la salvación. La catequesis, que es una constante predicación y explicación del Evangelio «hacia adentro», aparece en el mismo comienzo de la Iglesia. «Evangelizadora, la Iglesia empieza por evangelizarse a sí misma. Comunidad de creyentes, comunidad de esperanza vivida y trasmitida, comunidad de amor fraterno, tiene necesidad de escuchar sin cesar lo que debe creer, las razones para esperar, el mandamiento nuevo del amor» (Pablo VI, *Evangelii nuntiandi*, n. 15).

La «comunión» se refiere a la unión de corazones operada por el Espíritu Santo. Tal unidad se consolida en los discípulos al vivir y sentir su fe como un bien común, concedido, en Jesucristo, por Dios Padre (cfr Ga 2,9). En esta comunidad de afectos radican las disposiciones de desprendimiento que llevan en su momento a la renuncia generosa de los propios bienes en beneficio de los necesitados (vv. 45-46): «Esta pobreza y este desprendimiento voluntarios cortaban de raíz el principio egoísta de muchos males, y los nuevos discípulos demostraban haber entendido la doctrina evangélica» (S. Juan Crisóstomo, *In Acta Apostolorum* 7).

La «fracción del pan» (v. 42) es uno de los nombres de la Sagrada Eucaristía. Se le denomina así, «porque este rito, propio del banquete judío, fue utilizado por Jesús cuando bendecía y distribuía el pan como cabeza de familia (cfr Mt 14,19; 15,36; Mc 8,6.19), sobre todo en la última Cena (cfr Mt 26,26; 1 Co 11,24). En este gesto los discípulos lo reconocerán después de su resurrección (Lc 24,13-35), y con esta expresión los primeros cristianos designaron sus asambleas eucarísticas (cfr Hch 2,42.46; 20,7.11). Con él se quiere significar que todos los que comen de este único pan, partido, que es Cristo, entran en comunión con Él y forman un solo cuerpo en Él (cfr 1 Co 10,16-17)» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1329). Convive con otros nombres, como «Eucaristía», que subraya la idea de acción de gracias (cfr *Didaché*

9,1). La Santa Misa y la comunión eucarística constituyen desde Pentecostés el centro del culto cristiano.

Las «oraciones» son probablemente los salmos y los himnos con que se acompañaba la celebración de la Eucaristía. La consignación del artículo y el plural connotan que se trataba de oraciones determinadas. Los cristianos acuden al Templo de Jerusalén, porque es inicialmente uno de los centros de su vida litúrgica y de oración (v. 46). El Templo era para ellos la casa de Dios; sin embargo, no era el único lugar donde se reunían para la oración y el culto. Cuando el texto afirma que «partían el pan en las casas» (v. 46), se refiere probablemente a la fracción del pan apuntada antes (v. 42): la comunidad cristiana de Jerusalén —igual que las comunidades fundadas después por San Pablo— no posee todavía un edificio específico para las reuniones litúrgicas; lo hace en casas privadas, en lugares dignos. La construcción de edificios solamente para el culto no comenzará hasta el siglo III.

Por su gran misericordia nos ha engendrado a una esperanza viva (1 Pe 1, 3-9)

2ª lectura

Los destinatarios de la carta se hallaban en un mundo hostil sufriendo por su condición de cristianos. San Pedro desarrolla lo enunciado en el versículo anterior (v. 2) señalando los motivos que tienen para consolarse y perseverar en la fe: han sido salvados por Dios en Cristo. El cristiano ha nacido de nuevo (cfr Jn 3,3-8; Ga 6,15; etc.) y es revestido de una gran dignidad. Dios Padre, con su elección, ha destinado a los bautizados a una herencia maravillosa en el Cielo (vv. 3-5); para conseguirla son necesarios el amor y la fe en Cristo a pesar de las tribulaciones (vv. 6-9); el Espíritu Santo, que había anunciado en el Antiguo Testamento la salvación como fruto de los padecimientos de Cristo, proclama ahora su cumplimiento a través de quienes predican el Evangelio (vv. 10-12). En estos versículos aparece la función del Espíritu Santo como causa y guía de la actividad evangelizadora de la Iglesia.

La esperanza de la salvación obrada por Cristo otorga al cristiano la alegría en medio de las dificultades. Las penas de la vida terrena prueban la calidad de su fe: «Dice San Pedro que conviene ser afligidos porque no se puede llegar a los gozos eternos sino a través de las aflicciones y la tristeza de este mundo que pasa. Durante algún tiempo, dice sin embargo, porque cuando se retribuye con un premio eterno, lo que en las tribulaciones de este mundo parecía pesado y amargo, parece que es muy breve y leve» (S. Beda, *In 1 Epistolam Sancti Petri, ad loc.)*. Como dice San Agustín: «Se presenta el dolor, vendrá mi descanso. Se ofrece la tribulación, llegará mi purificación. ¿Acaso brilla el oro en el horno del platero? Brillará en el collar, brillará en el adorno. Sin embargo, ahora soporta el fuego para que, purificado de las impurezas, adquiera el brillo» (*Enarrationes in Psalmos* 61,11).

Trae tu mano y métela en mi costado (Jn 20, 19-31)

Evangelio

La aparición de Jesús glorioso a los discípulos y la efusión del Espíritu Santo sobre ellos viene a equivaler, en el Evangelio de Juan, a la Pentecostés en el libro de

los Hechos, de San Lucas. «Ya se había llevado a cabo el plan salvífico de Dios en la tierra; pero convenía que nosotros llegáramos a ser partícipes de la naturaleza divina del Verbo, esto es, que abandonásemos nuestra vida anterior para transformarla y conformarla a un nuevo estilo de vida y de santidad. Esto sólo podía llevarse a efecto con la comunicación del Espíritu Santo» (San Cirilo de Alejandría, *Commentarium in Ioannem* 10).

La misión que el Señor da a los Apóstoles (vv. 22-23), similar a la del final del Evangelio de Mateo (Mt 28,18ss.), manifiesta el origen divino de la misión de la Iglesia y su poder para perdonar los pecados. «El Señor, principalmente entonces, instituyó el sacramento de la Penitencia, cuando, resucitado de entre los muertos, sopló sobre sus discípulos diciendo: Recibid el Espíritu Santo... Por este hecho tan insigne y por tan claras palabras, el común sentir de todos los Padres entendió siempre que fue comunicada a los Apóstoles y a sus legítimos sucesores la potestad de perdonar y retener los pecados para reconciliar a los fieles caídos en pecado después del Bautismo» (Conc. de Trento, *De Paenitentia*, cap. 1).

En la nueva aparición, ocho días más tarde (20,24-29), destaca la figura de Tomás. Así como María Magdalena era modelo de los que buscan a Jesús (20,1-11), Tomás llega a ser la figura de los que dudan de Él, tanto de su divinidad como de su Humanidad, pero que luego se convierten sin reservas. El Resucitado es el mismo que el crucificado. El Señor manifiesta nuevamente que la fe en Él ha de apoyarse en el testimonio de quienes le han visto. «¿Es que pensáis —comenta San Gregorio Magno— que aconteció por pura casualidad que estuviera ausente entonces aquel discípulo elegido, que al volver oyese relatar la aparición, y que al oír dudase, dudando palpase y palpando creyese? No fue por casualidad, sino por disposición de Dios. La divina clemencia actuó de modo admirable para que tocando el discípulo dubitativo las heridas de carne en su Maestro, sanara en nosotros las heridas de la incredulidad (...). Así el discípulo, dudando y palpando, se convirtió en testigo de la verdadera resurrección» (*Homiliae in Evangelia* 26,7).

Los vv. 30-31 constituyen el primer epílogo o conclusión del evangelio. Exponen la finalidad que perseguía Juan al escribir su obra: que los hombres creamos que Jesús es el Mesías, el Cristo anunciado en el Antiguo Testamento por los profetas, y el Hijo de Dios, y que esa fe nos lleve a participar ya aquí de la vida eterna.

SAN AGUSTÍN (www.iveargentina.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE PASCUA

Aparición a los discípulos (Jn 20, 19-23)

Parece que ayer dimos fin a la lectura de los relatos de la resurrección de nuestro Señor Jesucristo según la verdad de los cuatro evangelistas. En el primer día se leyó la resurrección según Mateo; el segundo, según Lucas; el tercero, según Marcos, y el cuarto, o sea ayer, según Juan. Mas como Juan y Lucas escribieron abundantemente

sobre la resurrección misma y lo que aconteció después de ella, sus relatos no pudieron leerse en un solo día; de esa manera, ayer escuchamos una parte de Juan, hoy otra, y así hasta que se acabe.

¿Qué hemos escuchado hoy? Que el mismo día de la resurrección, es decir, el domingo, cuando ya de tarde estaban los discípulos reunidos en un lugar con las puertas cerradas por miedo a los judíos, se les apareció el Señor en medio de todos. Según testimonio del evangelista, se les apareció dos veces en el mismo día, por la mañana y por la tarde. El relato sobre la aparición de la mañana ya se ha leído; ahora acabamos de escuchar lo referente a la aparición de la tarde. No era necesario que yo os recordase estas cosas; vosotros mismos podíais advertirlas. Sin embargo, pensando en los menos inteligentes y en los más descuidados, me pareció oportuno mencionarlo para que sepáis no sólo lo que habéis oído, sino también de qué evangelio está tomado lo leído.

Veamos, pues, lo que nos propone la lectura de hoy como tema para el sermón 1. La misma lectura nos invita y en cierto modo nos orienta a que digamos algo sobre cómo el Señor, que resucitó en la solidez de su cuerpo, de modo que no sólo fue visto, sino también tocado por sus discípulos, pudo aparecérseles estando las puertas cerradas. Algunos ponen tantas dificultades al respecto, aduciendo contra los milagros del Señor los prejuicios de sus razonamientos, que están a punto casi de perecer. Así argumentan: «Si tenía cuerpo, si tenía carne y huesos, si lo que resucitó del sepulcro fue lo mismo que colgó del madero, ¿cómo pudo entrar estando cerradas las puertas? Si no pudo, dicen, no tuvo lugar; si pudo, ¿cómo pudo?» Si comprendes el cómo, deja de ser milagro, y, si no crees que se trata de un milagro, estás muy cerca de negar también su resurrección del sepulcro. Examina los milagros hechos por el Señor ya desde el comienzo y dame la explicación de cada uno de ellos. Sin contacto de varón, una doncella concibe. Explica cómo sin varón ha concebido una doncella. Donde falla la explicación, allí se levanta la fe. Ya tienes un milagro en la misma concepción del Señor; escucha otro referido al parto: una doncella da a luz y permanece virgen. Ya entonces, antes de resucitar, pasó el Señor a través de puertas cerradas. Me preguntas: «Si entró a través de puertas cerradas, ¿dónde quedan las propiedades del cuerpo?» Y yo respondo: «Si caminó sobre el mar, ¿dónde queda el peso del cuerpo?» Más todo esto lo hizo el Señor en cuanto Señor. ¿Acaso dejó de ser Señor después de haber resucitado? Además, hizo caminar a Pedro sobre las aguas; ¿qué hay que decir de esto? Lo que en Cristo pudo la divinidad, en Pedro lo realizó la fe. Pero Cristo lo hizo porque pudo, Pedro porque Cristo le ayudó. En conclusión, si comienzas a buscar explicación a los milagros con la sola mente humana, temo que pierdas la fe. ¿Ignoras que nada es imposible para Dios? A quienquiera que te diga: «Si entró a través de puertas cerradas, no tenía cuerpo», retuércele el argumento. «Si fue tocado, tenía cuerpo; si comió, tenía cuerpo; y el entrar fue resultado de un milagro, no de la naturaleza.» ¿No es digno de toda admiración el curso ordinario de la naturaleza? Todas las cosas están llenas de milagros, pero la frecuencia los ha hecho vulgares. Intenta darme explicación; mi pregunta versará sobre lo que vemos a diario. Explícame por qué la semilla de un árbol tan grande como la higuera es tan pequeña que apenas puede verse, mientras que la

humilde calabaza la produce tan grande. Sin embargo, en aquella semilla tan pequeña, apenas visible; en aquella pequeñez y estrechez —si aplicas la inteligencia y no la vista— se oculta también la raíz; dentro de ella está el tronco y las hojas futuras y el fruto que aparecerá en el árbol. Todo está anticipado en la semilla. No es necesario pasar revista a muchas cosas; las cosas de cada día nadie intenta explicarlas, y tú me exiges que te explique los milagros. Lee, pues, el evangelio y cree los hechos maravillosos en él contenidos. Más es lo que ha hecho Dios; la obra que supera a todas las demás no te causa admiración: nada existía y el mundo existe.

«Pero, dices, es imposible a la mole de un cuerpo pasar a través de una puerta cerrada.» —¿Cuánta era su corpulencia, te lo suplico? —La normal de un hombre. —¿Era, acaso, igual a la de un camello? —De ninguna manera. —Lee el evangelio, escúchalo; cuando quiso mostrar la dificultad que tiene un rico para entrar en el reino de los cielos, dijo: *Más fácilmente entra un camello por el hondón de una aguja que un rico en el reino de los cielos*. Al oír esto, los discípulos, pensando que era de todo punto imposible que un camello entrase por el hondón de una aguja, se llenaron de tristeza y dijeron: *Si las cosas están así, ¿quién puede salvarse?* Si más fácilmente pasa un camello por el hondón de una aguja que se salva un rico; si un camello no puede en absoluto pasar por el hondón de una aguja, entonces ningún rico puede salvarse. El Señor les respondió: *Lo que es imposible para los hombres, para Dios es fácil*. Dios puede hacer que un camello pase por el hondón de una aguja e introducir a un rico en el reino de los cielos. ¿Por qué pones dificultades en base a que las puertas estaban cerradas? Las puertas cerradas tienen, al menos, una rendija; compara la rendija de las puertas con el hondón de una aguja; compara el volumen de la carne humana con la corpulencia de los camellos y no levantes calumnias contra la divinidad de los milagros.

***Sermones* (4º) (t. XXIV), Sermón 247, 1-3, BAC Madrid 1983, 512-16**

***

El incrédulo Tomás (Jn 20, 24-29)

Escuchasteis cómo a los que creen sin haber visto los alaba el Señor por encima de los que creen porque han visto y hasta han podido tocar. Cuando el Señor se apareció a sus discípulos, el apóstol Tomás estaba ausente; habiéndole dicho ellos que Cristo había resucitado, les contestó: *Si no meto mi mano en su costado, no creeré*. ¿Qué hubiera pasado si el Señor hubiese resucitado sin las cicatrices? ¿O es que no podía haber resucitado su carne sin que quedaran en ella rastros de las heridas? Lo podía; pero, si no hubiese conservado las cicatrices en su cuerpo, no hubiera sanado las heridas en nuestro corazón. Al tocarle, lo reconoció. Le parecía poco el ver con los ojos; quería creer con los dedos. «Ven, le dijo: *mete aquí tus dedos;* no suprimí toda huella, sino que dejé algo para que creyeras; *mira también mi costado, y no seas incrédulo, sino creyente.*» Tan pronto como le manifestó aquello sobre lo que aún le quedaba duda, exclamó: *¡Señor mío y Dios mío!* Tocaba la carne y proclamaba la divinidad. ¿Qué tocó? El cuerpo de Cristo. ¿Acaso el cuerpo de Cristo era la divinidad de Cristo? La divinidad de Cristo era la Palabra; la humanidad, el alma y la carne. Él no podía tocar ni siquiera al alma, pero podía advertir su presencia, puesto que el

cuerpo antes muerto, ahora se movía vivo. Aquella Palabra, en cambio, ni se cambia ni se la toca, ni decrece ni acrece, puesto que *en el principio existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios.* Esto proclamó Tomás: tocaba la carne e invocaba la Palabra, porque *la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros.*

***Sermones* (3º) (t. XXIII), Sermón 145 A, BAC Madrid 1983, 277-83; 327-28**

FRANCISCO – Homilías 2013, 2015 y 2016 – Ángelus 2017

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE PASCUA

2013

La paciencia de Dios

1. Celebramos hoy el segundo domingo de Pascua, también llamado «de la Divina Misericordia». Qué hermosa es esta realidad de fe para nuestra vida: la *misericordia* de Dios. Un amor tan grande, tan profundo el que Dios nos tiene, un amor que no decae, que siempre aferra nuestra mano y nos sostiene, nos levanta, nos guía.

2. En el Evangelio de hoy, el apóstol Tomás experimenta precisamente esta misericordia de Dios, que tiene un rostro concreto, el de Jesús, el de Jesús resucitado. Tomás no se fía de lo que dicen los otros Apóstoles: «Hemos visto el Señor»; no le basta la promesa de Jesús, que había anunciado: al tercer día resucitaré. Quiere ver, quiere meter su mano en la señal de los clavos y del costado. ¿Cuál es la reacción de Jesús? La *paciencia*: Jesús no abandona al terco Tomás en su incredulidad; le da una semana de tiempo, no le cierra la puerta, espera. Y Tomás reconoce su propia pobreza, la poca fe: «Señor mío y Dios mío»: con esta invocación simple, pero llena de fe, responde a la paciencia de Jesús. Se deja envolver por la misericordia divina, la ve ante sí, en las heridas de las manos y de los pies, en el costado abierto, y recobra la confianza: es un hombre nuevo, ya no es incrédulo sino creyente.

Y recordemos también a Pedro: que tres veces reniega de Jesús precisamente cuando debía estar más cerca de él; y cuando toca el fondo encuentra la mirada de Jesús que, con paciencia, sin palabras, le dice: «Pedro, no tengas miedo de tu debilidad, confía en mí»; y Pedro comprende, siente la mirada de amor de Jesús y llora. Qué hermosa es esta mirada de Jesús –cuánta ternura–. Hermanos y hermanas, no perdamos nunca la confianza en la paciente misericordia de Dios.

Pensemos en los dos discípulos de Emaús: el rostro triste, un caminar errante, sin esperanza. Pero Jesús no les abandona: recorre a su lado el camino, y no sólo. Con paciencia explica las Escrituras que se referían a Él y se detiene a compartir con ellos la comida. Éste es el estilo de Dios: no es impaciente como nosotros, que frecuentemente queremos todo y enseguida, también con las personas. Dios es paciente con nosotros porque nos ama, y quien ama comprende, espera, da confianza, no abandona, no corta los puentes, sabe perdonar. Recordémoslo en nuestra vida de

cristianos: Dios nos espera siempre, aun cuando nos hayamos alejado. Él no está nunca lejos, y si volvemos a Él, está preparado para abrazarnos.

A mí me produce siempre una gran impresión releer la parábola del Padre misericordioso, me impresiona porque me infunde siempre una gran esperanza. Pensad en aquel hijo menor que estaba en la casa del Padre, era amado; y aun así quiere su parte de la herencia; y se va, lo gasta todo, llega al nivel más bajo, muy lejos del Padre; y cuando ha tocado fondo, siente la nostalgia del calor de la casa paterna y vuelve. ¿Y el Padre? ¿Había olvidado al Hijo? No, nunca. Está allí, lo ve desde lejos, lo estaba esperando cada día, cada momento: ha estado siempre en su corazón como hijo, incluso cuando lo había abandonado, incluso cuando había dilapidado todo el patrimonio, es decir su libertad; el Padre con paciencia y amor, con esperanza y misericordia no había dejado ni un momento de pensar en él, y en cuanto lo ve, todavía lejano, corre a su encuentro y lo abraza con ternura, la ternura de Dios, sin una palabra de reproche: Ha vuelto. Y esta es la alegría del padre. En ese abrazo al hijo está toda esta alegría: ¡Ha vuelto! Dios siempre nos espera, no se cansa. Jesús nos muestra esta paciencia misericordiosa de Dios para que recobremos la confianza, la esperanza, siempre. Un gran teólogo alemán, Romano Guardini, decía que Dios responde a nuestra debilidad con su paciencia y éste es el motivo de nuestra confianza, de nuestra esperanza. Es como un diálogo entre nuestra debilidad y la paciencia de Dios, es un diálogo que si lo hacemos, nos da esperanza.

3. Quisiera subrayar otro elemento: la paciencia de Dios debe encontrar en nosotros *la valentía de volver a Él*, sea cual sea el error, sea cual sea el pecado que haya en nuestra vida. Jesús invita a Tomás a meter su mano en las llagas de sus manos y de sus pies y en la herida de su costado. También nosotros podemos entrar en las llagas de Jesús, podemos tocarlo realmente; y esto ocurre cada vez que recibimos los sacramentos. San Bernardo, en una bella homilía, dice: «A través de estas hendiduras, puedo libar miel silvestre y aceite de rocas de pedernal (cf. *Dt* 32,13), es decir, puedo gustar y ver qué bueno es el Señor» (*Sermón* 61, 4. Sobre el libro del Cantar de los cantares). Es precisamente en las heridas de Jesús que nosotros estamos seguros, ahí se manifiesta el amor inmenso de su corazón. Tomás lo había entendido. San Bernardo se pregunta: ¿En qué puedo poner mi confianza? ¿En mis méritos? Pero «mi único mérito es la misericordia de Dios. No seré pobre en méritos, mientras él no lo sea en misericordia. Y, porque la misericordia del Señor es mucha, muchos son también mis méritos» (*ibid*, 5). Esto es importante: la valentía de confiarme a la misericordia de Jesús, de confiar en su paciencia, de refugiarme siempre en las heridas de su amor. San Bernardo llega a afirmar: «Y, aunque tengo conciencia de mis muchos pecados, si creció el pecado, más desbordante fue la gracia (*Rm*5,20)» (*ibid*.). Tal vez alguno de nosotros puede pensar: mi pecado es tan grande, mi lejanía de Dios es como la del hijo menor de la parábola, mi incredulidad es como la de Tomás; no tengo las agallas para volver, para pensar que Dios pueda acogerme y que me esté esperando precisamente a mí. Pero Dios te espera precisamente a ti, te pide sólo el valor de regresar a Él. Cuántas veces en mi ministerio pastoral me han repetido: «Padre, tengo muchos pecados»; y la invitación que he hecho siempre es: «No temas, ve con Él, te está

esperando, Él hará todo». Cuántas propuestas mundanas sentimos a nuestro alrededor. Dejémonos sin embargo aferrar por la propuesta de Dios, la suya es una caricia de amor. Para Dios no somos números, somos importantes, es más somos lo más importante que tiene; aun siendo pecadores, somos lo que más le importa.

Adán después del pecado sintió vergüenza, se ve desnudo, siente el peso de lo que ha hecho; y sin embargo Dios no lo abandona: si en ese momento, con el pecado, inicia nuestro exilio de Dios, hay ya una promesa de vuelta, la posibilidad de volver a Él. Dios pregunta enseguida: «Adán, ¿dónde estás?», lo busca. Jesús quedó desnudo por nosotros, cargó con la vergüenza de Adán, con la desnudez de su pecado para lavar nuestro pecado: sus llagas nos han curado. Acordaos de lo de san Pablo: ¿De qué me puedo enorgullecer sino de mis debilidades, de mi pobreza? Precisamente sintiendo mi pecado, mirando mi pecado, yo puedo ver y encontrar la misericordia de Dios, su amor, e ir hacia Él para recibir su perdón.

En mi vida personal, he visto muchas veces el rostro misericordioso de Dios, su paciencia; he visto también en muchas personas la determinación de entrar en las llagas de Jesús, diciéndole: Señor estoy aquí, acepta mi pobreza, esconde en tus llagas mi pecado, lávalo con tu sangre. Y he visto siempre que Dios lo ha hecho, ha acogido, consolado, lavado, amado.

Queridos hermanos y hermanas, dejémonos envolver por la misericordia de Dios; confiemos en su paciencia que siempre nos concede tiempo; tengamos el valor de volver a su casa, de habitar en las heridas de su amor dejando que Él nos ame, de encontrar su misericordia en los sacramentos. Sentiremos su ternura, tan hermosa, sentiremos su abrazo y seremos también nosotros más capaces de misericordia, de paciencia, de perdón y de amor.

***

2015

Jesús nos invita a entrar en el misterio de sus llagas, el de su amor misericordioso

San Juan, que estaba presente en el Cenáculo con los otros discípulos al anochecer del primer día de la semana, cuenta cómo Jesús entró, se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros», y «les enseñó las manos y el costado» (20,19-20), les mostró sus llagas. Así ellos se dieron cuenta de que no era una visión, era Él, el Señor, y se llenaron de alegría.

Ocho días después, Jesús entró de nuevo en el Cenáculo y mostró las llagas a Tomás, para que las tocase como él quería, para que creyese y se convirtiese en testigo de la Resurrección.

También a nosotros, hoy, en este Domingo que san Juan Pablo II quiso dedicar a la Divina Misericordia, el Señor nos muestra, por medio del Evangelio, sus llagas. Son *llagas de misericordia*. Es verdad: las llagas de Jesús son llagas de misericordia. «Por sus llagas fuimos sanados» (*Is* 53,5).

Jesús nos invita a mirar sus llagas, nos invita a tocarlas, como a Tomás, para sanar nuestra incredulidad. Nos invita, sobre todo, a entrar en el misterio de sus llagas, que es el misterio de su amor misericordioso.

A través de ellas, como por una brecha luminosa, podemos ver todo el misterio de Cristo y de Dios: su Pasión, su vida terrena –llena de compasión por los más pequeños y los enfermos–, su encarnación en el seno de María. Y podemos recorrer hasta sus orígenes toda la historia de la salvación: las profecías –especialmente la del Siervo de Yahvé–, los Salmos, la Ley y la alianza, hasta la liberación de Egipto, la primera pascua y la sangre de los corderos sacrificados; e incluso hasta los patriarcas Abrahán, y luego, en la noche de los tiempos, hasta Abel y su sangre que grita desde la tierra. Todo esto lo podemos verlo a través de las llagas de Jesús Crucificado y Resucitado y, como María en el *Magnificat*, podemos reconocer que «su misericordia llega a sus fieles de generación en generación» (*Lc* 1,50).

Ante los trágicos acontecimientos de la historia humana, nos sentimos a veces abatidos, y nos preguntamos: «¿Por qué?». La maldad humana puede abrir en el mundo abismos, grandes vacíos: vacíos de amor, vacíos de bien, vacíos de vida. Y nos preguntamos: ¿Cómo podemos salvar estos abismos? Para nosotros es imposible; sólo Dios puede colmar estos vacíos que el mal abre en nuestro corazón y en nuestra historia. Es Jesús, que se hizo hombre y murió en la cruz, quien llena el abismo del pecado con el abismo de su misericordia.

San Bernardo, en su comentario al Cantar de los Cantares (Disc. 61,3-5; *Opera omnia* 2,150-151), se detiene justamente en el misterio de las llagas del Señor, usando expresiones fuertes, atrevidas, que nos hace bien recordar hoy. Dice él que «las heridas que su cuerpo recibió nos dejan ver los secretos de su corazón; nos dejan ver el gran misterio de piedad, nos dejan ver la entrañable misericordia de nuestro Dios».

Es este, hermanos y hermanas, el camino que Dios nos ha abierto para que podamos salir, finalmente, de la esclavitud del mal y de la muerte, y entrar en la tierra de la vida y de la paz. Este Camino es Él, Jesús, Crucificado y Resucitado, y especialmente lo son sus llagas llenas de misericordia.

Los Santos nos enseñan que el mundo se cambia a partir de la conversión de nuestros corazones, y esto es posible gracias a la misericordia de Dios. Por eso, ante mis pecados o ante las grandes tragedias del mundo, «me remorderá mi conciencia, pero no perderé la paz, porque me acordaré de las llagas del Señor. Él, en efecto, "fue traspasado por nuestras rebeliones" (*Is* 53,5). ¿Qué hay tan mortífero que no haya sido destruido por la muerte de Cristo?» (*ibíd.*).

Con los ojos fijos en las llagas de Jesús Resucitado, cantemos con la Iglesia: «Eterna es su misericordia» (*Sal* 117,2). Y con estas palabras impresas en el corazón, recorramos los caminos de la historia, de la mano de nuestro Señor y Salvador, nuestra vida y nuestra esperanza.

***

2016

Apóstoles de la misericordia, portadores de la paz de Cristo

«Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de los discípulos» (*Jn* 20,30). El Evangelio es el libro de la misericordia de Dios, para leer y releer, porque todo lo que Jesús ha dicho y hecho es expresión de la misericordia del Padre. Sin embargo, no todo fue escrito; el Evangelio de la misericordia continúa siendo *un libro abierto*, donde se siguen escribiendo los signos de los discípulos de Cristo, gestos concretos de amor, que son el mejor testimonio de la misericordia. Todos estamos llamados a ser escritores vivos del Evangelio, portadores de la Buena Noticia a todo hombre y mujer de hoy. Lo podemos hacer realizando las obras de misericordia corporales y espirituales, que son *el estilo de vida del cristiano*. Por medio de estos gestos sencillos y fuertes, a veces hasta invisibles, podemos visitar a los necesitados, llevándoles la ternura y el consuelo de Dios. Se sigue así aquello que cumplió Jesús en el día de Pascua, cuando derramó en los corazones de los discípulos temerosos la misericordia del Padre, exhaló sobre ellos el Espíritu Santo que perdona los pecados y da la alegría.

Sin embargo, en el relato que hemos escuchado surge un contraste evidente: está *el miedo* de los discípulos que cierran las puertas de la casa; por otro lado, *la misión* de parte de Jesús, que los envía al mundo a llevar el anuncio del perdón. Este contraste puede manifestarse también en nosotros, una lucha interior entre el corazón cerrado y la llamada del amor a abrir las puertas cerradas y a salir de nosotros mismos. Cristo, que por amor entró a través de las puertas cerradas del pecado, de la muerte y del infierno, desea entrar también en cada uno para abrir de par en par las puertas cerradas del corazón. Él, que con la resurrección venció el miedo y el temor que nos aprisiona, quiere abrir nuestras puertas cerradas y enviarnos. El camino que el Maestro resucitado nos indica es de una sola vía, va en una única dirección: salir de nosotros mismos, salir para dar testimonio de la fuerza sanadora del amor que nos ha conquistado. Vemos ante nosotros una humanidad continuamente herida y temerosa, que tiene las cicatrices del dolor y de la incertidumbre. Ante el sufrido grito de misericordia y de paz, escuchamos hoy la invitación esperanzadora que Jesús dirige a cada uno de nosotros: «Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo» (v. 21).

Toda enfermedad puede encontrar en la misericordia de Dios una ayuda eficaz. De hecho, su misericordia no se queda lejos: desea salir al encuentro de todas las pobrezas y liberar de tantas formas de esclavitud que afligen a nuestro mundo. Quiere llegar a las heridas de cada uno, para curarlas. Ser *apóstoles de misericordia* significa tocar y acariciar sus llagas, presentes también hoy en el cuerpo y en el alma de muchos hermanos y hermanas suyos. Al curar estas heridas, confesamos a Jesús, lo hacemos presente y vivo; permitimos a otros que toquen su misericordia y que lo reconozcan como «Señor y Dios» (cf. v. 28), como hizo el apóstol Tomás. Esta es la misión que se nos confía. Muchas personas piden ser *escuchadas* y *comprendidas*. El Evangelio de la misericordia, para anunciarlo y escribirlo en la vida, busca personas con el corazón paciente y abierto, "buenos samaritanos" que conocen la compasión y el silencio ante el misterio del hermano y de la hermana; pide siervos generosos y alegres que aman gratuitamente sin pretender nada a cambio.

«Paz a vosotros» (v. 21): es el saludo que Cristo trae a sus discípulos; es la misma paz, que esperan los hombres de nuestro tiempo. No es una paz negociada, no es la suspensión de algo malo: es *su* paz, la paz que procede del corazón del Resucitado, la paz que venció el pecado, la muerte y el miedo. Es la paz que no divide, sino que une; es la paz que no nos deja solos, sino que nos hace sentir acogidos y amados; es la paz que permanece en el dolor y hace florecer la esperanza. Esta paz, como en el día de Pascua, nace y renace siempre desde el perdón de Dios, que disipa la inquietud del corazón. Ser *portadores de su paz*: esta es la misión confiada a la Iglesia en el día de Pascua. Hemos nacido en Cristo como instrumentos de reconciliación, para llevar a todos el perdón del Padre, para revelar su rostro de amor único en los signos de la misericordia.

En el Salmo responsorial se ha proclamado: «Su amor es para siempre» (117/118,2). Es verdad, la misericordia de Dios es eterna; no termina, no se agota, no se rinde ante la adversidad y no se cansa jamás. En este "*para siempre*" encontramos consuelo en los momentos de prueba y de debilidad, porque estamos seguros que Dios no nos abandona. Él permanece con nosotros *para siempre*. Le agradecemos su amor tan inmenso, que no podemos comprender: es tan grande. Pidamos la gracia de no cansarnos nunca de acudir a la misericordia del Padre y de llevarla al mundo; pidamos ser nosotros mismos misericordiosos, para difundir en todas partes la fuerza del Evangelio, para escribir aquellas páginas del Evangelio que el apóstol Juan no ha escrito.

***

Ángelus 2017

La misericordia es una verdadera forma de conocimiento

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Cada domingo, hacemos memoria de la resurrección del Señor Jesús, pero en este periodo después de Pascua, el domingo reviste un significado más iluminador. En la tradición de la Iglesia, este domingo después de la Pascua, se le denomina "in albis". ¿Qué significa esto? La expresión pretendía recordar el rito que cumplían aquellos que habían recibido el bautismo en la Vigilia pascual. A cada uno de ellos se le entregaba un hábito blanco —"alba", "blanca"— para indicar su nueva dignidad de hijos de Dios. Hoy todavía se sigue haciendo esto: a los neonatos se les coloca una pequeña tela simbólica, mientras que los adultos se ponen uno auténtico y verdadero, como lo hemos visto en la Vigilia pascual. Esta ropa blanca, en pasado, se llevaba puesta durante una semana, hasta este domingo, y de ahí deriva el nombre *in albis deponendis*, que significa el domingo en el cuál se quita el hábito blanco. Y así, quitada la ropa blanca, los neófitos comenzaban su nueva vida en Cristo y en la Iglesia.

Hay otra cosa. En el Jubileo del año 2000, san Juan Pablo II estableció que este domingo estaría dedicado a la Divina Misericordia. Es verdad, fue una bonita intuición: el Espíritu Santo le inspiró. Hemos concluido el Jubileo extraordinario de la Misericordia hace pocos meses y este domingo nos invita a retomar con fuerza la gracia que viene de la misericordia de Dios. El Evangelio de hoy es la narración de la aparición

de Cristo resucitado a los discípulos reunidos en el cenáculo (cf. *Juan* 20, 19-31). Escribe san Juan que Jesús, después de haber saludado a sus discípulos, les dijo: «Como el Padre me envió, también yo os envío». Dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedarán perdonados» (vv. 21-23). He aquí el sentido de la misericordia que se presenta precisamente en el día de la resurrección de Jesús como perdón de los pecados. Jesús resucitado, ha transmitido a su Iglesia, como primera misión, su propia misión de llevar a todos el anuncio concreto del perdón. Este es el primer deber: anunciar el perdón. Este signo visible de su misericordia lleva consigo la paz del corazón y la alegría del encuentro renovado con el Señor.

La misericordia a la luz de la Pascua se deja percibir como una verdadera forma de conocimiento. Y esto es importante: la misericordia es una verdadera forma de conocimiento. Sabemos que se conoce a través de muchas formas. Se conoce a través de los sentidos, se conoce a través de la intuición, a través de la razón y aún de otras formas. Bien, se puede conocer también a través de la experiencia de la misericordia, porque la misericordia abre la puerta de la mente para comprender mejor el misterio de Dios y de nuestra existencia personal. La misericordia nos hace comprender que la violencia, el rencor, la venganza no tienen ningún sentido y la primera víctima es quien vive de estos sentimientos, porque se priva de su propia dignidad. La misericordia también abre la puerta del corazón y permite expresar la cercanía sobre todo hacia aquellos que están solos y marginados, porque les hace sentirse hermanos e hijos de un solo Padre. Favorece el reconocimiento de cuantos tienen necesidad de consuelo y hace encontrar palabras adecuadas para dar consuelo.

Hermanos y hermanas, la misericordia calienta el corazón y le hace sensible a las necesidades de los hermanos, a través del compartir y de la participación. La misericordia, en definitiva, compromete a todos a ser instrumentos de justicia, de reconciliación y de paz. No olvidemos nunca que la misericordia es la llave en la vida de fe, y la forma concreta con la cual damos visibilidad a la resurrección de Jesús.

BENEDICTO XVI – Ángelus 2008

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE PASCUA

Queridos hermanos y hermanas:

Durante el jubileo del año 2000, el amado siervo de Dios Juan Pablo II estableció que en toda la Iglesia el domingo que sigue a la Pascua, además de *Dominica in Albis*, se denominara también *Domingo de la Misericordia Divina*. Esto sucedió en concomitancia con la canonización de Faustina Kowalska, humilde religiosa polaca, celosa mensajera de Jesús misericordioso, que nació en 1905 y murió en 1938.

En realidad, la misericordia es el núcleo central del mensaje evangélico, es el nombre mismo de Dios, el rostro con el que se reveló en la Antigua Alianza y plenamente en Jesucristo, encarnación del Amor creador y redentor. Este amor de

misericordia ilumina también el rostro de la Iglesia y se manifiesta mediante los sacramentos, especialmente el de la Reconciliación, y mediante las obras de caridad, comunitarias e individuales.

Todo lo que la Iglesia dice y realiza, manifiesta la misericordia que Dios tiene para con el hombre. Cuando la Iglesia debe recordar una verdad olvidada, o un bien traicionado, lo hace siempre impulsada por el amor misericordioso, para que los hombres tengan vida y la tengan en abundancia (cf. *Jn* 10, 10). De la misericordia divina, que pacifica los corazones, brota además la auténtica paz en el mundo, la paz entre los diversos pueblos, culturas y religiones.

Como sor Faustina, Juan Pablo II se hizo a su vez apóstol de la Misericordia divina. La tarde del inolvidable sábado 2 de abril de 2005, cuando cerró los ojos a este mundo, era precisamente la víspera del segundo domingo de Pascua, y muchos notaron la singular coincidencia, que unía en sí la dimensión mariana —era el primer sábado del mes— y la de la Misericordia divina. En efecto, su largo y multiforme pontificado tiene aquí su núcleo central; toda su misión al servicio de la verdad sobre Dios y sobre el hombre y de la paz en el mundo se resume en este anuncio, como él mismo dijo en Cracovia-Lagiewniki en el año 2002 al inaugurar el gran santuario de la Misericordia Divina: «Fuera de la misericordia de Dios no existe otra fuente de esperanza para el hombre» (*Homilía durante la misa de consagración del santuario de la Misericordia Divina,* 17 de agosto). Así pues, su mensaje, como el de santa Faustina, conduce al rostro de Cristo, revelación suprema de la misericordia de Dios. Contemplar constantemente ese Rostro es la herencia que nos ha dejado y que nosotros, con alegría, acogemos y hacemos nuestra.

Sobre la Misericordia divina se reflexionará de modo especial durante los próximos días con ocasión del primer Congreso apostólico mundial sobre la Misericordia divina, que tendrá lugar en Roma y se inaugurará con la santa misa que, si Dios quiere, presidiré el miércoles 2 de abril por la mañana, en el tercer aniversario de la piadosa muerte del siervo de Dios Juan Pablo II. Ponemos el Congreso bajo la protección celestial de María santísima, *Mater misericordiae*. A ella le encomendamos la gran causa de la paz en el mundo, para que la misericordia de Dios realice lo que resulta imposible a las solas fuerzas humanas, e infunda en los corazones la valentía del diálogo y de la reconciliación.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE PASCUA

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

La aparición del Resucitado

448. Con mucha frecuencia, en los evangelios, hay personas que se dirigen a Jesús llamándole "Señor". Este título expresa el respeto y la confianza de los que se acercan a Jesús y esperan de Él socorro y curación (cf. *Mt* 8, 2; 14, 30; 15, 22, etc.). Bajo la moción del Espíritu Santo, expresa el reconocimiento del misterio divino de Jesús (cf. *Lc* 1, 43; 2, 11). En el encuentro con Jesús resucitado, se convierte en adoración: "Señor mío y Dios mío" (*Jn* 20, 28). Entonces toma una connotación de amor y de afecto que quedará como propio de la tradición cristiana: "¡Es el Señor!" (*Jn* 21, 7).

641. María Magdalena y las santas mujeres, que iban a embalsamar el cuerpo de Jesús (cf. *Mc* 16,1; *Lc* 24, 1) enterrado a prisa en la tarde del Viernes Santo por la llegada del Sábado (cf. *Jn* 19, 31. 42) fueron las primeras en encontrar al Resucitado (cf. *Mt* 28, 9-10; *Jn* 20, 11-18). Así las mujeres fueron las primeras mensajeras de la Resurrección de Cristo para los propios Apóstoles (cf. *Lc* 24, 9-10). Jesús se apareció en seguida a ellos, primero a Pedro, después a los Doce (cf. *1 Co* 15, 5). Pedro, llamado a confirmar en la fe a sus hermanos (cf. *Lc* 22, 31-32), ve por tanto al Resucitado antes que los demás y sobre su testimonio es sobre el que la comunidad exclama: "¡Es verdad! ¡El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón!" (*Lc* 24, 34).

642. Todo lo que sucedió en estas jornadas pascuales compromete a cada uno de los Apóstoles —y a Pedro en particular— en la construcción de la era nueva que comenzó en la mañana de Pascua. Como testigos del Resucitado, los Apóstoles son las piedras de fundación de su Iglesia. La fe de la primera comunidad de creyentes se funda en el testimonio de hombres concretos, conocidos de los cristianos y de los que la mayor parte aún vivía entre ellos. Estos "testigos de la Resurrección de Cristo" (cf. *Hch* 1, 22) son ante todo Pedro y los Doce, pero no solamente ellos: Pablo habla claramente de más de quinientas personas a las que se apareció Jesús en una sola vez, además de Santiago y de todos los Apóstoles (cf. *1 Co* 15, 4-8).

643. Ante estos testimonios es imposible interpretar la Resurrección de Cristo fuera del orden físico, y no reconocerlo como un hecho histórico. Sabemos por los hechos que la fe de los discípulos fue sometida a la prueba radical de la pasión y de la muerte en cruz de su Maestro, anunciada por Él de antemano (cf. *Lc* 22, 31-32). La sacudida provocada por la pasión fue tan grande que los discípulos (por lo menos, algunos de ellos) no creyeron tan pronto en la noticia de la resurrección. Los evangelios, lejos de mostrarnos una comunidad arrobada por una exaltación mística, nos presentan a los discípulos abatidos ("la cara sombría": *Lc* 24, 17) y asustados (cf. *Jn* 20, 19). Por eso no creyeron a las santas mujeres que regresaban del sepulcro y "sus palabras les parecían como desatinos" (*Lc* 24, 11; cf. *Mc*16, 11. 13). Cuando Jesús se manifiesta a los once en la tarde de Pascua "les echó en cara su incredulidad y su dureza de cabeza por no haber creído a quienes le habían visto resucitado" (*Mc* 16, 14).

644. Tan imposible les parece la cosa que, incluso puestos ante la realidad de Jesús resucitado, los discípulos dudan todavía (cf. *Lc* 24, 38): creen ver un espíritu (cf. *Lc* 24, 39). "No acaban de creerlo a causa de la alegría y estaban asombrados" (*Lc* 24, 41). Tomás conocerá la misma prueba de la duda (cf. *Jn* 20, 24-27) y, en su última aparición en Galilea referida por Mateo, "algunos sin embargo dudaron" (*Mt* 28, 17). Por esto la hipótesis según la cual la resurrección habría sido un "producto" de la fe (o de la

credulidad) de los apóstoles no tiene consistencia. Muy al contrario, su fe en la Resurrección nació —bajo la acción de la gracia divina— de la experiencia directa de la realidad de Jesús resucitado.

El estado de la humanidad resucitada de Cristo

645. Jesús resucitado establece con sus discípulos relaciones directas mediante el tacto (cf. *Lc* 24, 39; *Jn* 20, 27) y el compartir la comida (cf. *Lc* 24, 30. 41-43; *Jn* 21, 9. 13-15). Les invita así a reconocer que él no es un espíritu (cf. *Lc* 24, 39), pero sobre todo a que comprueben que el cuerpo resucitado con el que se presenta ante ellos es el mismo que ha sido martirizado y crucificado, ya que sigue llevando las huellas de su pasión (cf. *Lc* 24, 40; *Jn* 20, 20. 27). Este cuerpo auténtico y real posee sin embargo al mismo tiempo, las propiedades nuevas de un cuerpo glorioso: no está situado en el espacio ni en el tiempo, pero puede hacerse presente a su voluntad donde quiere y cuando quiere (cf. *Mt* 28, 9. 16-17; *Lc* 24, 15. 36; *Jn* 20, 14. 19. 26; 21, 4) porque su humanidad ya no puede ser retenida en la tierra y no pertenece ya más que al dominio divino del Padre (cf. *Jn* 20, 17). Por esta razón también Jesús resucitado es soberanamente libre de aparecer como quiere: bajo la apariencia de un jardinero (cf. *Jn* 20, 14-15) o "bajo otra figura" (*Mc* 16, 12) distinta de la que les era familiar a los discípulos, y eso para suscitar su fe (cf. *Jn* 20, 14. 16; 21, 4. 7).

646. La Resurrección de Cristo no fue un retorno a la vida terrena como en el caso de las resurrecciones que él había realizado antes de Pascua: la hija de Jairo, el joven de Naím, Lázaro. Estos hechos eran acontecimientos milagrosos, pero las personas afectadas por el milagro volvían a tener, por el poder de Jesús, una vida terrena "ordinaria". En cierto momento, volverán a morir. La Resurrección de Cristo es esencialmente diferente. En su cuerpo resucitado, pasa del estado de muerte a otra vida más allá del tiempo y del espacio. En la Resurrección, el cuerpo de Jesús se llena del poder del Espíritu Santo; participa de la vida divina en el estado de su gloria, tanto que san Pablo puede decir de Cristo que es "el hombre celestial" (cf. *1 Co* 15, 35-50).

La presencia santificante de Cristo resucitado en la Liturgia

1084. "Sentado a la derecha del Padre" y derramando el Espíritu Santo sobre su Cuerpo que es la Iglesia, Cristo actúa ahora por medio de los sacramentos, instituidos por Él para comunicar su gracia. Los sacramentos son signos sensibles (palabras y acciones), accesibles a nuestra humanidad actual. Realizan eficazmente la gracia que significan en virtud de la acción de Cristo y por el poder del Espíritu Santo.

1085. En la liturgia de la Iglesia, Cristo significa y realiza principalmente su misterio pascual. Durante su vida terrestre Jesús anunciaba con su enseñanza y anticipaba con sus actos el misterio pascual. Cuando llegó su hora (cf *Jn* 13,1; 17,1), vivió el único acontecimiento de la historia que no pasa: Jesús muere, es sepultado, resucita de entre los muertos y se sienta a la derecha del Padre "una vez por todas" (*Rm* 6,10; *Hb* 7,27; 9,12). Es un acontecimiento real, sucedido en nuestra historia, pero absolutamente singular: todos los demás acontecimientos suceden una vez, y luego pasan y son absorbidos por el pasado. El misterio pascual de Cristo, por el contrario, no puede permanecer solamente en el pasado, pues por su muerte destruyó a la muerte, y todo

lo que Cristo es y todo lo que hizo y padeció por los hombres participa de la eternidad divina y domina así todos los tiempos y en ellos se mantiene permanentemente presente. El acontecimiento de la Cruz y de la Resurrección *permanece* y atrae todo hacia la Vida.

...desde la Iglesia de los Apóstoles...

1086. "Por esta razón, como Cristo fue enviado por el Padre, Él mismo envió también a los Apóstoles, llenos del Espíritu Santo, no sólo para que, al predicar el Evangelio a toda criatura, anunciaran que el Hijo de Dios, con su muerte y resurrección, nos ha liberado del poder de Satanás y de la muerte y nos ha conducido al reino del Padre, sino también para que realizaran la obra de salvación que anunciaban mediante el sacrificio y los sacramentos en torno a los cuales gira toda la vida litúrgica" (SC 6).

1087. Así, Cristo resucitado, dando el Espíritu Santo a los Apóstoles, les confía su poder de santificación (cf *Jn* 20,21- 23); se convierten en signos sacramentales de Cristo. Por el poder del mismo Espíritu Santo confían este poder a sus sucesores. Esta "sucesión apostólica" estructura toda la vida litúrgica de la Iglesia. Ella misma es sacramental, transmitida por el sacramento del Orden.

...está presente en la liturgia terrena...

1088. "Para llevar a cabo una obra tan grande" -la dispensación o comunicación de su obra de salvación- «Cristo está siempre presente en su Iglesia, principalmente en los actos litúrgicos. Está presente en el sacrificio de la misa, no sólo en la persona del ministro, "ofreciéndose ahora por ministerio de los sacerdotes el mismo que entonces se ofreció en la cruz", sino también, sobre todo, bajo las especies eucarísticas. Está presente con su virtud en los sacramentos, de modo que, cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza. Está presente en su Palabra, pues es Él mismo el que habla cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura. Está presente, finalmente, cuando la Iglesia suplica y canta salmos, el mismo que prometió: "Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos" (*Mt* 18,20)» (SC 7).

1089. "Realmente, en una obra tan grande por la que Dios es perfectamente glorificado y los hombres santificados, Cristo asocia siempre consigo a la Iglesia, su esposa amadísima, que invoca a su Señor y por Él rinde culto al Padre Eterno" (SC 7).

La Eucaristía dominical

2177. La celebración dominical del día y de la Eucaristía del Señor tiene un papel principalísimo en la vida de la Iglesia. "El domingo, en el que se celebra el misterio pascual, por tradición apostólica, ha de observarse en toda la Iglesia como fiesta primordial de precepto" (CIC can. 1246, §1).

«Igualmente deben observarse los días de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, Epifanía, Ascensión, Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo, Santa María Madre de Dios, Inmaculada Concepción y Asunción, San José, Santos Apóstoles Pedro y Pablo y, finalmente, todos los Santos» (CIC can. 1246, §1).

2178. Esta práctica de la asamblea cristiana se remonta a los comienzos de la edad apostólica (cf *Hch* 2, 42-46; *1 Co* 11, 17). La carta a los Hebreos dice: "No abandonéis

vuestra asamblea, como algunos acostumbran hacerlo, antes bien, animaos mutuamente" (*Hb* 10, 25).

«La tradición conserva el recuerdo de una exhortación siempre actual: "Venir temprano a la iglesia, acercarse al Señor y confesar sus pecados, arrepentirse en la oración [...] Asistir a la sagrada y divina liturgia, acabar su oración y no marcharse antes de la despedida [...] Lo hemos dicho con frecuencia: este día os es dado para la oración y el descanso. Es el día que ha hecho el Señor. En él exultamos y nos gozamos» (Pseudo-Eusebio de Alejandría, Sermo de die Dominica).

1342. Desde el comienzo la Iglesia fue fiel a la orden del Señor. De la Iglesia de Jerusalén se dice:

«Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, fieles a la comunión fraterna, a la fracción del pan y a las oraciones [...] Acudían al Templo todos los días con perseverancia y con un mismo espíritu, partían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría y con sencillez de corazón» (Hch 2,42.46).

Nuestro nacimiento a una nueva vida en la Resurrección de Cristo

654. Hay un doble aspecto en el misterio pascual: por su muerte nos libera del pecado, por su Resurrección nos abre el acceso a una nueva vida. Esta es, en primer lugar, la *justificación* que nos devuelve a la gracia de Dios (cf. *Rm* 4, 25) "a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos [...] así también nosotros vivamos una nueva vida" (*Rm* 6, 4). Consiste en la victoria sobre la muerte y el pecado y en la nueva participación en la gracia (cf. *Ef* 2, 4-5; *1 P* 1, 3). Realiza la *adopción filial* porque los hombres se convierten en hermanos de Cristo, como Jesús mismo llama a sus discípulos después de su Resurrección: "Id, avisad a mis hermanos" (*Mt* 28, 10; *Jn* 20, 17). Hermanos no por naturaleza, sino por don de la gracia, porque esta filiación adoptiva confiere una participación real en la vida del Hijo único, la que ha revelado plenamente en su Resurrección.

655. Por último, la Resurrección de Cristo -y el propio Cristo resucitado- es principio y fuente de *nuestra resurrección futura*: "Cristo resucitó de entre los muertos como primicias de los que durmieron [...] del mismo modo que en Adán mueren todos, así también todos revivirán en Cristo" (*1 Co* 15, 20-22). En la espera de que esto se realice, Cristo resucitado vive en el corazón de sus fieles. En Él los cristianos "saborean [...] los prodigios del mundo futuro" (*Hb* 6,5) y su vida es arrastrada por Cristo al seno de la vida divina (cf. *Col* 3, 1-3) para que ya no vivan para sí los que viven, sino para aquel que murió y resucitó por ellos" (*2 Co* 5, 15).

1988. Por el poder del Espíritu Santo participamos en la Pasión de Cristo, muriendo al pecado, y en su Resurrección, naciendo a una vida nueva; somos miembros de su Cuerpo que es la Iglesia (cf *1 Co* 12), sarmientos unidos a la Vid que es Él mismo (cf *Jn* 15, 1-4)

«Por el Espíritu Santo participamos de Dios [...] Por la participación del Espíritu venimos a ser partícipes de la naturaleza divina [...] Por eso, aquellos en quienes habita el Espíritu están divinizados» (San Atanasio de Alejandría, Epistula ad Serapionem, 1, 24).

"Creo en el perdón de los pecados"

976. El Símbolo de los Apóstoles vincula la fe en el perdón de los pecados a la fe en el Espíritu Santo, pero también a la fe en la Iglesia y en la comunión de los santos. Al dar el Espíritu Santo a su Apóstoles, Cristo resucitado les confirió su propio poder divino de perdonar los pecados: "Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos" (*Jn* 20, 22-23).

I. Un solo Bautismo para el perdón de los pecados

977. Nuestro Señor vinculó el perdón de los pecados a la fe y al Bautismo: "Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación. El que crea y sea bautizado se salvará" (*Mc* 16, 15-16). El Bautismo es el primero y principal sacramento del perdón de los pecados porque nos une a Cristo muerto por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación (cf. *Rm* 4, 25), a fin de que "vivamos también una vida nueva" (*Rm* 6, 4).

978. "En el momento en que hacemos nuestra primera profesión de fe, al recibir el santo Bautismo que nos purifica, es tan pleno y tan completo el perdón que recibimos, que no nos queda absolutamente nada por borrar, sea de la culpa original, sea de cualquier otra cometida u omitida por nuestra propia voluntad, ni ninguna pena que sufrir para expiarlas. Sin embargo, la gracia del Bautismo no libra a la persona de todas las debilidades de la naturaleza. Al contrario [...] todavía nosotros tenemos que combatir los movimientos de la concupiscencia que no cesan de llevarnos al mal" (*Catecismo Romano,* 1, 11, 3).

979. En este combate contra la inclinación al mal, ¿quién será lo suficientemente valiente y vigilante para evitar toda herida del pecado? "Puesto que era necesario que, además de por razón del sacramento del bautismo, la Iglesia tuviera la potestad de perdonar los pecados, le fueron confiadas las llaves del Reino de los cielos, con las que pudiera perdonar los pecados de cualquier penitente, aunque pecase hasta el final de su vida" (*Catecismo Romano,* 1, 11, 4).

980. Por medio del sacramento de la Penitencia, el bautizado puede reconciliarse con Dios y con la Iglesia:

«Los Padres tuvieron razón en llamar a la penitencia "un bautismo laborioso" (San Gregorio Nacianceno, Oratio 39, 17). Para los que han caído después del Bautismo, es necesario para la salvación este sacramento de la Penitencia, como lo es el Bautismo para quienes aún no han sido regenerados» (Concilio de Trento: DS 1672).

II. La potestad de las llaves

981. Cristo, después de su Resurrección envió a sus Apóstoles a predicar "en su nombre la conversión para perdón de los pecados a todas las naciones" (*Lc* 24, 47). Este "ministerio de la reconciliación" (*2 Co* 5, 18), no lo cumplieron los Apóstoles y sus sucesores anunciando solamente a los hombres el perdón de Dios merecido para nosotros por Cristo y llamándoles a la conversión y a la fe, sino comunicándoles

también la remisión de los pecados por el Bautismo y reconciliándolos con Dios y con la Iglesia gracias al poder de las llaves recibido de Cristo:

La Iglesia «ha recibido las llaves del Reino de los cielos, a fin de que se realice en ella la remisión de los pecados por la sangre de Cristo y la acción del Espíritu Santo. En esta Iglesia es donde revive el alma, que estaba muerta por los pecados, a fin de vivir con Cristo, cuya gracia nos ha salvado» (San Agustín, Sermo 214, 11).

982. No hay ninguna falta por grave que sea que la Iglesia no pueda perdonar. "No hay nadie, tan perverso y tan culpable que, si verdaderamente está arrepentido de sus pecados, no pueda contar con la esperanza cierta de perdón" (*Catecismo Romano*, 1, 11, 5). Cristo, que ha muerto por todos los hombres, quiere que, en su Iglesia, estén siempre abiertas las puertas del perdón a cualquiera que vuelva del pecado (cf. *Mt* 18, 21-22).

983. La catequesis se esforzará por avivar y nutrir en los fieles la fe en la grandeza incomparable del don que Cristo resucitado ha hecho a su Iglesia: la misión y el poder de perdonar verdaderamente los pecados, por medio del ministerio de los Apóstoles y de sus sucesores:

«El Señor quiere que sus discípulos tengan un poder inmenso: quiere que sus pobres servidores cumplan en su nombre todo lo que había hecho cuando estaba en la tierra» (San Ambrosio, De Paenitentia 1, 8, 34).

«[Los sacerdotes] han recibido un poder que Dios no ha dado ni a los ángeles, ni a los arcángeles [...] Dios sanciona allá arriba todo lo que los sacerdotes hagan aquí abajo» (San Juan Crisóstomo, De sacerdotio 3, 5).

«Si en la Iglesia no hubiera remisión de los pecados, no habría ninguna esperanza, ninguna expectativa de una vida eterna y de una liberación eterna. Demos gracias a Dios que ha dado a la Iglesia semejante don» (San Agustín, Sermo 213, 8, 8).

984. *El Credo relaciona "el perdón de los pecados" con la profesión de fe en el Espíritu Santo. En efecto, Cristo resucitado confió a los Apóstoles el poder de perdonar los pecados cuando les dio el Espíritu Santo.*

Sólo Dios perdona el pecado

1441. Sólo Dios perdona los pecados (cf *Mc* 2,7). Porque Jesús es el Hijo de Dios, dice de sí mismo: "El Hijo del hombre tiene poder de perdonar los pecados en la tierra" (*Mc* 2,10) y ejerce ese poder divino: "Tus pecados están perdonados" (*Mc* 2,5; *Lc* 7,48). Más aún, en virtud de su autoridad divina, Jesús confiere este poder a los hombres (cf *Jn* 20,21-23) para que lo ejerzan en su nombre.

1442. Cristo quiso que toda su Iglesia, tanto en su oración como en su vida y su obra, fuera el signo y el instrumento del perdón y de la reconciliación que nos adquirió al precio de su sangre. Sin embargo, confió el ejercicio del poder de absolución al ministerio apostólico, que está encargado del "ministerio de la reconciliación" (*2 Co* 5,18). El apóstol es enviado "en nombre de Cristo", y "es Dios mismo" quien, a través de él, exhorta y suplica: "Dejaos reconciliar con Dios" (*2 Co* 5,20).

La comunión de los bienes espirituales

949. En la comunidad primitiva de Jerusalén, los discípulos "acudían [...] asiduamente a la enseñanza de los Apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones" (*Hch* 2, 42):

La *comunión en la fe*. La fe de los fieles es la fe de la *Iglesia* recibida de los Apóstoles, tesoro de vida que se enriquece cuando se comparte.

950. La *comunión de los sacramentos*. "El fruto de todos los Sacramentos pertenece a todos. Porque los Sacramentos, y sobre todo el Bautismo que es como la puerta por la que los hombres entran en la Iglesia, son otros tantos vínculos sagrados que unen a todos y los ligan a Jesucristo. Los Padres indican en el Símbolo que debe entenderse que la comunión de los santos es la comunión de los sacramentos [...]. El nombre de comunión puede aplicarse a todos los sacramentos puesto que todos ellos nos unen a Dios [...]. Pero este nombre es más propio de la Eucaristía que de cualquier otro, porque ella es la que lleva esta comunión a su culminación" (*Catecismo Romano,* 1, 10, 24).

951. La *comunión de los carismas*: En la comunión de la Iglesia, el Espíritu Santo "reparte gracias especiales entre los fieles" para la edificación de la Iglesia (LG 12). Pues bien, "a cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común" (*1 Co* 12, 7).

952. *"Todo lo tenían en común"* (*Hch* 4, 32): "Todo lo que posee el verdadero cristiano debe considerarlo como un bien en común con los demás y debe estar dispuesto y ser diligente para socorrer al necesitado y la miseria del prójimo" (*Catecismo Romano,* 1, 10, 27). El cristiano es un administrador de los bienes del Señor (cf. *Lc* 16, 1, 3).

953. La *comunión de la caridad:* En la *comunión de los santos*, "ninguno de nosotros vive para sí mismo; como tampoco muere nadie para sí mismo" (*Rm* 14, 7). "Si sufre un miembro, todos los demás sufren con él. Si un miembro es honrado, todos los demás toman parte en su gozo. Ahora bien, vosotros sois el cuerpo de Cristo, y sus miembros cada uno por su parte" (*1 Co* 12, 26-27). "La caridad no busca su interés" (*1 Co* 13, 5; cf. *1 Co* 10, 24). El menor de nuestros actos hecho con caridad repercute en beneficio de todos, en esta solidaridad entre todos los hombres, vivos o muertos, que se funda en la comunión de los santos. Todo pecado daña a esta comunión.

1329. *Banquete del Señor* (cf *1 Co* 11,20) porque se trata de la *Cena* que el Señor celebró con sus discípulos la víspera de su pasión y de la anticipación del *banquete de bodas del Cordero* (cf *Ap* 19,9) en la Jerusalén celestial.

Fracción del pan porque este rito, propio del banquete judío, fue utilizado por Jesús cuando bendecía y distribuía el pan como cabeza de familia (cf *Mt* 14,19; 15,36; *Mc* 8,6.19), sobre todo en la última Cena (cf *Mt* 26,26; *1 Co* 11,24). En este gesto los discípulos lo reconocerán después de su resurrección (*Lc* 24,13-35), y con esta expresión los primeros cristianos designaron sus asambleas eucarísticas (cf *Hch* 2,42.46; 20,7.11). Con él se quiere significar que todos los que comen de este único pan, partido, que es Cristo, entran en comunión con él y forman un *solo cuerpo* en él (cf *1 Co* 10,16-17).

Asamblea eucarística (*synaxis*), porque la Eucaristía es celebrada en la asamblea de los fieles, expresión visible de la Iglesia (cf *1 Co* 11,17-34).

1342. Desde el comienzo la Iglesia fue fiel a la orden del Señor. De la Iglesia de Jerusalén se dice:

«Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, fieles a la comunión fraterna, a la fracción del pan y a las oraciones [...] Acudían al Templo todos los días con perseverancia y con un mismo espíritu, partían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría y con sencillez de corazón» (Hch 2,42.46).

2624. En la primera comunidad de Jerusalén, los creyentes "acudían asiduamente a las enseñanzas de los Apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones" (*Hch* 2, 42). Esta secuencia de actos es típica de la oración de la Iglesia; fundada sobre la fe apostólica y autentificada por la caridad, se alimenta con la Eucaristía.

2790. Gramaticalmente, "nuestro" califica una realidad común a varios. No hay más que un solo Dios y es reconocido Padre por aquéllos que, por la fe en su Hijo único, han renacido de Él por el agua y por el Espíritu (cf *1 Jn* 5, 1; Jn 3, 5). La *Iglesia* es esta nueva comunión de Dios y de los hombres: unida con el Hijo único hecho "el primogénito de una multitud de hermanos" (*Rm* 8, 29) se encuentra en comunión con un solo y mismo Padre, en un solo y mismo Espíritu (cf *Ef* 4, 4-6). Al decir Padre "nuestro", la oración de cada bautizado se hace en esta comunión: "La multitud [...] de creyentes no tenía más que un solo corazón y una sola alma" (*Hch* 4, 32).

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE PASCUA

Si no meto mi mano en su costado, no lo creo

Hoy es el Domingo *in albis,* esto es, *de blanco*. Se llama así porque en la antigüedad los neófitos volvían a la Iglesia en este día con las vestiduras blancas de su bautismo. El Evangelio nos habla de dos apariciones tenidas todas ambas en el cenáculo. En la primera, no estaba presente el apóstol Tomás. Cuando los otros le narran lo acontecido, él se sale con la bien conocida declaración: «Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo». Ahora, volvamos a escuchar el relato del Evangelio:

«A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo: "Paz a vosotros" o Luego dijo a Tomás: "Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente" o Contestó Tomás: "¡Señor mío y Dios mío!" Jesús le dijo: "¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto"».

Con la insistencia sobre el asunto de Tomás, el Evangelio viene al encuentro del lector moderno, al hombre de la era tecnológica, que no cree si no es en lo que puede

comprobar. Le presenta un modelo creíble; uno que se le asemeja bastante para poderlo tomar en consideración: ¡Tomás, el dubitativo, el práctico, aquel que declara que no será fácil inducirle a rendirse y creer! Viene para pensar en ciertos hombres de la cultura de nuestros días, los cuales, habiendo oído que algún compañero suyo se ha acercado a la fe, reaccionan escandalizados, haciendo entender que esto no sucederá nunca con ellos. Podemos llamar Tomás a cualquier contemporáneo nuestro entre los apóstoles.

El carácter de Tomás se define en repetidas tomas del Evangelio y siempre bajo la misma luz o el mismo enfoque. Pensemos en el episodio de la resurrección de Lázaro. Han llegado para decirle a Jesús: «Señor, aquel a quien tú quieres, está enfermo...» (*Juan* 11,3). Los discípulos están preocupados por el peligro al que se expone (en Judea se busca a Jesús para hacerle morir) y Tomás exclama: «Vayamos también nosotros a morir con él» (*Juan* 11,16). Ésta no es una palabra de alguien que cree, sino de uno que se desespera, que está resignado a llegar hasta lo peor. De igual modo, es muy moderno en esto. Hay muchos que están dispuestos a arriesgar hasta la vida; pero, no a dejarse llevar a la alegría de creer. Se arriesga la vida repetidas veces al día cuando se atraviesa con prisa la calle, se salta de un autobús en marcha, se hace un adelantamiento imprudente...; pero, no se está dispuesto a correr el así llamado «riesgo de la fe», que nos salvaría de la muerte.

Otro particular revelador. En la última cena Jesús ha dicho a los apóstoles: «Adonde yo voy ya sabéis el camino» (*Juan* 14,4). Tomás, hombre franco y no habituado a reservar sus dudas dentro de sí, rebate: «Señor, no sabemos a dónde vas, ¿cómo podemos saber el camino?» *(Juan* 14,5). Es extraordinario ver cómo cada vez las dudas de Tomás se han resuelto para nosotros en bendición. Esta su observación fue, en efecto, la ocasión por la que Jesús pronunció una de las palabras más sublimes de todo el Evangelio: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida» (*Juan* 14,6).

Lo que ha salvado a Tomás ha sido el sufrimiento, que poseía en su no-creer. La dureza de las condiciones que plantea para creer (meter la mano en la herida, el dedo en la llaga) proceden de un gran sufrimiento. Es de entre los apóstoles el que tiene más sentimiento de no haber sabido morir con él tal como había declarado solemnemente. Pero, sufrir por no amar a alguien es un signo de un verdadero amor. ¡Sufrir por no poder creer es una forma de fe incompleta, pero sincera!

Un muy conocido anciano periodista italiano dijo una vez en una entrevista: «He buscado siempre a Dios y no lo he encontrado. Lo he buscado, porque creo que la fe puede dar una fuerza extraordinaria. Pero, no me siento responsable o culpable del hecho de que a mí me ha faltado esta fuerza. Y, si encontrase a Dios, le preguntaría: ¿Por qué no me has dado la fe?» A él y a cuantos se encuentran en la misma situación, yo les respondería así: «Quizás Dios no te ha dado la fe para que le ayudases a purificar la fe de quien debía anunciártela y hacerle sentir su responsabilidad y la urgencia de hacerlo. Tú sabes, sin embargo, lo que han oído responderles hombres como Agustín y Pascal, que antes que tú le habían planteado a Dios la misma pregunta: «Tú no me buscarías, si ya no me hubieses encontrado». Es más, «¡si yo no te hubiese ya

encontrado!» Desear, sin creer, puede ser una fe más pura que creer sin desear, dándolo todo por descontado.

Lo que Tomás había expresado como una exigencia absurda, como un desafío inverosímil, formulada en la transacción apasionada de su resistencia «si no veo... si no meto el dedo...», he aquí lo que Jesús acepta. Se deja vencer por Tomás. Sólo por él ha cambiado todas sus disposiciones y su método. A la Magdalena, por ejemplo, le había dicho lo contrario: «No me toques» (*Juan* 20,17). Jesús amaba a Tomás; sabía que se mostraba tan reacio sólo porque se había sentido tan desdichado; entonces, se ha posicionado en contra de él, lo ha defendido contra sí mismo, le ha hablado al corazón y él ha quedado descompuesto.

Cuando Tomás ha visto delante de él a Jesús, de golpe ha entendido haber siempre sabido que él había resucitado. ¡Había vivido lo suficiente con Jesús para saber que debía esperarse una cosa semejante, que con él sucedían siempre cosas buenas, gratificantes, increíbles como ésta! Debía haber creído a los demás. Rechazando el creer no había hecho otra cosa que infligirse un castigo a sí mismo, defenderse de una espera, que era demasiado viva. Moría, a la vez, por el deseo y por el miedo de creer.

Y no ha habido peor castigo para él que el haber conseguido lo que había puesto como condición para su fe. Se ha dado cuenta de haber perdido la ocasión, que se le había ofrecido. Ha entendido que debiera haber donado su fe en Jesús. En el fondo, no tenía necesidad de estas pruebas. Mostrándose escéptico, se había comportado como un niño vicioso, que busca imponer sus exigencias de lo que está perfectamente seguro al amor del padre o de la madre.

Ahora ya no tiene ganas de tocar, habría dado cualquier cosa incluso con tal de no poner el dedo y la mano en las llagas, para no oír aquel velado reproche: «¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto». Y cuando toca, lo hace por docilidad, por arrepentimiento. No como quien quiere darse cuenta puntillosamente de una cosa y se dispone a tomar diligentemente las medidas. Lo hace como quien realiza un peregrinaje. Era ello lo que le podía ser más doloroso y más humillante. Reparaba y se castigaba. Los artistas modernos lo han representado en el primer" modo (es típico el cuadro un poco cruel de Caravaggio en donde Tomás se viene abajo apesadumbrado con sus dedos en las heridas); los pintores antiguos, más espirituales, sobre todo, en los iconos orientales, lo representan encorvado y en adoración, como quien quisiera hundirse ante Jesús.

Para ser penetrado tan profundamente en la intimidad de Cristo, Tomás ha sido transportado a una altura, que nadie de entre los demás había alcanzado hasta entonces. Más arriba que hasta el mismo Juan, a quien solamente se le había concedido reposar su cabeza sobre el pecho de él; aunque, aún en lo externo. Fulminado, Tomás cae de rodillas y exclama: «¡Señor mío y Dios mío!» Ningún otro apóstol se había aún atrevido a decirle esto: «¡Dios mío!»

Jesús lo ha amado tanto, con tanta dulzura, de tal manera, que cambia esta culpa y esta humillación en un maravilloso recuerdo. Así perdona Cristo los pecados. Él sabe

hacer de todas las culpas humanas una «culpa feliz» (como nos dice la liturgia en el *Exultet* o pregón pascual), que no se recuerda más, ¡si no es por la maravillosa ternura de la que hemos sido ocasión!

San Gregorio Magno dice que con su incredulidad Tomás nos ha sido más útil que todos los demás apóstoles, que han creído de inmediato. Actuando así, él, por así decido, ha obligado a Jesús a darnos una prueba «tangible» de la verdad de su resurrección. La fe en la resurrección ha salido superada por sus dudas. Esto es verdad, al menos en parte, aplicado también a los numerosos «Tomás» de hoy, que son los no-creyentes. La Iglesia, ha declarado el concilio, reconoce haber aprendido mucho también de quienes la han combatido (*Apostolicam actuositatem,* 31).

La crítica y el diálogo con los no-creyentes, cuando se desarrolla en el respeto y en la lealtad recíprocos, nos son de gran utilidad. Ante todo, nos hacen humildes. Nos obligan a darnos cuenta de que la fe no es para nadie un privilegio o una ventaja. No podemos ni imponerla ni demostrarla sino sólo proponerla y manifestarla con la vida. «¿Qué tienes que no lo hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿a qué gloriarte cual si no lo hubieras recibido?», dice san Pablo (1 *Corintios* 4, 7). La fe en el fondo es un don, no un mérito; y como todo don no puede ser ya vivido si no es más que en la gratitud y en la humildad.

La comparación con los no-creyentes nos ayuda asimismo a purificar nuestra fe de representaciones groseras. Muy frecuentemente lo que los no-creyentes rechazan no es al verdadero Dios, al Dios viviente de la Biblia, sino a una contrafigura suya, a una imagen distorsionada de Dios, que los creyentes mismos hemos contribuido a crear. Rechazando a este Dios, los no-creyentes nos obligan, saludablemente, a volver a ponernos en el seguimiento del Dios vivo y verdadero, que está más allá de cualquier representación y explicación nuestra. A no fosilizar o trivializar a Dios.

No podemos, sin embargo, concluir nuestra reflexión sobre el Evangelio de hoy, por así decir, en este tono neutral. Hay, al menos, un deseo que expresar: que hoy santo Tomás encuentre muchos imitadores no sólo en la primera parte de su historia (cuando declara no creer) sino también en la segunda parte; y, sobre todo, en el final, en aquel su magnífico acto de fe. Tomás es de imitar, asimismo, por otro hecho. Él no cierra la puerta; no se queda fijo en su posición dando por resuelto el problema de una vez por todas. Tan es así que ocho días después, lo encontramos con los demás apóstoles en el cenáculo. Si no hubiese deseado creer o «volver a creer» no habría estado allí. Quiere ver, tocar: por lo tanto, está en búsqueda. Y, al final, después de que ha visto y ha tocado con la mano, exclama dirigiéndose a Jesús, no como un vencido, sino como un vencedor: «¡Señor mío y Dios mío!»

En cuanto a nosotros, creyentes, la historia de Tomás nos exhorta a apreciar el privilegio que tenemos. Nosotros podemos aún creer antes de forzar la mano a Dios para hacernos ver y para tocar mediante signos y milagros. Podemos creer «antes de haber visto». Un día, traspasado el umbral de esta vida, nosotros veremos igualmente las heridas de las manos y del costado de Cristo (el Apocalipsis dice que él conserva, también en el cielo, las señales de su pasión: «vi un Cordero, como degollado» (cfr.

Apocalipsis 5, 11ss.) y tendremos que exclamar, esperémoslo, para nuestra felicidad y no para nuestra condena: «¡Señor mío y Dios mío!»

PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE PASCUA

Instrumentos de misericordia

Dios Todopoderoso, rico en misericordia, la ha derramado para el mundo desde el Sagrado Corazón de Jesús, cuando fue atravesado mientras pendía muerto en la Cruz.

La misericordia del Señor es eterna. Todo el que cree que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios vivo, recibe su misericordia y tiene vida en su nombre. Pero quien no cree, a veces necesita tocar las llagas de Cristo y pasar por la prueba del sufrimiento, para reconocerse necesitado de su misericordia y rendir su voluntad ante el Espíritu de verdad, para creer.

Quien cree en Cristo se llena de alegría y recibe su paz. Por tanto, conviene creer y ser testigos de su misericordia.

Haz la prueba y verás qué bueno es el Señor. Acércate al Sagrario, y arrodíllate ante Él, que está presente verdaderamente. Entra en la llaga de su costado, sumérgete en el mar de su misericordia. Confíale tus cosas, pídele por tus necesidades, habla con Él como con un amigo, un hermano. Y luego cierra tus ojos y escúchalo en tu corazón. Siente su paz, y no sigas dudando, sino cree.

Recibe su misericordia a través de los sacramentos, y llévala a los demás a través de tus obras de caridad, para que seas un fiel instrumento de su misericordia, y los que no crean por la fe, al menos que crean por las obras.

Dile al Señor y repite constantemente: 'Jesús creo en ti y en ti confío'. Entonces serás dichoso, porque el Señor tu Dios no se deja ganar en generosidad.

¡Dichosos los misericordiosos porque ellos recibirán misericordia!

FLUVIUM (www.fluvium.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE PASCUA

Vivir en la paz de Dios

San Juan nos ofrece en estos versículos una escena verdaderamente pascual. La vida espléndida de Jesús glorioso aparece ante sus discípulos como algo normal. Es la vida propia del Hijo de Dios que nos ha sido prometida en su nombre. De esta vida, lo que hoy meditamos a partir del texto precedente, viene a ser sólo un botón de muestra.

Consideremos nada más lo que san Juan nos cuenta de aquella tarde del domingo en que resucitó el Señor. Jesús se presenta ante sus discípulos, Señor de las leyes físicas. Su cuerpo es glorioso –no podemos imaginar esa corporalidad gloriosa– y, a pesar de que le habían abandonado en su momento más duro, los tranquiliza. No sólo les desea la paz, les entrega la paz: **la paz sea con vosotros**, les dice. Ellos se alegran al verlo y nuevamente les dice: **la paz sea con vosotros**. Consideremos una vez más llenos de agradecimiento que el Señor querrá siempre nuestro bien, nuestra felicidad y alegría, a pesar, incluso, de nuestras infidelidades.

Y dicho esto les mostró las manos y el costado. ¡Qué importante es no cerrar los ojos a la realidad! A la realidad del amor de Dios por los hombres y a la realidad de nuestro pecado. A la vista de esas manos y ese costado no hay nada que decir. Únicamente reconocer con humildad y agradecimiento nuestra condición y la suya. Pero, ni se nos ocurra pensar que, con ese gesto, Jesús pretende echar algo en cara a los Apóstoles. El Señor no sabe sino amar. Por eso, mientras ellos lo contemplan con las huellas frescas de la Pasión, con las pruebas del abandono de ellos y de su amor, Él se reafirma en su entrega incondicionada a los hombres y los llena de paz.

A continuación el amor de Dios por los hombres llega a su cénit: Jesús despliega para sus discípulos y para toda la humanidad los frutos de su Pasión. Entrega el Espíritu Santo y configura a unos hombres –simples criaturas– con Él mismo: **Como el Padre me envió así os envío yo. Dicho esto sopló sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les son perdonados; a quienes se los retengáis, les son retenidos.** Que no queramos salir en nuestra oración de las acciones de gracias. Nos entrega al Paráclito, nos encomienda su misma misión, nos perdona y garantiza que jamás nos faltará su perdón.

– ¡Dios es mi Padre! – Si lo meditas, no saldrás de esta consoladora consideración.

– ¡Jesús es mi Amigo entrañable! (otro Mediterráneo), que me quiere con toda la divina locura de su Corazón.

– ¡El Espíritu Santo es mi Consolador!, que me guía en el andar de todo mi camino.

Piénsalo bien. – Tú eres de Dios..., y Dios es tuyo.

Así se expresaba san Josemaría. Y nosotros vamos a decirle a Jesús que no nos deje ser injustos, que nos abra bien los ojos y nos llene de su luz, para darnos cuenta de lo que somos y valemos; de lo que podemos porque así lo ha querido Dios. Que nos llenemos de afán de corresponder y que muchos, que están a nuestro lado pero tal vez no se enteran, vibren también felices –¡entusiasmados!– con Él.

Pero, estemos en guardia, que en cada uno hay un Tomás desconfiado que "necesita pruebas", que quiere que las cosas le "entren por los ojos". Queramos acostumbrarnos en cambio a lo sorprendente; a algo mucho mayor de lo que nuestros ojos pueden llegar a comprobar. Habremos de poner los medios humanamente desproporcionados de la oración y la expiación, y el empeño por extender en el mundo

el Reino de Dios, asimismo desproporcionado e increíble para los criterios meramente terrenos. Estaremos de esta forma viviendo el "permanente tiempo Pascual" que comenzó a partir de la Resurrección de Cristo. Un tiempo apostólico para el que contamos con los mismos medios que los discípulos –sintiéndonos uno de ellos–, siguiendo el consejo del Señor**: rogad al Señor de la mies que envíe obreros a su mies.**

A la Virgen la llamamos cada día "Reina de la paz" en el rezo del Santo Rosario. Le pedimos la paz que Ella siente, siempre confiada en el amor que Dios le tiene.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE PASCUA

"Ocho días después de la Pascua":

La Asamblea Dominical

En estos días de Pascua la liturgia nos hizo asistir al nacimiento de la fe pascual. Mediante el relato de las apariciones del Resucitado, vimos renacer en los discípulos de Jesús, desalentados y dispersos, la fe y el amor por él: la resurrección ha generado la fe.

Hoy, si sabemos leer la palabra de Dios, podemos adelantar un paso y asistir al nacimiento de la comunidad pascual, aquella que deberá mantener despierta la fe en la resurrección de Cristo y anunciarla hasta su regreso.

Esta primera comunidad nos es presentada en el Evangelio: son los once apóstoles reunidos ocho días después de la Pascua. La historia de Tomás tiene un significado preciso para el evangelista san Juan, contenido en las palabras de Jesús: *Felices los que creen sin haber visto*. Esta palabra es retomada por el apóstol Pedro en la segunda lectura de hoy. A las primeras comunidades cristianas de la diáspora, él les escribía: *Porque ustedes lo aman sin haberlo visto, y creyendo en él sin verlo todavía, se alegran*... Ha nacido la comunidad cristiana del futuro: la que ama a Jesucristo y cree en él, la que lo anuncia a él y a su resurrección aun sin haberlo visto con los ojos del cuerpo. Los Hechos de los Apóstoles, en la primera lectura, nos describieron un poco más de cerca a esta primera comunidad nacida del anuncio de su resurrección después de Pentecostés: *Todos se reunían asiduamente para escuchar la enseñanza de los Apóstoles y participar en la vida común, en la tracción del pan y en las oraciones* (Hech. 2,42,47).

Cuando escuchamos estas cosas, nos volvemos espontáneamente con el pensamiento hacia los orígenes de la Iglesia y una sensación de ternura y de nostalgia nos conmueve el alma, como cuando vuelve a surgir en una persona el recuerdo de la propia infancia feliz. Pero es una equivocación. Todo esto no es realidad del pasado, terminada como está terminada la época de su infancia para el adulto. Es realidad del presente. Aquella asamblea de discípulos ocho días después de la Pascua, en la cual se

hizo presente el Resucitado, dio la paz a los suyos y les confirmó su resurrección; esa asamblea nunca terminó en veinte siglos de vida de la Iglesia. Continúa en la asamblea dominical que estamos celebrando y que la Iglesia celebra en toda la tierra en el aniversario de su resurrección.

Cada domingo es aquel "octavo día después de la Pascua" en que sus discípulos estaban reunidos en casa. Por supuesto, esto nos obliga a profundizar la comparación entre nuestras asambleas dominicales y aquella primera asamblea.

El cuadro externo es fundamentalmente el mismo. También nosotros estamos reunidos aquí, "el primer día después del sábado", para escuchar la enseñanza de los apóstoles; estamos reunidos en la fracción del pan y en la plegaria común. También nosotros escucharemos el saludo del Resucitado que dice "La paz esté con ustedes". No lo veremos en persona, no pondremos el dedo en su costado como hizo Tomás: él se hará presente a través de su palabra y de su sacramento. Pero fue él mismo quien dijo que creer en él de esa manera, sin verlo materialmente, es mejor para nosotros.

¿Podemos decir entonces que nuestras asambleas no se diferencian en nada de las de la época de los apóstoles? ¡Por desgracia, no! Había algo en aquellas asambleas que hoy no realizamos más, al menos en forma ordinaria. Allí había amor fraterno y alegría. Los que se reunían tenían todo en común, no sólo *el corazón y el alma,* sino también las necesidades, los bienes, las comidas (primera lectura). Realizaban una verdadera comunión fraterna y por eso mismo estaban en medio de la alegría: *Se alegran con un gozo indecible,* constataba san Pedro con la complacencia del pastor (segunda lectura). Y era en esta comunión y en esta alegría que el Resucitado se hacía presente y podía ser reconocido por los discípulos. Cada vez, los discípulos se sentían renacidos a una esperanza viva (segunda lectura). Era una asamblea viva en la cual todos se reconocían recíprocamente como discípulos del mismo Señor y como hermanos. De ella salían tonificados, dispuestos a retomar la tarea cotidiana. La impresión que suscitaban en los paganos ha sido recogida por Tertuliano: "¡Miren –decían– cómo se aman!"

¿Qué nos falta para llevar a cabo todo eso? ¿Por qué nos reunimos sin estar en medio de la alegría y nos separamos sin ninguna amargura, sin que se haya producido ningún cambio verdadero en nosotros? ¿Por qué nadie puede decir, viéndonos salir de la iglesia: "Miren a esa gente, cómo está en medio de la alegría y cómo se ama"?

Parte de la culpa se encuentra quizás en el propio modo en que están organizadas nuestras asambleas dominicales: demasiado numerosas, heterogéneas y anónimas, demasiado poco espontáneas y creativas. En este sentido, nos queda sólo auguramos que el Espíritu Santo ayude a la Iglesia a renovarse todavía más valientemente y a crear formas más adecuadas a los tiempos. Lo cual en parte está sucediendo.

Pero también queda por decir que cualquier tipo de asamblea no conseguirá su objetivo si no cambiamos nosotros, quienes las integramos; si no salimos de ese individualismo que no nos permite abrimos de verdad a los otros, sentirnos un solo corazón y una sola alma, sentirnos solidarios y hermanos entre nosotros; si en la iglesia

hasta tenemos miedo de abrir bien la boca y de elevar la voz para rezar juntos, diciendo el "Padre nuestro" o nuestro "Amén".

¡En qué podría transformarse este encuentro nuestro de cada domingo, alrededor de la mesa de la palabra y del pan, en un mundo cada vez más golpeado por la incapacidad de comunicación! Se ha escrito que "sólo el amor es creíble". Tal vez ni siquiera eso sea exacto. Hoy sólo la comunidad es creíble; sólo un amor fraterno que se hace comunidad da verdaderamente testimonio del Evangelio.

Comencemos desde hoya hacer todo lo que podamos. Al venir a comulgar, o al salir de la iglesia, demostremos que no somos personas apuradas por estar fuera de una reunión cualquiera, pero más bien personas que salen de una reunión familiar. Los más débiles, los más ancianos, la madre que tiene a un niño pequeño en brazos, deben tener la precedencia; cada uno debería hacer pequeñas atenciones al hermano. Cada tanto, regalé monos una sonrisa en señal de reconocimiento fraterno. Al darnos el signo de la paz, extendamos bien la mano con la intención de abrazar en nuestro gesto de recibimiento no sólo a quien está a nuestro lado en forma ocasional, sino también a todos los otros que están en la iglesia con nosotros y luego a todos los que hemos dejado en casa o que encontraremos mañana en el trabajo y en la vida cotidiana: aquellos a quienes tantas veces, en lugar de la mano extendida, mostramos el puño cerrado.

Ocho días después de la Pascua, los discípulos estaban en casa con las puertas cerradas cuando llegó Jesús, se detuvo en medio de ellos y dijo: *¡La paz esté con ustedes!* También ahora, en nuestra asamblea, Jesús viene, está en medio de nosotros y nos da su paz. Nosotros, con Tomás, lo reconocemos como nuestro Señor y nuestro Dios. Roguémosle que haga de nosotros una verdadera comunidad reunida en su nombre.

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE PASCUA

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en Bérgamo (26-IV-1981)

– El Espíritu Santo conduce a la Iglesia universal

"Entró Jesús, se puso en medio y les dijo: Paz a vosotros" (Jn 20,19).

La experiencia que vivieron los Apóstoles "al anochecer de aquel día, el primero de la semana" (ib.), experiencia que se repitió ocho días después en el mismo Cenáculo, también nosotros la revivimos, de modo misterioso pero real, esta tarde: en nuestra asamblea litúrgica, recogida en torno al altar para celebrar la Eucaristía, Cristo renueva su presencia de resucitado y repite su augurio: ¡Paz a vosotros! (...).

¡Paz a vosotros!

Con este saludo vengo aquí, queridos hermanos y hermanas, en el domingo que tradicionalmente llamamos 'in albis', y que concluye la octava de Pascua. Vengo para entrar, en cierto sentido, en el cenáculo. El Cenáculo es la casa en la que nació la Iglesia. He venido, pues, para visitar ante todo una casa. Es la casa familiar, de la que salió un gran Papa y siervo de Dios, Juan XXIII (…).

El Cenáculo de Jerusalén es el primer lugar de la Iglesia sobre la tierra. Y es, en cierto sentido, el prototipo de la Iglesia en todo lugar y en toda época. También en la nuestra. Cristo, que fue adonde estaban los Apóstoles la primera tarde después de su resurrección, viene siempre de nuevo a nosotros para repetir continuamente las palabras: "Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo… Recibid el Espíritu Santo; a quienes perdonéis los pecados les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos…" (Jn 20,21-23).

La verdad contenida precisamente en estas palabras ¿no se ha convertido tal vez en la idea guía del Concilio Vaticano II?, ¿del Concilio que ha dedicado sus trabajos al misterio de la Iglesia y a la misión del Pueblo de Dios, recibida de Cristo a través de los Apóstoles? "Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo" (Jn 20,21).

De este Concilio la Iglesia ha salido con fe renovada en el poder de las palabras de Cristo, dirigidas a los Apóstoles en el Cenáculo. Ha salido con una nueva certeza sobre la propia misión: la misión recibida del Señor y Salvador. Ha salido "hacia el porvenir".

Es difícil someter aquí a un análisis profundo la perspectiva de esta apertura. Pero es también difícil no mencionar al menos lo que, de modo particular, salió del corazón del Papa Juan. Es el nuevo impulso hacia la unidad de los cristianos y una especial comprensión para la misión de la Iglesia en relación al mundo contemporáneo. Si bien en este espacioso cenáculo de la Iglesia de nuestros tiempos, difundida en todo el globo terrestre, no faltan las dificultades, las tensiones, las crisis, que crean temores justificados, sería difícil no reconocer (…) que ha tenido origen una "obre providencial". Se necesita tan solo que nosotros mantengamos fidelidad al Espíritu de Verdad, que ha guiado esta obra, que seamos honrados en comprender y realizar el Concilio, y éste demostrará que es precisamente ése el camino por el que la Iglesia de nuestros tiempos y del futuro debe caminar hacia el cumplimiento de su destino.

– Iglesia universal e "iglesia doméstica": familia

Aceptemos por tanto estas palabras de la liturgia de hoy, tomadas de la primera Carta de San Pedro: "Alegraos de ello, aunque de momento tengáis que sufrir un poco, en pruebas diversas: así la comprobación de vuestra fe –más preciosa que el oro que, aunque perecedero, lo aquilatan a fuego– llegará a ser alabanza y gloria y honor cuando se manifieste Jesucristo Nuestro Señor" (1 Pe 1,6-7).

De las colinas de vuestra tierra bergamesca se ven las grandes perspectivas de la Iglesia y del mundo. Pero se ve también la dimensión más pequeña de la Iglesia: la "iglesia doméstica" El Papa Juan ha permanecido fiel a esa iglesia hasta el fin de su vida (…). Hemos evocado aquel clima de su familia, que fue una verdadera "iglesia doméstica".

Cuán a menudo también allí, en aquella casa, Cristo escuchó de aquella gente sencilla, que vivía del trabajo de los campos, la misma profesión que, en otro tiempo había escuchado en el Cenáculo de Jerusalén de boca de Tomás: "Señor mío y Dios mío" (Jn 20,28). La conciencia de la presencia del Salvador y la ley divina inscrita en los corazones de los familiares fueron la fuente de la felicidad habitual de aquella noble gente, según las mejores tradiciones del ambiente y de la sociedad a que aquellos pertenecían.

La "iglesia doméstica", la familia cristiana, constituye un fundamento particular de la grande. Constituye también el fundamento de la vida de las naciones y de los pueblos, como constantemente lo testimonia la experiencia no corrompida por las malas costumbres de tantas sociedades y de tantas familias.

– Familia y respeto a la vida del no nacido

Este mensaje hay que volverlo a leer con la óptica de las palabras de la primera Carta de San Pedro: "Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo quien, por su gran misericordia, mediante la Resurrección de Jesucristo de entre los muertos, nos ha reengendrado a una esperanza viva, a una herencia incorruptible, inmaculada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros" (1 Pe 1,3-4).

Pero hay que volver a leer al mismo tiempo que este mensaje, el mensaje particular del Papa Juan, en el contexto de las amenazas que hieren el patrimonio humano y cristiano de la familia, desarraigando los principios fundamentales sobre los que está construida la más espléndida comunidad humana.

El primero de estos valores es el amor fiel de los mismos esposos, como fuente de su confianza recíproca y también de la confianza de los hijos hacia ellos. El segundo valor fundamental es el respeto a la vida desde el momento de su concepción bajo el corazón de la madre.

Permitidme que repita las palabras que pronuncié en el V domingo de Cuaresma:

"Quitar la vida significa que el hombre ha perdido la confianza en el valor de su existencia; que ha destruido en sí, en su conocimiento, en su conciencia y voluntad, ese valor primario y fundamental.

"Dios dice: 'No matarás' (Ex 20,13). Y este mandamiento es al mismo tiempo el principio fundamental y la norma del código de la moralidad inscrito en la conciencia de cada hombre.

"Si se concede derecho de ciudadanía al asesinato del hombre cuando todavía está en el seno de la madre, entonces, por esto mismo, se nos pone en el resbaladero de incalculables consecuencias de naturaleza moral. Si es lícito quitar la vida a un ser humano, cuando es el más débil, totalmente dependiente de la madre, de los padres, del ámbito de las conciencias humanas, entonces se asesina no sólo a un hombre inocente, sino también a las conciencias mismas. Y no se sabe lo amplia y velozmente que se propaga el radio de esa destrucción de las conciencias, sobre las que se basa, ante todo, el sentido más humano de la cultura y del progreso del hombre.

"Si aceptamos el derecho a quitar el don de la vida al hombre aún no nacido, ¿lograremos defender después el derecho del hombre a la vida en todas las demás situaciones? ¿Lograremos detener el proceso de destrucción de las conciencias humanas?

Debemos hacer todo lo que puede servir a tutelar la familia y la dignidad de la paternidad y de la maternidad responsable, la confianza recíproca de las generaciones. Debemos hacer todo lo posible para tutelar nuestra "iglesia doméstica", en medio de la cual se revela Cristo resucitado, así como se reveló a los Apóstoles en el Cenáculo; donde Él entra…; y dice: "¡Paz a vosotros!". Amén.

***

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

Somos los depositarios del mensaje de esperanza más grande dirigido a la Humanidad: ¡Cristo ha Resucitado! Un hombre ha vuelto a la vida después de muerto y ha sido visto por sus discípulos. El escepticismo que hoy puede provocar esta noticia que la Iglesia proclama en este Tiempo Pascual, no es mayor que el que despertó en el grupo de los primeros testigos del Resucitado.

El caso de Tomás es, tal vez, el más claro. Él exige ver y tocar. Los Apóstoles sólo se rindieron –como Tomás– ante la evidencia de las repetidas apariciones y las seguridades ofrecidas por el Señor que les decía: "Palpadme y ved que un espíritu no tiene carne y huesos como veis que Yo tengo". Tememos ser engañados y no damos fácilmente nuestro asentimiento cuando la noticia desborda nuestra experiencia cotidiana. Esto es bueno. "La incredulidad de Tomás ha sido más provechosa para nuestra fe que la fe de los discípulos creyentes" (S. Gregorio Magno).

La resurrección de un hombre muerto y enterrado es, sin duda, uno de los hechos más pasmosos que refieren los evangelistas. Es comprensible la actitud de Tomás. Jesús, que quiere confirmar en la fe a los suyos, invita a Tomás, con cariñosa ironía, que realice la exploración que exige. La inicial negativa a creer da paso a una explosiva confesión tanto de la divinidad como de la humanidad de Jesús: "¡Señor mío y Dios mío!" Pero Jesús replicó: Tú has creído, Tomás, porque has visto. Dichosos los que sin ver creyeren. Tu fe no es pura, viene a decirle el Señor; es de poca calidad. A la lista de las Bienaventuranzas que recoge Mateo, habría que añadir esta otra que nos ha guardado Juan y que va dirigida a todos los que hemos creído en Jesucristo sin verle. "Dichosos los que sin haber visto creyeron". Aquí estamos nosotros recogiendo esta alabanza que viene de Dios y que elogia algo tan humano: la confianza. ¡Si tú me lo dices, lo creo! ¡Qué humano es esto! Es lo que Jesús espera de nosotros, que le creamos.

¡Hagamos un acto de fe que se traduzca en realizaciones concretas, que nos lleve a practicar todo lo que el Señor a través de su Iglesia nos pide! ¡Dejemos a un lado las reservas mentales, las reticencias, las obstinaciones, la soberbia! Digamos sinceramente, con una exclamación que brote del corazón: ¡Creo en Jesucristo! ¡Creo que resucitó al tercer día! ¡Creo que está sentado a la derecha del Padre y que volverá

a juzgar a vivos y muertos! ¡Creo que su Reino no tendrá fin! ¡Creo en el Espíritu Santo, en la Iglesia, y en todo lo que ella enseña! ¡Creo en la vida eterna!

El Señor espera que cuando recitemos o cantemos en la Iglesia el Credo, no nos limitemos a vocalizar algo que practicamos sólo a medias, sino que sea la reafirmación de un compromiso vital. "Habéis de ser no sólo oyentes de la Palabra, sino hombres que la ponen en práctica" (Sant 1, 22). "Señor, auméntanos la fe" (Lc 17,5) para que merezcamos esta alabanza tuya: "bienaventurados los que sin ver creyeren", y así seremos buenos hijos de Sta María, que oyó de labios de su prima Isabel parecida alabanza: "Dichosa Tú que has creído que se cumplirán aquellas cosas que has oído de parte del Señor" (Lc 1, 45).

***

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«Nacidos de nuevo para una esperanza viva»

I. LA PALABRA DE DIOS

Hch 2,42-47: «Los creyentes vivían todos unidos y lo tenían todo en común»

Sal 117,2-4.13-15.22-24: «Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia»

1P 1,3-9: «Por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos nos ha hecho nacer de nuevo para una esperanza viva»

Jn 20,19-31: «A los ocho días llegó Jesús»

II. APUNTE BÍBLICO-LITÚRGICO

Algo insólito está sucediendo en Jerusalén tras el anuncio de que «aquel a quien habían colgado de un madero, Dios lo había resucitado de entre los muertos. Vivían todos unidos y lo tenían todo en común». He aquí un hecho verdaderamente novedoso.

«Constantes en la fracción del Pan y atentos a la enseñanza de los Apóstoles», los primeros cristianos no celebran a un ausente, cuyo simple recuerdo les mantiene. Le hacen presente como a quien vive y está en medio de ellos de un modo nuevo.

El modo de vivir la Resurrección en las primeras comunidades es para nosotros un reto: vivir la experiencia de resucitados con Cristo a nadie puede dejar indiferente. ¿Somos hoy signo de Cristo victorioso? Como muchos de aquellos cristianos «no hemos visto a Jesús y lo amamos; no lo hemos visto y creemos en Él».

III. SITUACIÓN HUMANA

Hoy es frecuente la convicción de que no hay otro camino para avanzar que el de la unión, la solidaridad. Cualquier campo que miremos (la cultura, la ciencia, la política, etc) nos dan fe de ello. No cabe duda de que todo esto es exponente de un nuevo modo más humano de vivir. Porque lo humano es estar, vivir con otros.

IV. LA FE DE LA IGLESIA

La fe

– Las apariciones del Resucitado: «Todo lo que sucedió en estas jornadas pascuales compromete a cada uno de los Apóstoles – y a Pedro en particular– en la construcción de la era nueva que comenzó en la mañana de Pascua. Como testigos del Resucitado, los apóstoles son las piedras de fundación de su Iglesia. La fe de la primera comunidad de creyentes se funda en el testimonio de hombres concretos, conocidos de los cristianos y, para la mayoría, viviendo entre ellos todavía» (642; cf 641. 643. 644).

– La Iglesia, misterio de la unión de los hombres con Dios y de la unidad del género humano: 772. 773. 774. 775. 776.

La respuesta

– El día de la Resurrección: la nueva creación: "Jesús resucitó de entre los muertos «el primer día de la semana» (Mt 28,1). En cuanto «primer día», el día de la Resurrección de Cristo recuerda la primera creación. En cuanto «octavo día», que sigue al sábado, significa la nueva creación inaugurada con la resurrección de Cristo" (2174). – Misión de los Apóstoles: 858. 859. 860.

– Comunión de bienes en la Iglesia y la solidaridad humana: «La fe de los fieles es la fe de la Iglesia recibida de los Apóstoles, tesoro de vida que se enriquece cuando se comparte» (949; cf 953. 1939-1942).

El testimonio cristiano

– «El pueblo de Dios, en efecto, no tiene aquí una ciudad permanente, sino que busca la futura. Por eso ... manifiesta mucho mejor a todos los creyentes los bienes del cielo, ya presentes en este mundo. También da testimonio de la vida nueva y eterna adquirida por la redención de Cristo y anuncia ya la resurrección futura y la gloria del Reino de los cielos (LG 44)» (933).

El anuncio del Resucitado supone un modo de vida totalmente nuevo. No se trata de hacer lo que nadie hace; se trata de hacer lo que el Resucitado nos pide... Pero es que nos pide amar como nadie.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE PASCUA

La Fe de Tomás.

– Aparición de Jesús a los Apóstoles estando ausente Tomás. Le comunican que Jesús ha resucitado. Apostolado con quienes han conocido a Cristo, pero no le tratan.

I. *El primer día de la semana*, el día en que resucitó el Señor, el primer día del mundo nuevo, está repleto de acontecimientos: desde la mañana, *muy temprano*, cuando las mujeres van al sepulcro, hasta la noche, *muy tarde*, cuando Jesús viene a confortar a sus más íntimos: *La paz sea con vosotros*, les dice. *Y dicho esto les mostró*

las manos y el costado. En esta ocasión, Tomás no estaba con los demás Apóstoles; no pudo ver al Señor, ni oír sus consoladoras palabras.

Este Apóstol fue el que dijo una vez: *Vayamos también nosotros y muramos con él*. Y en la Ultima Cena expresó al Señor su ignorancia, con la mayor sencillez: *Señor, no sabemos a dónde vas; ¿cómo vamos a saber el camino?* Llenos de un profundo gozo, los Apóstoles buscarían a Tomás por Jerusalén aquella misma noche o al día siguiente. En cuanto dieron con él, les faltó tiempo para decirle: *¡Hemos visto al Señor!* Pero Tomás, como los demás, estaba profundamente afectado por lo que habían visto sus ojos: jamás olvidaría la Crucifixión y Muerte del Maestro. No da ningún crédito a lo que los demás le dicen: *Si no veo la señal de los clavos en sus manos, y no meto mi dedo en esa señal de los clavos y mi mano en su costado, no creeré*. Los que habían compartido con él aquellos tres años y con quienes por tantos lazos estaba unido, le repetirían de mil formas diferentes la misma verdad, que era su alegría y su seguridad: *¡Hemos visto al Señor!*

Tomás pensaba que el Señor estaba muerto. Los demás le aseguraban que vive, que ellos mismos lo han visto y oído, que han estado con Él. Así hemos de hacer nosotros: para muchos hombres y para muchas mujeres Cristo es como si estuviera muerto, porque apenas significa nada para ellos, casi no cuenta en su vida. Nuestra fe en Cristo resucitado nos impulsa a ir a esas personas, a decirles de mil formas diferentes que Cristo vive, que nos unimos a Él por la fe y lo tratamos cada día, que orienta y da sentido a nuestra vida.

De esta manera, cumpliendo con esa exigencia de la fe, que es darla a conocer con el ejemplo y la palabra, contribuimos personalmente a edificar la Iglesia, como aquellos primeros cristianos de los que nos hablan los *Hechos de los Apóstoles: crecía el número de los creyentes, hombres y mujeres, que se adherían al Señor*.

– El acto de fe del Apóstol Tomás. Nuestra fe ha de ser operativa: actos de fe, confianza con el Señor, apostolado.

II. *A los ocho días, estaban de nuevo dentro sus discípulos y Tomás con ellos. Estando las puertas cerradas, vino Jesús, se presentó en medio y dijo: La paz sea con vosotros. Después dijo a Tomás: Trae aquí tu dedo y mira mis manos, y trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino fiel.*

La respuesta de Tomás es un acto de fe, de adoración y de entrega sin límites: *¡Señor mío y Dios mío!* Son las suyas cuatro palabras inagotables. Su fe brota, no tanto de la evidencia de Jesús, sino de un dolor inmenso. No son tanto las pruebas como el amor el que le lleva a la adoración y a la vuelta al apostolado. La Tradición nos dice que el Apóstol Tomás morirá mártir por la fe en su Señor. Gastó la vida en su servicio.

Las dudas primeras de Tomás han servido para confirmar la fe de los que más tarde habían de creer en Él. "¿Es que pensáis –comenta San Gregorio Magno– que aconteció por pura casualidad que estuviese ausente entonces aquel discípulo elegido, que al volver oyese relatar la aparición, y que al oír dudase, dudando palpase y palpando creyese? No fue por casualidad, sino por disposición de Dios. La divina clemencia actuó de modo admirable para que, tocando el discípulo dubitativo las

heridas de la carne de su Maestro, sanara en nosotros las heridas de la incredulidad (...). Así el discípulo, dudando y palpando, se convirtió en testigo de la verdadera resurrección".

Si nuestra fe es firme, también se apoyará en ella la de otros muchos. Es preciso que nuestra fe en Jesucristo vaya creciendo de día en día, que aprendamos a mirar los acontecimientos y las personas como Él los mira, que nuestro actuar en medio del mundo esté vivificado por la doctrina de Jesús. Pero, en ocasiones, también nosotros nos encontramos faltos de fe como el Apóstol Tomás. Tenemos necesidad de más confianza en el Señor ante las dificultades en el apostolado, ante acontecimientos que no sabemos interpretar desde un punto de vista sobrenatural, en momentos de oscuridad, que Dios permite para que crezcamos en otras virtudes...

La virtud de la fe es la que nos da la verdadera dimensión de los acontecimientos y la que nos permite juzgar rectamente de todas las cosas. "Solamente con la luz de la fe y con la meditación de la palabra divina es posible reconocer siempre y en todo lugar a Dios, *en quien nos movemos y existimos* (*Hech* 17, 28); buscar su voluntad en todos los acontecimientos, contemplar a Cristo en todos los hombres, próximos o extraños, y juzgar con rectitud sobre el verdadero sentido y valor de las realidades temporales, tanto en sí mismas como en orden al fin del hombre".

Meditemos el Evangelio de la Misa de hoy. *Pongamos de nuevo los ojos en el Maestro. Quizá tú también escuches en este momento el reproche dirigido a Tomás:* mete aquí tu dedo, y registra mis manos; y trae tu mano, y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino fiel *(*Jn *20, 27); y, con el Apóstol, saldrá de tu alma, con sincera contrición, aquel grito:* ¡Señor mío y Dios mío! *(*Jn *20, 28), te reconozco definitivamente por Maestro, y ya para siempre –con tu auxilio– voy a atesorar tus enseñanzas y me esforzaré en seguirlas con lealtad.*

¡Señor mío y Dios mío! ¡Mi Señor y mi Dios! Estas palabras han servido de jaculatoria a muchos cristianos, y como acto de fe en la presencia real de Jesucristo en la Sagrada Eucaristía, al pasar delante de un sagrario, en el momento de la Consagración en la Santa Misa... También pueden ayudarnos a nosotros para actualizar nuestra fe y nuestro amor a Cristo resucitado, realmente presente en la Hostia Santa.

– La Resurrección es una llamada a manifestar con nuestra vida que Cristo vive. Necesidad de estar bien formados.

III. *El Señor le contestó a Tomás: Porque me has visto has creído; bienaventurados los que sin haber visto han creído*. "Sentencia en la que sin duda estamos señalados nosotros –dice San Gregorio Magno–, que confesamos con el alma al que no hemos visto en la carne. Se alude a nosotros, con tal que vivamos conforme a la fe; porque sólo cree de verdad el que practica lo que cree".

La Resurrección del Señor es una llamada a que manifestemos con nuestra vida que Él vive. Las obras del cristiano deben ser fruto y manifestación del amor a Cristo.

En los primeros siglos la difusión del cristianismo se realizó principalmente por el testimonio personal de los cristianos que se convertían. Era una predicación sencilla

de la Buena Nueva: de hombre a hombre, de familia a familia; entre quienes tenían el mismo oficio, entre vecinos; en los barrios, en los mercados, en las calles. Hoy también quiere el Señor que el mundo, la calle, el trabajo, las familias sean el cauce para la transmisión de la fe.

Para confesar nuestra fe con la palabra es necesario conocer su contenido con claridad y precisión. Por eso, nuestra Madre la Iglesia ha hecho tanto hincapié a lo largo de los siglos en el estudio del *Catecismo*, donde, de una manera breve y sencilla, se contiene lo esencial que hemos de conocer para poder vivirlo después. Ya San Agustín insistía a aquellos catecúmenos a punto de recibir el Bautismo: "Así, pues, el sábado próximo, en que celebraremos la vigilia, si Dios quiere, habréis de dar no la oración (el Padrenuestro), sino el símbolo (el Credo); porque si ahora no lo aprendéis, después, en la iglesia, no se lo habéis de oír todos los días al pueblo. Y, en aprendiéndolo bien, decidlo a diario para que no se olvide: al levantaros de la cama, al ir a dormiros, dad vuestro símbolo, dádselo a Dios, procurando hacer memoria de ello, y sin pereza de repetirlo. Es cosa buena repetir para no olvidar. No digáis: "Ya lo dije ayer, y lo digo hoy, y a diario lo digo; téngolo bien grabado en la memoria". Sea para ti como un recordatorio de tu fe y un espejo donde te mires. Mírate, pues, en él; examina si continúas creyendo todas las verdades que de palabra dices creer, y regocíjate a diario en tu fe. Sean ellas tu riqueza; sean a modo de vestidos para el aderezo de tu alma". ¡A cuántos cristianos habría que decirles estas mismas palabras, pues han olvidado lo esencial del contenido de su fe!

Jesucristo nos pide también que le confesemos con obras delante del os hombres. Por eso, pensemos; ¿no tendríamos que ser más valientes en esa o aquella ocasión?, ¿no tendríamos que ser más sacrificados a la hora de sacar adelante nuestros quehaceres? Pensemos en nuestro trabajo, en el ambiente que nos rodea: ¿se nos conoce como personas que llevan vida de fe?, ¿nos falta audacia en el apostolado?, ¿conocemos con profundidad lo esencial de nuestra fe?

Terminamos nuestra oración pidiendo a la Virgen, *Asiento de la Sabiduría, Reina de los Apóstoles*, que nos ayude a manifestar con nuestra conducta y nuestras palabras que Cristo vive.

Rev. D. Joan Ant. MATEO i García (La Fuliola, Lleida, España) (www.evangeli.net)

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE PASCUA

«Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados»

Hoy, Domingo II de Pascua, completamos la octava de este tiempo litúrgico, una de las dos octavas —juntamente con la de Navidad— que en la liturgia renovada por el Concilio Vaticano II han quedado. Durante ocho días contemplamos el mismo misterio y tratamos de profundizar en él bajo la luz del Espíritu Santo.

Por designio del Papa Juan Pablo II, este domingo se llama Domingo de la Divina Misericordia. Se trata de algo que va mucho más allá que una devoción particular. Como ha explicado el Santo Padre en su encíclica *Dives in misericordia*, la Divina Misericordia es la manifestación amorosa de Dios en una historia herida por el pecado. "Misericordia" proviene de dos palabras: "Miseria" y "Cor". Dios pone nuestra mísera situación debida al pecado en su corazón de Padre, que es fiel a sus designios. Jesucristo, muerto y resucitado, es la suprema manifestación y actuación de la Divina Misericordia. «Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo Unigénito» (Jn 3,16) y lo ha enviado a la muerte para que fuésemos salvados. «Para redimir al esclavo ha sacrificado al Hijo», hemos proclamado en el Pregón pascual de la Vigilia. Y, una vez resucitado, lo ha constituido en fuente de salvación para todos los que creen en Él. Por la fe y la conversión acogemos el tesoro de la Divina Misericordia.

La Santa Madre Iglesia, que quiere que sus hijos vivan de la vida del resucitado, manda que —al menos por Pascua— se comulgue y que se haga en gracia de Dios. La cincuentena pascual es el tiempo oportuno para el cumplimiento pascual. Es un buen momento para confesarse y acoger el poder de perdonar los pecados que el Señor resucitado ha conferido a su Iglesia, ya que Él dijo sólo a los Apóstoles: «Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados» (Jn 20,22-23). Así acudiremos a las fuentes de la Divina Misericordia. Y no dudemos en llevar a nuestros amigos a estas fuentes de vida: a la Eucaristía y a la Penitencia. Jesús resucitado cuenta con nosotros.

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

IR A ÍNDICE DOMINGO II DE PASCUA

El poder del sacerdote

«Vayan y aprendan qué sentido tiene Misericordia quiero y no sacrificios. Porque no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores» (*Mt *9, 13).

Eso dijo Jesús.

Y tú, sacerdote, ¿has aprendido el sentido que tienen estas palabras?

¿Conoces el significado de la misericordia?

¿La practicas a través de obras, o haces sacrificios vacíos que no son agradables a tu Señor?

La misericordia de Dios ha sido derramada en la cruz desde el Sagrado Corazón de Jesús.

Tú eres, sacerdote, instrumento de salvación, para llevar la misericordia de tu Señor al mundo entero.

Tu Señor te ha llamado y te ha elegido para darte una gran responsabilidad, porque Él te conoce desde antes de nacer, y te ha consagrado para Él.

Y Él confía en ti, porque te da la gracia, y su gracia te basta.

Tu Señor ha puesto en tus manos el poder de perdonar los pecados, y todos a los que tú perdones, les quedarán perdonados, pero a los que no perdones, les quedarán sin perdonar. Y de eso, sacerdote, tú darás cuentas.

Tu Señor ha puesto en tus manos el poder de consagrar el pan y el vino, para que sean transubstanciados en verdadera comida y en verdadera bebida, para llevarle a los hombres la vida y la salvación.

Tu Señor ha puesto en tus manos el poder de llevar su paz al mundo. Esa, sacerdote, es tu cruz, para que la lleves todos los días con alegría.

Tu Señor ha puesto en tus manos el poder de predicar su Palabra con tu boca, y te da la autoridad para que tengas credibilidad ante el mundo al proclamar la buena nueva haciendo sus obras.

Tu Señor ha puesto en tus manos el poder de unir el cielo con la tierra, por lo que todo lo que ates en la tierra, quedará atado en el cielo, y todo lo que desates en la tierra, quedará desatado en el cielo.

Tu Señor ha puesto en tus manos el poder para hacer sus obras y aun mayores, porque Él, que ha subido al Padre, está contigo todos los días de tu vida para ayudarte.

Tu Señor ha puesto el poder de Dios en ti, sacerdote, entregándose totalmente en tus manos, y Él es la misericordia misma, que te envía a darle de comer al hambriento, a darle de beber al sediento, a vestir al desnudo, a visitar al enfermo, a acoger al peregrino, a visitar al preso, a darle santa sepultura al muerto, a enseñar al que no sabe, a dar consejo al que lo necesita, a corregir al que se equivoca, a perdonar los pecados, a consolar al triste, a sufrir con paciencia a los errores de los demás, y a orar por los vivos y los muertos.

Y tú, sacerdote, ¿eres misericordioso?

¿Haces lo que tu Señor te manda?

¿Cumples la misión que Él te ha dado, y para la que has sido enviado?

¿Aceptas tu ministerio con alegría para llevar al mundo la paz, o tienes cerrado tu corazón endurecido, que no da nada porque está vacío, y nadie puede dar lo que no tiene?

Acude, sacerdote, a la oración, y pídele a tu Señor que te dé la disposición para abrir tu corazón a recibir su gracia y su misericordia.

Mira que está a la puerta y llama. Si tú lo escuchas, y abres la puerta, Él entrará y cenará contigo y tú con Él.

No pierdas la oportunidad, que siempre está vigente, de acudir a tu Señor y a su Divina Misericordia, para convertir tu corazón, y de participar de la obra redentora de tu Señor, construyendo con Él el Reino de los cielos, por lo que tú alcanzarás también

su misericordia, al derramarla para el mundo entero, porque tu Señor ha dicho "Bienaventurados serán los misericordiosos, porque ellos recibirán misericordia ".

Tú tienes, sacerdote, el poder en tus manos de transformar al mundo, buscando a los pecadores y convirtiéndolos en justos a través de los sacramentos.

Usa bien tu poder, sacerdote, y lleva al mundo la paz a través de la misericordia.

(*Espada de Dos Filos* II, n. 54)

Domingo III de Pascua (ciclo A)

IR A ÍNDICE GENERAL

(Comentarios sobre las Lecturas propias de la Santa Misa para meditar y preparar la homilía)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)**
- **SAN AGUSTÍN (www.iveargentina.org)**
- **FRANCISCO – Ángelus 2014 y 2020 - Homilía en el Cairo 2017**
- **BENEDICTO XVI – Ángelus 2008 y Homilía del 8 de mayo de 2011**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)**
- **PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes**
- **FLUVIUM (www.fluvium.org)**
- **PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)**
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)**
  - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
  - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
  - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)**
- **P. Luis PERALTA Hidalgo SDB (Lisboa, Portugal) (www.evangeli.net)**
- **CONGREGACIÓN PARA EL CLERO**
- **EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís**

***

DEL MISAL MENSUAL

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE PASCUA

ÉL ENTRÓ PARA QUEDARSE

Hech 2, 14. 22-33; 1 Pe 1,17-21; Lc 24, 13-35

La narración del viaje de un par de discípulos anónimos de Jesús que regresan de Jerusalén a Emaús con la vibrante escena de la comida es particularmente emotiva. Es, a todas luces, visible la conmoción que el redescubrimiento de Jesús resucitado provocó en aquel par de hombres desmoralizados. Regresaban con la frustración de la derrota, el entusiasmo que meses atrás había despertado Jesús había sido desgarrado por su dolorosa pasión. Tan pasmados estaban que no atinaban a descifrar la naturaleza de los eventos pascuales vividos por algunos de los discípulos. Cuando finalmente invitan al forastero a pasar la noche en su casa, Jesús desvela su identidad realizando los típicos signos de la bendición y la fracción del pan. Fortalecidos por tan grande revelación emprenden el camino de regreso a Jerusalén para compartir su nueva certidumbre: Jesús verdaderamente ha resucitado.

ANTÍFONA DE ENTRADA **Cfr. Sal 65, 1-2**

Aclama a Dios, tierra entera. Canten todos un himno a su nombre, denle gracias y alábenlo. Aleluya.

ORACIÓN COLECTA

Dios nuestro, que tu pueblo se regocije siempre al verse renovado y rejuvenecido, para que, al alegrarse hoy por haber recobrado la dignidad de su adopción filial, aguarde seguro su gozosa esperanza el día de la resurrección. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

No era posible que la muerte lo retuviera bajo su dominio.

Del libro de los Hechos de los Apóstoles: 2, 14. 22-33

El día de Pentecostés, se presentó Pedro, junto con los Once, ante la multitud, y levantando la voz, dijo: "Israelitas, escúchenme. Jesús de Nazaret fue un hombre acreditado por Dios ante ustedes, mediante los milagros, prodigios y señales que Dios realizó por medio de él y que ustedes bien conocen. Conforme al plan previsto y sancionado por Dios, Jesús fue entregado, y ustedes utilizaron a los paganos para clavarlo en la cruz.

Pero Dios lo resucitó, rompiendo las ataduras de la muerte, ya que no era posible que la muerte lo retuviera bajo su dominio. En efecto, David dice, refiriéndose a él: Yo veía constantemente al Señor delante de mí, puesto que él está a mi lado para que yo no tropiece. Por eso se alegra mi corazón y mi lengua se alboroza; por eso también mi cuerpo vivirá en la esperanza, porque tú, Señor, no me abandonarás a la muerte, ni dejarás que tu santo sufra la corrupción. Me has enseñado el sendero de la vida y me saciarás de gozo en tu presencia.

Hermanos, que me sea permitido hablarles con toda claridad. El patriarca David murió y lo enterraron, y su sepulcro se conserva entre nosotros hasta el día de hoy. Pero como era profeta y sabía que Dios le había prometido con juramento que un descendiente suyo ocuparía su trono, con visión profética habló de la resurrección de Cristo, el cual no fue abandonado a la muerte ni sufrió la corrupción. Pues bien, a este Jesús Dios lo resucitó, y de ello todos nosotros somos testigos. Llevado a los cielos por el poder de

Dios, recibió del Padre el Espíritu Santo prometido a él y lo ha comunicado, como ustedes lo están viendo y oyendo".

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 15, 1-2ª y 5.7-8.9-10.11.

R/. Enséñanos, Señor, el camino de la vida. Aleluya.

Protégeme, Dios mío, pues eres mi refugio. Yo siempre he dicho que tú eres mi Señor. El Señor es la parte que me ha tocado en herencia: mi vida está en sus manos. ***R/.***

Bendeciré al Señor, que me aconseja, hasta de noche me instruye internamente. Tengo siempre presente al Señor y con él a mi lado, jamás tropezaré. ***R/.***

Por eso se me alegran el corazón y el alma y mi cuerpo vivirá tranquilo, porque tú no me abandonarás a la muerte ni dejarás que sufra yo la corrupción. ***R/.***

Enséñame el camino de la vida, sáciame de gozo en tu presencia y de alegría perpetua junto a ti. ***R/.***

SEGUNDA LECTURA

Ustedes han sido rescatados con la sangre preciosa de Cristo, el cordero sin mancha.

De la primera carta del apóstol san Pedro: 1, 17-21

Hermanos: Puesto que ustedes llaman Padre a Dios, que juzga imparcialmente la conducta de cada uno según sus obras, vivan siempre con temor filial durante su peregrinar por la tierra.

Bien saben ustedes que de su estéril manera de vivir, heredada de sus padres, los ha rescatado Dios, no con bienes efímeros, como el oro y la plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, el cordero sin defecto ni mancha, al cual Dios había elegido desde antes de la creación del mundo y, por amor a ustedes, lo ha manifestado en estos tiempos, que son los últimos. Por Cristo, ustedes creen en Dios, quien lo resucitó de entre los muertos y lo llenó de gloria, a fin de que la fe de ustedes sea también esperanza en Dios.

Palabra de Dios

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Cfr. Lc 24,32

R/. Aleluya, aleluya.

Señor Jesús, haz que comprendamos la Sagrada Escritura. Enciende nuestro corazón mientras nos hablas. ***R/.***

EVANGELIO

Lo reconocieron al partir el pan.

+ Del santo Evangelio según san Lucas: 24, 13-35

El mismo día de la resurrección, iban dos de los discípulos hacia un pueblo llamado Emaús, situado a unos once kilómetros de Jerusalén, y comentaban todo lo que había sucedido.

Mientras conversaban y discutían, Jesús se les acercó y comenzó a caminar con ellos; pero los ojos de los dos discípulos estaban velados y no lo reconocieron. Él les preguntó: "¿De qué cosas vienen hablando, tan llenos de tristeza?". Uno de ellos, llamado Cleofás, le respondió: "¿Eres tú el único forastero que no sabe lo que ha sucedido estos días en Jerusalén?". Él les preguntó: "¿Qué cosa?". Ellos le respondieron: "Lo de Jesús el nazareno, que era un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo. Cómo los sumos sacerdotes y nuestros jefes lo entregaron para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron.

Nosotros esperábamos que él sería el libertador de Israel, y sin embargo, han pasado ya tres días desde que estas cosas sucedieron. Es cierto que algunas mujeres de nuestro grupo nos han desconcertado, pues fueron de madrugada al sepulcro, no encontraron el cuerpo y llegaron contando que se les habían aparecido unos ángeles, que les dijeron que estaba vivo. Algunos de nuestros compañeros fueron al sepulcro y hallaron todo como habían dicho las mujeres, pero a él no lo vieron".

Entonces Jesús les dijo: "¡Qué insensatos son ustedes y qué duros de corazón para creer todo lo anunciado por los profetas! ¿Acaso no era necesario que el Mesías padeciera todo esto y así entrara en su gloria?". Y comenzando por Moisés y siguiendo con todos los profetas, les explicó todos los pasajes de la Escritura que se referían a él.

Ya cerca del pueblo a donde se dirigían, él hizo como que iba más lejos; pero ellos le insistieron, diciendo: "Quédate con nosotros, porque ya es tarde y pronto va a oscurecer". Y entró para quedarse con ellos. Cuando estaban a la mesa, tomó un pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio. Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron, pero él se les desapareció. Y ellos se decían el uno al otro: "¡Con razón nuestro corazón ardía, mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras!".

Se levantaron inmediatamente y regresaron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, los cuales les dijeron: "De veras ha resucitado el Señor y se le ha aparecido a Simón". Entonces ellos contaron lo que les había pasado en el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Recibe, Señor, los dones que, jubilosa, tu Iglesia te presenta, y puesto que es a ti a quien debe su alegría, concédele también disfrutar de la felicidad eterna. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Lc 24, 35

Los discípulos reconocieron al Señor Jesús, al partir el pan. Aleluya.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Dirige, Señor, tu mirada compasiva sobre tu pueblo, al que te has dignado renovar con estos misterios de vida eterna, y concédele llegar un día a la gloria incorruptible de la resurrección. Por Jesucristo, nuestro Señor.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE PASCUA

Dios lo resucitó rompiendo las ataduras de la muerte (Hch 2,14.22-33)

1ª lectura

Pedro toma la palabra en nombre de los Doce como hará otras muchas veces. Su discurso está plagado de citas del Antiguo Testamento con las que explica el sentido de lo que acaba de acontecer: «Los textos proféticos que se refieren directamente al envío del Espíritu Santo son oráculos en los que Dios habla al corazón de su Pueblo en el lenguaje de la Promesa, con los acentos del "amor y de la fidelidad" (...). Según estas promesas, en los "últimos tiempos", el Espíritu del Señor renovará el corazón de los hombres grabando en ellos una Ley nueva; reunirá y reconciliará a los pueblos dispersos y divididos; transformará la primera creación y Dios habitará en ella con los hombres en la paz» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 715).

En el discurso de Pedro se esboza el contenido del anuncio apostólico —*kérygma*—, objeto de la predicación y de la fe. Este anuncio expresa el testimonio sobre la muerte y resurrección de Cristo y su posterior exaltación; recuerda los puntos principales de la misión de Jesús, anunciada por Juan Bautista, confirmada con milagros y concluida con las apariciones del Señor resucitado y la efusión del Espíritu Santo; señala la llegada del tiempo mesiánico vaticinado por los profetas y hace un llamamiento universal a la conversión, para preparar así la parusía o segunda venida de Cristo glorioso. Son los mismos contenidos esenciales que nos han transmitido los evangelios escritos, especialmente los sinópticos.

San Juan Crisóstomo, al comentar el pasaje, resalta el cambio obrado en Pedro por la acción del Espíritu Santo, y la audacia del Apóstol: «¡Oíd predicar y discutir con valentía, entre la masa de enemigos, a aquel que poco antes temblaba ante la palabra de una simple sirvienta! Esta osadía es una prueba significativa de la resurrección de su Maestro, pues Pedro predica entre hombres que se burlan y se ríen de su entusiasmo (...). La calumnia no turba el espíritu de los Apóstoles; los sarcasmos no disminuyen su coraje, pues la llegada del Espíritu Santo ha hecho de ellos hombres nuevos y superiores a todas las pruebas humanas. Cuando el Espíritu Santo penetra en las almas es para elevar sus afectos y para hacer, de almas terrestres y de barro, unas almas escogidas y de un coraje intrépido (...). ¡Admirad la armonía que reina entre los Apóstoles! ¡Cómo ceden a Pedro la carga de tomar la palabra en nombre de todos! Pedro eleva la voz y habla a la muchedumbre con intrépida confianza. Tal es el coraje del hombre instrumento del Espíritu Santo (...). Igual que un carbón encendido, lejos

de perder su ardor al caer sobre un montón de paja, encuentra allí la ocasión de sacar su calor, así Pedro, en contacto con el Espíritu Santo que le anima, extiende a su alrededor el fuego que le devora» (*In Acta Apostolorum* 4).

Rescatados por la sangre de Cristo (1 P 1,17-21)

2ª lectura

El fundamento de la liberación del pecado y de la santidad es el sacrifi-cio de Cristo. San Pedro acude a la imagen y al vocabulario de la redención de un esclavo que pasa a ser hombre libre. Es también una alusión al éxodo: tras la inmolación del cordero pascual, Israel fue liberado por Dios de la esclavitud de Egipto (cfr Ex 12,5); pero el precio de este rescate «no se ha calculado en dinero, sino en sangre, pues Cristo murió por nosotros; Él nos ha liberado con su sangre preciosa (...); preciosa porque es la sangre de un cordero inmaculado, porque es la sangre del Hijo de Dios, que nos ha rescatado no sólo de la maldición de la Ley, sino también de la muerte perpetua que implica la impiedad» (S. Ambrosio, *Expositio Evangelii secundum Lucam*, in 12,6-7). La figura del Cordero aplicada a Jesucristo es un modo expresivo de referirse al sacrificio expiatorio de la cruz y, a la vez, a la inocencia inmaculada del Redentor (cfr Jn 1,29).

Lo reconocieron al partir el pan (Lc 24,13-35)

Evangelio

El episodio de Emaús es una especie de puente entre el anuncio de la resurrección y las apariciones a los Once. Por una parte, representa un complemento del episodio anterior, pues, al final, cuando estos dos discípulos vuelven a Jerusalén, los Once, a través del testimonio de Pedro (vv. 33-34), creen ya en la resurrección. Por otra parte, frente a la siguiente aparición (24,36-49) en la que se subraya el verdadero cuerpo del Señor, su realidad física, el episodio de Emaús resalta el reconocimiento de Jesús por parte de los que le aman (cfr Jn 20,11-17).

La escena se revive fácilmente en la imaginación. Aquellos discípulos están entristecidos (v. 17) y sin esperanza (v. 21), porque esperaban un triunfo que ha fallado (vv. 19-21). Sus razones eran nobles, pero humanas. Mientras tanto, Jesús les acompaña y les escucha: *Jesús camina junto a aquellos dos hombres, que han perdido casi toda esperanza, de modo que la vida comienza a parecerles sin sentido. Comprende su dolor, penetra en su corazón, les comunica algo de la vida que habita en Él* (San Josemaría Escrivá, *Es Cristo que pasa*, n. 105).

A la sabiduría humana de los discípulos, Jesús opone la ciencia sagrada: la explicación de los acontecimientos como cumplimiento de las Escrituras enciende el corazón de aquellos discípulos (cfr v. 32), que, desde ahora, quieren continuar su camino con Él (vv. 28-29). Así también obra Jesús en nosotros: *No se impone nunca, este Señor Nuestro. Quiere que le llamemos libremente, desde que hemos entrevisto la pureza del Amor, que nos ha metido en el alma. (...) Quédate con nosotros, porque nos rodean en el alma las tinieblas, y sólo Tú eres luz, sólo Tú puedes calmar esta ansia que nos consume* (San Josemaría Escrivá, *Amigos de Dios*, n. 314).

Finalmente, le reconocen en la fracción del pan (v. 31). Jesús les ha abierto la inteligencia y el corazón: «Sus corazones, por Él iluminados, recibieron la llama de la fe y se convirtieron de tibios en ardientes, al abrirles el Señor el sentido de las Escrituras. En la fracción del pan, cuando estaban sentados con Él a la mesa, se abrieron también sus ojos, con lo cual tuvieron la dicha inmensa de poder contemplar su naturaleza glorificada» (S. León Magno, *Sermo 1 de ascensione Domini*).

El relato refleja también de ese modo la importancia que tienen en la Iglesia la Sagrada Escritura y la Eucaristía para alimentar la fe en Cristo. Así lo expresaba un antiguo tratado ascético: «Tendré los libros santos para consuelo y espejo de vida, y, sobre todo esto, el Cuerpo santísimo tuyo como singular remedio y refugio. (...) Sin estas dos cosas yo no podría vivir bien, porque la palabra de Dios es la luz de mi alma, y tu Sacramento el pan que da la vida» (Tomás de Kempis, *De imitatione Christi*, 11,3-4).

SAN AGUSTÍN (www.iveargentina.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE PASCUA

Los discípulos de Emaús

Durante estos días se lee la resurrección del Señor según los cuatro evangelistas. Es necesaria la lectura de todos, porque no todos lo contaron todo, sino que uno narró lo que el otro pasó por alto, y, en cierto modo, unos dejaron espacio a los otros para ser todos necesarios. El evangelista Marcos, cuyo evangelio se leyó ayer, indicó brevemente lo que Lucas relató, con mayor abundancia de datos, sobre dos discípulos que ciertamente no pertenecían al grupo de los Doce, pero que eran, no obstante, discípulos. Cuando iban de camino, se les apareció el Señor y se puso a caminar con ellos. Marcos dijo solamente que se apareció a dos que iban de viaje; Lucas, en cambio, qué les preguntó, qué les replicó, hasta dónde caminó a su lado y cómo lo conocieron en la fracción del pan. De todo esto hizo mención, como acabamos de escuchar.

¿Por qué nos detenemos en esto, hermanos? Aquí se construye el edificio de nuestra fe en la resurrección de Jesucristo. Creíamos ya cuando escuchamos el evangelio; creyendo ya, hemos entrado hoy en esta iglesia, y, sin embargo, no sé cómo, se escucha con gozo lo que refresca la memoria. ¡Cómo queréis que se alegre nuestro corazón cuando advertimos que somos mejores que aquellos que iban de viaje y a los que se les apareció el Señor! Creemos lo que ellos aún no creían.

Habían perdido la esperanza, mientras que nosotros no dudamos de lo que ellos sí. Una vez crucificado el Señor, habían perdido la esperanza; así resulta de sus palabras cuando él les dijo: *¿Cuál es el tema de conversación que os ocupa? ¿Por qué estáis tristes?* Ellos contestaron: *¿Sólo tú eres peregrino en Jerusalén, y no sabes lo que allí ha acontecido?* Y él: *¿Qué?* Aun sabiendo todo lo referente a sí mismo, preguntaba, porque quería estar en ellos. *¿Qué?,* preguntó. Y ellos: *Lo de Jesús de Nazaret, que fue un varón profeta, poderoso en palabras y obras. Cómo lo*

crucificaron los jefes de los sacerdotes, y he aquí que han pasado ya tres días desde que todo esto sucedió. Nosotros esperábamos. Esperabais; ¿ya no esperáis? ¿A eso se reduce todo vuestro discipulado? Un ladrón en la cruz os ha superado: vosotros os habéis olvidado de quien os instruía; él reconoció a aquel con quien estaba colgado. *Nosotros esperábamos.* ¿Qué esperabais? *Que él redimiría a Israel.* La esperanza que teníais y que perdisteis cuando él fue crucificado, la conoció el ladrón en la cruz. Dice al Señor: *Señor, ¡acuérdate de mí cuando llegues a tu reino!* Ved que era él quien había de redimir a Israel. Aquella cruz era una escuela; en ella enseñó el Maestro al ladrón. El madero de un crucificado se convirtió en cátedra de un maestro. Quien se os entregó de nuevo, les devuelva la esperanza. Así se hizo. Recordad, amadísimos, cómo Jesús el Señor quiso que lo reconocieran en la fracción del pan aquellos que tenían los ojos enturbiados, que les impedían reconocerlo. Los fieles saben lo que estoy diciendo; conocen a Cristo en la fracción del pan. No cualquier pan se convierte en el cuerpo de Cristo, sino el que recibe la bendición de Cristo. Allí lo reconocieron ellos, se llenaron de gozo, y marcharon al encuentro de los otros; los encontraron conociendo ya la noticia; les narraron lo que habían visto, y entró a formar parte del evangelio. Lo que dijeron, lo que hicieron, todo se escribió y llegó hasta nosotros.

Creamos en Cristo crucificado, pero resucitado al tercer día. Esta fe, la fe por la que creemos que Cristo resucitó de entre los muertos, es la que nos distingue de los paganos y de los judíos. Dice el Apóstol a Timoteo:

Acuérdate que Jesucristo, de la estirpe de David, resucitó de entre los muertos, según mi evangelio. Y el mismo Apóstol dice en otro lugar: *Pues, si crees en tu corazón que Jesús es el Señor y confiesas con tu boca que Dios lo resucitó de entre los muertos, sanarás.* De esta salud hablé ayer. *Quien crea y se bautice sanará.* Sé que vosotros creéis; seréis sanados. Creed en vuestro corazón y profesad con la boca que Cristo resucitó de entre los muertos.

Pero sea vuestra fe la de los cristianos, no la de los demonios. Ved que os hago esta distinción; en cuanto está en mi poder, os la hago; os hago esta distinción en conformidad con la gracia que Dios me ha dado. Una vez que haya hecho la división, elegid y amad lo elegido. Yo dije: «Esta fe por la que creemos que Jesucristo resucitó de entre los muertos, es la que nos distingue de los paganos.» Pregunta a un pagano si fue crucificado Cristo. Te responde: «Ciertamente.» Pregúntale si resucitó, y te lo negará. Pregunta a un judío si fue crucificado Cristo, y te confesará el crimen de sus antepasados; confesará el crimen en el que él tiene su parte. En efecto, bebió lo que sus padres le dieron a beber: *Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos.* Pregúntale, sin embargo, si resucitó de entre los muertos; lo negará, se reirá y te acusará. Somos diferentes. Creemos, pues, que Cristo, nacido de la estirpe de David según la carne, resucitó de entre los muertos. ¿Desconocieron, acaso, los demonios esto o no creyeron lo que incluso vieron? Aun antes de la resurrección gritaban y decían: *Sabemos quién eres, él Hijo de Dios.* Creyendo en la resurrección de Cristo, nos distinguimos de los paganos; distingámonos, si algo podemos, de los demonios. ¿Qué dijeron, os suplico, qué dijeron los demonios? *Sabemos quién eres: el Hijo de Dios.* Y escucharon: *Callad.* ¿No es lo mismo que dijo Pedro? Cuando les preguntó:

¿Quién dice la gente que soy?, después que escuchó lo que opinaban las gentes de fuera, volvió a interrogarles, diciendo: *Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?* Respondió Pedro: *Tú eres Cristo, el Hijo del Dios vivo*. Lo que dijeron los demonios, lo dijo Pedro; lo mismo dijeron los espíritus malignos que dijo el Apóstol. Pero los demonios escucharon: *Callad;* Pedro, en cambio: *Dichoso eres*. Distínganos a nosotros lo que los distinguía a ellos. ¿Qué movía a los demonios? El temor. ¿Y a Pedro? El amor. Elegid y amad. Es la fe también la que distingue a los cristianos de los demonios; pero no una fe cualquiera. Dice, en efecto, el apóstol Santiago: *Tú crees*... Lo que voy a decir se halla en la carta del apóstol Santiago:

Tú crees que hay un solo Dios, y haces bien. También los demonios creen y tiemblan. Quien esto escribió había dicho en la misma carta: *Si uno tiene fe, pero no tiene obras, ¿puede, acaso, salvarle la fe?* Y el apóstol Pablo, marcando las diferencias, dice: *Ni la circuncisión ni el prepucio valen algo; sólo la fe que obra por la caridad*. Hemos establecido la separación y la distinción; mejor, hemos encontrado, leído y aprendido cuál es la distinción. Si nos distinguimos en la fe, distingámonos, de igual manera, en las costumbres y en las obras inflamándonos de la caridad, de que estaban privados los demonios. Ese es el fuego que hacía arder a aquellos dos por el camino.

Después de conocer a Cristo y, habiendo desaparecido él de su presencia, se decían el uno al otro: *¿No ardía nuestro corazón en el camino mientras nos explicaba las Escrituras?* Arded, pero no con el fuego que ha de quemar a los demonios. Arded en el fuego de la caridad para distinguiros de los demonios. Este ardor os empuja, os lleva hacia arriba, os levanta al cielo. Por muchas molestias que hayáis sufrido en la tierra, por mucho que el enemigo oprima y hunda el corazón cristiano, el ardor de la caridad se dirige a las alturas. Pongamos una comparación. Si tienes una antorcha encendida, ponla derecha: la llamase dirige hacia el cielo; inclínala hacia abajo: la llama sube en dirección al cielo; inviértela totalmente: ¿acaso se queda la llama en la tierra? Sea cual sea la dirección que tome la antorcha, la llama no conoce más que una: tiende hacia el cielo. Que el fuego de la caridad inflame vuestro espíritu y lo llene de ardor; hervid en alabanzas a Dios y en inmejorables costumbres. Uno es ardiente, otro frío: que el ardiente encienda al frío y el que arde poco que desee arder más y suplique ayuda. El Señor está dispuesto a concederla; nosotros, con el corazón dilatado, deseemos recibirla.

***Sermones* (4º) (t. XXIV), Sermón 234, 1-3, BAC Madrid 1983, 413-18**

FRANCISCO – Ángelus 2014 y 2020 - Homilía en el Cairo 2017

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE PASCUA

Ángelus 2014

Emaús es un símbolo del camino de nuestra fe

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio de este domingo, que es el tercer domingo de Pascua, es el de los discípulos de Emaús (cf. *Lc* 24, 13-35). Estos eran dos discípulos de Jesús, los cuales, tras su muerte y pasado el sábado, dejan Jerusalén y regresan, tristes y abatidos, hacia su aldea, llamada precisamente Emaús. A lo largo del camino Jesús resucitado se les acercó, pero ellos no lo reconocieron. Viéndoles así tristes, les ayudó primero a comprender que la pasión y la muerte del Mesías estaban previstas en el designio de Dios y anunciadas en las Sagradas Escrituras; y así vuelve a encender un fuego de esperanza en sus corazones.

Entonces, los dos discípulos percibieron una extraordinaria atracción hacia ese hombre misterioso, y lo invitaron a permanecer con ellos esa tarde. Jesús aceptó y entró con ellos en la casa. Y cuando, estando en la mesa, bendijo el pan y lo partió, ellos lo reconocieron, pero Él desapareció de su vista, dejándolos llenos de estupor. Tras ser iluminados por la Palabra, habían reconocido a Jesús resucitado al partir el pan, nuevo signo de su presencia. E inmediatamente sintieron la necesidad de regresar a Jerusalén, para referir a los demás discípulos esta experiencia, que habían encontrado a Jesús vivo y lo habían reconocido en ese gesto de la fracción del pan.

El camino de Emaús se convierte así en símbolo de nuestro camino de fe: las Escrituras y la Eucaristía son los elementos indispensables para el encuentro con el Señor. También nosotros llegamos a menudo a la misa dominical con nuestras preocupaciones, nuestras dificultades y desilusiones... La vida a veces nos hiere y nos marchamos tristes, hacia nuestro «Emaús», dando la espalda al proyecto de Dios. Nos alejamos de Dios. Pero nos acoge la Liturgia de la Palabra: Jesús nos explica las Escrituras y vuelve a encender en nuestros corazones el calor de la fe y de la esperanza, y en la Comunión nos da fuerza. Palabra de Dios, Eucaristía. Leer cada día un pasaje del Evangelio. Recordadlo bien: leer cada día un pasaje del Evangelio, y los domingos ir a recibir la comunión, recibir a Jesús. Así sucedió con los discípulos de Emaús: acogieron la Palabra; compartieron la fracción del pan, y, de tristes y derrotados como se sentían, pasaron a estar alegres. Siempre, queridos hermanos y hermanas, la Palabra de Dios y la Eucaristía nos llenan de alegría. Recordadlo bien. Cuando estés triste, toma la Palabra de Dios. Cuando estés decaído, toma la Palabra de Dios y ve a la misa del domingo a recibir la comunión, a participar del misterio de Jesús. Palabra de Dios, Eucaristía: nos llenan de alegría.

Por intercesión de María santísima, recemos a fin de que cada cristiano, reviviendo la experiencia de los discípulos de Emaús, especialmente en la misa dominical, redescubra la gracia del encuentro transformador con el Señor, con el Señor resucitado, que está siempre con nosotros. Siempre hay una Palabra de Dios que nos da la orientación después de nuestras dispersiones; y a través de nuestros cansancios y decepciones hay siempre un Pan partido que nos hace ir adelante en el camino.

***

Ángelus 2020

Abrir el corazón, escuchar a Jesús, rezar a Jesús

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio de hoy, ambientado en el día de Pascua, cuenta el episodio de los dos discípulos de Emaús (cf. *Lucas* 24, 13-35). Es una historia que comienza y finaliza *en camino*. De hecho, narra el viaje de ida de los discípulos que, tristes por el epílogo de la historia de Jesús, abandonan Jerusalén y regresan a casa, a Emaús, caminando alrededor de once kilómetros. Es un viaje que tiene lugar durante el día, con gran parte del viaje cuesta abajo. Luego tiene lugar el viaje de regreso: otros once kilómetros, pero recorridos al caer la noche, con parte del viaje cuesta arriba después de la fatiga del viaje de ida y todo el día. Dos viajes: uno fácil durante el día y el otro agotador por la noche. Sin embargo, el primero tiene lugar en la tristeza, el segundo en la alegría. En el primero está el Señor caminando a su lado, pero no lo reconocen; en el segundo ya no lo ven, pero lo sienten cerca de ellos. En el primero están desanimados y desesperanzados; en el segundo corren para llevar a los demás la buena noticia del encuentro con Jesús Resucitado.

Los dos diferentes caminos de aquellos primeros discípulos nos dicen, a los discípulos de Jesús de hoy, que en la vida tenemos ante nosotros dos direcciones opuestas: hay un camino de los que, como aquellos dos del principio, se dejan paralizar por las desilusiones de la vida y siguen tristemente; y hay un camino de los que no se ponen a sí mismos y sus problemas en primer lugar, sino a Jesús que nos visita, y a los hermanos que esperan que nos ocupemos de ellos. Este es el punto de inflexión: dejar de orbitar alrededor de uno mismo, de las decepciones del pasado, de los ideales no realizados, de las muchas cosas malas que han sucedido en la vida de uno. Tantas veces nos dejamos llevar por ese dar vueltas y vueltas... Déjalo y sigue adelante con la mirada puesta en la realidad más grande y verdadera de la vida: *Jesús está vivo, Jesús me ama*. Esta es la mayor realidad. Y puedo hacer algo por los demás. ¡Es una hermosa realidad, positiva, solar, bella! La inversión de marcha es ésta: pasar de *los pensamientos en torno a mí mismo* a *la realidad de mi Dios*; pasar —con otro juego de palabras— *del "si" al "sí"*. Del "si" al "sí". ¿Qué significa eso? "Si Él nos hubiera liberado, si Dios me hubiera escuchado, si la vida hubiera sido como yo quería, si tuviera esto y aquello...", en tono de queja. Este "si" no ayuda, no es fecundo, no nos ayuda ni a nosotros ni a los demás. Aquí están nuestros "si", similares a los de los dos discípulos... Pero pasan al sí: "sí, el Señor está vivo, camina con nosotros. Sí, ahora, y no mañana, nos ponemos en marcha de nuevo para anunciarlo". "Sí, puedo hacer esto para que la gente sea más feliz, para que la gente sea mejor, para ayudar a tanta gente. Sí, sí, puedo". Del si al sí, de las quejas a la alegría y a la paz, porque cuando nos quejamos, no estamos en la alegría; estamos grises, grises, ese aire gris de tristeza. Y eso ni siquiera nos ayuda a crecer bien. De si a sí, de la queja a la alegría del servicio.

Este cambio de paso, de yo a Dios, del si al sí, ¿cómo ocurrió en los discípulos? Encontrándose con Jesús: los dos de Emaús primero le abren su corazón; luego le escuchan explicar las Escrituras; luego le invitan a su casa. Son tres pasos que también nosotros podemos dar en nuestras casas: *primero*, abrir el corazón a Jesús, confiándole las cargas, las dificultades, las desilusiones de la vida, confiándole los "si"; y luego, *segundo* paso, escuchar a Jesús, tomar el Evangelio en mano, leyendo hoy

mismo este pasaje, en el capítulo veinticuatro del Evangelio de Lucas; *tercero*, rezar a Jesús, con las mismas palabras de aquellos discípulos: "Señor, «quédate con nosotros». (v. 29). Señor, quédate conmigo. Señor, quédate con todos nosotros, porque te necesitamos para encontrar el camino. Y sin ti es de noche".

Queridos hermanos y hermanas, en la vida siempre estamos en camino. Y nos convertimos en aquello hacia lo que vamos. Escojamos el camino de Dios, no el camino del ego; el camino del sí, no el camino del si. Descubriremos que no hay ningún imprevisto, no hay cuesta arriba, no hay ninguna noche que no se pueda afrontar con Jesús. Que Nuestra Señora, Madre del Camino, que al aceptar la Palabra hizo de toda su vida un "sí" a Dios, nos muestre el camino.

***

Homilía en el Cairo 2017

El icono de Emaús como clave de lectura del presente y del futuro.

Al Salamò Alaikum / La paz sea con vosotros.

Hoy, III domingo de Pascua, el Evangelio nos habla del camino que hicieron los dos discípulos de Emaús tras salir de Jerusalén. Un Evangelio que se puede resumir en tres palabras: *muerte, resurrección* y *vida.*

Muerte: los dos discípulos regresan a sus quehaceres cotidianos, llenos de desilusión y desesperación. El Maestro ha muerto y por tanto es inútil esperar. Estaban desorientados, confundidos y desilusionados. Su camino es un volver atrás; es alejarse de la dolorosa experiencia del Crucificado. La crisis de la Cruz, más bien el «escándalo» y la «necedad» de la Cruz (cf. *1 Co* 1,18; 2,2), ha terminado por sepultar toda esperanza. Aquel sobre el que habían construido su existencia ha muerto y, derrotado, se ha llevado consigo a la tumba todas sus aspiraciones.

No podían creer que el Maestro y el Salvador que había resucitado a los muertos y curado a los enfermos pudiera terminar clavado en la cruz de la vergüenza. No podían comprender por qué Dios Omnipotente no lo salvó de una muerte tan infame. La cruz de Cristo era la cruz de sus ideas sobre Dios; la muerte de Cristo era la muerte de todo lo que ellos pensaban que era Dios. De hecho, los muertos en el sepulcro de la estrechez de su entendimiento.

Cuantas veces el hombre se auto paraliza, negándose a superar su idea de Dios, de un dios creado a imagen y semejanza del hombre; cuantas veces se desespera, negándose a creer que la omnipotencia de Dios no es la omnipotencia de la fuerza o de la autoridad, sino solamente la omnipotencia del amor, del perdón y de la vida.

Los discípulos reconocieron a Jesús «al partir el pan», en la Eucarística. Si nosotros no quitamos el velo que oscurece nuestros ojos, si no rompemos la dureza de nuestro corazón y de nuestros prejuicios nunca podremos reconocer el rostro de Dios.

Resurrección: en la oscuridad de la noche más negra, en la desesperación más angustiosa, Jesús se acerca a los dos discípulos y los acompaña en su camino para que descubran que él es «el camino, la verdad y la vida» (*Jn* 14,6). Jesús trasforma su desesperación en vida, porque cuando se desvanece la esperanza humana comienza a

brillar la divina: «Lo que es imposible para los hombres es posible para Dios» (*Lc* 18,27; cf. 1,37). Cuando el hombre toca fondo en su experiencia de fracaso y de incapacidad, cuando se despoja de la ilusión de ser el mejor, de ser autosuficiente, de ser el centro del mundo, Dios le tiende la mano para transformar su noche en amanecer, su aflicción en alegría, su muerte en resurrección, su camino de regreso en retorno a Jerusalén, es decir en retorno a la vida y a la victoria de la Cruz (cf. *Hb* 11,34).

Los dos discípulos, de hecho, luego de haber encontrado al Resucitado, regresan llenos de alegría, confianza y entusiasmo, listos para dar testimonio. El Resucitado los ha hecho resurgir de la tumba de su incredulidad y aflicción. Encontrando al Crucificado-Resucitado han hallado la explicación y el cumplimiento de las Escrituras, de la Ley y de los Profetas; han encontrado el sentido de la aparente derrota de la Cruz.

Quien no pasa a través de la experiencia de la cruz, hasta llegar a la Verdad de la resurrección, se condena a sí mismo a la desesperación. De hecho, no podemos encontrar a Dios sin crucificar primero nuestra pobre concepción de un dios que sólo refleja nuestro modo de comprender la omnipotencia y el poder.

Vida: el encuentro con Jesús resucitado ha transformado la vida de los dos discípulos, porque el encuentro con el Resucitado transforma la vida entera y hace fecunda cualquier esterilidad (cf. Benedicto XVI, *Audiencia General*, 11 abril 2007). En efecto, la Resurrección no es una fe que nace de la Iglesia, sino que es la Iglesia la que nace de la fe en la Resurrección. Dice san Pablo: «Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación y vana también vuestra fe» (*1 Co* 15,14).

El Resucitado desaparece de su vista, para enseñarnos que no podemos retener a Jesús en su visibilidad histórica: «Bienaventurados los que crean sin haber visto» (*Jn* 20,29 y cf. 20,17). La Iglesia debe saber y creer que él está vivo en ella y que la vivifica con la Eucaristía, con la Escritura y con los Sacramentos. Los discípulos de Emaús comprendieron esto y regresaron a Jerusalén para compartir con los otros su experiencia. «Hemos visto al Señor [...]. Sí, en verdad ha resucitado» (cf. *Lc* 24,32).

La experiencia de los discípulos de Emaús nos enseña que de nada sirve llenar de gente los lugares de culto si nuestros corazones están vacíos del temor de Dios y de su presencia; de nada sirve rezar si nuestra oración que se dirige a Dios no se transforma en amor hacia el hermano; de nada sirve tanta religiosidad si no está animada al menos por igual fe y caridad; de nada sirve cuidar las apariencias, porque Dios mira el alma y el corazón (cf. *1 S* 16,7) y detesta la hipocresía (cf. *Lc* 11,37-54; *Hch* 5,3-4). Para Dios, es mejor no creer que ser un falso creyente, un hipócrita.

La verdadera fe es la que nos hace más caritativos, más misericordiosos, más honestos y más humanos; es la que anima los corazones para llevarlos a amar a todos gratuitamente, sin distinción y sin preferencias, es la que nos hace ver al otro no como a un enemigo para derrotar, sino como a un hermano para amar, servir y ayudar; es la que nos lleva a difundir, a defender y a vivir la cultura del encuentro, del diálogo, del respeto y de la fraternidad; nos da la valentía de perdonar a quien nos ha ofendido, de ayudar a quien ha caído; a vestir al desnudo; a dar de comer al que tiene hambre, a visitar al encarcelado; a ayudar a los huérfanos; a dar de beber al sediento; a socorrer

a los ancianos y a los necesitados (cf. *Mt* 25,31-45). La verdadera fe es la que nos lleva a proteger los derechos de los demás, con la misma fuerza y con el mismo entusiasmo con el que defendemos los nuestros. En realidad, cuanto más se crece en la fe y más se conoce, más se crece en la humildad y en la conciencia de ser pequeño.

Queridos hermanos y hermanas:

A Dios sólo le agrada la fe profesada con la vida, porque el único extremismo que se permite a los creyentes es el de la caridad. Cualquier otro extremismo no viene de Dios y no le agrada.

Ahora, como los discípulos de Emaús, regresad a vuestra Jerusalén, es decir, a vuestra vida cotidiana, a vuestras familias, a vuestro trabajo y a vuestra patria llenos de alegría, de valentía y de fe. No tengáis miedo a abrir vuestro corazón a la luz del Resucitado y dejad que él transforme vuestras incertidumbres en fuerza positiva para vosotros y para los demás. No tengáis miedo a amar a todos, amigos y enemigos, porque el amor es la fuerza y el tesoro del creyente.

La Virgen María y la Sagrada Familia, que vivieron en esta bendita tierra, iluminen nuestros corazones y os bendigan a vosotros y al amado Egipto que, en los albores del cristianismo, acogió la evangelización de san Marcos y ha dado a lo largo de la historia numerosos mártires y una gran multitud de santos y santas.

Al Massih Kam / Bilhakika kam! – Cristo ha Resucitado. / Verdaderamente ha Resucitado.

BENEDICTO XVI – Ángelus 2008 y Homilía del 8 de mayo de 2011

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE PASCUA

Ángelus 2008

El encuentro con Cristo resucitado nos da una fe más profunda y auténtica

Queridos hermanos y hermanas:

El evangelio de este domingo –el tercero de Pascua– es el célebre relato llamado de los discípulos de Emaús (cf. Lc 24, 13-35). En él se nos habla de dos seguidores de Cristo que, el día siguiente al sábado, es decir, el tercero desde su muerte, tristes y abatidos dejaron Jerusalén para dirigirse a una aldea poco distante, llamada precisamente Emaús. A lo largo del camino, se les unió Jesús resucitado, pero ellos no lo reconocieron. Sintiéndolos desconsolados, les explicó, basándose en las Escrituras, que el Mesías debía padecer y morir para entrar en su gloria. Después, entró con ellos en casa, se sentó a la mesa, bendijo el pan y lo partió. En ese momento lo reconocieron, pero él desapareció de su vista, dejándolos asombrados ante aquel pan partido, nuevo signo de su presencia. Los dos volvieron inmediatamente a Jerusalén y contaron a los demás discípulos lo que había sucedido.

La localidad de Emaús no ha sido identificada con certeza. Hay diversas hipótesis, y esto es sugestivo, porque nos permite pensar que Emaús representa en realidad todos los lugares: el camino que lleva a Emaús es el camino de todo cristiano, más aún, de todo hombre. En nuestros caminos Jesús resucitado se hace compañero de viaje para reavivar en nuestro corazón el calor de la fe y de la esperanza y partir el pan de la vida eterna.

En la conversación de los discípulos con el peregrino desconocido impresiona la expresión que el evangelista san Lucas pone en los labios de uno de ellos: "Nosotros esperábamos..." (Lc 24, 21). Este verbo en pasado lo dice todo: Hemos creído, hemos seguido, hemos esperado..., pero ahora todo ha terminado. También Jesús de Nazaret, que se había manifestado como un profeta poderoso en obras y palabras, ha fracasado, y nosotros estamos decepcionados.

Este drama de los discípulos de Emaús es como un espejo de la situación de muchos cristianos de nuestro tiempo. Al parecer, la esperanza de la fe ha fracasado. La fe misma entra en crisis a causa de experiencias negativas que nos llevan a sentirnos abandonados por el Señor. Pero este camino hacia Emaús, por el que avanzamos, puede llegar a ser el camino de una purificación y maduración de nuestra fe en Dios.

También hoy podemos entrar en diálogo con Jesús escuchando su palabra. También hoy, él parte el pan para nosotros y se entrega a sí mismo como nuestro pan. Así, el encuentro con Cristo resucitado, que es posible también hoy, nos da una fe más profunda y auténtica, templada, por decirlo así, por el fuego del acontecimiento pascual; una fe sólida, porque no se alimenta de ideas humanas, sino de la palabra de Dios y de su presencia real en la Eucaristía.

Este estupendo texto evangélico contiene ya la estructura de la santa misa: en la primera parte, la escucha de la Palabra a través de las sagradas Escrituras; en la segunda, la liturgia eucarística y la comunión con Cristo presente en el sacramento de su Cuerpo y de su Sangre. La Iglesia, alimentándose en esta doble mesa, se edifica incesantemente y se renueva día tras día en la fe, en la esperanza y en la caridad. Por intercesión de María santísima, oremos para que todo cristiano y toda comunidad, reviviendo la experiencia de los discípulos de Emaús, redescubra la gracia del encuentro transformador con el Señor resucitado.

***

Homilía del 8 de mayo de 2011

Queridos hermanos y hermanas:

El Evangelio del tercer domingo de Pascua, que acabamos de escuchar, presenta el episodio de los discípulos de Emaús (cf. Lc 24, 13-35), un relato que no acaba nunca de sorprendernos y conmovernos. Este episodio muestra las consecuencias de la obra de Jesús resucitado en los dos discípulos: conversión de la desesperación a la esperanza; conversión de la tristeza a la alegría; y también conversión a la vida comunitaria. A veces, cuando se habla de conversión, se piensa únicamente a su aspecto arduo, de desprendimiento y de renuncia. En cambio, la conversión cristiana es también y sobre todo fuente de gozo, de esperanza y de amor. Es siempre obra de

Jesús resucitado, Señor de la vida, que nos ha obtenido esta gracia por medio de su pasión y nos la comunica en virtud de su resurrección.

Queridos hermanos y hermanas, he venido a vosotros como Obispo de Roma y continuador del ministerio de Pedro, para confirmaros en la fidelidad al Evangelio y en la comunión. He venido para compartir con los obispos y los presbíteros el celo del anuncio misionero, que debe involucrarnos a todos en un serio y bien coordinado servicio a la causa del reino de Dios. Vosotros, aquí presentes hoy, representáis a las comunidades eclesiales nacidas de la Iglesia madre de Aquileya. Como en el pasado, cuando esas Iglesias se distinguieron por el fervor apostólico y el dinamismo pastoral, así también hoy es necesario promover y defender con valentía la verdad y la unidad de la fe. Es necesario dar razón de la esperanza cristiana al hombre moderno, a menudo agobiado por grandes e inquietantes problemáticas que ponen en crisis los cimientos mismos de su ser y de su actuar.

Vivís en un contexto en el que el cristianismo se presenta como la fe que ha acompañado, a lo largo de siglos, el camino de tantos pueblos, incluso a través de persecuciones y pruebas muy duras. Son elocuentes expresiones de esta fe los múltiples testimonios diseminados por todas partes: las iglesias, las obras de arte, los hospitales, las bibliotecas, las escuelas; el ambiente mismo de vuestras ciudades, así como los campos y las montañas, todos ellos salpicados de referencias a Cristo. Sin embargo, hoy este ser de Cristo corre el riesgo de vaciarse de su verdad y de sus contenidos más profundos; corre el riesgo de convertirse en un horizonte que sólo toca la vida superficialmente, en aspectos más bien sociales y culturales; corre el riesgo de reducirse a un cristianismo en el que la experiencia de fe en Jesús crucificado y resucitado no ilumina el camino de la existencia, como hemos escuchado en el Evangelio de hoy a propósito de los dos discípulos de Emaús, los cuales, tras la crucifixión de Jesús, regresaban a casa embargados por la duda, la tristeza y la desilusión. Esa actitud tiende, lamentablemente, a difundirse también en vuestro territorio: esto ocurre cuando los discípulos de hoy se alejan de la Jerusalén del Crucificado y del Resucitado, dejando de creer en el poder y en la presencia viva del Señor. El problema del mal, del dolor y del sufrimiento, el problema de la injusticia y del atropello, el miedo a los demás, a los extraños y a los que desde lejos llegan hasta nuestras tierras y parecen atentar contra aquello que somos, llevan a los cristianos de hoy a decir con tristeza: nosotros esperábamos que el Señor nos liberara del mal, del dolor, del sufrimiento, del miedo, de la injusticia.

Por tanto, cada uno de nosotros, como ocurrió a los dos discípulos de Emaús, necesita aprender la enseñanza de Jesús: ante todo escuchando y amando la Palabra de Dios, leída a la luz del misterio pascual, para que inflame nuestro corazón e ilumine nuestra mente, y nos ayude a interpretar los acontecimientos de la vida y a darles un sentido. Luego es necesario sentarse a la mesa con el Señor, convertirse en sus comensales, para que su presencia humilde en el sacramento de su Cuerpo y de su Sangre nos restituya la mirada de la fe, para mirarlo todo y a todos con los ojos de Dios, y a la luz de su amor. Permanecer con Jesús, que ha permanecido con nosotros, asimilar su estilo de vida entregada, escoger con él la lógica de la comunión entre

nosotros, de la solidaridad y del compartir. La Eucaristía es la máxima expresión del don que Jesús hace de sí mismo y es una invitación constante a vivir nuestra existencia en la lógica eucarística, como un don a Dios y a los demás.

El Evangelio refiere también que los dos discípulos, tras reconocer a Jesús al partir el pan, «levantándose en aquel momento, se volvieron a Jerusalén» (Lc 24, 33). Sienten la necesidad de regresar a Jerusalén y contar la extraordinaria experiencia vivida: el encuentro con el Señor resucitado. Hace falta realizar un gran esfuerzo para que cada cristiano, aquí en el nordeste como en todas las demás partes del mundo, se transforme en testigo, dispuesto a anunciar con vigor y con alegría el acontecimiento de la muerte y de la resurrección de Cristo. Conozco el empeño que, como Iglesias del Trivéneto, ponéis para tratar de comprender las razones del corazón del hombre moderno y cómo, refiriéndoos a las antiguas tradiciones cristianas, os preocupáis por trazar las líneas programáticas de la nueva evangelización, mirando con atención a los numerosos desafíos del tiempo presente y repensando el futuro de esta región. Con mi presencia deseo apoyar vuestra obra e infundir en todos confianza en el intenso programa pastoral puesto en marcha por vuestros pastores, deseando un fructífero compromiso por parte de todos los componentes de la comunidad eclesial.

Sin embargo, también un pueblo tradicionalmente católico puede experimentar de forma negativa o asimilar casi de manera inconsciente los contragolpes de una cultura que acaba por insinuar una manera de pensar en la que el mensaje evangélico se rechaza abiertamente o se lo obstaculiza solapadamente. Sé cuán grande ha sido y sigue siendo vuestro compromiso por defender los valores perennes de la fe cristiana. Os aliento a no ceder jamás a las recurrentes tentaciones de la cultura hedonista y a las llamadas del consumismo materialista. Acoged la invitación del apóstol Pedro, presente en la segunda lectura de hoy, a comportaros «con temor de Dios durante el tiempo de vuestra peregrinación» (1 P 1, 17), invitación que se hace realidad en una existencia vivida intensamente por los caminos de nuestro mundo, con la conciencia de la meta que hay que alcanzar: la unidad con Dios, en Cristo crucificado y resucitado. De hecho, nuestra fe y nuestra esperanza están dirigidas hacia Dios (cf. 1 P 1, 21): dirigidas a Dios por estar arraigadas en él, fundadas en su amor y en su fidelidad. En los siglos pasados, vuestras Iglesias han conocido una rica tradición de santidad y de generoso servicio a los hermanos gracias a la obra de celosos sacerdotes, religiosos y religiosas de vida activa y contemplativa. Si queremos ponernos a la escucha de su enseñanza espiritual, no nos es difícil reconocer la llamada personal e inconfundible que nos dirigen: sed santos. Poned a Cristo en el centro de vuestra vida. Construid sobre él el edificio de vuestra existencia. En Jesús encontraréis la fuerza para abriros a los demás y para hacer de vosotros mismos, siguiendo su ejemplo, un don para toda la humanidad.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE PASCUA

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

La Eucaristía y la experiencia de los discípulos en Emaús

1346. La liturgia de la Eucaristía se desarrolla conforme a una estructura fundamental que se ha conservado a través de los siglos hasta nosotros. Comprende dos grandes momentos que forman una unidad básica:

— la reunión, *la liturgia de la Palabra*, con las lecturas, la homilía y la oración universal;

— *la liturgia eucarística*, con la presentación del pan y del vino, la acción de gracias consecratoria y la comunión.

Liturgia de la Palabra y Liturgia eucarística constituyen juntas "un solo acto de culto" (SC 56); en efecto, la mesa preparada para nosotros en la Eucaristía es a la vez la de la Palabra de Dios y la del Cuerpo del Señor (cf. DV 21).

1347. ¿No se advierte aquí el mismo dinamismo del banquete pascual de Jesús resucitado con sus discípulos? En el camino les explicaba las Escrituras, luego, sentándose a la mesa con ellos, "tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio" (cf *Lc* 24, 30; cf. *Lc* 24, 13- 35).

Los Apóstoles y los discípulos testigos de la Resurrección

642. Todo lo que sucedió en estas jornadas pascuales compromete a cada uno de los Apóstoles —y a Pedro en particular— en la construcción de la era nueva que comenzó en la mañana de Pascua. Como testigos del Resucitado, los Apóstoles son las piedras de fundación de su Iglesia. La fe de la primera comunidad de creyentes se funda en el testimonio de hombres concretos, conocidos de los cristianos y de los que la mayor parte aún vivía entre ellos. Estos "testigos de la Resurrección de Cristo" (cf. *Hch* 1, 22) son ante todo Pedro y los Doce, pero no solamente ellos: Pablo habla claramente de más de quinientas personas a las que se apareció Jesús en una sola vez, además de Santiago y de todos los Apóstoles (cf. *1 Co* 15, 4-8).

643. Ante estos testimonios es imposible interpretar la Resurrección de Cristo fuera del orden físico, y no reconocerlo como un hecho histórico. Sabemos por los hechos que la fe de los discípulos fue sometida a la prueba radical de la pasión y de la muerte en cruz de su Maestro, anunciada por Él de antemano (cf. *Lc* 22, 31-32). La sacudida provocada por la pasión fue tan grande que los discípulos (por lo menos, algunos de ellos) no creyeron tan pronto en la noticia de la resurrección. Los evangelios, lejos de mostrarnos una comunidad arrobada por una exaltación mística, nos presentan a los discípulos abatidos ("la cara sombría": *Lc* 24, 17) y asustados (cf. *Jn* 20, 19). Por eso no creyeron a las santas mujeres que regresaban del sepulcro y "sus palabras les parecían como desatinos" (*Lc* 24, 11; cf. *Mc* 16, 11. 13). Cuando Jesús se manifiesta a los once en la tarde de Pascua "les echó en cara su incredulidad y su dureza de cabeza por no haber creído a quienes le habían visto resucitado" (*Mc* 16, 14).

644. Tan imposible les parece la cosa que, incluso puestos ante la realidad de Jesús resucitado, los discípulos dudan todavía (cf. *Lc* 24, 38): creen ver un espíritu (cf. *Lc*

24, 39). "No acaban de creerlo a causa de la alegría y estaban asombrados" (*Lc* 24, 41). Tomás conocerá la misma prueba de la duda (cf. *Jn* 20, 24-27) y, en su última aparición en Galilea referida por Mateo, "algunos sin embargo dudaron" (*Mt* 28, 17). Por esto la hipótesis según la cual la resurrección habría sido un "producto" de la fe (o de la credulidad) de los apóstoles no tiene consistencia. Muy al contrario, su fe en la Resurrección nació —bajo la acción de la gracia divina— de la experiencia directa de la realidad de Jesús resucitado.

857. La Iglesia es apostólica porque está fundada sobre los apóstoles, y esto en un triple sentido:

— fue y permanece edificada sobre "el fundamento de los Apóstoles" (Ef 2, 20; Hch 21, 14), testigos escogidos y enviados en misión por el mismo Cristo (cf. Mt 28, 16-20; Hch 1, 8; 1 Co 9, 1; 15, 7-8; Ga 1, l; etc.).

— guarda y transmite, con la ayuda del Espíritu Santo que habita en ella, la enseñanza (cf. Hch 2, 42), el buen depósito, las sanas palabras oídas a los Apóstoles (cf 2 Tm 1, 13-14).

— sigue siendo enseñada, santificada y dirigida por los Apóstoles hasta la vuelta de Cristo gracias a aquellos que les suceden en su ministerio pastoral: el colegio de los obispos, "al que asisten los presbíteros juntamente con el sucesor de Pedro y Sumo Pastor de la Iglesia" (AG 5):

«Porque no abandonas nunca a tu rebaño, sino que, por medio de los santos pastores, lo proteges y conservas, y quieres que tenga siempre por guía la palabra de aquellos mismos pastores a quienes tu Hijo dio la misión de anunciar el Evangelio (Prefacio de los Apóstoles I: Misal Romano).

995. Ser testigo de Cristo es ser "testigo de su Resurrección" (*Hch* 1, 22; cf. 4, 33), "haber comido y bebido con él después de su Resurrección de entre los muertos" (*Hch* 10, 41). La esperanza cristiana en la resurrección está totalmente marcada por los encuentros con Cristo resucitado. Nosotros resucitaremos como Él, con Él, por Él.

996. Desde el principio, la fe cristiana en la resurrección ha encontrado incomprensiones y oposiciones (cf. *Hch* 17, 32; *1 Co* 15, 12-13). "En ningún punto la fe cristiana encuentra más contradicción que en la resurrección de la carne" (San Agustín, *Enarratio in Psalmum* 88, 2, 5). Se acepta muy comúnmente que, después de la muerte, la vida de la persona humana continúa de una forma espiritual. Pero ¿cómo creer que este cuerpo tan manifiestamente mortal pueda resucitar a la vida eterna?

Cristo, la clave para interpretar las Escrituras

102. A través de todas las palabras de la sagrada Escritura, Dios dice sólo una palabra, su Verbo único, en quien él se da a conocer en plenitud (cf. *Hb* 1,1-3):

«Recordad que es una misma Palabra de Dios la que se extiende en todas las escrituras, que es un mismo Verbo que resuena en la boca de todos los escritores sagrados, el que, siendo al comienzo Dios junto a Dios, no necesita sílabas porque no está sometido al tiempo (San Agustín, Enarratio in Psalmum, 103,4,1).

601. Este designio divino de salvación a través de la muerte del "Siervo, el Justo" (*Is* 53, 11; cf. *Hch* 3, 14) había sido anunciado antes en la Escritura como un misterio de redención universal, es decir, de rescate que libera a los hombres de la esclavitud del pecado (cf. *Is* 53, 11-12; *Jn* 8, 34-36). San Pablo profesa en una confesión de fe que dice haber "recibido" (*1 Co* 15, 3) que "Cristo ha muerto por nuestros pecados *según las Escrituras"* (*ibíd.*: cf. también *Hch* 3, 18; 7, 52; 13, 29; 26, 22-23). La muerte redentora de Jesús cumple, en particular, la profecía del Siervo doliente (cf. *Is* 53, 7-8 y *Hch* 8, 32-35). Jesús mismo presentó el sentido de su vida y de su muerte a la luz del Siervo doliente (cf. *Mt* 20, 28). Después de su Resurrección dio esta interpretación de las Escrituras a los discípulos de Emaús (cf. *Lc* 24, 25-27), luego a los propios apóstoles (cf. *Lc* 24, 44-45).

426. "En el centro de la catequesis encontramos esencialmente una persona, la de Jesús de Nazaret, Unigénito del Padre [...]; que ha sufrido y ha muerto por nosotros y que ahora, resucitado, vive para siempre con nosotros [...] Catequizar es [...] descubrir en la Persona de Cristo el designio eterno de Dios [...]. Se trata de procurar comprender el significado de los gestos y de las palabras de Cristo, los signos realizados por Él mismo" (CT 5). El fin de la catequesis: "conducir a la comunión con Jesucristo [...]; sólo Él puede conducirnos al amor del Padre en el Espíritu y hacernos partícipes de la vida de la Santísima Trinidad". (*ibíd.*).

427. «En la catequesis lo que se enseña es a Cristo, el Verbo encarnado e Hijo de Dios y todo lo demás en referencia a Él; el único que enseña es Cristo, y cualquier otro lo hace en la medida en que es portavoz suyo, permitiendo que Cristo enseñe por su boca [...]. Todo catequista debería poder aplicarse a sí mismo estas misteriosas palabras de Jesús: "Mi doctrina no es mía, sino del que me ha enviado" (*Jn* 7, 16)» (*ibid.*, 6).

428. El que está llamado a "enseñar a Cristo" debe por tanto, ante todo, buscar esta "ganancia sublime que es el conocimiento de Cristo"; es necesario "aceptar perder todas las cosas para ganar a Cristo, y ser hallado en Él" y "conocerle a Él, el poder de su resurrección y la comunión en sus padecimientos hasta hacerme semejante a Él en su muerte, tratando de llegar a la resurrección de entre los muertos" (*Flp* 3, 8-11).

429. De este conocimiento amoroso de Cristo es de donde brota el deseo de anunciarlo, de "evangelizar", y de llevar a otros al "sí" de la fe en Jesucristo. Y al mismo tiempo se hace sentir la necesidad de conocer siempre mejor esta fe. Con este fin, siguiendo el orden del Símbolo de la fe, presentaremos en primer lugar los principales títulos de Jesús: Cristo, Hijo de Dios, Señor (*artículo 2*). El Símbolo confiesa a continuación los principales misterios de la vida de Cristo: los de su Encarnación (*artículo 3*), los de su Pascua (*artículos 4 y 5*), y, por último, los de su glorificación (*artículos 6 y 7*).

2763. Toda la Escritura (la Ley, los Profetas, y los Salmos) se cumplen en Cristo (cf *Lc* 24, 44). El evangelio es esta "Buena Nueva". Su primer anuncio está resumido por san Mateo en el Sermón de la Montaña (cf. *Mt* 5-7). Pues bien, la oración del Padre Nuestro está en el centro de este anuncio. En este contexto se aclara cada una de las peticiones de la oración que nos dio el Señor:

«La oración dominical es la más perfecta de las oraciones [...] En ella, no sólo pedimos todo lo que podemos desear con rectitud, sino además según el orden en que conviene desearlo. De modo que esta oración no sólo nos enseña a pedir, sino que también llena toda nuestra afectividad» (Santo Tomás de Aquino, Summa theologiae, 2-2, q. 83, a. 9).

Jesús, el cordero ofrecido por nuestros pecados

457. El Verbo se encarnó *para salvarnos reconciliándonos con Dios*: "Dios nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados" (*1 Jn* 4, 10). "El Padre envió a su Hijo para ser salvador del mundo" (*1 Jn* 4, 14). "Él se manifestó para quitar los pecados" (*1 Jn* 3, 5):

«Nuestra naturaleza enferma exigía ser sanada; desgarrada, ser restablecida; muerta, ser resucitada. Habíamos perdido la posesión del bien, era necesario que se nos devolviera. Encerrados en las tinieblas, hacía falta que nos llegara la luz; estando cautivos, esperábamos un salvador; prisioneros, un socorro; esclavos, un libertador. ¿No tenían importancia estos razonamientos? ¿No merecían conmover a Dios hasta el punto de hacerle bajar hasta nuestra naturaleza humana para visitarla, ya que la humanidad se encontraba en un estado tan miserable y tan desgraciado?» (San Gregorio de Nisa, Oratio catechetica, 15: PG 45, 48B).

604. Al entregar a su Hijo por nuestros pecados, Dios manifiesta que su designio sobre nosotros es un designio de amor benevolente que precede a todo mérito por nuestra parte: "En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados" (*1 Jn* 4, 10; cf. *Jn* 4, 19). "La prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros" (*Rm* 5, 8).

605. Jesús ha recordado al final de la parábola de la oveja perdida que este amor es sin excepción: "De la misma manera, no es voluntad de vuestro Padre celestial que se pierda uno de estos pequeños" (*Mt* 18, 14). Afirma "dar su vida en rescate *por muchos*" (*Mt* 20, 28); este último término no es restrictivo: opone el conjunto de la humanidad a la única persona del Redentor que se entrega para salvarla (cf. *Rm* 5, 18-19). La Iglesia, siguiendo a los Apóstoles (cf. *2 Co* 5, 15; *1 Jn* 2, 2), enseña que Cristo ha muerto por todos los hombres sin excepción: "no hay, ni hubo ni habrá hombre alguno por quien no haya padecido Cristo" (Concilio de Quiercy, año 853: DS, 624).

"El cordero que quita el pecado del mundo"

608. Juan Bautista, después de haber aceptado bautizarle en compañía de los pecadores (cf. *Lc* 3, 21; *Mt* 3, 14-15), vio y señaló a Jesús como el "Cordero de Dios que quita los pecados del mundo" (*Jn* 1, 29; cf. *Jn* 1, 36). Manifestó así que Jesús es a la vez el Siervo doliente que se deja llevar en silencio al matadero (*Is* 53, 7; cf. *Jr* 11, 19) y carga con el pecado de las multitudes (cf. *Is* 53, 12) y el cordero pascual símbolo de la redención de Israel cuando celebró la primera Pascua (*Ex* 12, 3-14; cf. *Jn* 19, 36; *1 Co* 5, 7). Toda la vida de Cristo expresa su misión: "Servir y dar su vida en rescate por muchos" (*Mc* 10, 45).

Jesús reemplaza nuestra desobediencia por su obediencia

615. "Como [...] por la desobediencia de un solo hombre, todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo todos serán constituidos justos" (*Rm* 5, 19). Por su obediencia hasta la muerte, Jesús llevó a cabo la sustitución del Siervo doliente que "se dio a sí mismo en *expiación*", "cuando llevó el pecado de muchos", a quienes "justificará y cuyas culpas soportará" (*Is* 53, 10-12). Jesús repara por nuestras faltas y satisface al Padre por nuestros pecados (cf. Concilio de Trento: DS, 1529).

En la cruz, Jesús consuma su sacrificio

616. El "amor hasta el extremo" (*Jn* 13, 1) es el que confiere su valor de redención y de reparación, de expiación y de satisfacción al sacrificio de Cristo. Nos ha conocido y amado a todos en la ofrenda de su vida (cf. *Ga* 2, 20; *Ef* 5, 2. 25). "El amor [...] de Cristo nos apremia al pensar que, si uno murió por todos, todos por tanto murieron" (*2 Co* 5, 14). Ningún hombre, aunque fuese el más santo, estaba en condiciones de tomar sobre sí los pecados de todos los hombres y ofrecerse en sacrificio por todos. La existencia en Cristo de la persona divina del Hijo, que al mismo tiempo sobrepasa y abraza a todas las personas humanas, y que le constituye Cabeza de toda la humanidad, hace posible su sacrificio redentor por todos.

1476. Estos bienes espirituales de la comunión de los santos, los llamamos también el *tesoro de la Iglesia*, "que no es suma de bienes, como lo son las riquezas materiales acumuladas en el transcurso de los siglos, sino que es el valor infinito e inagotable que tienen ante Dios las expiaciones y los méritos de Cristo nuestro Señor, ofrecidos para que la humanidad quedara libre del pecado y llegase a la comunión con el Padre. Sólo en Cristo, Redentor nuestro, se encuentran en abundancia las satisfacciones y los méritos de su redención" (*Indulgentiarum doctrina*, 5).

1992. La justificación nos fue *merecida por la pasión de Cristo*, que se ofreció en la cruz como hostia viva, santa y agradable a Dios y cuya sangre vino a ser instrumento de propiciación por los pecados de todos los hombres. La justificación es concedida por el Bautismo, sacramento de la fe. Nos asemeja a la justicia de Dios que nos hace interiormente justos por el poder de su misericordia. Tiene por fin la gloria de Dios y de Cristo, y el don de la vida eterna (cf Concilio de Trento: DS 1529)

«Pero ahora, independientemente de la ley, la justicia de Dios se ha manifestado, atestiguada por la ley y los profetas, justicia de Dios por la fe en Jesucristo, para todos los que creen —pues no hay diferencia alguna; todos pecaron y están privados de la gloria de Dios— y son justificados por el don de su gracia, en virtud de la redención realizada en Cristo Jesús, a quien Dios exhibió como instrumento de propiciación por su propia sangre, mediante la fe, para mostrar su justicia, pasando por alto los pecados cometidos anteriormente, en el tiempo de la paciencia de Dios; en orden a mostrar su justicia en el tiempo presente, para ser él justo y justificador del que cree en Jesús» (Rm 3 ,21-26).

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE PASCUA

Les explicó las Escrituras

El Evangelio del tercer Domingo de Pascua habla de los dos discípulos de Emaús. Debemos tener presente la cuestión al menos por encima. Es la tarde de Pascua: dos discípulos de Jesús están regresando a su aldea desilusionados por el fin de su Maestro. En un cierto punto, un tercer hombre se les acerca a ellos. Es Jesús; pero, ellos no lo reconocen. Él les ayuda a entender el sentido de lo acaecido a la luz de las Escrituras. Llegan a la aldea; le ruegan al forastero que se quede con ellos y, mientras él parte el pan, sus ojos se abren y lo reconocen; pero, él desaparece de su mirada. Entonces, ellos se dicen uno al otro:

«¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?»

Queremos partir precisamente desde este punto del Evangelio: las Escrituras. Hay dos modos de acercarse a la Biblia. El primero es considerarla como un libro antiguo, lleno de sabiduría religiosa, de valores morales y, también, de poesía. Desde este punto de vista, no es en absoluto el libro más importante para entender nuestra cultura occidental y la religión hebreo-cristiana. Es, además, el libro más editado y más leído de toda la humanidad. El «libro» por excelencia, como lo dice el mismo nombre (*Biblia* significa libro o conjunto de libros). Todavía hoy vemos cómo los personajes y las historias de la Biblia son capaces de acumular en torno a sí en las reducciones o producciones televisivas plateas de record.

Pero, hay otro modo de acercarse a la Biblia mucho más comprometido; es el de creer que ella contiene la palabra viviente de Dios para nosotros. Que es un libro «inspirado»; esto es, escrito, sí, por autores humanos con todos sus límites; pero, con la intervención directa de Dios. Un libro muy humano y, al mismo tiempo, divino. Que habla al hombre de todos los tiempos, le revela el sentido de la vida y de la muerte. Sobre todo, le revela el amor de Dios.

Si todas las Biblias del mundo, decía san Agustín se destruyeran por cualquier cataclismo que hubiere, y permaneciese una sola copia y asimismo de esta copia no fuese legible más que una sola página y de esta página una sola línea; si esta línea fuese la de la primera carta de Juan donde está escrito: «Dios es Amor» (1 *Juan* 4, 16) estaría todo salvado. Porque toda la Escritura se resume aquí. Ella es una carta de amor enviada por Dios a la humanidad.

Esto explica cómo tantas personas se acercan a la Biblia sin cultura, sin grandes estudios, con sencillez, creyendo que sea el Espíritu Santo el que habla en ella y encuentran respuestas allí a sus problemas, luz y ánimo; en una palabra, vida. Jesús decía: «No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» (*Mateo* 4,4). La palabra de Dios nos es necesaria para la vida del espíritu como el pan para la vida del cuerpo.

La palabra de Dios es «viva y eficaz» (*Hebreos* 4,12), esto es, produce lo que significa, da lo que promete. Es de igual modo palabra «eterna». «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán», decía Jesús (*Mateo* 24, 35). Los dos mil años de historia le han dado la razón: sus palabras, más que ser ya pasadas, están más vivas que nunca entre nosotros. A veces, se tiene la impresión de que una cierta palabra se ha escrito precisamente para nosotros o para aquella precisa circunstancia, que estamos viviendo.

Un ejemplo bastante instructivo por su sencillez. Una vez, durante una misión entre italianos en el extranjero, vino a mí un hombre con este problema. «Padre, tengo un muchacho de once años aún no bautizado. Mi mujer se ha hecho testigo de Jehová y no quiere oír hablar de bautizar al muchacho. Si lo bautizo, temo una crisis en casa; si no lo bautizo, no me siento tranquilo en conciencia. ¿Qué debo hacer?» Le dije que volviera al día siguiente, que ya habría reflexionado y orado. Al día siguiente me vino radiante a mi encuentro, diciéndome: «Padre, ¡he encontrado la respuesta! ¡He abierto la Biblia, me he encontrado con el suceso de Abrahán y he visto que Abrahán, cuando trató de llevarse al hijo Isaac para inmolarlo, no le dijo nada a su mujer!» ¡La Biblia, leída con fe, le había instruido mejor que cualquier otro consejo! Yo mismo bauticé a su muchacho y fue una bendición para todos.

Los dos modos de acercarse a la Biblia, que he recordado, esto es, el erudito y el de la fe, no se excluyen entre sí; al contrario, deben permanecer unidos. Es necesario estudiar la Biblia, los modos en que es interpretada (o tener en cuenta los resultados de quienes la estudian así) para no caer en el fundamentalismo, como hacen, entre otros, precisamente los Testigos de Jehová.

El fundamentalismo consiste en tomar un versículo de la Biblia, tal como suena, y aplicarlo en peso, esto es, tal y como a la situación de hoy, sin tener en cuenta las diferencias de cultura, de tiempo, de los diversos géneros literarios de la Biblia. Se cree, por ejemplo, que el mundo tiene sólo poco más de cuatro mil años de edad (porque tales son los años, que resultan según la Biblia), mientras que sabemos que, en cuanto a años de edad, el mundo tiene diversos miles de millones. La Biblia no está escrita para hacer ciencia sino para dar la salvación. Dios, en la Biblia, se ha adaptado al modo de hablar de los hombres del tiempo para que la pudiesen entender; no se ha escrito sólo para los hombres de la era tecnológica.

Por otra parte, sin embargo, reducir la Biblia a sólo objeto de estudio y de erudición, permaneciendo neutrales frente a su mensaje, significa matarla. Sería como si un novio, que ha recibido una carta de amor de la novia, se pusiese a examinarla con muchos diccionarios desde el punto de vista de la gramática y de la sintaxis y se parase en estas cosas, sin darse cuenta del amor que hay en ella. Leer la Biblia *sin la fe* es como abrir un libro en la noche más oscura o profunda: no se lee nada o, al menos, no se lee lo esencial. Leer la Escritura *con fe* significa leerla con referencia a Cristo, recogiendo en cada página de ella lo que se refiere a él. Precisamente, igual como él mismo hizo con los discípulos de Emaús.

¿Qué podemos hacer para romper el hielo y comenzar a descubrir, también nosotros, el tesoro de la Escritura? El modo más sencillo es procurarse una Biblia o, al

menos, un libro de los cuatro Evangelios y leer cada día o, al menos, de vez en cuando, alguna página. Cuando entro en una casa, yo me alegro siempre cuando veo un Evangelio en la cocina o en la cómoda de la cama.

Nosotros imitamos hoy el modo de vivir de los americanos en muchas cosas (Coca Cola, *Fast Food, Blue Jeans,* música *Rock*) y no les imitamos en lo que ellos tienen que enseñarnos como más importante. La casi totalidad de las familias americanas tienen la Biblia en el puesto de honor de su casa. Es el primer regalo, que los padres, si son creyentes, hacen a los hijos el día de la boda. En sus primeras páginas, dejadas adrede en blanco, se anotan los acontecimientos bellos y tristes de la vida (nacimientos, defunciones, bautismos, primeras comuniones); se señalan los pasajes bíblicos, que más han influido en la propia vida; así que, al final, es como un diario, que contiene la historia más verdadera y auténtica de la familia. Uno de los objetos raros o lotes de la pobre Marilyn Monroe, puestos a subasta y vendidos al más costoso precio, ha sido su Biblia, llena de anotaciones a mano por la propia actriz.

Gracias a Dios crecen cada vez más las personas, que han descubierto en la Biblia su áncora de salvación. Una mujer, permanecida viuda con tres hijos en edad joven, me confiaba que al principio fue para ella una experiencia terrible el encontrarse sola, tanto más Cuanto que había sido una pareja muy unida. Lo que le salvó fue haber descubierto la palabra de Dios. A veces, por la tarde, encontrándose sola, ponía la Biblia sobre el almohadón vacío, en donde el marido acostumbraba a reposar la cabeza. Había llegado a ser su compañía, una *presencia* amiga, no un simple libro.

Jesús ha permanecido entre nosotros de dos modos: en la Eucaristía y en su palabra. En ambas, está él *presente:* en la Eucaristía bajo la forma de pan y en la Palabra bajo la forma de luz, de verdad.

La Palabra tiene una gran ventaja sobre la misma Eucaristía. A la comunión no se pueden acercar si no es los que ya creen. A la palabra de Dios, por el contrario, se pueden acercar todos, creyentes y no creyentes. Es más, para llegar a ser creyentes, el medio más normal es precisamente el escuchar la palabra de Dios. «La fe, decía san Pablo, viene de la predicación; y la predicación, por la palabra de Cristo» (cfr. *Romanos* 10, 17), esto es, por leer y escuchar, a corazón abierto, el mensaje de salvación.

Terminemos haciendo nuestra la oración del canto al Evangelio: «Señor Jesús, explícanos las Escrituras. Enciende nuestro corazón mientras nos hablas».

PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE PASCUA

Corazón nuevo

El Señor les ha dado a los hombres un corazón de carne, un corazón suave, para que sientan y tengan los mismos sentimientos que Cristo.

Pero el pecado, las malas experiencias, su mal comportamiento, las dificultades y circunstancias adversas han endurecido su corazón. Se les han cerrado los ojos y los oídos por el miedo y la tristeza, y viendo no ven y oyendo no oyen.

En medio de su desesperanza han perdido la fe, se han olvidado de creer, se han olvidado de amar, reprimen sus sentimientos y se resisten a sentir para no sufrir, pero también a ser amados. Han perdido la ilusión y la inocencia, han dejado de creer. Porque no han puesto su esperanza en Dios sino en el hombre.

Jesucristo, el Hijo de Dios, que vino al mundo para morir por los hombres para salvarlos, ha resucitado. Él es verdadero hombre y verdadero Dios. No se puede separar. Él y el Padre son uno. En Él está puesta nuestra esperanza.

Pide a tu Padre Dios que te conceda un corazón nuevo, un corazón suave, de carne, semejante al corazón de Cristo, para que tengas sus mismos sentimientos, y abras tus ojos y veas, y abras tus oídos y escuches. Deja que arda de amor tu corazón. Entonces se disipará toda tristeza y reconocerás a tu Señor, que ha resucitado y vive en ti y en tus hermanos.

Reconócelo en la persona del sacerdote al partir el pan bajado del cielo. Son uno. Recibe de las manos del mismo Cristo el alimento que te da vida eterna, que es su Cuerpo y su Sangre, que es Eucaristía, y siente en tu corazón la alegría de participar en la vida de su resurrección.

¡Aleluya! ¡El Señor ha venido a visitarnos! ¡Cristo vive en medio de nosotros!».

FLUVIUM (www.fluvium.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE PASCUA

Vida de fe

En distintos momentos advierte Jesús que aceptar su doctrina reclama la virtud de la fe por parte de sus discípulos. Lo recuerda de modo especial a sus Apóstoles; a aquellos que escogió para que, siguiéndole más de cerca todos los días, vivieran para difundir su doctrina. Serían responsables de esa tarea, de modo especial, a partir de su Ascensión a los cielos, a partir del momento en que ya no le vería la gente, ni ellos contarían con su presencia física, ni con sus palabras, ni con la fuerza persuasiva de sus milagros.

Metidos de lleno en la Pascua, tiempo de alegría porque consideramos la vida gloriosa a la que Dios nos ha destinado, meditamos en la virtud de la fe. Le decimos al Señor como los Apóstoles: **auméntanos la fe**, concédenos un convencimiento firme, inmutable de tu presencia entre nosotros y, por ello, de tu victoria, por el auxilio que nos has prometido. Que nos apoyemos en tu palabra, Señor, ya que son las tuyas **palabras de vida eterna,** como declaró Pedro, la cabeza de los Apóstoles, cuando bastantes dudaron y se alejaron: **¿A quién iremos?** –afirmó, en cambio, el Príncipe de los Apóstoles– **Tú tienes palabras de vida eterna.**

A poco de haber convivido con Jesús, todos comprendían que merecía un asentimiento de fe. **Si tuvierais fe… Creed…**, les animaba el Señor. Era necesario, sin embargo, afirmar su enseñanza expresamente, recordarla y establecerla como criterio básico de comportamiento. Era fundamental tener muy claro que si podían estar seguros, al declarar una doctrina infalible e inefable, era por ser doctrina de Jesucristo: el Hijo de Dios encarnado.

Todos fueron testigos de los mismos milagros y escucharon las mismas palabras, con idéntica autoridad, con el mismo afán de entrega por todos; y, sin embargo, solamente Pedro es capaz de confesar expresamente la fe que Jesús merece: ¿A quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Lo que es de Dios, es para siempre: **el Cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán**, nos confirmó.

Queremos tener un convencimiento como el que espera Jesús, como ese que echa de menos en los dos Apóstoles que hoy nos presenta san Lucas, desencantados –con motivo, podríamos pensar– porque habían sido testigos de lo que consideraban el fracaso de Cristo: en quien confiaban había sido finalmente derrotado, a pesar de sus muchos milagros anteriores, a pesar de que tantas veces había escapado incólume de unos y de otros, a pesar de aquella majestad que le era connatural y que había admirado a todos. Con su muerte, sin embargo, todo lo anterior quedaba en entredicho y el desencanto bloqueaba a los suyos y hacía felices a sus adversarios.

Pero hoy, por el contrario, se nos presenta Jesús glorioso y vivo como nunca. Con una vida definitivamente inmortal. Esa vida humana y para la eternidad a la que nos llama reclamando nuestra fe: nuestro asentimiento incondicionado interior y exteriormente; es decir, también con nuestra conducta, con obras que manifiesten nuestra confianza en Dios. Son las obras y la conducta de aquellos dos una vez convencidos de la resurrección, que a pesar de la hora y del desánimo de un rato antes, vuelven a Jerusalén porque es preciso hacer justicia al Señor y a su doctrina. No hay tiempo que perder. En un momento han recobrado el ánimo; y la presencia de los otros Apóstoles reunidos, que también sabían ya por la aparición a Pedro de Jesús resucitado, se lo confirma.

Con los Doce está María, la madre de Jesús y Madre nuestra, que persevera en oración junto a los discípulos de su Hijo. Ella, que recibió la alabanza de su prima Isabel: **bienaventurada tú que has creído…**, nos conducirá, si se lo pedimos, a una fe inconmovible para vivir de las verdades que nos ha manifestado Cristo y conducen a la intimidad de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo: la vida a la que nos llama Nuestro Padre Dios en Cristo.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE PASCUA

Quédate con nosotros, Señor

El episodio evangélico tan sugestivo que Lucas nos ha contado, está ambientado en el atardecer del día de Pascua. Dos discípulos, desilusionados, regresan de Jerusalén a su pueblo natal. Jesús se acerca a ellos; les habla de sí mismo y de sus vicisitudes a través de las Escrituras. Por cierto, les habrá explicado el significado profético del cordero pascual del Antiguo Testamento, del siervo de Yahvé y de otras figuras de su pasión contenidas en los salmos. Algo responde dentro de los dos discípulos a tales palabras; es la fe que se despierta de a poco. En efecto, sus corazones se encienden y dentro de ellos renace la esperanza. Pero todavía no lo reconocen a Él; ven que las cosas están *como las mujeres habían dicho,* pero a Él no lo ven. Después, en la mesa, lo reconocen, o mejor dicho, Jesús se da a conocer ante ellos mediante el gesto familiar al cual había vinculado su recuerdo para siempre: la partición del pan.

¿Qué nos dice a nosotros, discípulos de Jesús de hoy, este episodio? De hecho, queda claro que el evangelista ha querido expresar con él algo que va más allá de los dos discípulos y que interesa a toda la Iglesia; de otra forma, no habría insistido tanto en él.

Lo que nos quiere decir antes que nada es que Jesús está vivo, que ha resucitado, que está presente en el mundo. Sobre todo, esto: que está presente en el mundo. Él ha regresado al Padre, está sentado a la derecha del Padre, vive intercediendo por nosotros ante el Padre. Ha regresado entonces al Padre, pero sin dejar la tierra: *Estaré con ustedes hasta el fin del mundo*. El Jesús que camina conversando con dos pobres hombres en el angosto camino de tierra apisonada que lleva de Jerusalén a Emaús, es la expresión plástica del Jesús que camina junto a toda la humanidad por los caminos del mundo, aun cuando la humanidad esté distraída, no piensa en ello, habla de otra cosa y no lo reconoce.

"¿Por qué lo buscan entre los muertos?", les dijeron los ángeles a las mujeres que habían ido al sepulcro; búsquenlo entre los vivos. Jesús se encuentra entre los vivos. En el momento de la ascensión, la misma advertencia: Hombres de Galilea, ¿por qué mantienen la mirada hacia arriba, mirando como encantados el cielo? Ese Jesús que han visto subir al cielo, volverá. Y nosotros podemos agregar —a la luz del Nuevo Testamento—: todavía está entre nosotros; nunca se ha ido del todo. Pocos años más tarde (alrededor de cinco), apareciendo ante Saulo, Jesús dirá: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?", confirmando así que él de veras ha permanecido aquí abajo, misteriosamente expuesto todavía a la persecución de los hombres.

Jesús, entonces, está de veras entre nosotros. Pero esto todavía resulta inútil y vano hasta que no nos demos cuenta de su presencia, hasta que permanezcamos ausentes con respecto a él. "Tú estabas conmigo —decía Agustín, hablando de la época anterior a su conversión— pero yo no estaba contigo." (*Confesiones,* X. 27). Era ésta la situación de aquellos dos discípulos: *Pero algo impedía que sus ojos lo reconocieran*. Y es ésta la situación de tanta parte de la humanidad de hoy. Y también sabemos qué es lo que "distrae los ojos" de los hombres al impedirles reconocerlo.

Pero el episodio evangélico no nos dice sólo esto. Sería una amarga constatación tener que admitir que Jesús está en el mundo, pero que el mundo no lo reconoce, exactamente como sucedió la primera vez (Jn 1, 10). El episodio nos dice también y

sobre todo cómo y cuándo Jesús se da a conocer hoy, es decir, cómo y cuándo se realiza el encuentro en esta tierra con el Cristo resucitado.

Antes que nada, a través de la palabra de Dios, las Escrituras. Fue al escuchar a Jesús explicar las Escrituras cuando el corazón de los discípulos comenzó a abrirse y a recibirlo, porque la palabra de Dios lo contiene a Él, está llena de su fuerza y de su vida. Por lo tanto, debe volver a buscarse a Jesús a través de su palabra, que es el Evangelio.

Pero ésta todavía es la preparación. El encuentro verdadero, el abrirse de los ojos de los discípulos, el comprender, está reservado a un momento más íntimo: el de la comunión, en el cual nos sentamos a la mesa con Jesús y él no da ya sólo su palabra, sino que se da todo entero, escondido en un pedazo de pan. Hay personas queridas que reconocemos desde lejos y después de mucho tiempo por un solo gesto que nos ha quedado impreso. A Jesús se lo reconoce al *partir el pan*. En ese momento el sacramento ilumina la palabra y se hace unidad y luz; se ha realizado la experiencia de Jesús y de su presencia, aun cuando no siempre fulgurante. Para los discípulos de Emaús, esto se dio unido a un flujo de alegría que les hizo exclamar: *¿No ardía acaso nuestro corazón, mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?*

Si Jesús se da a conocer a través de la proclamación de la palabra y a través de la partición del pan, entonces nosotros comprendemos cómo no debemos ya mirar hacia lo lejos, hacia atrás, a lo sucedido aquel día a los dos discípulos de Emaús. ¡Nosotros somos aquellos dos discípulos! La Misa nos hace revivir integralmente la experiencia de ellos.

Sin embargo, en seguida se nos ocurre preguntarnos: ¿por qué, entonces, cuando nos reunimos para la asamblea dominical, nuestros ojos no se abren para reconocer a Jesús y nuestro corazón no arde mientras escuchamos las Escrituras? ¿Por qué volvemos a casa con el corazón pesado como cuando hemos venido? La respuesta, al menos en parte, es ésta: nosotros no reconocemos al Señor en la partición del pan porque, a nuestra vez, no partimos el pan con los hermanos. Observemos mejor la experiencia de aquellos dos discípulos: hay un detalle que hasta ahora se ha escapado. Ellos todavía no se habían dado cuenta de que quien caminaba con ellos era Jesús y, sin embargo, lo invitaron a compartir su pan, lo hospedaron en su casucha, preocupados por aquel forastero que se encontraba en el camino mientras caía la noche y el día llegaba a su fin. Fue ese gesto de hospitalidad lo que propició que sus corazones estuvieran dispuestos a reconocerlo. Por lo tanto, también nosotros en la vida deberíamos esforzarnos por partir el pan, es decir, por compartir la alegría, conceder nuestra atención y nuestro perdón. Si además nos encontramos con un hermano que está verdaderamente en un momento de necesidad y que tiene hambre, debemos compartir con él también el pan material.

Entonces quizás el Señor se complacerá con nuestras asambleas. Un autor del segundo siglo después de Cristo describe así una asamblea de cristianos: “Al final de la reunión, todos aquellos que tienen bienes en abundancia y lo desean, dan a su voluntad lo que creen necesario. Lo que se recoge se coloca ante quien preside y él socorre a los huérfanos, a las viudas y a quienes, por enfermedad o por otra razón, están necesitados; por lo tanto, también a aquellos que están en la cárcel y a los

peregrinos que llegan de afuera. En una palabra, se cuida a todos los necesitados" (san Justino).

Debemos volver a conseguir, tal vez de diversas maneras, nuestra atención en favor de las necesidades de los pobres. Jesús eligió permanecer con nosotros hasta el fin del mundo y hacerse reconocer por nosotros en estos tres "lugares": en su palabra, en la partición del pan y en los hermanos.

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE PASCUA

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en la Misa de canonización (18-IV-1999)

– Encuentro con Jesús en la Eucaristía

"Tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio. A ellos se le abrieron los ojos y lo reconocieron" (Lc 24,30-31).

Acabamos de escuchar estas palabras del evangelio de san Lucas, que narran el encuentro de Jesús con dos de sus discípulos en camino hacia la aldea de Emaús, el mismo día de su resurrección. Ese encuentro inesperado alegra el corazón de los dos viandantes desconsolados, y les devuelve la esperanza. El evangelio dice que, después de reconocerlo, "al momento se volvieron a Jerusalén" (Lc 24,33). Sentían necesidad de comunicar a los Apóstoles "lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan" (Lc 24,35).

Del encuentro personal con Jesús brota, en el corazón de los creyentes, el deseo de dar testimonio de Él. (...). Escucharon las palabras de Jesús y cultivaron su compañía, sintiendo arder su corazón en el pecho. ¡Qué fascinación tan indescriptible ejerce la presencia misteriosa del Señor en los que le acogen! Es la experiencia de los santos. Es la misma experiencia espiritual que podemos hacer nosotros, peregrinos por los caminos del mundo hacia la patria celestial. El Resucitado también sale a nuestro encuentro con su palabra, revelándonos su amor infinito en el sacramento del Pan eucarístico, partido por la salvación de toda la humanidad. Que los ojos de nuestro espíritu se abran a su verdad y a su amor...

– Amor a Jesús y servicio a los hermanos

"Dios resucitó a este Jesús, y todos nosotros somos testigos" (Hch 2,32).

"Todos nosotros somos testigos": el que habla es Pedro, en nombre de los Apóstoles. En su voz reconocemos la de los innumerables discípulos, que a lo largo de los siglos han hecho de su vida un testimonio del Señor muerto y resucitado... Estamos invitados a dar el máximo relieve a la virtud de la caridad... Al ideal evangélico de la caridad hacia el prójimo, especialmente hacia los humildes, los enfermos y los

abandonados… El amor a Jesús exige el servicio generoso a los hermanos. En efecto, en su rostro, especialmente en el de los más necesitados, resplandece el rostro de Cristo.

En la primera carta de san Pedro, que acabamos de escuchar, leemos que fuimos rescatados "no con bienes efímeros, con oro o plata, sino a precio de la sangre de Cristo, el cordero sin defecto ni mancha" (1 Pe 1,19). La certeza del valor infinito de la sangre de Cristo, derramada por nosotros, induce a responder al amor de Dios con un amor igualmente generoso e incondicional, manifestado mediante el servicio humilde y fiel a los "queridos pobres".

– ¡Quédate con nosotros!

"Quédate con nosotros porque atardece y el día va de caída" (Lc 24,29). Los dos viandantes, cansados, pidieron a Jesús que se quedara con ellos en su casa para compartir su mesa.

Quédate con nosotros, Señor resucitado. Ésta es también nuestra aspiración diaria. Si tú te quedas con nosotros, nuestro corazón está en paz.

Acompáñanos, como hiciste con los discípulos de Emaús, en nuestro camino personal y eclesial.

Ábrenos los ojos, para que sepamos reconocer los signos de tu presencia inefable.

Haz que seamos dóciles a las inspiraciones de tu Espíritu. Aliméntanos todos los días con tu Cuerpo y tu Sangre, pues así sabremos reconocerte y te serviremos en nuestros hermanos.

María, Reina de los santos, ayúdanos a poner en Dios nuestra fe y nuestra esperanza (cf. 1 Pe 1,21).

***

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

¿Qué fue lo que motivó que el desengaño y la sensación de fracaso de los discípulos de Emaús –y de los creyentes o de los alejados hoy de la comunión eclesial representados en ellos– fuera substituido por un entusiasmo que les llevó a suplicar: "Quédate con nosotros Señor"?

Cuando Jesús se acerca a estos dos que se vuelven a sus casas, abandonando tal vez la aventura divina a la que fueron convocados, no le reconocen porque la tristeza les embarga. En la trágica tarde del Viernes Santo quedaron enterradas sus esperanzas mesiánicas; y ni las noticias de las mujeres asegurando que el Señor ha resucitado ni la confirmación de las mismas por parte de algunos del grupo, han logrado avivar la esperanza. Están decepcionados y tristes.

Cristo, tras censurar su ignorancia sobre lo que anunciaron los profetas y su resistencia a creer a quienes le han visto, les fue explicando, partiendo de Moisés, la conveniencia y el sentido de los trágicos sucesos de la Pasión. Invitado a sentarse a la mesa con ellos porque el día declina, al partir el pan, se les abrieron los ojos y le

reconocieron. Previamente, por el camino, las explicaciones del Señor iban encendiendo en ellos la fe y el amor. ***Pan y Palabra, Hostia y Oración, si no, no tendrás vida sobrenatural*** (San Josemaría Escrivá).

Cristo Resucitado sigue presente entre nosotros, camina a nuestro lado, está en medio de nosotros; "sobre todo en la acción litúrgica… Está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es Él quien habla… Por tanto, de la liturgia, sobre todo de la Eucaristía, mana hacia nosotros la gracia como de su fuente y se obtiene con la máxima eficacia aquella santificación de los hombres en Cristo" (Conc. Vat. II. *Sacrosanctum Concilium*, nn 7 y 10).

"Se volvieron a Jerusalén, donde estaban reunidos los Once con sus compañeros, que estaban diciendo: "Era verdad, ha resucitado el Señor". La comunión eclesial se ha restablecido y todos se intercambian sus propias experiencias. Nosotros debemos meditar una y otra vez esa Palabra de Dios que resuena con autoridad en la Iglesia y acudir con la frecuencia que nos sea posible a la Eucaristía.

¿No podríamos nosotros buscar unos minutos al día de modo habitual para meditar sosegadamente esa Palabra de Dios leyendo el Santo Evangelio, y haciendo nuestras aquellas estrofas del libro de la Sabiduría: "la preferí a los cetros…, no la comparé a las piedras preciosas porque todo el oro ante ella es como un grano de arena"? (Sap 7,8-10 y 14). ¿Es para mí su lectura una conversación personal con Jesucristo? ¿Me acerco al Señor, presente en la Eucaristía, con la confianza de quienes le trataron en su tiempo?

¡Ir a verle y oírle en la Eucaristía y en la Palabra, como ciegos, enfermos… en el plano espiritual! ¡Acudir cada día, y no de refilón, sin prisas, para oír de sus labios esas palabras que le encadenan a uno para siempre y sentir la seguridad y confianza que emanan de su Persona!

***

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«Le reconocieron al partir el pan»

I. LA PALABRA DE DIOS

Hch 2,14.22-28: «No era posible que la muerte lo retuviera bajo su dominio»

Sal 15,1-2.5.7-11: «Señor, me enseñarás el sendero de la vida»

1P 1,17-21: «Habéis sido redimidos con la sangre de Cristo, el Cordero sin defecto»

Lc 24, 13-35: «Le reconocieron al partir el pan»

II. APUNTE BÍBLICO-LITÚRGICO

El primero de los «discursos misioneros» de San Pedro tiene la estructura típica de S. Lucas: introducción para situar el discurso en el marco narrativo; acontecimientos esenciales del kerigma; llamamiento a la conversión.

Los cristianos comienzan proclamando valientemente su fe en Jesucristo: «No era posible que la muerte lo retuviera bajo su dominio». Si el destino del hombre era la muerte, por Cristo la muerte ha sido destruida.

El desánimo de los que caminan hacia Emaús es la muestra de lo que les ocurría a todos los discípulos. Todos «esperaban», «se habían sobresaltado», oyeron a los que «habían venido diciendo»... Se movían en otra onda distinta a la de Jesús. Antes habían oído pero no escuchado; habían visto signos, pero no habían creído. Ahora, «al partir el pan» le reconocen. Han empezado a mirar con los ojos de la fe; a escuchar la Palabra y no sólo a oírla.

III. SITUACIÓN HUMANA

Venimos repitiendo la experiencia humana de buscar, de intentar por todos los medios caminos nuevos para el pensamiento, para la acción, para la vida. Pero también hay que dejar constancia de su desorientación. Encuentra, sí, caminos. Pero no son los adecuados.

Se nota también cierto desencanto en la sociedad. La sensación de que algo en lo que habían puesto toda su confianza les ha defraudado. Y hace extensiva la desconfianza a todo y a todos los demás.

IV. LA FE DE LA IGLESIA

La fe

– El Banquete del Señor: "He aquí el mismo dinamismo del banquete pascual de Jesús resucitado con sus discípulos: en el camino les explicaba las Escrituras, luego, sentándose a la mesa con ellos, «tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio»" (1347). «En este gesto (la fracción del pan) los discípulos lo reconocerán después de su resurrección (Lc 24,13-35), y con esta expresión los primeros cristianos designaron sus asambleas eucarísticas» (1329).

– Catequesis pascual de Cristo: 1094.

– Cristo y la Iglesia, caminos de salvación para el hombre: 846.

La respuesta

– La Eucaristía, fuente y cumbre de la vida eclesial: «La Eucaristía es el corazón y la cumbre de la vida de la Iglesia, pues en ella Cristo asocia su Iglesia y todos sus miembros a su sacrificio de alabanza y acción de gracias ofrecido una vez por todas en la cruz a su Padre; por medio de este sacrificio derrama las gracias de la salvación sobre su Cuerpo, que es la Iglesia» (1407).

– Participación en la Eucaristía (Comunión): 1385. 1388.

– Compromiso del cristiano para con la sociedad: 1934. 1935. 1947. 1948.

El testimonio cristiano

– «Has gustado la sangre del Señor y no reconoces a tu hermano. Deshonras esta mesa, no juzgando digno de compartir tu alimento al que ha sido juzgado digno de participar en esta mesa. Dios te ha liberado de todos los pecados y te ha invitado a ella.

Y tú, aun así, no te has hecho más misericordioso (S. Juan Crisóstomo, *hom.in 1Co* 27,4)» (1397).

– «Partimos un mismo pan que es remedio de inmortalidad, antídoto para no morir, sino para vivir en Jesucristo para siempre (San Ignacio de Antioquía, Eph 20,2)» (1405). Jesús es reconocido porque da el pan y se da él mismo. Los cristianos no damos el Pan, sino que lo compartimos. Pero al compartir el Pan y la entrega de nosotros mismos, también seremos reconocidos.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE PASCUA

Dejarse ayudar.

– En el camino de Emaús. Jesús vive y está a nuestro lado.

I. El Evangelio de la Misa de hoy nos presenta otra aparición de Jesús el mismo día de Pascua por la tarde.

Dos discípulos se dirigen a su aldea, Emaús, perdida la virtud de la esperanza porque Cristo, en quien habían puesto todo el sentido de su vida, ha muerto. El Señor, como si también Él fuese de camino, les da alcance y se une a ellos sin ser reconocido. La conversación tiene un tono entrecortado, como cuando se habla mientras se camina. Hablan entre sí de lo que les preocupa: lo ocurrido en Jerusalén la tarde del viernes, la muerte de Jesús de Nazaret. La crucifixión del Señor había supuesto una grave prueba para las esperanzas de todos aquellos que se consideraban sus discípulos y que, en un grado o en otro, habían depositado en Él su confianza. Todo se había desarrollado con gran rapidez, y aún no se han recobrado de lo que habían visto sus ojos.

Estos que regresan a su aldea, después de haber celebrado la fiesta de la Pascua en Jerusalén, muestran su inmensa tristeza, su desesperanza y desconcierto a través de la conversación: *Nosotros esperábamos que había de redimir a Israel*, dicen. Ahora hablan de Jesús como de una realidad pasada: *Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso*... «Fijaos en este contraste. Ellos dicen: (...) "¡Qué fue!"... ¡Y lo tienen al lado, está caminando con ellos, está en su compañía indagando la razón, las raíces íntimas de su tristeza!

»"Que fue...", dicen ellos. Nosotros, si hiciéramos un sincero examen, un detenido examen de nuestra tristeza, de nuestros desalientos, de nuestro estar de vuelta de la vida, encontraríamos una clara vinculación con ese pasaje evangélico. Comprobaríamos que espontáneamente decimos: "*Jesús fue*...", "*Jesús dijo*...", porque olvidamos que, como en el camino de Emaús, Jesús está vivo a nuestro lado ahora mismo. Este redescubrimiento aviva la fe, resucita la esperanza, es hallazgo que nos señala a Cristo como gozo presente: Jesús es, Jesús prefiere; Jesús dice; Jesús manda, ahora, ahora mismo". Jesús vive.

Conocían estos hombres la promesa de Cristo acerca de su Resurrección al tercer día. Habían oído por la mañana el mensaje de las mujeres que han visto el sepulcro vacío y a los ángeles. Habían tenido suficiente claridad para alimentar su fe y su esperanza; sin embargo, hablan de Cristo como de algo pasado, como de una ocasión perdida. Son la imagen viva del desaliento. Su inteligencia está a oscuras y su corazón embotado.

Cristo mismo –a quien al principio no reconocen, pero cuya compañía y conversación aceptan– les interpreta aquellos acontecimientos a la luz de las Escrituras. Con paciencia, les devuelve la fe y la esperanza. Y aquellos dos recuperan también la alegría y el amor: *¿No es verdad* –dicen más tarde– *que sentíamos abrasarse nuestro corazón, mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?*

Es posible que nosotros también nos encontremos alguna vez con el desaliento y la falta de esperanza ante defectos que no acabamos de desarraigar, ante dificultades en el apostolado o en el trabajo que nos parecen insuperables... En esas ocasiones, si nos dejamos ayudar, Jesús no permitirá que nos alejemos de Él. Quizá sea en la dirección espiritual donde, al abrir el alma con sinceridad, veamos de nuevo al Señor. Con Él vienen siempre la alegría y los deseos de recomenzar cuanto antes: *Y se levantaron a toda prisa y regresaron a Jerusalén*... Pero es necesario dejarse ayudar, estar dispuestos a ser dóciles a los consejos que recibimos.

– Cristo nunca abandona a los suyos; no le abandonemos nosotros. La virtud de la fidelidad. Ser fieles en lo pequeño.

II. La esperanza es la virtud del caminante que, como nosotros, todavía no ha llegado a la meta, pero sabe que siempre tendrá los medios para ser fiel al Señor y perseverar en la propia vocación recibida, en el cumplimiento de los propios deberes. Pero hemos de estar atentos a Cristo, que se acerca a nosotros en medio de nuestras ocupaciones, y *agarrarnos a esa mano fuerte que Dios nos tiende sin cesar, con el fin de que no perdamos el punto de mira sobrenatural; también cuando las pasiones se levantan y nos acometen para aherrojarnos en el reducto mezquino de nuestro yo, o cuando –con vanidad pueril– nos sentimos el centro del universo. Yo vivo persuadido de que, sin mirar hacia arriba, sin Jesús, jamás lograré nada; y sé que mi fortaleza, para vencerme y para vencer, nace de repetir aquel grito:* todo lo puedo en Aquel que me conforta *(*Flp *4, 13), que recoge la promesa segura de Dios de no abandonar a sus hijos, si sus hijos no le abandonan.*

El Señor nos habla con frecuencia de *fidelidad* a lo largo del Evangelio: nos pone como ejemplo al siervo fiel y prudente, al criado bueno y leal en lo pequeño, al administrador fiel, etcétera. La idea de la fidelidad penetra tan hondo dentro del cristiano que el título de fieles bastará para designar a los discípulos de Cristo.

A la perseverancia se opone la inconstancia, que inclina a desistir fácilmente de la práctica del bien o del camino emprendido, al surgir las dificultades y tentaciones. Entre los obstáculos más frecuentes que se oponen a la perseverancia fiel está, en primer lugar, la soberbia, que oscurece el fundamento mismo de la fidelidad y debilita

la voluntad para luchar contra las dificultades y tentaciones. Sin humildad, la perseverancia se torna endeble y quebradiza. Otras veces, lo que dificulte la lealtad a los compromisos contraídos, será el propio ambiente, la conducta de personas que tendrían que ser ejemplares y no lo son y, por eso mismo, parece querer dar a entender que el *ser fiel* no es un valor fundamental de la persona.

En otras ocasiones, los obstáculos pueden tener su origen en el descuido de la lucha en lo pequeño. El mismo Señor nos ha dicho: *Quien es fiel en lo pequeño, también lo es en lo grande*. El cristiano que cuida hasta los pequeños deberes de su trabajo profesional (puntualidad, orden…); el que lucha por mantener la presencia de Dios durante la jornada; el que guarda con naturalidad los sentidos; el marido leal con su esposa en los pequeños incidentes de la vida diaria; el estudiante que prepara sus clases cada día…, ésos están en camino de ser fieles cuando sus compromisos requieran un auténtico heroísmo.

La fidelidad hasta el final de la vida exige la fidelidad en lo pequeño de cada jornada, y saber recomenzar de nuevo cuando por fragilidad hubo algún descamino. Perseverar en la propia vocación es responder a las llamadas que Dios hace a lo largo de una vida, aunque no falten obstáculos y dificultades y, a veces, incidentes aislados de cobardía o derrota. El llamamiento de Cristo exige una respuesta firme y continuada y, a la vez, penetrar más profundamente en el sentido de la Cruz y en la grandeza y en las exigencias del propio camino.

– La virtud de la fidelidad debe informar todas las manifestaciones de la vida del cristiano.

III. Esta virtud de la fidelidad debe informar todas las manifestaciones de la vida del cristiano: relaciones con Dios, con la Iglesia, con el prójimo, en el trabajo, en sus deberes de estado y consigo mismo. Es más, el hombre vive la fidelidad en todas sus formas cuando es fiel a su vocación, y es de su fidelidad al Señor de donde se deduce, y a la que se reduce, la fidelidad a todos sus compromisos verdaderos. Fracasar, pues, en la vocación que Dios ha querido para nosotros es fracasar en todo. Al faltar la fidelidad al Señor, todo queda desunido y roto. Aunque luego Él, en su misericordia, puede recomponerlo todo, si el hombre, humildemente, se lo pide.

Dios mismo sostiene constantemente nuestra fidelidad, y cuenta siempre con la flaqueza humana, los defectos y las equivocaciones. Está dispuesto a darnos las gracias necesarias, como a aquellos dos de Emaús, para salir adelante en todo momento, si hay sinceridad de vida y deseos de lucha. Y ante el aparente fracaso de muchas tentativas (si lo hubiera), debemos recordar que Dios, más que el "éxito", lo que mira con ojos amorosos es el esfuerzo continuado en la lucha.

De este modo, perseverando con la ayuda de Dios en lo poco de cada día, lograremos oír al final de nuestra vida, con gozosísima dicha, aquellas palabras del Señor: *Muy bien, siervo bueno y fiel; has sido fiel en lo poco, te constituiré sobre lo mucho; entra en el gozo de tu Señor*.

Es muy posible que nosotros también nos encontremos con personas que han perdido el sentido sobrenatural de su vida, y tendremos que llevarlas –en nombre del

Señor– a la luz y a la esperanza. Porque es mucha la tibieza en el mundo, mucha la oscuridad, y la misión apostólica del cristiano es continuación de la de Jesús, concretada en aquellas personas entre las que transcurre su vida.

Al terminar nuestra oración también le decimos nosotros a Jesús: *Quédate con nosotros, porque se hace de noche*. Quédate con nosotros, Señor, porque sin Ti todo es oscuridad y nuestra vida carece de sentido. Sin Ti, andamos desorientados y perdidos. Y contigo todo tiene un sentido nuevo: hasta la misma muerte es otra realidad radicalmente diferente. *Mane nobiscum, quoniam advesperascit et inclinatus est iam dies*. Quédate, Señor, con nosotros..., recuérdanos siempre las cosas esenciales de nuestra existencia..., ayúdanos a ser fieles y a saber escuchar con atención el consejo sabio de aquellas personas en las que Tú te haces presente en nuestro continuo caminar hacia Ti. Quédate con nosotros, porque ha oscurecido... *Fue eficaz la oración de Cleofás y su compañero*.

– ¡Qué pena, si tú y yo no supiéramos "detener" a Jesús que pasa!, ¡qué dolor, si no le pedimos que se quede!

P. Luis PERALTA Hidalgo SDB (Lisboa, Portugal) (www.evangeli.net)

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE PASCUA

«¿No estaba ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?»

Hoy el Evangelio nos asegura que Jesús está vivo y continúa siendo el centro sobre el cual se construye la comunidad de los discípulos. Es precisamente en este contexto eclesial —en el encuentro comunitario, en el diálogo con los hermanos que comparten la misma fe, en la escucha comunitaria de la Palabra de Dios, en el amor compartido en gestos de fraternidad y de servicio— que los discípulos pueden realizar la experiencia del encuentro con Jesús resucitado.

Los discípulos cargados de tristes pensamientos, no imaginaban que aquel desconocido fuese precisamente su Maestro, ya resucitado. Pero sentían «arder» su corazón (cf. Lc 24,32), cuando Él les hablaba, «explicando» las Escrituras. La luz de la Palabra disipaba la dureza de su corazón y «sus ojos se abrieron» (Lc 24, 31).

El icono de los discípulos de Emaús nos sirve para guiar el largo camino de nuestras dudas, inquietudes y a veces amargas desilusiones. El divino Viajante sigue siendo nuestro compañero para introducirnos, con la interpretación de las Escrituras, en la comprensión de los misterios de Dios. Cuando el encuentro se vuelve pleno, la luz de la Palabra sigue a la luz que brota del «Pan de vida», por el cual Cristo cumple de modo supremo su promesa de «yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28,20).

El Papa Benedicto XVI explica que «el anuncio de la Resurrección del Señor ilumina las zonas oscuras del mundo en el que vivimos».

CONGREGACIÓN PARA EL CLERO (www.clerus.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE PASCUA

Lo reconocieron al partir el pan

El primer día de la semana, después de la gran fiesta de los judíos, Jerusalén intenta regresar a asumir el aspecto de siempre, mientras los comerciantes cuentan las muchas ganancias, los sacerdotes del Templo se pueden sentir más que satisfechos –porque han logrado condenar a muerte al "Galileo"– y para los discípulos, pero en general, para aquellos que eran "forasteros", se trata de regresar a la propia casa, a la propia vida.

Cerrado el telón y apagadas las luces, no tanto sobre las solemnes celebraciones de Jerusalén, sino en cuanto a aquel hombre que todos esperaban «*que sería Él el que iba a librar a Israel*» (Lc. 24,21), los dos discípulos de Emaús, se encuentran a lo largo del viaje, hablando con "Jesús en persona*": «Pero algo impedía que sus ojos lo reconocieran*» (Lc 24,16).

¿Pero, porqué el Señor no ha dicho rápido quien era Él en realidad? De hecho, en el diálogo que la liturgia nos propone hoy, casi parece que Jesús haga todo lo posible por no revelar su propia identidad, primero haciendo finta de no saber de qué cosa Cleofás y su compañero estaban discutiendo, después, explicando *«a ellos en todas las escrituras, lo que se refería a Él»* (Lc 24,27), pero sin hacer referencia directa a la propia persona.

Por último *«hizo ademán de seguir adelante»* (Lc 24,28); Jesús no quiere jugar con sus discípulos, sino que está tratando de educar su –y nuestro– corazón, a fin de que no sea "lento". El corazón, de hecho, cuando nos encontramos de frente a su Presencia, es veloz, "arde" por escuchar su palabra conociendo el hecho de que *«no con bienes corruptibles»* hemos sido rescatados *«sino con la sangre preciosa de Cristo»* Él que es Cordero *«sin mancha y sin defecto»* (cfr. 1Pt. 1,19).

Cuanta delicadeza usa con nosotros el Resucitado. No nos obliga a "creer", sino que nos ofrece los instrumentos para que podamos llegar a juzgar, en base a la medida infalible de nuestro corazón, si bien es cierto aquello que de manera extraordinaria san Agustín puso al inicio de las *Confesiones*: *«Mi corazón está inquieto, hasta que no reposa en Ti»*.

Pero hay, todavía, otro particular que llama nuestra atención y suscita muchas preguntas: ¿por qué a un cierto punto, mientras los discípulos se encuentran a la mesa con Jesús, los ojos se les abren y lo reconocen? Es innegable el contexto Eucarístico: los discípulos están en la mesa; está el Señor con ellos; se toma el pan; se dice la oración de bendición; se parte el pan. Es con este último gesto que los compañeros de Jesús lo reconocen: no solo por la acción en sí, sino más bien porque Cleofás y su amigo pudieron poner los ojos en aquellas manos, perforadas por los clavos de la pasión, que

hasta aquel momento debieron haber permanecido cubiertas por el amplio vestido que usaban durante los largos trayectos.

Es ese el momento en el cual reconocen estar en la presencia del Crucificado, pero, Él "desaparece de su vista" –con su cuerpo glorificado– (cfr. 24,31), mientras que los ojos de los discípulos permanecen fijos en aquel pan partido que es dejado caer "sobre el altar". ¿No es esta, la misma experiencia que cada uno de nosotros puede hacer en cada celebración Eucarística?

Y así, «*en ese mismo momento se pusieron en camino*» (Lc 24,33); llegar a comprender que la muerte no es la última palabra en la vida de cada uno de nosotros, porque no es posible que esta nos "tenga en su poder" (cfr. Hch 2,24), es el inicio de una esperanza grande, que hace nuestra alegría incontenible; y en cuanto al camino hacia Jerusalén –el camino de cada uno de nosotros– que parecía, muchas veces largo y cansado, ahora, parecía a sus ojos como la condición privilegiada para poder decir a todo el mundo «Verdaderamente el Señor ha resucitado» (cfr. Lc 24,34).

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

IR A ÍNDICE DOMINGO III DE PASCUA

Abrir los ojos

«¡Qué insensatos son ustedes y qué duros de corazón para creer todo lo anunciado por los profetas!»

Eso dijo Jesús.

Y se lo dijo a sus discípulos. A los que lo conocieron, a los que Él llamó y eligió y lo siguieron, a los que convivieron con Él, a los que lo vieron hacer milagros y expulsar demonios con el poder de sus manos, a los que, por medio de su Palabra, les fue revelada la verdad, a los que creyeron por sus obras que Él es el Hijo de Dios, a los que lloraron su muerte, pero no creían en su resurrección, y no lo reconocieron, aunque lo tenían enfrente.

Y tú, sacerdote, ¿crees?

¿Reconoces a tu Señor?

¿Proclamas su muerte y su resurrección?

Cree, sacerdote, en los profetas, porque está escrito que quienes no crean en ellos, no creerán, ni aunque resucite un muerto.

Tu Maestro es el profeta más sabio de todos los tiempos, y Él dijo "destruyan este templo y en tres días lo reconstruiré". Y ha cumplido su Palabra.

El que no crea, que al menos crea por las obras.

Escucha la Palabra de Dios, sacerdote, para que se encienda tu corazón con el fuego de su amor.

Consagra con fe en cada celebración, para que, al partir el pan, se abran tus ojos, y reconozcas a tu Señor crucificado, muerto, resucitado y glorioso.

Él es el mismo ayer, hoy y siempre.

Él es el Alfa y la Omega, el principio y el fin.

Él es la Palabra, y tú, sacerdote, eres el mensajero, para llevar la Palabra de Dios al mundo entero.

¡Alégrate, sacerdote! Porque tu Señor ha resucitado, y tanto te ha amado, que ha venido a ti porque te ha mirado, te ha llamado, te ha elegido, y te ha enviado, para hacerte parte de su misión redentora, desde el mismo momento en que supo que había llegado su hora, y te hizo sacerdote para siempre.

Porque desde antes de nacer Él ya te conocía y te tenía consagrado. Profeta de las naciones te constituyó, y desde entonces te envió y te dijo: "no digas 'soy muy joven', porque allá a donde te envíe, iras, y todo cuanto te diga lo dirás. No les tengas miedo, que yo estoy contigo para salvarte".

Y desde ese momento, tu Señor puso sus palabras en tu boca, y te dio el poder sobre las naciones y los reinos, para arrancar y abatir, para destruir y arruinar, para edificar y plantar, anunciando la buena nueva del Reino de los cielos, para que tú, como Él, camines con su pueblo, para que cuando te vean a ti lo vean a Él. Para que cuando hables tú, lo escuchen a Él, y para que cuando partas el pan, lo reconozcan.

Son muchos los que han encontrado al Señor en el camino, pero es Uno el que sale al encuentro de muchos, para mostrarles que el Camino es uno: es el Camino que abre los ojos a la Verdad, para que encuentren la Vida, a pesar de la tempestad, a pesar de las tormentas, de las tinieblas y la oscuridad. A pesar de los desiertos y de la sequedad del alma, a pesar de la soledad, de la incertidumbre, de la tristeza, del sufrimiento y de la desesperanza.

Camina, sacerdote, camina y nunca te detengas. Porque tu Señor camina contigo y te habla al oído, esperando que abras tu corazón para tener un verdadero encuentro contigo, para que, arrepentido, conviertas tú corazón de piedra en corazón de carne, y seas un siervo fiel, para que Él te llame "amigo".

Entonces se abrirán tus ojos, y sabrás que has cenado con Él, y Él contigo.

(*Espada de Dos Filos* II, n. 61)

Domingo IV de Pascua (ciclo A)

IR A ÍNDICE GENERAL

Domingo del Buen Pastor

Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones

(Comentarios sobre las Lecturas propias de la Santa Misa para meditar y preparar la homilía)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)**
- **SAN AGUSTÍN (www.iveargentina.org)**
- **FRANCISCO – Regina Coeli del Buen Pastor**
- **BENEDICTO XVI – Regina Coeli 2008 y 2011**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)**
- **PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes**
- **FLUVIUM (www.fluvium.org)**
- **PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)**
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)**
    - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
    - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
    - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)**
- **Rev. D. Alfonso RIOBÓ Serván (Madrid, España) (www.evangeli.net)**
- **EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís**

***

DEL MISAL MENSUAL

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE PASCUA

LA PREGUNTA FUNDAMENTAL

Hech 2, 14. 36-41; 1 Pe 2, 20-25; Jn 10, 1-10

La parábola del Buen Pastor expone con imágenes poéticas lo que el apóstol san Pedro proclama con lenguaje llano acerca del itinerario de acceso a la fe cristiana. La palabra de Jesús, Buen Pastor, se ofrece a los oídos de cualquier oyente, sin embargo, solamente aquellos que saben escuchar y se disponen a recibirlo con el corazón abierto, consiguen iniciar el camino del arrepentimiento que conduce a la confesión del señorío único de Jesucristo. Del mismo modo, tal como lo registra san Lucas en los Hechos de los Apóstoles, solamente aquellos de entre los hijos de Israel que escuchan el mensaje cristiano, con un corazón bien dispuesto, consiguen acoger de buen grado el testimonio del apóstol Pedro. La fuerza del Espíritu que obra discretamente no violenta la libertad del creyente. Cada persona es responsable de sus decisiones creyentes.

ANTÍFONA DE ENTRADA **Cfr. Sal 32,5-6**

La tierra está llena del amor del Señor y su palabra hizo los cielos. Aleluya.

ORACIÓN COLECTA

Dios todopoderoso y eterno, te pedimos que nos lleves a gozar de las alegrías celestiales para que tu rebaño, a pesar de su fragilidad, llegue también a donde lo precedió su glorioso Pastor. Él, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Dios lo ha constituido Señor y Mesías.

Del libro de los Hechos de los Apóstoles: 2, 14. 36-41

El día de Pentecostés, se presentó Pedro, junto con los Once, ante la multitud, y levantando la voz, dijo: "Sepa todo Israel con absoluta certeza, que Dios ha constituido Señor y Mesías al mismo Jesús, a quien ustedes han crucificado".

Estas palabras les llegaron al corazón y preguntaron a Pedro y a los demás apóstoles: "¿Qué tenemos que hacer, hermanos?". Pedro les contestó: "Conviértanse y bautícense en el nombre de Jesucristo para el perdón de sus pecados y recibirán el Espíritu Santo. Porque las promesas de Dios valen para ustedes y para sus hijos y también para todos los paganos que el Señor, Dios nuestro, quiera llamar, aunque estén lejos".

Con éstas y otras muchas razones, los instaba y exhortaba, diciéndoles: "Pónganse a salvo de este mundo corrompido". Los que aceptaron sus palabras se bautizaron, y aquel día se les agregaron unas tres mil personas.

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 22, 1-3a. 3b-4. 5. 6.

R/. El Señor es mi pastor, nada me faltará. Aleluya.

El Señor es mi pastor, nada me falta; en verdes praderas me hace reposar y hacia fuentes tranquilas me conduce para reparar mis fuerzas. ***R/.***

Por ser un Dios fiel a sus promesas, me guía por el sendero recto; así, aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú estás conmigo, tu vara y tu cayado me dan seguridad. ***R/.***

Tú mismo me preparas la mesa, a despecho de mis adversarios; me unges la cabeza con perfume y llenas mi copa hasta los bordes. ***R/.***

Tu bondad y tu misericordia me acompañarán todos los días de mi vida; y viviré en la casa del Señor por años sin término. ***R/.***

SEGUNDA LECTURA

Han vuelto ustedes al pastor y guardián de sus vidas.

De la primera carta del apóstol san Pedro: 2, 20b-25

Hermanos: Soportar con paciencia los sufrimientos que les vienen a ustedes por hacer el bien, es cosa agradable a los ojos de Dios, pues a esto han sido llamados, ya que también Cristo sufrió por ustedes y les dejó así un ejemplo para que sigan sus huellas.

El no cometió pecado ni hubo engaño en su boca; insultado, no devolvió los insultos; maltratado, no profería amenazas, sino que encomendaba su causa al único que juzga con justicia; cargado con nuestros pecados, subió al madero de la cruz, para que, muertos al pecado, vivamos para la justicia.

Por sus llagas ustedes han sido curados, porque ustedes eran como ovejas descarriadas, pero ahora han vuelto al pastor y guardián de sus vidas.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Jn 10, 14

R/. Aleluya, aleluya.

Yo soy el buen pastor, dice el Señor; yo conozco a mis ovejas y ellas me conocen a mí. ***R/.***

EVANGELIO

Yo soy la puerta de las ovejas.

+ Del santo Evangelio según san Juan: 10, 1-10

En aquel tiempo, Jesús dijo a los fariseos: "Yo les aseguro que el que no entra por la puerta del redil de las ovejas, sino que salta por otro lado, es un ladrón, un bandido; pero el que entra por la puerta, ése es el pastor de las ovejas. A ése le abre el que cuida la puerta, y las ovejas reconocen su voz; él llama a cada una por su nombre y las conduce afuera. Y cuando ha sacado a todas sus ovejas, camina delante de ellas, y ellas lo siguen, porque conocen su voz. Pero a un extraño no lo seguirán, sino que huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños".

Jesús les puso esta comparación, pero ellos no entendieron lo que les quería decir. Por eso añadió: "Les aseguro que yo soy la puerta de las ovejas. Todos los que han venido antes que yo, son ladrones y bandidos; pero mis ovejas no los han escuchado.

Yo soy la puerta; quien entre por mí se salvará, podrá entrar y salir y encontrará pastos. El ladrón sólo viene a robar, a matar y a destruir. Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia".

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Concédenos, Señor, vivir siempre llenos de gratitud por estos misterios pascuales que celebramos, para que, continuamente renovados por su acción se conviertan para nosotros en causa de eterna felicidad. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN

Ha resucitado el Buen Pastor, que dio la vida por sus ovejas y se entregó a la muerte por su rebaño. Aleluya.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Buen Pastor, vela con solicitud por tu rebaño y dígnate conducir a las ovejas que redimiste con la preciosa sangre de tu Hijo, a las praderas eternas. Por Jesucristo, nuestro Señor.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE PASCUA

Convertíos, y que cada uno se bautice en el nombre de Jesucristo (Hch 2, 14.36-41)

1ª lectura

El Bautismo que prescribe el Apóstol no es como el del Bautista, sino que incluye el don del Espíritu Santo (Hch 2,38; cfr 1,5; Lc 3,3.16). «Bautizarse en el nombre de Jesucristo» no denota literalmente una forma litúrgica empleada por los Apóstoles, en lugar de la fórmula trinitaria que aparece en Mt 28,19. En un documento de comienzos del siglo II, la *Didaché*, o Doctrina de los Doce Apóstoles, se indica que se debe bautizar en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, sin que ello sea obstáculo para que en otros pasajes se hable de «los bautizados en el nombre del Señor» (cfr *Didaché* 7,1; 9,5). La expresión bautizarse en el nombre de Cristo significa por tanto el sacramento instituido por Jesucristo, mediante el cual se adquiere la condición de cristiano.

Ahora habéis vuelto al Pastor de vuestras almas (1 P 2, 20b-25)

2ª lectura

Estos versículos contienen un bellísimo himno a Cristo en la cruz, en quien se han cumplido las profecías del Siervo doliente contenidas en el libro de Isaías (52,13-53,12). Por grandes que sean los sufrimientos que los cristianos padezcamos, nunca serán tantos ni tan injustos como los del Señor. San Bernardo, tras repasar esos

padecimientos, comenta: «He creído que la verdadera sabiduría consistía en meditar estas cosas (...). Ellas me han servido algunas veces de bebida saludable, aunque amarga, y otras las he empleado como unción de alegría suave y agradable. Esto me sostiene en la adversidad, me conserva humilde en la prosperidad y me hace andar con paso firme y seguro por el camino real de la salvación, a través de los bienes y males de la presente vida, librándome de los peligros que me amenazan a diestra y a siniestra» (*In Cantica Canticorum* 43,4).

«Pastor y Guardián de vuestras almas» (v. 25). Las profecías mesiánicas sobre el Siervo doliente contienen la imagen del rebaño descarriado y disperso (cfr Is 53,6), al que alude Jesucristo al desarrollar la alegoría del Buen Pastor (Jn 10,11-16). Parece como si San Pedro, que había recibido el encargo de apacentar la grey del Señor (cfr Jn 21,15-19), tuviera especial afecto a estas imágenes.

El buen pastor (Jn 10, 1-10)

Evangelio

San Juan muestra ahora cómo los hombres podemos llegar a la salvación por la fe en Cristo y por medio de su gracia. Jesús es la puerta por la que se entra en la vida eterna, el Buen Pastor que nos conduce y ha dado su vida por nosotros. Con las imágenes del pastor, las ovejas y el redil, se evoca un tema preferido de la predicación profética en el Antiguo Testamento: el pueblo elegido es el rebaño y el Señor su pastor (cfr Sal 23). Los profetas, especialmente Jeremías y Ezequiel (Jr 23,1-6; Ez 34,1-31), ante la infidelidad de los reyes y sacerdotes, a quienes también se aplicaba el nombre de pastores, prometen unos pastores nuevos. Más aún: Ezequiel señala que Dios iba a suscitar un Pastor único, semejante a David, que apacentaría sus ovejas, de modo que estuvieran seguras (Ez 34,23-31). Jesús se presenta como ese Buen Pastor que cuida de sus ovejas. Se cumplen, por tanto, en Él las antiguas profecías. El arte cristiano se inspiró muy pronto en esta figura entrañable del Buen Pastor y dejó así representado el amor de Cristo por cada uno de nosotros.

Para comprender mejor las palabras de Jesús en los vv. 3-5, conviene recordar que en aquellos tiempos era costumbre reunir al oscurecer varios rebaños en un mismo recinto. Allí permanecían toda la noche bajo la custodia de un guarda. Al amanecer, cada pastor llegaba, le abría el guarda, y llamaba a sus ovejas, que se incorporaban y salían del aprisco tras él; les hacía oír frecuentemente su voz para que no se perdieran, y caminaba delante para conducirlas a los pastos. El Señor hace uso de esta imagen, tan familiar a sus oyentes, para hacerles una advertencia importante: ante voces extrañas, es necesario reconocer la voz de Cristo —actualizada de continuo por el Magisterio de la Iglesia— y seguirle, para encontrar el alimento abundante de nuestras almas. Las palabras de Jesús tienen especial significación para quienes ejercen en la Iglesia el oficio de pastores: «*Yo soy el buen Pastor*. Con ello quiere estimularlos a la caridad, insinuándoles que nadie puede ser buen pastor, si no llega a ser una sola cosa con Cristo por la caridad y se convierte en miembro del verdadero pastor» (Sto. Tomás de Aquino, *Super Evangelium Ioannis, ad loc.*).

Cristo se aplica la imagen de la puerta (v. 7) por la que se entra en el aprisco de las ovejas que es la Iglesia. Al redil entran los pastores y las ovejas. Tanto unos como otras han de entrar por la puerta, que es Cristo. «Yo —predicaba San Agustín— queriendo llegar hasta vosotros, es decir, a vuestro corazón, os predico a Cristo: si predicara otra cosa, querría entrar por otro lado. Cristo es para mí la puerta para entrar en vosotros: por Cristo entro no en vuestras casas, sino en vuestros corazones. Por Cristo entro gozosamente y me escucháis hablar de Él. ¿Por qué? Porque sois ovejas de Cristo y habéis sido comprados con su sangre» (*In Ioannis Evangelium* 47,2.3). «La Iglesia, en efecto, es el *redil* cuya puerta única y necesaria es Cristo. Es también el rebaño cuyo pastor será el mismo Dios, como Él mismo anunció. Aunque son pastores humanos quienes gobiernan a las ovejas, sin embargo, es Cristo mismo el que sin cesar las guía y alimenta; Él, el Buen Pastor y Cabeza de los pastores, que dio su vida por las ovejas» (Conc. Vaticano II, *Lumen gentium*, n. 6).

SAN AGUSTÍN (www.iveargentina.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE PASCUA

El buen pastor

Vuestra fe no ignora, carísimos, y sabemos que lo habéis aprendido del Maestro, que desde el cielo nos adiestra y en quien habéis colocado vosotros la esperanza, cómo nuestro Señor Jesucristo, que ya padeció por nosotros y resucitó, es Cabeza de la Iglesia, y la Iglesia, Cuerpo suyo; y que la salud de este Cuerpo es la unión de sus miembros y la trabazón de la caridad. Si se resfría la caridad, sobreviene, aun perteneciendo uno al Cuerpo de Cristo, la enfermedad. Cierto es, sin embargo, que aquel que ha exaltado a nuestra Cabeza puede sanar a sus miembros, siempre a condición de no llevarla impiedad a términos de haber de amputarlos, sino de permanecer adheridos al Cuerpo hasta lograr la salud. Porque, mientras permanece un miembro cualquiera en la unidad orgánica, queda la esperanza de salvarle; una vez amputado, no hay remedio que lo sane. Siendo él, pues, Cabeza de la Iglesia y siendo la Iglesia su Cuerpo, el Cristo total es el conjunto de la Cabeza y el Cuerpo. El ya resucitó, por tanto, ya tenemos la Cabeza en el cielo, donde aboga por nosotros. Esa nuestra Cabeza sin pecado y sin muerte está ya propiciando a Dios por nuestros pecados, para que también nosotros, resucitados al fin y transformados, sigamos a la Cabeza a la gloria celeste. A donde va, en efecto, la cabeza, van también los otros miembros. Siendo, pues, miembros suyos, no perdamos, mientras aquí estamos, la esperanza de seguir a nuestra Cabeza.

Ponderad, hermanos, a dónde llega el amor de nuestra Cabeza. Aunque ya en el cielo, sigue padeciendo aquí mientras padece la Iglesia. Aquí tiene Cristo hambre, aquí tiene sed, y está desnudo, y carece de hogar, y está enfermo y encarcelado. Cuanto padece su Cuerpo, él mismo ha dicho que lo padece él; y al fin, apartando ese su Cuerpo a la derecha y poniendo a la izquierda a los que ahora le pisan, les dirá a los de la mano

derecha: *Venid, benditos de mi Padre, a recibir el reino que os está apercibido desde el principio del mundo*. Y esto, ¿por qué? *Porque tuve hambre, y me disteis de comer;* y continúa por ahí, cual si él en persona hubiera recibido la merced. Y en tal extremo es ello así, que, no entendiéndolo, han los de la derecha de responderle, diciendo:

¿Cuándo, Señor, te vimos con hambre, sin hogar o encarcelado? Él les dirá: *Lo que hicisteis con uno de mis pequeñuelos, a mí me lo hicisteis*. A este modo, en nuestro cuerpo está la cabeza encima, los pies en la tierra; sin embargo, cuando en algún apiñamiento y apretura de la gente alguien te da un pisotón, ¿no dice la cabeza: «Estás pisándome»? Nadie te ha pisado ni la cabeza ni la lengua; están arriba y a buen recaudo; nada malo les ha sucedido; mas, porque de la cabeza a los pies reina la unidad, fruto de la trabazón que produce la caridad, la lengua no se desentiende, antes bien dice: «Estás pisándome. » A esta manera, dijo Cristo, la Cabeza a quien nadie pisa: *Tuve hambre, y me disteis de comer*. ¿Cómo terminó? *Entonces aquéllos irán al fuego eterno, y los justos a la vida eterna*.

En las palabras recién oídas preséntasenos el Señor, a la vez, como pastor y puerta. Ambas cosas las tiene allí: *Yo soy la puerta* y *Yo soy el pastor*. Es puerta en relación a la *Cabeza;* es pastor en relación al Cuerpo. En efecto, a Pedro, único sobre quien organiza la Iglesia, le dice: *Pedro, ¿me amas? El respondió: «Señor, te amo»*. *Apacienta mis ovejas*. Y, habiéndole dicho por tres veces: *Pedro, ¿me amas? ,* se entristeció Pedro a la tercera interrogación, como si quien había visto la intimidad del negador no viese también ahora la fe del confesor. Le había conocido siempre; le había conocido aun al tiempo en que Pedro se desconocía a sí mismo. No se conocía éste cuando dijo: *A tu lado estaré hasta morir*. ¡Qué poco sabía él lo grave de su debilidad! No de otro modo ignoran frecuentemente los enfermos qué les pasa, y sábelo el médico; no lo sabe quién lo tiene, y sábelo quien no lo tiene. A la sazón, el enfermo era Pedro, y médico el Señor. Aquél decía tener fuerzas, cuando en realidad no las tenía; más el Señor, tomándole el pulso, decía que había denegarle tres veces. Y sucedió a la letra como el Doctor se lo había pronosticado, no como adelantó, jactancioso, el enfermo. Si, pues, le preguntó el Salvador después de la resurrección, no era porque ignorase la gran sinceridad del afecto que Pedro tenía por él, sino para que una triple confesión de amor borrase la triple negación del temor.

Luego demandar el Señor a Pedro si le ama: *Pedro, ¿me amas? ,* es como decirle: «¿Qué me darás, qué harás por mí en prueba de tu amor? » ¿Qué había Pedro de hacer en provecho del Señor ya resucitado y a punto de subir a los cielos para sentarse a la diestra del Padre? Era, pues, como decirle: «Lo que me darás, lo que harás por mí si me amas, es apacentar mis ovejas; es entrar por la puerta y no saltar por otro lado» Oísteis cuando se leía el evangelio: *Quien entra por la puerta, ése es el pastor; más el que sube por otra parte es ladrón y salteador, y su intención, desunirlas, desperdigarlas y llevarse las ovejas*. ¿Quién entra por la puerta? Quien entra por Cristo. Y ¿quién es éste? Quien imita la pasión de Cristo, quien conoce la humildad de Cristo; y pues Dios se hizo por nosotros hombre, reconozca el hombre que no es Dios, sino un mero hombre. Quien, en efecto, quiere dárselas de Dios no siendo más que hombre, no imita ciertamente al que, siendo Dios, se hizo hombre. A ti no se te dice:

«Sé algo menos de lo que eres», sino: «Conoce lo que eres» Conócete débil, conócete hombre, conócete pecador, conoce ser Dios quien justifica, conócete manchado. Pon al raso en la confesión la mancha de tu corazón, y pertenecerás al rebaño de Cristo; la confesión de los pecados suscitará en el Médico ganas de sanarte. El enfermo que dice: «Yo no tengo nada», no se preocupa del médico. ¿No habían subido al templo el fariseo y el publicano? El primero se ufanaba de tener salud, el segundo mostrábale al Médico las llagas; el primero decía: *¡Oh Dios!, yo te doy gracias, porque no soy como el publicano este*. Tomaba pie del vecino para remontarse; por donde, a estar sano el publicano, le hubiera el fariseo mirado de reojo, porque no habría tenido sobre quién empinarse. Mas ¿cómo llegó al templo aquel rostrituerto? Desde luego, no estaba sano; mas como se decía sano, no bajó curado. Al revés, el otro, la vista en el suelo, sin atreverse a levantarla al cielo, hería su pecho, diciendo: *¡Oh Dios!, sé propicio conmigo, pecador de mí*. Y ¿qué dijo el Señor? *Dígoos de verdad que bajó éste justificado del templo y no el fariseo. Porque todo el que se ensalza será humillado y quien se humilla será ensalzado*. Luego los que se alzan quieren subir al aprisco por otro lado que por la puerta; por la puerta entran en el redil los que se humillan. De ahí que éste entra y el otro sube. *Subir,* como veis, es buscar las alturas; quien *sube* no *entra,* sino que *cae;* mas quien se *agacha* para entrar por la puerta, ése no cae, sino que es pastor.

Habla el Señor en el evangelio este de tres suertes de personas, que debemos estudiar: el pastor, el mercenario y el ladrón; y entiendo que, al sernos leído, advertisteis las características con que designó al pastor, las del mercenario y las propias del ladrón. Del pastor dijo que daba la vida por sus ovejas y entraba por la puerta; del salteador o ladrón, que subía por otra parte; del mercenario afirmó que, viendo al lobo o al ladrón, huye, porque no tiene amor a las ovejas: es mercenario, no pastor verdadero. Entra éste por la puerta, por ser pastor; el ladrón sube por otra parte, por ser ladrón; el mercenario, viendo a los que tratan de llevarse las ovejas, teme y escapa, por ser mercenario, porque le tienen sin cuidado las ovejas: al fin es mercenario. Si diésemos con estas tres personas, habría vuestra santidad hallado a quiénes ha de amar, a quiénes tolerar y a quiénes esquivar. Ha de ser amado el pastor, tolerado el mercenario, esquivado el ladrón. Hay en la Iglesia hombres que, según decir del Apóstol, anuncian el Evangelio por conveniencias, buscando de los hombres su propio medro, ya en dinero, ya en honores, ya en alabanzas humanas. Buscando a toda costa sus personales ventajas, no miran, al predicar, tanto a la salud de aquellos a quienes predican como a sus particulares emolumentos. Mas quien oye la doctrina saludable a quien no tiene salud, si cree en él sin poner en él la esperanza, el predicador saldrá perdiendo, pero el creyente ganando.

Ahí tienes al Señor diciendo de los fariseos: *Siéntanse sobre la cátedra de Moisés*. No se refería el Señor a ellos únicamente, ni era su intención mandar a las escuelas de los judíos a quienes creyeran en él, para que aprendiesen allí el camino del reino de los cielos. Pues ¡qué!, ¿no había él venido a formar su Iglesia y a separar del resto de la nación, como de la paja el grano, a los israelitas que creían y esperaban bien y amaban bien, para hacer de la circuncisión un muro, al que había de juntarse otro muro, el de

la gentilidad, y ser él mismo la piedra angular donde se reunirían estas dos paredes de dirección diversa? ¿No dijo el Señor de los dos pueblos estos, destinados a fundirse en uno solo: *Tengo también otras ovejas que no son de este aprisco,* del redil de los judíos; *y es menester que yo las traiga, y oirán mi voz, y habrá un solo rebaño y un solo pastor?* Por eso eran dos las barcas de donde llamó a sus discípulos. Emblema fue también de los dos pueblos el haber echado las redes donde salió tal abundancia y número de peces, que las redes estuvieron a un dedo de romperse: *Y llenaron,* dice, *las dos barcas*. Las barcas eran dos, pero significaban una Iglesia única, unificada en Cristo, hecha de dos pueblos que venían en dirección distinta. Esto mismo significaban las dos mujeres, Lía y Raquel, esposas de un solo varón, Jacob. Estos dos pueblos, en fin, hállanse figurados en los dos ciegos sentados a la vera del camino, a quienes el Señor devolvió la vista. Y, si miráis con detenimiento las Escrituras, aún hallaréis otros muchos lugares donde se significan estas dos Iglesias, que no son dos, sino una; porque tal era la misión de la Piedra angular: hacer de dos pueblos un pueblo único; y la del Pastor no fue sino hacer de dos rebaños un rebaño solo. Así que, habiendo el Señor de amaestrar a su Iglesia y tener escuela propia, independiente de los judíos, como ahora lo estamos viendo, ¿había de mandar fuesen los creyentes en él a los judíos para que aprendiesen de ellos? Mas bajo la denominación de fariseos y escribas nos dio a entender que había de haber algunos en la Iglesia que dirían y no harían, como a sí mismo se designó en la persona de Moisés. Moisés, en efecto, era figura de Jesucristo; y si, al hablar al pueblo, se velaba el rostro, era para significar que los judíos, mientras en la ley buscasen goces y delicias carnales y un reino terreno, tendrían delante de los ojos un velo que no les permitiría vera Cristo en las Escrituras. Quitado el velo después de la pasión del Señor, aparecieron al descubierto los secretos del templo. Debido a eso, cuando el Señor estaba colgado de la cruz, el velo del santuario se rasgó de arriba abajo, y el apóstol Pablo dice: *Cuando pases a Cristo será quitado el velo*. Quien, echado sobre su corazón, en frase del Apóstol. Tratando, pues, de anunciar que había de haber en su Iglesia esta clase de doctores, ¿qué dijo el Señor?

En la cátedra de Moisés se sientan escribas y fariseos; haced lo que dicen y no hagáis lo que hacen.

Hay clérigos malvados que, oyendo esta sentencia, para ellos dicha, tratan de malear su sentido. Yo mismo he visto cómo algunos se fatigaban en corromper este pasaje; y, si pudiesen, ¿no le borrarían del Evangelio? Más, no pudiendo eliminarle, hacen por adulterarle; pero la gracia y misericordia del Señor están con nosotros, y no les permite lograrlo, porque todas sus palabras las amuralló con su verdad y las pesó, en tal manera que, si algún lector o intérprete infiel quisiera amputar o añadir algo, al hombre juicioso le bastaría leer lo anterior o lo siguiente para restituir a la Escritura lo cortado y hallar el sentido que se pretendía falsear. Y ¿qué os figuráis que dicen los aludidos por la frase: *Lo que dicen, hacedlo?* Porque fuera está de duda que se les dice a los laicos. Pues cuando un laico quiere vivir bien, ¿qué se dice a sí mismo en viendo a un clérigo malo? El Señor ha dicho: *Lo que dicen, hacedlo, pero no hagáis lo que ellos hacen*. Mi obligación es andar por el camino del Señor y no irme tras sus costumbres. Oiré no sus palabras, sino las de Dios. Siga yo a Dios y siga él sus codicias.

Porque, si voy a defenderme ante Dios diciendo: «Señor, he vivido mal porque tal clérigo vivía mal», ¿no me dirá, por ventura: «Siervo malo, ¿no habías oído decir: *Lo que os dicen, hacedlo; lo que hacen, no lo hagáis?»* Y el seglar malo, el infiel, el que no pertenece al rebaño de Cristo, el que no pertenece al trigo de Cristo, el que, como la paja, es tolerado en la era, ¿qué se dice cuándo empieza a reprocharle la palabra de Dios? «¡Anda de ahí!, déjate de monsergas. Los mismos obispos, los clérigos mismos, no lo hacen, y ¿exiges que lo haya yo?» Este no se busca un abogado para un mal juicio, sino compañero de suplicio. A buen seguro, en efecto, que en el día del juicio, ese malvado a quien gustó de imitar no le hade amparar; pues a la manera como el diablo a ninguno delos seducidos los seduce para reinar con él, sino para tener compañeros de condenación, así todos los que siguen las huellas de los malos no se buscan ayuda para subir al cielo, sino compañía en las llamas del infierno.

¿Cómo, digo, se las ingenian esos clérigos de malvivir para falsear este pensamiento cuando se les dice: «Bien ha dicho el Señor: *Haced lo que dicen; no hagáis lo que hacen»?* «Y muy bien dicho, responden. Se os ha mandado hagáis lo que os decimos y no hagáis lo que nosotros hacemos. Porque nosotros ofrecemos el sacrificio, y a vosotros no os es lícito». Ved a dónde recurren estos picaros mercenarios (si fueran pastores, no dirían eso). Ahora bien, para cerrarles la boca no hay sino ver la ilación de las palabras del Señor: *Se sientan,* dice, *sobre la cátedra de Moisés; haced lo que dicen, no hagáis lo que hacen ellos, porque dicen, y no hacen.* ¿Qué se infiere de aquí, hermanos? Si hablara el Señor de ofrecer el sacrificio, ¿habría dicho: *Dicen, y no hacen?* Porque hacen el sacrificio, ofrecen a Dios el sacrificio. ¿Qué cosa es la que dicen y no hacen? Oye lo que viene a continuación: *Atan cargas pesada se insoportables y las echan sobre los cuellos de los hombres; ellos ni con un dedo quieren moverlas.* Esta descripción y ejemplo son un reproche diáfano. Una cosa reluce bien en los intentos de adulterar este pasaje: que no tiran en la Iglesia ellos a otro blanco que al de sus personales conveniencias y que no leyeron jamás el Evangelio, porque, de conocer esta página, nunca se atrevieran a decir lo que dicen.

Vais a ver más claramente cómo en la Iglesia tenemos individuos de esta laya, para que nadie venga diciéndonos: «No lo dijo sino de los fariseos; no lo dijo sino de los escribas; no lo dijo sino de los judíos, porque la Iglesia no tiene gente así» ¿Quiénes son aquellos de los que dijo el Señor: *No todo el que me dice: «Señor, Señor», entrará en el reino de los cielos?* Y añadió: *Muchos aquel día me dirán: «Señor, Señor», ¿por ventura no hemos profetizado, e hicimos en tu nombre muchos milagros, y en tu nombre comimos y bebimos?* ¡Qué! ¿Son acaso judíos quienes tal hacen a nombre de Cristo? Claro es como la luz del sol que se refiere a los que tienen el nombre de Cristo. ¿Qué sigue? *Yo entonces les diré: «Nunca os he conocido. Apartaos de mí todos los operarios de la iniquidad».* Oye los gemidos que los tales le arrancan al Apóstol; unos, dice, predican el Evangelio por caridad; otros, *según su conveniencia,* insinceramente; de algunos dice: *Anuncian el Evangelio, sin rectitud.* Anuncian una cosa recta, pero ellos no son rectos. Lo que anuncian es recto, más quienes lo anuncian no son rectos. ¿Dónde falta la rectitud? En buscar en la Iglesia un algo distinto de Dios. Si buscase a Dios, fuera casto, por ser Dios el esposo legítimo del alma. Todo el que busca en Dios

otra cosa fuera del mismo Dios, no busca a Dios castamente. Un ejemplo, hermanos: Si ama una mujer a su marido en atención a sus riquezas, no es mujer casta, porque no ama al marido, sino al oro del marido, pues quien al marido ama, le ama desnudo y le ama pobre. Amándole por rico, ¿qué sucederá si, por contingencias de la vida, lo proscriben y de la noche a la mañana viene a la miseria? Posiblemente le abandone, pues lo que amaba no era al marido, sino sus bienes. Cuando al marido se le quiere de verdad, aun la pobreza sube de punto el amor, porque al amor se le une la compasión.

Pero nuestro Dios, hermanos, imposible que sea pobre jamás. Es rico; él hizo todas las cosas: el cielo y la tierra, el mar y los ángeles. Todo lo que vemos y todo lo invisible del cielo, él lo hizo; mas no debemos amar las riquezas, sino a quien hizo las riquezas. El objeto de sus promesas no es sino él mismo. Mira de hallar algo que más valga, y te lo dará. Hermosa es la tierra, hermoso el cielo y hermosos los ángeles; pero más hermoso es quien hizo todo esto. Por eso, los que anuncian a Dios porque le aman, los que anuncian a Dios por Dios, apacientan las ovejas y no son mercenarios. Esa castidad exigía del alma nuestro Señor Jesucristo cuando le decía a Pedro: Pedro, *¿me amas?* ¿Qué significa: *Me amas?* ¿Eres casto? ¿No es adúltero tu corazón? ¿No buscas en la Iglesia tus conveniencias, sino las mías? Si eres así, apacienta mis ovejas. No serás mercenario, sino pastor.

Aquellos que daban grima al Apóstol, no anunciaban el Evangelio castamente. Pero ¿qué dice? *Lo que importa es que sea Cristo anunciado de todas maneras, sea con segundas intenciones, sea con verdad.* Pasa, pues, porque haya mercenarios. El pastor anuncia el Evangelio de Cristo sinceramente, el mercenario lo anuncia con segunda intención, buscando cosa distinta; mas, al fin, si el uno anuncia a Cristo, el otro lo anuncia también. Oye la voz del pastor Pablo: *Sea bastardamente, sea con sinceridad, el caso es que Cristo sea anunciado.* Este mismo pastor quiso tener mercenarios. Los cuales hacen el bien donde pueden y son útiles en la medida que pueden serlo. Sin embargo, cuando el Apóstol necesitaba echar mano de alguien que pudiera servir de modelo a los débiles, dice: *Os envié a Timoteo, el cuál os recordará mis normas de conducta.* En otras palabras: Os envié un pastor para recordaros mis procederes; o de otro modo, que anda los caminos por donde yo ando. Y, al enviarles ese pastor, ¿sabéis qué les dice? *Porque no tengo ninguno de iguales sentimientos que se preocupe de vosotros con afecto sincero.* Pues ¿no tenía consigo a muchos otros? Ved, ved lo que sigue: *Porque todos buscan sus intereses, no los de Jesucristo.* Es decir: He querido mandaros un pastor; porque, si bien había abundancia de mercenarios, no convenía un mercenario en aquella coyuntura. Para otros menesteres y negocios envíase un mercenario; para la intención de Pablo, un pastor era entonces necesario. Y a duras penas, entre tantos mercenarios, halló un pastor; porque pastores hay pocos, mientras los mercenarios abundan. Y ¿qué ha dicho de los mercenarios? *Verdaderamente os digo que ya recibieron su jornal.* Más del pastor, ¿qué dijo el Apóstol?

Quienquiera, pues, que se purificase de estas cosas, será objeto destinado a usos honrosos, y útil a su dueño, disponible siempre a toda obra buena. No aparejado para

unas cosas y desaparejado para otras, sino dispuesto a obrar todo bien. Lo dicho hasta aquí atañe a los pastores.

Hablemos ahora de los mercenarios. *El mercenario, viendo que anda el lobo rondando las ovejas, escapa*. Así lo ha dicho el Señor. Y ¿por qué huye? *Porque las ovejas le tienen sin cuidado*. El mercenario, por consecuencia, es útil mientras no ve al lobo, mientras no ve al salteador y al ladrón, porque viéndolos huye. Y ¿quién es el mercenario que huye de la Iglesia cuando se dejan ver el lobo y el ladrón? ¡Cuántos lobos hay! ¡Cuántos ladrones! Tales son los que suben al aprisco *por otra parte*. ¿Quiénes son, en concreto, esos trepadores? Los de la parte de Donato, que tratan de saquear las ovejas de Cristo; ésos, ésos son los que *suben por otra parte*. No entran por Cristo, porque no son humildes. Suben, *trepan, encarámanse* como todos los soberbios. Porque *subir,* ¿no vale tanto como remontarse? ¿Por dónde suben? *Por otra parte;* ¿no se dan a sí mismos el nombre de *parte?* Los que no están en la unidad son de *otra parte,* y por esa otra parte suben, esto es, se enorgullecen y quieren llevarse las ovejas. Ved en qué sentido digo *suben:* Nosotros santificamos, nosotros justificamos, nosotros hacemos justos. Ved por dónde subieron. Pero *quien se ensalza será humillado*. Poderoso es Dios nuestro Señor para derribarlos. El lobo es el diablo; su oficio es tender asechanzas para engañar, y los que le siguen, ni más ni menos, pues de los tales se ha dicho que andan vestidos con piel de oveja, más por dentro son lobos carniceros. Ahora bien, un mercenario verá que fulano es un malhablado, zutano tiene ideas perniciosas a la salud de su alma, mengano se porta como un criminal o un sátiro, y no los reprenderá si tienen alguna prestancia dentro de la comunidad religiosa; por eso, porque es mercenario, porque aguarda de ellos algún provecho. Y los verá ser víctimas de sus pecados, los verá irse tras el lobo, o bien que el lobo se los lleva entre los dientes por el cuello al suplicio, y no les dirá: «Estás pecando». No se lo echará enrostro para no perder sus emolumentos. El pasaje *Al ver el lobo huye,* significa esto: que no le dice: «Te comportas criminalmente». Porque no se trata de un huir corporal, sino espiritual. Ese a quien ves inmóvil de cuerpo, está huyendo en el alma cuando, viendo al pecador, no le dice: «Tú pecas»; y aun a veces es su cómplice.

El presbítero, hermanos míos, o el obispo que suben *a la cátedra sagrada,* ¿os han dicho, por acaso, alguna vez desde aquel elevado sitial cosa que no sea: No se roben los bienes ajenos, no se hagan trampas, no se peque mortalmente? Es imposible que hablen de otro modo quienes se sientan en la cátedra de Moisés, porque no son ellos, sino la cátedra misma quien por ellos habla. ¿Qué significa entonces: *¿Por ventura se cogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos?;* y aquello: *Todo árbol por el fruto se le conoce?* ¿Puede un fariseo decir cosas buenas? Si el fariseo es el espino, ¿cómo del espino cojo racimos? Porque tú, Señor, dijiste: *Haced lo que dicen, no hagáis lo que hacen*. Tú me ordenas coger uvas de los espinos, siendo así que dijiste: *¿Acaso se cogen de los espinos uvas?* El Señor te responderá: «No te mandé yo coger racimos de los espinos». Mira, pues, con atención si por casualidad, como suele suceder, la vid, al ir de acá para allá sobre la tierra, no se hizo con los espinos una maraña. Porque algunas veces, hermanos, hallamos una parra encima de un zarzal; tiene cerca de sí un seto espinoso y, extendiendo los sarmientos, introdúcese por el seto, y entonces el

racimo cuelga entre espinas; mas quien lo ve toma el racimo, no de las espinas, sino de la parra entrelazada con las espinas. Así ellos, de suyo, son espinosos; mas, sentados en la cátedra de Moisés, los envuelve la Vid, y cuelgan de ellos racimos, es decir, palabras buenas, advertimientos saludables. Tomas, pues, tú las uvas, sin miedo a las espinas, si haces lo que te dicen y no haces lo que hacen; las espinas se te clavarán si lo que hacen ellos lo haces también tú. Consecuencia: Para coger el racimo sin enredarte entre las espinas, *haz lo que te dicen y no hagas lo que hacen;* porque, si sus acciones son espinas, sus palabras son uvas, no suyas, sino de la Vid, o sea, de la cátedra de Moisés.

Estos, pues, se dan a la huida cuando ven al lobo, cuando divisan al ladrón. Había yo empezado a deciros que desde el elevado sitial no pueden sino decir: «Haced el bien, no perjuréis, no defraudéis, no engañéis a nadie». Pero, a las veces, su vivir es tal, que se van al obispo y aun solicitan su consejo sobre los medios de apropiarse las posesiones de otro. Hablamos por experiencia, porque alguna vez nos ha pasado esto; de otro modo no lo creeríamos. Muchos nos piden consejos malos: que les autoricemos para mentir, para engañar astutamente, pensando darnos placer en ello. Más no creo desagradar al Señor si os aseguro, por el nombre de Cristo, que nadie, para semejantes cosas, ha encontrado en mí asentimiento a su voluntad; porque, dicho sea con licencia de quien nos llamó al episcopado, yo no soy mercenario, sin pastor, aunque digo lo del Apóstol: *A mí lo que menos me importa es ser juzgado por vosotros o por algún tribunal humano; pero tampoco a mí mismo me juzgo; pues aun cuando de nada me acuse la conciencia, no por eso quedo justificado; quien me juzga es el Señor*. En otras palabras: Mi conciencia no es buena por alabarme vosotros. ¿Por qué alabar lo que no se ve? Alabe quien lo ve todo, y sea él quien me corrija, si algo ve ofensivo para sus ojos. Porque nosotros tampoco nos tenemos por del todo sanos, antes golpeamos nuestro pecho y le decimos a Dios: «Séme propicio, para que no peque» Creo poder decir, no obstante, que, como estoy en su presencia, nada busco fuera de vuestra salvación; que a menudo lamentamos los pecados de nuestros hermanos, estos pecados que nos repelen y nos atormentan el alma; y que algunas veces los llamamos al orden; o mejor dicho, no cesamos de corregirlos. Testigos son cuantos recuerdan las veces que han sido corregidos por mí.

Y ahora entro en cuentas con vuestra santidad. Vosotros sois, por la gracia de Cristo, el pueblo de Dios; un pueblo católico, miembros del Salvador. No estáis separados de la unidad, sino en comunión con el Cuerpo de los apóstoles, en comunión con las memorias de los santos mártires, difundidos por toda la redondez de la tierra; vosotros, en fin, estáis confiados a mis desvelos, y nuestro deber es dar de vosotros buena cuenta. La cuenta, en fin, que nos incumbe dar, vosotros la sabéis perfectamente. Tú, Señor, sabes que hablé; tú sabes que no me callé; tú sabes que puse mi corazón en las palabras; tú sabes cómo lloraba en tu presencia cuando se hacían a mis palabras oídos de mercader. A eso, entiendo yo, se reduce todo el descargo mío. Nos lo garantiza el Espíritu Santo en el profeta Ezequiel. Ya conocéis la lección del atalaya: *Hijo del hombre,* dice, *yo te puse por atalaya de la casa de Israel. Si yo digo al impío: «Impío, vas a morir…» y tú no hablas;* esto es, yo te digo a tiesto para que

lo digas tú; *si no le anuncias, y viene la espada y se le arrebata,* es decir, *si viene aquello* con que amenacé al pecador, *el impío morirá, desde luego, en su impiedad; más de su sangre pediré cuenta al atalaya.* ¿Por qué? Porque no habló. *Pero si el atalaya viere venir la espada e hiciese sonarla trompeta para que huya, y el impío no reflexiona,* o sea, no se corrige para escapar del suplicio con que Dios le amenaza; *si la espada, en efecto, viene y le mata, él impío, cierto, morirá en su impiedad, más tú habrás salvado tu alma.* ¿No es esto mismo lo enseñado en el siguiente pasaje del Evangelio: *Señor,* le dice el siervo perezoso, *yo sabía que eres hombre exigente o severo, porque siegas donde no sembraste y recoges donde nada pusiste; por lo cual, temeroso yo, fuime a esconder tu talento bajo la tierra; aquí tienes lo tuyo?* ¿Qué le respondió el Señor? *Siervo malo y holgazán, pues sabías que soy hombre molesto y duro, y siego donde no siembro y recojo donde no puse nada,* esta mi avaricia, ¿no era razón de más para tenerte advertido que de lo mío había de pedir los intereses? *Has debido, pues, dar mi dinero a los prestamistas, para que yo, en llegando, recibiera con sus réditos lo mío.* ¿Por ventura dijo el Señor que dieras *mi dinero* a los prestamistas y *exigieras las ganancias?* No, hermanos; a nosotros toca darlo; ya vendrá él y lo exigirá. Orad para que nos halle apercibidos.

***Sermones* (3º) (t. XXIII), Sermón 137, 1-15, BAC Madrid 1983, 230-49**

FRANCISCO – *Regina Coeli* del Buen Pastor

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE PASCUA

2013

Las vocaciones nacen en la oración y de la oración

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El cuarto domingo del tiempo de Pascua se caracteriza por el Evangelio del Buen Pastor, que se lee cada año. El pasaje de hoy refiere estas palabras de Jesús: «Mis ovejas escuchan mi voz, y yo las conozco, y ellas me siguen, y yo les doy la vida eterna; no perecerán para siempre, y nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre, lo que me ha dado, es mayor que todo, y nadie puede arrebatarlas de la mano de mi Padre. Yo y el Padre somos uno» (*Jn* 10, 27-30). En estos cuatro versículos está todo el mensaje de Jesús, está el núcleo central de su Evangelio: Él nos llama a participar en su relación con el Padre, y ésta es la vida eterna.

Jesús quiere entablar con sus amigos una relación que sea el reflejo de la relación que Él mismo tiene con el Padre: una relación de pertenencia recíproca en la confianza plena, en la íntima comunión. Para expresar este entendimiento profundo, esta relación de amistad, Jesús usa la imagen del pastor con sus ovejas: Él las llama y ellas reconocen su voz, responden a su llamada y le siguen. Es bellísima esta parábola. El misterio de la voz es sugestivo: pensemos que desde el seno de nuestra madre aprendemos a reconocer su voz y la del papá; por el tono de una voz percibimos el

amor o el desprecio, el afecto o la frialdad. La voz de Jesús es única. Si aprendemos a distinguirla, Él nos guía por el camino de la vida, un camino que supera también el abismo de la muerte.

Pero, en un momento determinado, Jesús dijo, refiriéndose a sus ovejas: «Mi Padre, que me las ha dado» (cf. 10, 29). Esto es muy importante, es un misterio profundo, no fácil de comprender: si yo me siento atraído por Jesús, si su voz templa mi corazón, es gracias a Dios Padre, que ha puesto dentro de mí el deseo del amor, de la verdad, de la vida, de la belleza y Jesús es todo esto en plenitud. Esto nos ayuda a comprender el misterio de la vocación, especialmente las llamadas a una especial consagración. A veces Jesús nos llama, nos invita a seguirle, pero tal vez sucede que no nos damos cuenta de que es Él, precisamente como le sucedió al joven Samuel. Hay muchos jóvenes hoy, aquí en la plaza. Sois muchos vosotros, ¿no? Se ve... Eso. Sois muchos jóvenes hoy aquí en la plaza. Quisiera preguntaros: ¿habéis sentido alguna vez la voz del Señor que, a través de un deseo, una inquietud, os invitaba a seguirle más de cerca? ¿Le habéis oído? No os oigo. Eso... ¿Habéis tenido el deseo de ser apóstoles de Jesús? Es necesario jugarse la juventud por los grandes ideales. Vosotros, ¿pensáis en esto? ¿Estáis de acuerdo? Pregunta a Jesús qué quiere de ti y sé valiente. ¡Pregúntaselo! Detrás y antes de toda vocación al sacerdocio o a la vida consagrada, está siempre la oración fuerte e intensa de alguien: de una abuela, de un abuelo, de una madre, de un padre, de una comunidad. He aquí porqué Jesús dijo: «Rogad, pues, al Señor de la mies —es decir, a Dios Padre— para que mande trabajadores a su mies» (*Mt* 9, 38). Las vocaciones nacen en la oración y de la oración; y sólo en la oración pueden perseverar y dar fruto. Me complace ponerlo de relieve hoy, que es la «Jornada mundial de oración por las vocaciones». Recemos en especial por los nuevos sacerdotes de la diócesis de Roma que tuve la alegría de ordenar esta mañana. E invoquemos la intercesión de María. Hoy hubo diez jóvenes que dijeron «sí» a Jesús y fueron ordenados sacerdotes esta mañana... Es bonito esto. Invoquemos la intercesión de María que es la Mujer del «sí». María dijo «sí», toda su vida. Ella aprendió a reconocer la voz de Jesús desde que le llevaba en su seno. Que María, nuestra Madre, nos ayude a reconocer cada vez mejor la voz de Jesús y a seguirla, para caminar por el camino de la vida. Gracias.

Muchas gracias por el saludo, pero saludad también a Jesús. Gritad «Jesús», fuerte... Recemos todos juntos a la Virgen.

***

2014

Os pido que nos ayudéis: ayudarnos a ser buenos pastores.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El evangelista Juan nos presenta, en este iv domingo del tiempo pascual, la imagen de Jesús Buen Pastor. Contemplando esta página del Evangelio, podemos comprender el tipo de relación que Jesús tenía con sus discípulos: una relación basada en la ternura, en el amor, en el conocimiento recíproco y en la promesa de un don inconmensurable: «Yo he venido —dice Jesús— para que tengan vida y la tengan en

abundancia» (*Jn* 10, 10). Tal relación es el modelo de las relaciones entre los cristianos y de las relaciones humanas.

También hoy, como en tiempos de Jesús, muchos se proponen como «pastores» de nuestras existencias; pero sólo el Resucitado es el verdadero Pastor que nos da la vida en abundancia. Invito a todos a tener confianza en el Señor que nos guía. Pero no sólo nos guía: nos acompaña, camina con nosotros. Escuchemos su palabra con mente y corazón abiertos, para alimentar nuestra fe, iluminar nuestra conciencia y seguir las enseñanzas del Evangelio.

En este domingo recemos por los pastores de la Iglesia, por todos los obispos, incluido el obispo de Roma, por todos los sacerdotes, por todos. En particular, recemos por los nuevos sacerdotes de la diócesis de Roma, a los que acabo de ordenar en la basílica de San Pedro. Un saludo a estos trece sacerdotes. Que el Señor nos ayude a nosotros, pastores, a ser siempre fieles al Maestro y guías sabios e iluminados del pueblo de Dios confiado a nosotros. También a vosotros, por favor, os pido que nos ayudéis: ayudarnos a ser buenos pastores. Una vez leí algo bellísimo sobre cómo el pueblo de Dios ayuda a los obispos y a los sacerdotes a ser buenos pastores. Es un escrito de san Cesáreo de Arlés, un Padre de los primeros siglos de la Iglesia. Explicaba cómo el pueblo de Dios debe ayudar al pastor, y ponía este ejemplo: cuando el ternerillo tiene hambre va donde la vaca, a su madre, para tomar la leche. Pero la vaca no se la da enseguida: parece que la conserva para ella. ¿Y qué hace el ternerillo? Llama con la nariz a la teta de la vaca, para que salga la leche. ¡Qué hermosa imagen! «Así vosotros —dice este santo— debéis ser con los pastores: llamar siempre a su puerta, a su corazón, para que os den la leche de la doctrina, la leche de la gracia, la leche de la guía». Y os pido, por favor, que importunéis a los pastores, que molestéis a los pastores, a todos nosotros pastores, para que os demos la leche de la gracia, de la doctrina y de la guía. ¡Importunar! Pensad en esa hermosa imagen del ternerillo, cómo importuna a su mamá para que le dé de comer.

A imitación de Jesús, todo pastor «a veces estará delante para indicar el camino y cuidar la esperanza del pueblo —el pastor debe ir a veces adelante—, otras veces estará simplemente en medio de todos con su cercanía sencilla y misericordiosa, y en ocasiones deberá caminar detrás del pueblo para ayudar a los rezagados» (Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, 13). ¡Ojalá que todos los pastores sean así! Pero vosotros importunad a los pastores, para que os den la guía de la doctrina y de la gracia.

Este domingo se celebra la *Jornada mundial de oración por las vocaciones*. En el *Mensaje* de este año he recordado que «toda vocación (...) requiere siempre un éxodo de sí mismos para centrar la propia existencia en Cristo y en su Evangelio» (n. 2). Por eso la llamada a seguir a Jesús es al mismo tiempo entusiasmante y comprometedora. Para que se realice, siempre es necesario entablar una profunda amistad con el Señor a fin de poder vivir de Él y para Él.

Recemos para que también en este tiempo muchos jóvenes oigan la voz del Señor, que siempre corre el riesgo de ser sofocada por otras muchas voces. Recemos por los jóvenes: quizá aquí, en la plaza, haya alguno que oye esta voz del Señor que lo llama al sacerdocio; recemos por él, si está aquí, y por todos los jóvenes que son llamados.

***

2015

En la figura de Jesús, Pastor bueno, contemplamos a la Providencia de Dios

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El cuarto domingo de Pascua —éste—, llamado «domingo del Buen Pastor», cada año nos invita a redescubrir, con estupor siempre nuevo, esta definición que Jesús dio de sí mismo, releyéndola a la luz de su pasión, muerte y resurrección. «El buen Pastor da su vida por las ovejas» (*Jn* 10, 11): estas palabras se realizaron plenamente cuando Cristo, obedeciendo libremente a la voluntad del Padre, se inmoló en la Cruz. Entonces se vuelve completamente claro qué significa que Él es «el buen Pastor»: da la vida, ofreció su vida en sacrificio por todos nosotros: por ti, por ti, por ti, por mí ¡por todos! ¡Y por ello es el buen Pastor!

Cristo es el Pastor verdadero, que realiza el modelo más alto de amor por el rebaño: Él *dispone* libremente de su propia vida, nadie se la quita (cf. v. 18), sino que la *dona* en favor de las ovejas (v. 17). En abierta oposición a los falsos pastores, Jesús se presenta como el verdadero y único Pastor del pueblo: el pastor malo piensa en sí mismo y explota a las ovejas; el buen pastor piensa en las ovejas y se dona a sí mismo. A diferencia del mercenario, Cristo Pastor es un guía atento que participa en la vida de su rebaño, no busca otro interés, no tiene otra ambición que la de guiar, alimentar y proteger a sus ovejas. Y todo esto al precio más alto, el del sacrificio de su propia vida.

En la figura de Jesús, Pastor bueno, contemplamos a la Providencia de Dios, su solicitud paternal por cada uno de nosotros. ¡No nos deja solos! La consecuencia de esta contemplación de Jesús, Pastor verdadero y bueno, es la exclamación de conmovido estupor que encontramos en la segunda Lectura de la liturgia de hoy: «Mirad qué amor nos ha tenido el Padre…» (1 *Jn* 3, 1). Es verdaderamente un amor sorprendente y misterioso, porque donándonos a Jesús como Pastor que da la vida por nosotros, el Padre nos ha dado lo más grande y precioso que nos podía donar. Es el amor más alto y más puro, porque no está motivado por ninguna necesidad, no está condicionado por ningún cálculo, no está atraído por ningún interesado deseo de intercambio. Ante este amor de Dios, experimentamos una alegría inmensa y nos abrimos al reconocimiento por lo que hemos recibido gratuitamente.

Pero contemplar y agradecer no basta. También hay que *seguir* al buen Pastor. En particular, cuantos tienen la misión de guía en la Iglesia —sacerdotes, obispos, Papas— están llamados a asumir no la mentalidad del *mánager* sino la del *siervo*, a imitación de Jesús que, despojándose de sí mismo, nos ha salvado con su misericordia. A este estilo de vida pastoral, de buen Pastor, están llamados también los *nuevos sacerdotes de la diócesis de Roma*, que he tenido la alegría de ordenar esta mañana en la Basílica de San Pedro.

Y dos de ellos se van a asomar para agradecer vuestras oraciones y para saludaros…

[*dos sacerdotes recién ordenados se asoman junto al Santo Padre*]

Que María Santísima obtenga para mí, para los obispos y para los sacerdotes de todo el mundo la gracia de servir al pueblo santo de Dios mediante la alegre predicación del Evangelio, la sentida celebración de los Sacramentos y la paciente y mansa guía pastoral.

***

2016

Nada ni nadie podrá arrancarnos de las manos de Jesús

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El evangelio de hoy (*Jn* 10, 27-30) nos ofrece algunas expresiones pronunciadas por Jesús durante la fiesta de la dedicación del templo de Jerusalén, que se celebraba a finales de diciembre. Él se encontraba precisamente en la zona del templo, y quizás aquel espacio sagrado cercado le sugiere la imagen del rebaño y del pastor. Jesús se presenta como «el buen pastor» y dice: «Mis ovejas escuchan mi voz; yo las conozco y ellas me siguen. Yo les doy la vida eterna y no perecerán jamás, y nadie las arrebatará de mi mano» (vv. 27-28). Estas palabras nos ayudan a comprender que nadie puede decirse seguidor de Jesús si no escucha su voz. Y este «escuchar» no hay que entenderlo de una manera superficial, sino comprometedora, al punto que vuelve posible un verdadero conocimiento recíproco, del cual pueden surgir un seguimiento generoso, expresada en las palabras «y ellas me siguen» (v.27). Se trata de un escuchar no solamente con el oído, sino ¡una escucha del corazón!

Por lo tanto, la imagen del pastor y de las ovejas indica la estrecha relación que Jesús quiere establecer con cada uno de nosotros. Él es nuestra guía, nuestro maestro, nuestro amigo, nuestro modelo, pero sobre todo es nuestro salvador. De hecho, la frase sucesiva del pasaje evangélico afirma: «Yo les doy la vida eterna y no perecerán jamás, y nadie las arrebatará de mi mano» (v. 28). ¿Quién puede hablar así? Solamente Jesús, porque la «mano» de Jesús es una sola cosa con la «mano» del Padre, y el Padre es «más grande que todos» (v. 29).

Estas palabras nos comunican un sentido de absoluta seguridad y de inmensa ternura. Nuestra vida está totalmente segura en las manos de Jesús y del Padre, que son una sola cosa: un único amor, una única misericordia, reveladas de una vez y para siempre en el sacrificio de la cruz. Para salvar a las ovejas perdidas que somos todos nosotros, el Pastor se hizo cordero y se dejó inmolar para tomar sobre sí y quitar el pecado del mundo. De esta manera Él nos ha dado la vida, pero la vida en abundancia. De esta manera Él nos ha dado la vida, pero ¡la vida en abundancia! (cf. *Jn* 10, 10). Este misterio se renueva, en una humildad siempre sorprendente, en la mesa eucarística. Es allí que las ovejas se reúnen para nutrirse; es allí que se vuelven una sola cosa, entre ellas y con el Buen Pastor.

Por esto no tenemos más miedo: nuestra vida ya se ha salvado de la perdición. Nada ni nadie podrá arrancarnos de las manos de Jesús, porque nada ni nadie puede vencer su amor. ¡El amor de Jesús es invencible! El maligno, el gran enemigo de Dios

y de sus criaturas, intenta de muchas maneras arrebatarnos la vida eterna. Pero el maligno no puede nada si nosotros no le abrimos las puertas de nuestra alma, siguiendo sus halagos engañosos.

La Virgen María ha escuchado y seguido dócilmente la voz del Buen Pastor. Que Ella nos ayude a acoger con alegría la invitación de Jesús a convertirnos en sus discípulos y a vivir siempre en la certeza de estar en las manos paternas de Dios.

***

2017

Sentirse amados por Jesús

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En el Evangelio de este domingo, (cf. *Juan* 10, 1-10), llamado "el domingo del buen pastor", Jesús se presenta con dos imágenes que se complementan la una con la otra. La imagen del pastor y la imagen de la puerta del redil.

El rebaño, que somos todos nosotros, tiene como casa un redil que sirve como refugio, donde las ovejas viven y descansan después de las fatigas del camino. Y el redil tiene un recinto con una puerta, donde hay un guardián.

Al rebaño se acercan distintas personas: está quien entra en el recinto pasando por la puerta y quien «sube por otro lado» (v. 1).

El primero es el pastor, el segundo un extraño, que no ama a las ovejas, quiere entrar por otros intereses. Jesús se identifica con el primero y manifiesta una relación de familiaridad con las ovejas, expresada a través de la voz, con la que las llama y que ellas reconocen y siguen (cf. v. 3). Él las llama para conducirlas fuera, a los pastos verdes donde encuentran buen alimento.

La segunda imagen con la que Jesús se presenta es la de la «puerta de las ovejas» (v. 7). De hecho dice: «Yo soy la puerta: si uno entra por mí, estará a salvo» (v. 9), es decir tendrá vida y la tendrá en abundancia (cf. v. 10).

Cristo, Buen Pastor, se ha convertido en la puerta de la salvación de la humanidad, porque ha ofrecido la vida por sus ovejas. Jesús, pastor bueno y puerta de las ovejas, es un jefe cuya autoridad se expresa en el servicio, un jefe que para mandar dona la vida y no pide a los otros que la sacrifiquen.

De un jefe así podemos fiarnos, como las ovejas que escuchan la voz de su pastor porque saben que con él se va a pastos buenos y abundantes. Basta una señal, un reclamo y ellas siguen, obedecen, se ponen en camino guiadas por la voz de aquel que escuchan como presencia amiga, fuerte y dulce a la vez, que guía, protege, consuela y sana.

Así es Cristo para nosotros. Hay una dimensión de la experiencia cristiana que quizá dejamos un poco en la sombra: la dimensión espiritual y afectiva.

El sentirnos unidos por un vínculo especial al Señor como las ovejas a su pastor. A veces racionalizamos demasiado la fe y corremos el riesgo de perder la percepción del timbre de esa voz, de la voz de Jesús buen pastor, que estimula y fascina.

Como sucedió a los dos discípulos de Emaús, que ardía su corazón mientras el Resucitado hablaba a lo largo del camino. Es la maravillosa experiencia de sentirse amados por Jesús. Haceos una pregunta: "¿Yo me siento amado por Jesús? ¿Yo me siento amada por Jesús?". Para Él no somos nunca extraños, sino amigos y hermanos. Sin embargo, no es siempre fácil distinguir la voz del pastor bueno. Estad atentos.

Está siempre el riesgo de estar distraídos por el estruendo de muchas otras voces.

Hoy somos invitados a no dejarnos desviar por las falsas sabidurías de este mundo, sino a seguir a Jesús, el Resucitado, como única guía segura que da sentido a nuestra vida.

En esta Jornada Mundial de oración por las vocaciones —en particular por las vocaciones sacerdotales, para que el Señor nos mande buenos pastores— invocamos a la Virgen María: Ella acompañe a los diez nuevos sacerdotes que he ordenado hace poco.

He pedido a cuatro de ellos de la diócesis de Roma que se asomen para dar la bendición junto a mí.

La Virgen sostenga con su ayuda a cuantos son llamados por Él, para que estén preparados y sean generosos en el seguir su voz.

***

2020

Escuchar la voz de Dios

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El cuarto domingo de Pascua, que celebramos hoy, está dedicado a Jesús el Buen Pastor. El Evangelio nos dice: «las ovejas escuchan *su voz*; y a sus ovejas las llama una por una» (*Juan* 10,3). El Señor nos llama por nuestro nombre, nos llama porque nos ama. Pero también dice el Evangelio que hay *otras voces* que no debemos seguir: las de los extraños, ladrones y salteadores que quieren el mal de las ovejas.

Estas diferentes voces resuenan dentro de nosotros. Está la voz de Dios, que habla amablemente a la conciencia, y está la voz tentadora que conduce al mal. ¿Cómo podemos reconocer la voz del buen Pastor de la del ladrón, cómo podemos distinguir la inspiración de Dios de la sugerencia del maligno? Uno puede aprender a diferenciar estas dos voces: hablan dos idiomas diferentes, es decir, tienen formas opuestas de llegar a nuestros corazones. Hablan diferentes idiomas. Así como sabemos distinguir un idioma de otro, también podemos distinguir la voz de Dios y la voz del Maligno. La voz de Dios nunca obliga: Dios *se propone*, no *se impone*. En cambio, la voz maligna seduce, asalta, fuerza: despierta ilusiones deslumbrantes, emociones tentadoras, pero pasajeras. Al principio halaga, nos hace creer que somos todopoderosos, pero luego nos deja vacíos por dentro y nos acusa: "No vales nada". La voz de Dios, en cambio, nos corrige, con tanta paciencia, pero siempre nos anima, nos consuela: siempre alimenta la esperanza. La voz de Dios es una voz que tiene un horizonte; en cambio, la voz del maligno te pone contra la pared, te arrincona.

Hay otra diferencia. La voz del enemigo nos distrae del presente y quiere que nos centremos en los miedos del futuro o en la tristeza del pasado —el enemigo no quiere el presente—: nos devuelve la amargura, los recuerdos de las injusticias sufridas, de los que nos han hecho daño..., tantos malos recuerdos. En cambio, la voz de Dios habla al presente: "Ahora puedes hacer el bien, ahora puedes practicar la creatividad del amor, ahora puedes renunciar a los pesares y remordimientos que mantienen tu corazón cautivo". Nos anima, nos hace avanzar, pero habla al presente: ahora.

Reitero: las dos voces plantean diferentes preguntas en nuestro interior. La que viene de Dios nos dice: "¿Qué es bueno para mí?". En cambio, el tentador insistirá en otra pregunta: "¿Qué me apetece hacer?". Qué me apetece: la voz del mal siempre gira en torno al ego, a sus pulsiones, a sus necesidades, al *todo y ahora*. Es como los caprichos de los niños: todo y ahora. La voz de Dios, en cambio, nunca promete alegría a bajo precio: nos invita a ir más allá de nuestro ego para encontrar el verdadero bien, la paz. Recordemos: el mal nunca nos da paz, causa frenesí primero y deja amargura tras de sí. Así es el estilo del mal.

La voz de Dios y la del tentador, en definitiva, hablan en diferentes "ambientes": el enemigo prefiere la oscuridad, la falsedad, el chismorreo; por el contrario, el Señor ama la luz del sol, la verdad, la transparencia sincera. El enemigo nos dirá: "Enciérrate en ti mismo, porque nadie te entiende ni te escucha, ¡no te fíes!". El bien, contrariamente, nos invita a abrirnos, a ser claros y a confiar en Dios y en los demás. Queridos hermanos y hermanas: en este tiempo, muchos pensamientos y preocupaciones nos llevan a volver a adentrarnos en nosotros mismos. Prestemos atención a las voces que llegan a nuestros corazones. Preguntémonos de dónde vienen. Pidamos la gracia de reconocer y seguir la voz del buen Pastor, que nos saca del redil del egoísmo y nos guía hacia los pastos de la verdadera libertad. Que Nuestra Señora, Madre del Buen Consejo, guíe y acompañe nuestro discernimiento.

BENEDICTO XVI – *Regina Coeli* 2008 y 2011

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE PASCUA

2008

Vocación y misión son inseparables

Queridos hermanos y hermanas:

En este IV domingo de Pascua, en el que la liturgia nos presenta a Jesús como el buen Pastor, se celebra la Jornada mundial de oración por las vocaciones. En todos los continentes, las comunidades eclesiales imploran al unísono del Señor numerosas y santas vocaciones al sacerdocio, a la vida consagrada y misionera, y al matrimonio cristiano, y meditan sobre el tema: "Las vocaciones al servicio de la Iglesia-misión". Este año la Jornada mundial de oración por las vocaciones se sitúa en la perspectiva

del "Año paulino", que comenzará el 28 de junio próximo, para celebrar el bimilenario del nacimiento del apóstol san Pablo, el misionero por excelencia.

En la experiencia del Apóstol de los gentiles, a quien el Señor llamó para ser "ministro del Evangelio", vocación y misión son inseparables. Por tanto, constituye un modelo para todo cristiano y, de modo particular, para los misioneros *ad vitam*, o sea, para los hombres y las mujeres que se dedican totalmente a anunciar a Cristo a quienes aún no lo conocen: esta vocación sigue manteniendo toda su validez.

Este servicio misionero lo realizan en primer lugar los sacerdotes, ofreciendo la palabra de Dios y los sacramentos y manifestando mediante su caridad pastoral con todos, sobre todo con los enfermos, los pequeños y los pobres, la presencia sanadora de Jesucristo. Demos gracias a Dios por estos hermanos nuestros que se entregan sin reservas en el ministerio pastoral, coronando a veces su fidelidad a Cristo con el sacrificio de su vida, como les sucedió ayer a dos religiosos asesinados en Guinea y Kenia. A ellos se dirige nuestra admiración y nuestra gratitud, juntamente con nuestra oración de sufragio.

Oremos también para que sea cada vez mayor el número de quienes deciden vivir radicalmente el Evangelio mediante los votos de castidad, pobreza y obediencia: hombres y mujeres que desempeñan un papel primario en la evangelización. Algunos de ellos se dedican a la contemplación y a la oración; otros, a una multiforme acción educativa y caritativa, pero a todos los une un mismo objetivo: testimoniar la primacía de Dios sobre todo y difundir su reino en todos los ámbitos de la sociedad. Muchos de ellos, como escribió el siervo de Dios Pablo VI, "son emprendedores y su apostolado está frecuentemente marcado por una originalidad y una imaginación que suscitan admiración. Son generosos: no raras veces se les encuentra en la vanguardia de la misión y afrontando los más grandes riesgos para su salud y su propia vida" (*Evangelii nuntiandi*, 69).

Por último, no hay que olvidar que también la vocación al matrimonio cristiano es una vocación misionera: en efecto, los esposos están llamados a vivir el Evangelio en las familias, en los ambientes de trabajo, en las comunidades parroquiales y civiles. Además, en ciertos casos, prestan una valiosa colaboración a la misión Ad gentes.

Queridos hermanos y hermanas, invoquemos la maternal protección de María sobre las múltiples vocaciones que existen en la Iglesia, para que se desarrollen con un fuerte carácter misionero.

***

2011

De la escucha de su Palabra deriva el *seguir* a Jesús

¡Queridos hermanos y hermanas!

La liturgia del IV Domingo de Pascua nos presenta uno de los iconos más bellos que, desde los primeros siglos de la Iglesia, han representado al Señor Jesús: el del Buen Pastor. El Evangelio de san Juan, en el capítulo décimo, nos describe los rasgos peculiares de la relación entre Cristo Pastor y su rebaño, una relación tan estrecha que

nadie podrá jamás apartar a las ovejas de su mano. Estas, de hecho, están unidas a Él por un vínculo de amor y de conocimiento recíproco, que les garantiza el don inconmensurable de la vida eterna. Al mismo tiempo, la actitud del rebaño hacia el Buen Pastor, Cristo, es presentada por el Evangelista con dos verbos específicos: escuchar y seguir. Estos términos designan las características fundamentales de aquellos que viven el seguimiento del Señor. Ante todo la *escucha* de su Palabra, de la que nace y se alimenta la fe. Sólo el que está atento a la voz del Señor es capaz de valorar en su propia conciencia las decisiones justas para actuar según Dios. De la escucha deriva, por tanto, el *seguir* a Jesús: se actúa como discípulo después de haber escuchado y acogido interiormente las enseñanzas del Maestro, para vivirlas cotidianamente.

En este domingo surge espontáneamente recordar a Dios a los Pastores de la Iglesia, y a quienes se están formando para ser Pastores. Os invito por tanto a una especial oración por los obispos –¡incluido el Obispo de Roma!–, por los párrocos, por todos aquellos que tienen responsabilidades en la guía del rebaño de Cristo, para que sean fieles y sabios al llevar a cabo su ministerio. En particular, rezamos por las vocaciones al sacerdocio en esta Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones, para que no falten nunca obreros válidos en la mies del Señor. Hace setenta años, el Venerable Pío XII instituyó la Obra Pontificia para las vocaciones sacerdotales. La feliz intuición de mi Predecesor se fundaba en la convicción de que las vocaciones crecen y maduran en las Iglesias particulares, facilitadas por contextos familiares sanos y robustecidos por el espíritu de fe, de caridad y de piedad. En el mensaje enviado para esta Jornada Mundial subrayé que una vocación se realiza cuando se sale "de la propia voluntad cerrada y de la propia idea de autorrealización, para sumergirse en otra voluntad, la de Dios, dejándose guiar por ella". También en este tiempo, en el que la voz del Señor corre el riesgo de ser ahogada en medio de tantas voces, cada comunidad eclesial está llamada a promover y cuidar las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada. Los hombres, de hecho, siempre tienen necesidad de Dios, también en nuestro mundo tecnológico, y siempre habrá necesidad de Pastores que anuncien su palabra y que hagan encontrar al Señor en los Sacramentos.

Queridos hermanos y hermanas, revigorizados por la alegría pascual y por la fe en el Resucitado, confiemos nuestros propósitos y nuestras intenciones a la Virgen María, madre de toda vocación, para que con su intercesión suscite y sostenga numerosas y santas vocaciones al servicio de la Iglesia y del mundo.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE PASCUA

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

Cristo, pastor de las ovejas y puerta del redil

754. "La Iglesia, en efecto, es el *redil* cuya puerta única y necesaria es Cristo (*Jn* 10, 1-10). Es también el rebaño cuyo pastor será el mismo Dios, como él mismo anunció (cf. *Is* 40, 11; *Ez* 34, 11-31). Aunque son pastores humanos quienes gobiernan a las ovejas, sin embargo es Cristo mismo el que sin cesar las guía y alimenta; Él, el Buen Pastor y Cabeza de los pastores (cf. *Jn* 10, 11; *1 P* 5, 4), que dio su vida por las ovejas (cf. *Jn* 10, 11-15)". (LG 6)

764. "Este Reino se manifiesta a los hombres en las palabras, en las obras y en la presencia de Cristo" (LG 5). Acoger la palabra de Jesús es acoger "el Reino" (*ibíd.*). El germen y el comienzo del Reino son el "pequeño rebaño" (*Lc* 12, 32) de los que Jesús ha venido a convocar en torno suyo y de los que él mismo es el pastor (cf. *Mt* 10, 16; 26, 31; *Jn* 10, 1-21). Constituyen la verdadera familia de Jesús (cf. *Mt* 12, 49). A los que reunió así en torno suyo, les enseñó no sólo una nueva "manera de obrar", sino también una oración propia (cf. *Mt* 5-6).

2665. La oración de la Iglesia, alimentada por la palabra de Dios y por la celebración de la liturgia, nos enseña a orar al Señor Jesús. Aunque esté dirigida sobre todo al Padre, en todas las tradiciones litúrgicas incluye formas de oración dirigidas a Cristo. Algunos salmos, según su actualización en la Oración de la Iglesia, y el Nuevo Testamento ponen en nuestros labios y graban en nuestros corazones las invocaciones de esta oración a Cristo: Hijo de Dios, Verbo de Dios, Señor, Salvador, Cordero de Dios, Rey, Hijo amado, Hijo de la Virgen, Buen Pastor, Vida nuestra, nuestra Luz, nuestra Esperanza, Resurrección nuestra, Amigo de los hombres...

El Papa y los obispos como pastores

553. Jesús ha confiado a Pedro una autoridad específica: "A ti te daré las llaves del Reino de los cielos; y lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos" (*Mt* 16, 19). El poder de las llaves designa la autoridad para gobernar la casa de Dios, que es la Iglesia. Jesús, "el Buen Pastor" (*Jn* 10, 11) confirmó este encargo después de su resurrección: "Apacienta mis ovejas" (*Jn* 21, 15-17). El poder de "atar y desatar" significa la autoridad para absolver los pecados, pronunciar sentencias doctrinales y tomar decisiones disciplinares en la Iglesia. Jesús confió esta autoridad a la Iglesia por el ministerio de los Apóstoles (cf. *Mt* 18, 18) y particularmente por el de Pedro, el único a quien Él confió explícitamente las llaves del Reino.

857. La Iglesia es apostólica porque está fundada sobre los apóstoles, y esto en un triple sentido:

— fue y permanece edificada sobre "el fundamento de los Apóstoles" (Ef 2, 20; Hch 21, 14), testigos escogidos y enviados en misión por el mismo Cristo (cf. Mt 28, 16-20; Hch1, 8; 1 Co 9, 1; 15, 7-8; Ga 1, l; etc.).

— guarda y transmite, con la ayuda del Espíritu Santo que habita en ella, la enseñanza (cf. Hch 2, 42), el buen depósito, las sanas palabras oídas a los Apóstoles (cf 2 Tm 1, 13-14).

— sigue siendo enseñada, santificada y dirigida por los Apóstoles hasta la vuelta de Cristo gracias a aquellos que les suceden en su ministerio pastoral: el colegio de los obispos, "al que asisten los presbíteros juntamente con el sucesor de Pedro y Sumo Pastor de la Iglesia" (AG 5):

«Porque no abandonas nunca a tu rebaño, sino que, por medio de los santos pastores, lo proteges y conservas, y quieres que tenga siempre por guía la palabra de aquellos mismos pastores a quienes tu Hijo dio la misión de anunciar el Evangelio (Prefacio de los Apóstoles I: Misal Romano).

Los obispos sucesores de los Apóstoles

861. "Para que continuase después de su muerte la misión a ellos confiada, [los Apóstoles] encargaron mediante una especie de testamento a sus colaboradores más inmediatos que terminaran y consolidaran la obra que ellos empezaron. Les encomendaron que cuidaran de todo el rebaño en el que el Espíritu Santo les había puesto para ser los pastores de la Iglesia de Dios. Nombraron, por tanto, de esta manera a algunos varones y luego dispusieron que, después de su muerte, otros hombres probados les sucedieran en el ministerio" (LG 20; cf. San Clemente Romano, *Epistula ad Corinthios,* 42, 4).

881. El Señor hizo de Simón, al que dio el nombre de Pedro, y solamente de él, la piedra de su Iglesia. Le entregó las llaves de ella (cf. *Mt* 16, 18-19); lo instituyó pastor de todo el rebaño (cf. *Jn* 21, 15-17). "Consta que también el colegio de los apóstoles, unido a su cabeza, recibió la función de atar y desatar dada a Pedro" (LG 22). Este oficio pastoral de Pedro y de los demás Apóstoles pertenece a los cimientos de la Iglesia. Se continúa por los obispos bajo el primado del Papa.

896. El Buen Pastor será el modelo y la "forma" de la misión pastoral del obispo. Consciente de sus propias debilidades, el obispo "puede disculpar a los ignorantes y extraviados. No debe negarse nunca a escuchar a sus súbditos, a los que cuida como verdaderos hijos [...] Los fieles, por su parte, deben estar unidos a su obispo como la Iglesia a Cristo y como Jesucristo al Padre" (LG 27):

«Obedeced todos al obispo como Jesucristo a su Padre, y al presbiterio como a los Apóstoles; en cuanto a los diáconos, respetadlos como a la ley de Dios. Que nadie haga al margen del obispo nada en lo que atañe a la Iglesia (San Ignacio de Antioquía, Epistula ad Smyrnaeos 8,1)

1558. "La consagración episcopal confiere, junto con la función de santificar, también las funciones de enseñar y gobernar [...] En efecto, por la imposición de las manos y por las palabras de la consagración se confiere la gracia del Espíritu Santo y se queda marcado con el carácter sagrado. En consecuencia, los obispos, de manera eminente y visible, hacen las veces del mismo Cristo, Maestro, Pastor y Sacerdote, y actúan en su nombre (*in eius persona agant*)" (LG 21). "El Espíritu Santo que han recibido ha hecho de los obispos los verdaderos y auténticos maestros de la fe, pontífices y pastores" (CD 2).

1561. Todo lo que se ha dicho explica por qué la Eucaristía celebrada por el obispo tiene una significación muy especial como expresión de la Iglesia reunida en torno al

altar bajo la presidencia de quien representa visiblemente a Cristo, Buen Pastor y Cabeza de su Iglesia (cf SC 41; LG 26).

1568. "Los presbíteros, instituidos por la ordenación en el orden del presbiterado, están unidos todos entre sí por la íntima fraternidad del sacramento. Forman un único presbiterio especialmente en la diócesis a cuyo servicio se dedican bajo la dirección de su obispo" (PO 8). La unidad del presbiterio encuentra una expresión litúrgica en la costumbre de que los presbíteros impongan a su vez las manos, después del obispo, durante el rito de la ordenación.

1574. Como en todos los sacramentos, ritos complementarios rodean la celebración. Estos varían notablemente en las distintas tradiciones litúrgicas, pero tienen en común la expresión de múltiples aspectos de la gracia sacramental. Así, en el rito latino, los ritos iniciales —la presentación y elección del ordenando, la alocución del obispo, el interrogatorio del ordenando, las letanías de los santos— ponen de relieve que la elección del candidato se hace conforme al uso de la Iglesia y preparan el acto solemne de la consagración; después de ésta varios ritos vienen a expresar y completar de manera simbólica el misterio que se ha realizado: para el obispo y el presbítero la unción, con el santo crisma, signo de la unción especial del Espíritu Santo que hace fecundo su ministerio; la entrega del libro de los evangelios, del anillo, de la mitra y del báculo al obispo en señal de su misión apostólica de anuncio de la Palabra de Dios, de su fidelidad a la Iglesia, esposa de Cristo, de su cargo de pastor del rebaño del Señor; entrega al presbítero de la patena y del cáliz, "la ofrenda del pueblo santo" (cf *Pontifical Romano. Ordenación de Obispos, presbíteros y diáconos*. Ordenación de Presbíteros. Entrega del pan y del vino, 163) que es llamado a presentar a Dios; la entrega del libro de los evangelios al diácono que acaba de recibir la misión de anunciar el evangelio de Cristo.

Los sacerdotes como pastores

874. El mismo Cristo es la fuente del ministerio en la Iglesia. Él lo ha instituido, le ha dado autoridad y misión, orientación y finalidad:

«Cristo el Señor, para dirigir al Pueblo de Dios y hacerle progresar siempre, instituyó en su Iglesia diversos ministerios que están ordenados al bien de todo el Cuerpo. En efecto, los ministros que posean la sagrada potestad están al servicio de sus hermanos para que todos los que son miembros del Pueblo de Dios [...] lleguen a la salvación» (LG 18).

1120. El ministerio ordenado o sacerdocio *ministerial* (LG 10) está al servicio del sacerdocio bautismal. Garantiza que, en los sacramentos, sea Cristo quien actúa por el Espíritu Santo en favor de la Iglesia. La misión de salvación confiada por el Padre a su Hijo encarnado es confiada a los Apóstoles y por ellos a sus sucesores: reciben el Espíritu de Jesús para actuar en su nombre y en su persona (cf *Jn* 20,21-23; *Lc* 24,47; *Mt* 28,18-20). Así, el ministro ordenado es el vínculo sacramental que une la acción litúrgica a lo que dijeron y realizaron los Apóstoles, y por ellos a lo que dijo y realizó Cristo, fuente y fundamento de los sacramentos.

1465. Cuando celebra el sacramento de la Penitencia, el sacerdote ejerce el ministerio del Buen Pastor que busca la oveja perdida, el del Buen Samaritano que cura las heridas, del Padre que espera al hijo pródigo y lo acoge a su vuelta, del justo Juez que no hace acepción de personas y cuyo juicio es a la vez justo y misericordioso. En una palabra, el sacerdote es el signo y el instrumento del amor misericordioso de Dios con el pecador.

ARTÍCULO 6

EL SACRAMENTO DEL ORDEN

1536. El Orden es el sacramento gracias al cual la misión confiada por Cristo a sus Apóstoles sigue siendo ejercida en la Iglesia hasta el fin de los tiempos: es, pues, el sacramento del ministerio apostólico. Comprende tres grados: el episcopado, el presbiterado y el diaconado.

1548. En el servicio eclesial del ministro ordenado es Cristo mismo quien está presente a su Iglesia como Cabeza de su cuerpo, Pastor de su rebaño, Sumo Sacerdote del sacrificio redentor, Maestro de la Verdad. Es lo que la Iglesia expresa al decir que el sacerdote, en virtud del sacramento del Orden, actúa *in persona Christi Capitis* (cf LG 10; 28; SC 33; CD11; PO 2,6):

«Es al mismo Cristo Jesús, Sacerdote, a cuya sagrada persona representa el ministro. Este, ciertamente, gracias a la consagración sacerdotal recibida se asimila al Sumo Sacerdote y goza de la facultad de actuar por el poder de Cristo mismo (a quien representa)» (Pío XII, enc. Mediator Dei)

«Christus est fons totius sacerdotii: nam sacerdos legalis erat figura Ipsius, sacerdos autem novae legis in persona Ipsius operatur» (Cristo es la fuente de todo sacerdocio, pues el sacerdote de la antigua ley era figura de Él, y el sacerdote de la nueva ley actúa en representación suya) (Santo Tomás de Aquino, Summa theologiae 3, q. 22, a. 4).

1549. Por el ministerio ordenado, especialmente por el de los obispos y los presbíteros, la presencia de Cristo como cabeza de la Iglesia se hace visible en medio de la comunidad de los creyentes (LG 21). Según la bella expresión de San Ignacio de Antioquía, el obispo es *typos tou Patrós*, es imagen viva de Dios Padre (*Epistula ad Trallianos* 3,1; Id. *Epistula ad Magnesios* 6,1).

1550. Esta presencia de Cristo en el ministro no debe ser entendida como si éste estuviese exento de todas las flaquezas humanas, del afán de poder, de errores, es decir, del pecado. No todos los actos del ministro son garantizados de la misma manera por la fuerza del Espíritu Santo. Mientras que en los sacramentos esta garantía es dada de modo que ni siquiera el pecado del ministro puede impedir el fruto de la gracia, existen muchos otros actos en que la condición humana del ministro deja huellas que no son siempre el signo de la fidelidad al evangelio y que pueden dañar, por consiguiente, a la fecundidad apostólica de la Iglesia.

1551. Este sacerdocio es *ministerial*. "Esta Función [...], que el Señor confió a los pastores de su pueblo, es un verdadero *servicio*" (LG 24). Está enteramente referido a

Cristo y a los hombres. Depende totalmente de Cristo y de su sacerdocio único, y fue instituido en favor de los hombres y de la comunidad de la Iglesia. El sacramento del Orden comunica "un poder sagrado", que no es otro que el de Cristo. El ejercicio de esta autoridad debe, por tanto, medirse según el modelo de Cristo, que por amor se hizo el último y el servidor de todos (cf. *Mc* 10,43-45; *1 P* 5,3). "El Señor dijo claramente que la atención prestada a su rebaño era prueba de amor a Él" (San Juan Crisóstomo, *De sacerdotio* 2,4; cf. *Jn* 21,15-17).

1564. "Los presbíteros, aunque no tengan la plenitud del sacerdocio y dependan de los obispos en el ejercicio de sus poderes, sin embargo, están unidos a éstos en el honor del sacerdocio y, en virtud del sacramento del Orden, quedan consagrados como verdaderos sacerdotes de la Nueva Alianza, a imagen de Cristo, sumo y eterno Sacerdote (*Hb* 5,1-10; 7,24; 9,11-28), para anunciar el Evangelio a los fieles, para apacentarlos y para celebrar el culto divino" (LG 28).

2179. "La parroquia es una determinada comunidad de fieles constituida de modo estable en la Iglesia particular, cuya cura pastoral, bajo la autoridad del obispo diocesano, se encomienda a un párroco, como su pastor propio" (CIC can. 515, §1). Es el lugar donde todos los fieles pueden reunirse para la celebración dominical de la Eucaristía. La parroquia inicia al pueblo cristiano en la expresión ordinaria de la vida litúrgica, le congrega en esta celebración; le enseña la doctrina salvífica de Cristo. Practica la caridad del Señor en obras buenas y fraternas:

«También puedes orar en casa; sin embargo, no puedes orar igual que en la iglesia, donde son muchos los reunidos, donde el grito de todos se eleva a Dios como desde un solo corazón. Hay en ella algo más: la unión de los espíritus, la armonía de las almas, el vínculo de la caridad, las oraciones de los sacerdotes» (San Juan Crisóstomo, De incomprehensibili Dei natura seu contra Anomoeos, 3, 6).

2686. Los *ministros ordenados* son también responsables de la formación en la oración de sus hermanos y hermanas en Cristo. Servidores del buen Pastor, han sido ordenados para guiar al pueblo de Dios a las fuentes vivas de la oración: la palabra de Dios, la liturgia, la vida teologal, el hoy de Dios en las situaciones concretas (cf PO 4-6).

Conversión, fe y Bautismo

14. Los que por la fe y el Bautismo pertenecen a Cristo deben confesar su fe bautismal delante de los hombres (cf. *Mt* 10,32; *Rom* 10,9). Para esto, el catecismo expone en primer lugar en qué consiste la Revelación por la que Dios se dirige y se da al hombre, y la fe, por la cual el hombre responde a Dios (*primera sección*). El Símbolo de la fe resume los dones que Dios hace al hombre como Autor de todo bien, como Redentor, como Santificador y los articula en torno a los "tres capítulos" de nuestro Bautismo — la fe en un solo Dios: el Padre Todopoderoso, el Creador; y Jesucristo, su Hijo, nuestro Señor y Salvador; y el Espíritu Santo, en la Santa Iglesia (*segunda sección*).

189. La primera "Profesión de fe" se hace en el Bautismo. El "Símbolo de la fe" es ante todo el símbolo *bautismal*. Puesto que el Bautismo es dado "en el nombre del Padre y

del Hijo y del Espíritu Santo" (*Mt* 28,19), las verdades de fe profesadas en el Bautismo son articuladas según su referencia a las tres personas de la Santísima Trinidad.

1064. Así pues, el "Amén" final del Credo recoge y confirma su primera palabra: "Creo". Creer es decir "Amén" a las palabras, a las promesas, a los mandamientos de Dios, es fiarse totalmente de Él, que es el Amén de amor infinito y de perfecta fidelidad. La vida cristiana de cada día será también el "Amén" al "Creo" de la Profesión de fe de nuestro Bautismo:

«Que tu símbolo sea para ti como un espejo. Mírate en él: para ver si crees todo lo que declaras creer. Y regocíjate todos los días en tu fe» (San Agustín, Sermo 58, 11, 13: PL 38, 399).

1226. Desde el día de Pentecostés la Iglesia ha celebrado y administrado el santo Bautismo. En efecto, san Pedro declara a la multitud conmovida por su predicación: "Convertíos [...] y que cada uno de vosotros se haga bautizar en el nombre de Jesucristo, para remisión de vuestros pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo" (*Hch* 2,38). Los Apóstoles y sus colaboradores ofrecen el bautismo a quien crea en Jesús: judíos, hombres temerosos de Dios, paganos (*Hch* 2,41; 8,12-13; 10,48; 16,15). El Bautismo aparece siempre ligado a la fe: "Ten fe en el Señor Jesús y te salvarás tú y tu casa", declara san. Pablo a su carcelero en Filipos. El relato continúa: "el carcelero inmediatamente recibió el bautismo, él y todos los suyos" (*Hch* 16,31-33).

1236. *El anuncio de la Palabra de Dios* ilumina con la verdad revelada a los candidatos y a la asamblea y suscita la respuesta de la fe, inseparable del Bautismo. En efecto, el Bautismo es de un modo particular "el sacramento de la fe" por ser la entrada sacramental en la vida de fe.

1253. El Bautismo es el sacramento de la fe (cf *Mc* 16,16). Pero la fe tiene necesidad de la comunidad de creyentes. Sólo en la fe de la Iglesia puede creer cada uno de los fieles. La fe que se requiere para el Bautismo no es una fe perfecta y madura, sino un comienzo que está llamado a desarrollarse. Al catecúmeno o a su padrino se le pregunta: "¿Qué pides a la Iglesia de Dios?" y él responde: "¡La fe!".

1254. En todos los bautizados, niños o adultos, la fe debe crecer *después* del Bautismo. Por eso, la Iglesia celebra cada año en la vigilia pascual la renovación de las promesas del Bautismo. La preparación al Bautismo sólo conduce al umbral de la vida nueva. El Bautismo es la fuente de la vida nueva en Cristo, de la cual brota toda la vida cristiana.

1255. Para que la gracia bautismal pueda desarrollarse es importante la ayuda de los padres. Ese es también el papel del *padrino* o de la *madrina*, que deben ser creyentes sólidos, capaces y prestos a ayudar al nuevo bautizado, niño o adulto, en su camino de la vida cristiana (cf CIC can. 872-874). Su tarea es una verdadera función eclesial (*officium*; cf SC 67). Toda la comunidad eclesial participa de la responsabilidad de desarrollar y guardar la gracia recibida en el Bautismo.

1427. Jesús llama a la conversión. Esta llamada es una parte esencial del anuncio del Reino: "El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva" (*Mc* 1,15). En la predicación de la Iglesia, esta llamada se dirige primeramente a los que no conocen todavía a Cristo y su Evangelio. Así, el Bautismo

es el lugar principal de la conversión primera y fundamental. Por la fe en la Buena Nueva y por el Bautismo (cf. *Hch* 2,38) se renuncia al mal y se alcanza la salvación, es decir, la remisión de todos los pecados y el don de la vida nueva.

1428. Ahora bien, la llamada de Cristo a la conversión sigue resonando en la vida de los cristianos. Esta *segunda conversión* es una tarea ininterrumpida para toda la Iglesia que "recibe en su propio seno a los pecadores" y que siendo "santa al mismo tiempo que necesitada de purificación constante, busca sin cesar la penitencia y la renovación" (LG 8). Este esfuerzo de conversión no es sólo una obra humana. Es el movimiento del "corazón contrito" (*Sal* 51,19), atraído y movido por la gracia (cf *Jn* 6,44; 12,32) a responder al amor misericordioso de Dios que nos ha amado primero (cf *1 Jn* 4,10).

1429. De ello da testimonio la conversión de san Pedro tras la triple negación de su Maestro. La mirada de infinita misericordia de Jesús provoca las lágrimas del arrepentimiento (*Lc* 22,61) y, tras la resurrección del Señor, la triple afirmación de su amor hacia él (cf *Jn* 21,15-17). La segunda conversión tiene también una dimensión *comunitaria*. Esto aparece en la llamada del Señor a toda la Iglesia: "¡Arrepiéntete!" (*Ap* 2,5.16).

San Ambrosio dice acerca de las dos conversiones que, «en la Iglesia, existen el agua y las lágrimas: el agua del Bautismo y las lágrimas de la Penitencia» (Epistula extra collectionem 1 [41], 12).

Cristo, un ejemplo para soportar con paciencia

618. La Cruz es el único sacrificio de Cristo "único mediador entre Dios y los hombres" (*1 Tm* 2, 5). Pero, porque en su Persona divina encarnada, "se ha unido en cierto modo con todo hombre" (GS 22, 2) Él "ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de Dios sólo conocida [...] se asocien a este misterio pascual" (GS 22, 5). Él llama a sus discípulos a "tomar su cruz y a seguirle" (*Mt* 16, 24) porque Él "sufrió por nosotros dejándonos ejemplo para que sigamos sus huellas" (*1 P* 2, 21). Él quiere, en efecto, asociar a su sacrificio redentor a aquellos mismos que son sus primeros beneficiarios (cf. *Mc* 10, 39; *Jn* 21, 18-19; *Col* 1, 24). Eso lo realiza en forma excelsa en su Madre, asociada más íntimamente que nadie al misterio de su sufrimiento redentor (cf. *Lc* 2, 35):

«Esta es la única verdadera escala del paraíso, fuera de la Cruz no hay otra por donde subir al cielo» (Santa Rosa de Lima, cf. P. Hansen, Vita mirabilis, Lovaina, 1668)

2447. Las *obras de misericordia* son acciones caritativas mediante las cuales ayudamos a nuestro prójimo en sus necesidades corporales y espirituales (cf. *Is* 58, 6-7; *Hb* 13, 3). Instruir, aconsejar, consolar, confortar, son obras espirituales de misericordia, como también lo son perdonar y sufrir con paciencia. Las obras de misericordia corporales consisten especialmente en dar de comer al hambriento, dar techo a quien no lo tiene, vestir al desnudo, visitar a los enfermos y a los presos, enterrar a los muertos (cf *Mt* 25,31-46). Entre estas obras, la limosna hecha a los

pobres (cf *Tb* 4, 5-11; *Si* 17, 22) es uno de los principales testimonios de la caridad fraterna; es también una práctica de justicia que agrada a Dios (cf *Mt* 6, 2-4):

«El que tenga dos túnicas que las reparta con el que no tiene; el que tenga para comer que haga lo mismo» (Lc 3, 11). «Dad más bien en limosna lo que tenéis, y así todas las cosas serán puras para vosotros» (Lc 11, 41). «Si un hermano o una hermana están desnudos y carecen del sustento diario, y alguno de vosotros les dice: "Id en paz, calentaos o hartaos", pero no les dais lo necesario para el cuerpo, ¿de qué sirve?» (St 2, 15-16; cf Jn 3, 17).

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE PASCUA

Yo soy el buen pastor

El Evangelio del IV Domingo del tiempo pascual es la primera parte del capítulo diez de Juan sobre el Buen Pastor. Por esto, este Domingo es el llamado «Domingo del Buen Pastor» y la Iglesia invita a hacer de este día una jornada de oración por las vocaciones sacerdotales y religiosas.

El fragmento presenta una característica curiosa. Son cuatro fases y en el interior de cada una de las cuales se subraya una contraposición entre dos personajes, uno bueno y uno malo. Del personaje bueno se dice que: es el pastor de las ovejas, entra en el recinto por la puerta, conoce a las ovejas y las ovejas le siguen, da la vida por ellas. Del personaje malo se dice que: es ladrón y bandido, salta por encima del *muro* y es un extraño para las ovejas, las ovejas que le huyen, roba y mata a las ovejas.

¿Quiénes son estos dos personajes? La respuesta por lo que se refiere al personaje positivo es sencilla: él es manifiestamente Jesús mismo. Israel en sus orígenes fue un pueblo nómada, de pastores. Este hecho ha plasmado su mentalidad, sus costumbres y su lengua. La relación pastor-rebaño le ha servido como imagen para expresar las relaciones entre el pueblo y su rey, y entre el pueblo y Dios. Dios es por excelencia «el pastor de Israel» (cfr. *Salmo* 80,2; *Génesis* 49, 24), que, a su vez, se considera «grey o rebaño para pastorear» (cfr. *Hechos* 20,29).

Jesús es la realización del ideal de pastor perfecto, del que busca la oveja descarriada y da la vida por sus ovejas. Es más, él es Dios mismo, quien, como había prometido en *Ezequiel* (cfr. 34,4ss.), ha descendido del cielo para proponerse el cuidado de su grey. Antes de dejar la tierra, Jesús ha escogido a algunos hombres, los apóstoles, para que continuasen esta su misión. De ahí, el nombre de «pastores», dado a los obispos y a los sacerdotes, sus colaboradores.

¿Quién es, por el contrario, el «ladrón» y el «extraño»? Jesús piensa, en primer lugar, en los falsos profetas y en los pseudo-mesías de su tiempo (como Teudas, Judas el Galileo y, más tarde, Bar Kokhba), que se las dan por enviados de Dios, como liberadores del pueblo, mientras que en realidad no hacen más que enviar a la gente a

morir por ellos. Basta leer la *Guerra judaica* de Giuseppe Flavio para darse cuenta de cuán exacto sea el análisis de Jesús.

Hoy, ¿quiénes son estos «extraños» que no entran por la puerta sino que se introducen en el aprisco a escondidas, que «roban» las ovejas y las «matan»? ¡Son los mismos que en el tiempo de Jesús! Los falsos mesías, personas, que se las dan por enviados de Dios, «profetas de última hora» y, por el contrario, no son más que visionarios fanáticos o astutos interesados, que especulan con la buena fe y la ingenuidad de la gente. Habéis ya entendido; me refiero a los fundadores o jefes de sectas religiosas, que pululan desgraciadamente también en nuestro país.

Sin embargo, cuando hablamos de sectas hemos de estar atentos a no ponerlo todo en el mismo saco o plano. Los protestantes Evangélicos y los Pentecostales, por ejemplo, aparte de ser unos grupos aislados, no son sectas. La Iglesia católica desde hace años mantiene con ellos un diálogo ecuménico a nivel oficial, lo que no haría jamás con las sectas.

Las verdaderas sectas se reconocen por algunas características. Ante todo, *en cuanto al contenido* de su credo. En general no comparten algunos puntos esenciales de la fe cristiana, como la divinidad de Cristo y la Trinidad o simplemente mezclan elementos extraños con la doctrina cristiana, incompatibles con ella, como es la reencarnación.

Si tenéis alguna duda al respecto, os sugiero que las expongáis con gentileza a quien os las presenta mediante algunas preguntas bien precisas: «¿Crees en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo? ¿Crees en Jesucristo su único Hijo? ¿Honras y respetas a la Madre de Cristo, María?», y esto sin moveros hasta que no hayáis obtenido de ellos alguna respuesta clara. (No tomo ni siquiera en consideración a las sectas, que se definen por ellas mismas como «satánicas» para las cuales no creo que haya necesidad de poner en guardia o sobreaviso).

En cuanto a los métodos: a la letra son «ladrones de ovejas», en el sentido de que intentan con todos los medios arrancar a los fieles de su Iglesia de origen para hacer adeptos de su secta. Frecuentemente haciendo esto engañan a la gente, presentándose como cristianos de puerta en puerta o a la entrada de las iglesias y dando a entender que lo creen todo, mientras que basta poco para uno darse cuenta que manipulan la Biblia a su placer.

Por costumbre son, además, agresivos y polémicas. Más que proponer contenidos propios pasan el tiempo acusando y polemizando contra la Iglesia, la Virgen y, en general, todo lo que es católico. Nosotros somos en ello los antípodas del Evangelio de Jesús que es amor, dulzura, respeto para la libertad de los demás. El amor evangélico es el gran ausente de las sectas. Dios mismo ocupa en algunas de ellas un puesto muy secundario, porque todo gira en tomo al hombre y a su triunfo y bienestar.

Jesús nos ha dado un criterio seguro de reconocimiento: «Guardaos, ha dicho, de los falsos profetas, que vienen a vosotros con disfraces de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis» (*Mateo* 7,15-16). Y los frutos más comunes con el paso de las sectas son familias rotas, fanatismo, esperas apocalípticas

del fin del mundo regularmente desmentidas por los hechos y, no obstante esto, de nuevo otra vez puestas al día y vueltas a proponer.

Naturalmente no todas las sectas son iguales. Hay otro tipo de sectas religiosas, nacidas fuera del mundo cristiano; en general, importadas del oriente. Son las «extrañas». A diferencia de las primeras, estas nuevas formaciones religiosas generalmente no son agresivas; se presentan, más bien, «con piel de oveja», predicando el amor para todos, para con la naturaleza y la búsqueda del yo profundo. Son formaciones frecuentemente sincretistas, esto es, que ponen juntos elementos de varias proveniencias religiosas.

El inmenso daño espiritual, de quien se deja convencer por estos pseudo-mesías, es que pierde a Jesucristo y con él la «vida abundante», que él ha venido a traer. Pero, asimismo, muchas de estas sectas son peligrosas en el plano de la sanidad mental y del orden público. Los hechos recurrentes de plagio y de suicidios colectivos nos advierten hasta dónde puede llevar el fanatismo de cualquier jefe sectario. El peligro es constitucional, esto es, depende de la estructura misma de la secta. Ésta en general tiene por cabeza a un fundador o a un jefe incuestionable, que no responde de su actuación ante nadie y no está protegido por nadie. Los miembros están totalmente asociados a los intereses y al arbitrio de una persona, la más de las veces todo lo opuesto a equilibrada. Algunos de ellos de este modo han creado verdaderos y propios imperios financieros.

¿A quién se dirige mi disertación? No a los fundadores o a los jefes de las sectas; para éstos sirve más bien la oración o como máximo la aplicación de la ley, que no el razonamiento. Se dirige, por el contrario, a las «ovejas». Jesús decía de sus ovejas: «A un extraño no lo seguirán, sino que huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños».

¡Pobre Jesús! era optimista. Desgraciadamente, hoy con frecuencia las ovejas hacen todo lo contrario de esto. Siguen al primero, que les viene a contar que han recibido una misión especial del cielo para salvar a la humanidad, una cosa nueva, secreta, formidable... Muchas de estas sectas finalizan con su fundador; pero, en el entretiempo ¡cuántos daños y cuánta cizaña sembrada!

Cuando se habla de las sectas debemos, sin embargo, recitar también un *mea culpa* nosotros especialmente los sacerdotes y los pastores de la Iglesia. Se ve que no hemos sido capaces de continuar la obra del buen pastor. Frecuentemente, hay personas que terminan en cualquier secta por la necesidad de sentir el calor y el soporte humano de una comunidad, que no han encontrado en su parroquia. Sin embargo, es de igual modo verdadero que para terminar en las sectas están la mayor de las veces los cristianos, que han vivido siempre al margen de la vida de la Iglesia, sin preocuparse por conocer mejor y cultivar su fe cristiana, y esto ciertamente no depende sólo de los sacerdotes.

¿Qué decirles a las ovejitas de la Iglesia como conclusión de esta breve alocución sobre las sectas? Dejádmelo decir con algunos versos de Dante, que parecen escritos precisamente para esta finalidad.

«Sed, Cristianos, más graves para moveros: no seáis como cada pluma al viento, y no creáis que os lave cada agua. Tenéis el Nuevo y el Viejo Testamento, y el pastor de la Iglesia que os guía: que esto os baste para vuestra salvación... Hombres sois y no ovejas locas» *(Paraíso,* V, 72-80).

De nuestro viejo Dante podemos aceptar también este lenguaje tan sencillo.

PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE PASCUA

Conocer al Buen Pastor

Jesucristo es el único mediador entre Dios y los hombres. Él, a través de su sacrificio, ha abierto la puerta para que los hombres puedan llegar al cielo. La puerta es de cruz.

Jesús es el Buen Pastor, y es la puerta de las ovejas. Todo el que entre por esa puerta se salvará. Pero el que no quiera entrar por esa puerta, e intente saltar por otro lado, será tratado como un ladrón.

Todo aquel que quiera ir al Padre debe ir primero al Hijo, porque nadie va al Padre si no es por el Hijo. Y el que escucha y reconoce la voz del único y verdadero Pastor, lo sigue; hace lo que Él le dice; entra con confianza por la puerta que Él le abre, que es la Santa Iglesia; cumple sus mandamientos; y acude a los sacramentos, para beber de la fuente de agua viva, que da vida en abundancia.

Permanece tú atento y a la escucha de la voz de tu Pastor. El Señor es tu Pastor y nada te faltará. Te protegerá de tus enemigos y te conducirá a la paz. No te dejes engañar por falsos profetas y falsas profecías. Jesucristo es el único camino que te conduce a la vida. Él es la verdad. Confía en Él y nunca quedarás defraudado.

Proponte conocerlo cada día más, a través de su Palabra y de la verdad revelada en el Magisterio y la Tradición de la Iglesia, en la oración y en la maravillosa experiencia de vivir la Santa Misa con devoción, recibiéndolo y adorándolo en la Eucaristía.

Tú eres una oveja de su rebaño. Él te conoce y te ama. Conócelo tú para que lo ames, para que lo reconozcas en el prójimo, cuando escuches la voz del necesitado que te pide ayuda, y entres por la puerta de la caridad al Sagrado Corazón de Jesús, la puerta que te lleva al Paraíso.

FLUVIUM (www.fluvium.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE PASCUA

Responsables de los demás

Algo más que no ofender a Dios, que atenerse a un estricto cumplimiento de sus mandamientos, es descubrir su amor paternal y vivir con el deseo de corresponder a tan generoso e inmerecido desvelo. Así actúa también el pastor, que tiene en cuenta en primer lugar el bien de sus ovejas: se fija en lo peculiar de cada una de ellas y se diría que su vida es el mayor bien y contento de cada oveja.

Es el pastor que va delante de las ovejas, vigilante ante las alimañas que pueden atacar la grey; preocupado de las más débiles, de las heridas; atento a la calidad del pasto que les ofrece… Es el pastor, que más bien se asemeja al buen padre, preocupado ante todo por el bien de cada hijo, que goza por tenerlos en casa rebosantes de salud y felices; salud y alegría que él mismo les ha conseguido con sus cuidados paternales.

Una doble consecuencia podemos extraer al menos de la enseñanza del Señor que nos ofrece para hoy la Iglesia. Ante todo, que Jesucristo, Señor Nuestro, se comporta como Pastor bueno. Nos ofrece siempre lo más conveniente para la salvación y alegría nuestra. Además, conociéndonos desde toda la eternidad, sabe bien en qué consisten los defectos más comunes y nuestras particulares tendencias delictuosas. Para cada uno prevé Dios las circunstancias que más le convienen para su santidad, pues ser santos es nuestro destino como personas y lo único importante en nuestra vida, aunque quizá con frecuencia no lo entendamos así.

Pedid y se os dará, nos tiene dicho. Para que acudamos confiadamente a su generosidad, buscando aquello que necesitamos para agradarle. Y así se manifiesta que quiere ser para cada uno, en toda circunstancia, un buen Pastor, un Padre misericordioso y comprensivo, que no tiene en cuenta tanto la calidad o el número de los pecados, como la sinceridad del arrepentimiento; que, por otra parte, Él mismo fomenta en nuestro corazón si se lo pedimos. Vale la pena, por tanto, invocar a Nuestro Dios, que hasta nos consuela internamente cuando notamos la frialdad, la indiferencia para amarle en que nos dejan nuestros pecados.

Petición de perdón, de ayuda, acciones de gracias y actos de adoración se entremezclan en el corazón del hijo de Dios. Deseamos, deseemos… que sean una permanente oración a Nuestro Padre del Cielo, que nos ama como no imaginamos. Nos ama y es nuestro ejemplo en Cristo, y nos concede el honor de proceder con los demás, nuestros iguales, como Él hace con nosotros. El cristiano –consciente–, responsable de su condición ante Dios, es oveja y también pastor. En esto consiste la segunda lección que la Iglesia nos ofrece en todo momento, pero muy concretamente en este día.

Agradecidos, por tanto, de que Dios ya nos considera mayores de edad, al apoyarse en cada uno para la extensión de su Reino, procuraremos concretar qué vamos a hacer para no defraudar esta confianza divina. Pediremos luz: *Domine ut videam!*, ¡Señor que vea!; te pido, como el ciego del Evangelio al que curaste, porque, a veces, noto que debo hacer algo a mi alrededor, mucho… y no me decido a concretar… Y van pasando los días…, y las semanas… Señor que vea lo que esperas de mí, y de quienes, junto a mí, están en tu presencia. Que, conscientes de ello, sepamos amarte,

rectificando lo que sea necesario y como esperas la conducta cotidiana, siempre en beneficio de la santidad de los demás. Sentiremos, así, el honor de actuar a lo divino, ya que nos elevas hasta ser otros cristos, por Jesucristo Nuestro Señor.

¡Gozosa responsabilidad!, que compartimos con la Madre de Dios, Madre nuestra. También con nosotros cuenta Dios para cosas grandes: para volver humildemente a su lado tras cada rebeldía, tras cada debilidad y para permanecer junto a Él, haciendo también, como Él, de padre de muchos que no le conocen o viven como si no le conocieran. Con amor de Padre contempla nuestros afanes por servirle acercándole a otras almas, a la vez que quiere nuestro gozo de vernos útiles por trabajar en su Reino, y el gozo de tantos que se le acercan por nuestra fidelidad.

Seguramente, en estos días de Pascua, procuramos alegrar a nuestra Madre con el recuerdo de la Resurrección triunfal de su divino Hijo. A todos los hombres, sus hijos pequeños, nos llama Dios a participar de esa misma Resurrección y de su vida inmortal para siempre. ¡Ayúdanos, Madre nuestra, para que sepamos alegrarte como buenos hijos!

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE PASCUA

El buen pastor

Hoy también ha sido proclamada la palabra de Dios en nuestra asamblea. Son, como siempre, tres pasajes.

En la primera lectura escuchamos el discurso de Pedro en el día de Pentecostés. Él se dirige a la multitud de judíos todavía no creyentes; les explica el sentido de la muerte de Cristo, los empuja hacia la fe y la conversión. El pescador de Galilea está realizando su primera experiencia como pescador de hombres: *Y ese día se unieron a ellos alrededor de tres mil.*

En la segunda lectura sigue hablando el apóstol Pedro. Pero hay una progresión: él le habla ahora a la comunidad cristiana, es decir, a los creyentes que viven desde hace un tiempo en la Iglesia. A ellos ya no les pide sólo la fe en Cristo, sino también la imitación de Cristo: *Cristo padeció por ustedes, y les dejó un ejemplo a fin de que sigan sus huellas.*

Finalmente, en el Evangelio, hemos escuchado la palabra del propio Cristo que nos habló en primera persona: *Yo soy el buen Pastor; yo soy la puerta.*

Digo que nos habló en primera persona porque también aquella de Pedro, de Pablo, de Isaías, que escuchamos antes en el Evangelio, es palabra de Cristo, el cual, a su vez, es la única y total Palabra de Dios. ¿Pedro les habla a las multitudes? Es Cristo quien habla por medio de él. ¿Pablo les escribe a las iglesias? Es Cristo quien exhorta a través de él; ellos son ministros de Dios y dispensadores de sus misterios, es decir,

sus portavoces (cfr. 1 Cor 4, 1). En este sentido, todo aquello que hemos escuchado hasta ahora es palabra de Dios, y como tal debemos recibirla.

Sin embargo, para recibirla verdaderamente, cada vez debemos superar una dificultad. El pasaje evangélico de hoy comienza diciendo: *En aquel tiempo, Jesús dijo*... En aquel tiempo: por lo tanto, Jesús sí ha hablado, pero en aquel tiempo, es decir, hace veinte siglos, a pocas decenas de personas pertenecientes a un pueblo muy distinto a nosotros debido a mentalidad y problemas, y bien, debemos anular esa distancia, ir más allá de la fórmula narrativa del evangelista "en aquel tiempo, Jesús dijo". ¿Qué encontramos enseguida después de esta fórmula? Encontramos a quien habla hoy, ya no en aquel tiempo; quien nos habla a nosotros, ya no a las multitudes de judíos: *En verdad, en verdad les digo*...

En fin, ahora nos encontramos verdaderamente en la actitud adecuada: Jesús nos está hablando a nosotros, discípulos de hoy. Hemos venido a la iglesia, como las multitudes que después de la multiplicación de los panes lo siguieron hasta la otra orilla del lago Tiberíades porque se habían saciado una vez con su pan y todavía sentían hambre de él. Hemos venido perturbados, llevando en el corazón humillación, miedo y quizás rabia por la semana de violencia que hemos vivido. Y bien, es justamente a nosotros, en estas circunstancias, que Jesús tiene algo para decirnos. ¿Qué cosa?

Las palabras de Jesús reflejan una situación tan antigua como el mundo, que puede tener infinitas aplicaciones justamente porque tal situación está siempre en acto en la historia. La humanidad es un rebaño de ovejas. (La imagen, ya se sabe, no tiene ningún significado negativo u ofensivo en la Biblia; al contrario, está cargada de gran ternura por los hombres.) Un rebaño que, desde siempre, es objeto de disputa y conquista por parte de fuerzas opuestas, siempre sometido a distintos reclamos.

Entre las infinitas aplicaciones de la página evangélica, deseamos elegir aquella que hoy nos resulta útil: *Les aseguro que yo soy la puerta de las ovejas. Todos aquellos que han venido antes de mí son ladrones y asaltantes... Yo soy la puerta. El que entra por mí se salvará; podrá entrar y salir, y encontrará su alimento... Yo he venido para que las ovejas tengan Vida.*

También hoy se repite la situación de siempre. Muchos vienen a los hombres; vienen a la puerta del corral y golpean. Quieren insinuarse en el corazón de los hombres, piden su confianza. Pero, sin embargo, como son tantos y cada uno tiene una publicidad propia, un alimento distinto para proponer, el rebaño se divide y se perturba. Cada uno de estos pseudo-pastores dice: escúchenme; síganme. Entre ellos está quien promete la justicia y quien, a su vez, promete la abundancia. Son las ideologías y los partidos que las profesan los que llevan todo esto a las masas. El mundo está siendo recorrido por pastores de este tipo. ¿Pero qué quieren realmente? la mayoría de las veces, consciente o inconscientemente, quieren alimentarse a costa de las ovejas y no alimentarlas; engordar a sus espaldas y hacerse fuertes gracias a su número. Son ladrones y asaltantes, o, al menos, mercenarios a quienes no les importa nada la verdadera suerte de las ovejas, su hambre, su seguridad; de todos modos, al aparecer el peligro siempre encuentran la manera de huir. ¿Quién no piensa en estos días en ese jefe de gobierno de un país atormentado por treinta años de guerra, que se

ha aferrado al poder a despecho de todos sus súbditos, que los ha mandado a morir por él y que ahora, frente al derrumbe de su país, se prepara para huir al extranjero, dejando a su pueblo en medio de un mar de sufrimiento y destrucción, no sin llevarse, por cierto, los frutos de la larga esquila de sus ovejas?

No todos, es verdad, son así. Está quien reúne a las ovejas a su alrededor, forma un círculo, un grupo o un partido, porque cree realmente que tiene algo que decirles y darles. Merece todo nuestro respeto. Pero si piensa en poder guiarlas sólo con su voz y saciar su hambre con lo que puede darles, si piensa, en otras palabras, en ser él un salvador, es un iluso. Los que vinieron antes de mí son ladrones y asaltantes, afirma el Señor; es decir, son ovejas que quieren hacer de pastor. Ellos no dan la vida; por el contrario, a menudo siembran la destrucción: *Son ciegos que guían a otros ciegos,* como decía Jesús de los jefes fariseos (Mt. 15, 14).

Contra todos estos pseudo-pastores, Jesús, reivindica su rol: "Yo soy el buen pastor —dice el Señor—, conozco a mis ovejas y mis ovejas me conocen" (proclamación del Evangelio). ¿Por qué buen pastor? Porque él es el camino, la verdad, la vida. Quien lo sigue no camina en medio de las tinieblas. No se trata de seguir al partido de Cristo o de la Iglesia sino al propio Cristo. Nosotros los cristianos debemos aprender a reconocer, entre miles de voces que atraviesan el aire, aquella voz de nuestro pastor que, dice Jesús, es conocida por sus ovejas. Más allá de las ideologías y de las explicaciones partidarias, es necesario captar la voz de Jesús. Ella resuena también hoy en boca de los pastores que él mismo ha colocado para que, en su lugar, hagan pastar a sus ovejas.

Porque antes andaban como ovejas perdidas —escribe el apóstol Pedro—, *pero ahora han vuelto al Pastor y Guardián de ustedes*. Por lo tanto, todas ovejas perdidas. Este regreso también debe repetirse hoy. Ahora estamos perdidos; la comunidad cristiana, en ciertos aspectos, está nuevamente en situación de diáspora, es decir, de dispersión. Existe una crisis de identidad, como se dice, y hay quien se aprovecha de ello, engañándose con la idea de poder disgregar el rebaño de Cristo y así dejar de tener opositores al propio modelo de sociedad secular y atea. En cierto sentido, se repite el episodio de la captura de Jesús: *Heriré al pastor, y se dispersarán las ovejas del rebaño* (Mt. 26, 31).

Por eso, debemos regresar verdaderamente a aquel que Pedro ha llamado "el pastor de nuestras almas". Debemos descubrir cómo ve y juzga Jesús a este mundo; descubrir "su" verdad, porque sólo ella nos hará libres. "Él llama a cada una por su nombre y las hace salir. Cuando las ha sacado a todas, va delante de ellas y las ovejas lo siguen…": es el éxodo detrás del buen pastor comenzado para nosotros en el bautismo, que debe continuar a lo largo de nuestra vida. Jesús es verdaderamente aquel que nos puede "hacer salir": salir de esta situación de privación, de incertidumbres, de tinieblas y de injusticia, salir de la "crisis".

Quien entra por mí, encontrará alimento, dijo Jesús. Ese alimento es él mismo, su palabra que hemos escuchado hasta este momento, es su cuerpo que ahora nos aprestamos a recibir.

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE PASCUA

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía durante la Misa de ordenación sacerdotal (25.IV.1999)

– Don del sacerdocio

"Yo soy el buen pastor, (...) conozco a mis ovejas y las mías me conocen" (Aleluya).

Este domingo, llamado tradicionalmente el "buen pastor", se inserta en el itinerario litúrgico del tiempo pascual, que estamos recorriendo. Jesús se aplica a sí mismo esta imagen (cf. Jn 10,6), arraigada en el Antiguo Testamento y muy apreciada por la tradición cristiana. Cristo es el buen pastor que, muriendo en la cruz, da la vida por sus ovejas. Se establece así una profunda comunión entre el buen pastor y su grey. Jesús, escribe el evangelista, "a sus ovejas las llama una por una y las saca fuera. (...) Y las ovejas le siguen, porque conocen su voz" (Jn 10, 3-4). Una costumbre consolidada, un conocimiento real y una pertenencia recíproca unen al pastor y sus ovejas: él las cuida, y ellas confían en él y le siguen fielmente.

Por eso, qué consoladoras son las palabras del Salmo responsorial, que acabamos de repetir: "El Señor es mi pastor, nada me falta" (Sal 22,1).

– El presbítero, imagen del Buen Pastor

Según una hermosa tradición, desde hace algunos años, precisamente el domingo del "buen pastor" tengo la alegría de ordenar nuevos presbíteros. Hoy son 31. Dedicarán su entusiasmo y sus energías jóvenes al servicio de la comunidad de Roma y de la iglesia universal.

Amadísimos ordenandos, mediante el antiguo y sugestivo gesto sacramental de la imposición de las manos y la plegaria de consagración, os convertiréis en presbíteros para ser, a imagen del buen Pastor, servidores del pueblo cristiano con un título nuevo y más profundo. Participaréis en la misma misión de Cristo, sembrando a manos llenas la semilla de la misión de Cristo, sembrando a manos llenas la semilla de la palabra de Dios. El Señor os ha llamado para que seáis ministros de la misericordia y dispensadores de sus misterios.

La Eucaristía, fuente y culmen de la vida cristiana, será el manantial cristalino que alimentará de modo incesante vuestra espiritualidad sacerdotal. En ella podréis encontrar fuerza inspiradora para el ministerio diario, impulso apostólico para la obra de la evangelización y consuelo espiritual en los inevitables momentos de dificultad y lucha interior. Al acercaros al altar, en el que se renueva el sacrificio de la cruz, descubriréis cada vez más las riquezas del amor de Cristo y aprenderéis a traducirlas a vida.

Queridos hermanos, es muy significativo que recibáis el sacramento del orden, en este domingo del "buen pastor", en el que celebramos la Jornada mundial de oración por las vocaciones. En efecto, la misión de Cristo se prolonga a lo largo de la historia a través de la obra de los pastores, a quienes encomienda el cuidado de su grey. Como hizo con los primeros discípulos, Jesús sigue eligiendo nuevos colaboradores que cuiden de su grey mediante el ministerio de la palabra, de los sacramentos y el servicio de la caridad. La llamada al sacerdocio es un gran don y un gran misterio. Ante todo, don de la benevolencia divina, puesto que es fruto de la gracia. Y también misterio, dado que la vocación está relacionada con las profundidades de la conciencia y de la libertad humanas. Con ella, empieza un diálogo de amor que, día a día, forja la personalidad del sacerdote mediante un camino de formación que comienza en la familia, prosigue en el seminario y dura toda la vida. Sólo gracias a ese ininterrumpido itinerario ascético pastoral el sacerdote puede convertirse en icono vivo de Jesús, buen pastor, que se entrega a sí mismo por la grey confiada a su cuidado.

– Fidelidad a la misión

Me vienen a la memoria las palabras que os dirigiré dentro de poco, al entregaros las ofrendas para el sacrificio eucarístico: "Vive el misterio que se confió a tus manos". Sí, queridos ordenandos, este misterio del que seréis dispensadores es, en definitiva, Cristo mismo que, mediante la comunicación del Espíritu Santo, es fuente de santidad y llamada incesante a la santificación. Vivid este misterio: vivid a Cristo; sed Cristo. Que cada uno de vosotros pueda decir con san Pablo: "Ya no vivo yo; es Cristo quien vive en mí" (Gal 2,20).

Amadísimos hermanos y hermanas, que habéis venido para participar en esta celebración, oremos para que estos 31 nuevos presbíteros sean fieles a su misión, renueven todos los días su "sí" a Cristo y sean digno signo de su amor a toda persona. Pidamos también al Señor, en esta Jornada mundial de oración por las vocaciones, que suscite almas generosas, dispuestas a ponerse totalmente al servicio del reino de Dios.

María, Madre de Cristo y de la Iglesia, te encomendamos a estos hermanos nuestros que hoy reciben la ordenación. Te encomendamos, asimismo, a los sacerdotes de Roma y del mundo entero. Tú Madre de Cristo y de los sacerdotes, acompaña a estos hijos tuyos en su ministerio y en su vida ¡Alabado sea Jesucristo!

***

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

La imagen del pastor, tan familiar al pueblo de Dios –unos pastores fueron los primeros a quienes se les comunicó la noticia de la llegada de Jesús a la tierra–, es utilizada por el Maestro para recordar a los suyos, que el que ha vencido a la muerte, es el verdadero guía de la Iglesia. Esta sugestiva imagen, fue empleada profusamente en la Iglesia de los primeros siglos, tanto en la predicación de los Padres, como en la iconografía.

Jesucristo es el Buen Pastor que conoce a los suyos y que da la vida por ellos; "quien Dios ha constituido Señor y Mesías" (1ª lect), y el que orienta a los "descarriados" y es "guardián de nuestras vidas" (2ª lect).

Cristo ha dado a su Iglesia la seguridad de la doctrina, la corriente de gracia de los sacramentos; y ha dispuesto que haya personas para orientar, para conducir, para traer a la memoria constantemente el camino (San Josemaría Escrivá). Estos son nuestros pastores. La voz que hemos de oír y rechazar la del extraño que "no viene sino a robar, matar y destruir". Hemos de ponernos en guardia contra esa pseudo curiosidad intelectual que lleva a preferir la voz de los extraños a la Iglesia, pensando que así tendremos una visión más crítica, menos pueril. Ya en la época apostólica, S. Ignacio de Antioquía, escribía: "Os exhorto, pero no yo, la caridad de Jesucristo, a que uséis sólo del alimento cristiano y os abstengáis de toda hierba ajena, que es la herejía. Los herejes entretejen a Jesucristo con sus propias especulaciones, presentándose como dignos de todo crédito, cuando son en realidad como quienes brindan un veneno mortífero diluido en vino y miel. El incauto que gustosamente lo toma, bebe en funesto placer su propia muerte".

El bombardeo audiovisual que soportamos nos lleva, en ocasiones, a que sean los ojos y no la razón los que nos certifiquen una verdad. La prueba gráfica se presenta siempre como irrefutable, cuando es el material más manipulable y del que más debemos desconfiar. Muchas veces, para encontrar el camino de la verdad en la jungla informativa en que nos movemos, es preciso cerrar los ojos para que las interesadas o falsas imágenes, las fotos o video composiciones no nos engañen, y abrirlos a la Palabra desinteresada y liberadora de Jesucristo que nos llega en la enseñanza del Papa y los Obispos en comunión con él y en quienes actúa Cristo Pastor de su Pueblo.

Jesucristo no quiso sólo mostrarnos el camino que conduce a los parajes más ricos y amenos, sino que sale continuamente en busca de la oveja perdida dándose a Sí mismo en la Eucaristía y en el Sacramento de la Reconciliación. Conocedores de nuestra facilidad para equivocar el rumbo y de nuestras rebeldías, debemos tener la humildad y el talento de acudir al Sacramento de la Confesión para volver al buen camino, donde Cristo Buen Pastor y Médico nos ayudará a volver al camino seguros, limpios y renovados.

Al meditar en este Sacramento de la Misericordia de Dios, digamos de corazón y con agradecimiento lo que, en el Salmo Responsorial, hoy afirma la Iglesia: "El Señor es mi Pastor/ nada me falta…Tu bondad y tu misericordia me acompañan/ todos los días de mi vida/ y habitaré en la casa del Señor por años sin término".

***

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«La del Buen Pastor es una voz distinta»

I. LA PALABRA DE DIOS

Hch 2, l4a,36-41: «Dios lo ha constituido Señor y Mesías»

Sal 22,1-6: «El Señor es mi pastor, nada me falta»

1P 2, 20b-25: «Habéis vuelto al Pastor y guardián de vuestras vidas»

Jn 10,1-10: «Yo soy la puerta de las ovejas»

II. APUNTE BÍBLICO-LITÚRGICO

La fe en la resurrección y la confesión de Cristo como Señor está recogido por S. Lucas en este discurso de S. Pedro. S. Lucas, como hace Pablo en Rm 10,1s, usa el «kyríos-panton», Señor de todas las cosas, aunque acostumbra a designar a Jesús con estos mismos títulos en los hechos prepascuales. Vuelven a darse momentos clásicos en los discursos «misioneros». En esta ocasión el contraste entre «vosotros crucificásteis» y «Dios lo ha constituido», es una llamada de atención que surte efecto inmediato.

En la alegoría del Buen Pastor, Jesús retoma una imagen ya familiar en el AT. Se atribuye unas funciones que el pueblo tenía como exclusivamente divinas.

¿Cómo suena a los oídos del hombre de hoy una voz que tenga «pretensiones» de tener valor universal? ¿Que alguien pretenda erigirse en único guía del mundo? La clave está en eso de «le ha constituido Señor y Mesías».

III. SITUACIÓN HUMANA

En medio de tantas voces, tantos ruidos, escuchamos la voz de Dios que, es por la gracia, fuente de nuestra propia identidad, porque el mismo Dios nos reconoce como suyos. No es fácil hoy distinguir unas voces de otras. Se requiere atención permanente para distinguir las distintas «longitudes de onda» en que se emiten las voces. Una cosa tenemos por cierta los creyentes: que la voz del Buen Pastor se emite en una onda que no es de este mundo.

IV. LA FE DE LA IGLESIA

La fe

– El germen del Reino es el «pequeño rebaño»: “Este Reino se manifiesta a los hombres en las palabras, en las obras y en la presencia de Cristo. Acoger la palabra de Jesús es acoger «el Reino». El germen y el comienzo del Reino son el «pequeño rebaño» (Lc 12,32), de los que Jesús ha venido a convocar en torno suyo y de los que él mismo es el pastor. Constituyen la verdadera familia de Jesús. A los que reunió así en torno suyo, les enseñó no sólo una nueva «manera de obrar», sino también una oración propia” (764; cf 754).

– Los pastores de la Iglesia: 880-896; 935-939.

La respuesta

– La fe respuesta a la llamada de Dios: “Por su revelación, «Dios invisible habla a los hombres como amigo, movido por su gran amor y mora con ellos para invitarlos a la comunicación consigo y recibirlos en su compañía». La respuesta adecuada a esta invitación es la fe” (142).

– «Por la fe, el hombre somete completamente su inteligencia y su voluntad a Dios. Con todo su ser, el hombre da su asentimiento a Dios que revela» (143).

– La adhesión y la obediencia a los pastores: 862. 882. 886. 891.

– La parroquia y su pastor: 2179.

El testimonio cristiano

– «Porque en darnos, como nos dio a su Hijo, que es una Palabra suya, que no tiene otra, todo nos lo habló junto y de una vez en esta sola Palabra ... porque lo que hablaba antes en partes a los profetas ya lo ha hablado todo en Él, dándonos al Todo, que es su Hijo. Por lo cual, el que ahora quisiese preguntar a Dios, o querer alguna visión o revelación, no sólo haría una necedad, sino haría agravio a Dios, no poniendo los ojos totalmente en Cristo, sin querer otra cosa alguna o novedad (San Juan de la Cruz, Carm. 2,22)» (65).

Oyendo la voz del Buen Pastor sabemos dónde está el camino de la vida. Y nos llama a recorrerlo con Él.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE PASCUA

El buen pastor. Amor al Papa.

– Jesús es el buen Pastor y encarga a Pedro y a sus sucesores que continúen su misión aquí en la tierra en el gobierno de su Iglesia.

I. *Ha resucitado el buen Pastor que dio la vida por sus ovejas, y se dignó morir por su grey. Aleluya.*

La figura del buen Pastor determina la liturgia de este domingo. El sacrificio del Pastor ha dado la vida a las ovejas y las ha devuelto al redil. Años más tarde, San Pedro afianzaba a los cristianos en la fe recordándoles en medio de la persecución lo que Cristo había hecho y sufrido por ellos: *por sus heridas habéis sido curados. Porque erais como ovejas descarriadas; mas ahora os habéis vuelto al pastor y guardián de vuestras almas.* Por eso la Iglesia entera se llena de gozo *inmenso de la resurrección de Jesucristo* y le pide a Dios Padre que *el débil rebaño de tu Hijo tenga parte en la admirable victoria de su Pastor.*

Los primeros cristianos manifestaron una entrañable predilección por la imagen del Buen Pastor, de la que nos han quedado innumerables testimonios en pinturas murales, relieves, dibujos que acompañan epitafios, mosaicos y esculturas, en las catacumbas y en los más venerables edificios de la antigüedad. La liturgia de este domingo nos invita a meditar en la misericordiosa ternura de nuestro Salvador, para que reconozcamos los derechos que con su muerte ha adquirido sobre cada uno de nosotros. También es una buena ocasión para llevar a nuestra oración personal

nuestro amor a los buenos pastores que Él dejó en su nombre para guiarnos y guardarnos.

En el Antiguo Testamento se habla frecuentemente del Mesías como del buen Pastor que habría de alimentar, regir y gobernar al pueblo de Dios, frecuentemente abandonado y disperso. En Jesús se cumplen las profecías del Pastor esperado, con nuevas características. Él es el buen Pastor que da la vida por sus ovejas y establece pastores que continúen su misión. Frente a los ladrones, que buscan su interés y pierden el rebaño, Jesús es la puerta de salvación; quien pasa por ella encontrará pastos abundantes. Existe una tierna relación personal entre Jesús, buen Pastor, y sus ovejas: llama a cada una por su nombre; va delante de ellas; las ovejas le siguen porque conocen su voz... Es el *pastor único* que forma un solo rebaño protegido por el amor del Padre. Es el *pastor supremo*.

En su última aparición, poco antes de la Ascensión, Cristo resucitado constituye a Pedro pastor de su rebaño, guía de la Iglesia. Se cumple entonces la promesa que le hiciera poco antes de la Pasión: *pero yo he rogado por ti para que no desfallezca tu fe, y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos*. A continuación, le profetiza que, como buen pastor, también morirá por su rebaño.

Cristo confía en Pedro, a pesar de las negaciones. Sólo le pregunta si le ama, tantas veces cuantas habían sido las negaciones. El Señor no tiene inconveniente en confiar su Iglesia a un hombre con flaquezas, pero que se arrepiente y ama con obras.

Pedro se entristeció porque le preguntó por tercera vez si le amaba, y le respondió: Señor, tú lo sabes todo. Tú sabes que te amo. Le dijo Jesús: Apacienta mis ovejas.

La imagen del pastor que Jesús se había aplicado a sí mismo pasa a Pedro: él ha de continuar la misión del Señor, ser su representante en la tierra.

Las palabras de Jesús a Pedro –*apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas*– indican que la misión de Pedro será la de guardar todo el rebaño del Señor, sin excepción. Y "apacentar" equivale a dirigir y gobernar. Pedro queda constituido pastor y guía de la Iglesia entera. Como señala el Concilio Vaticano II, Jesucristo "puso al frente de los demás Apóstoles al bienaventurado Pedro e instituyó en la persona del mismo el principio y fundamento, perpetuo y visible, de la unidad de fe y de comunión".

Donde está Pedro se encuentra la Iglesia de Cristo. Junto a él conocemos con certeza el camino que conduce a la salvación.

– El primado de Pedro. El amor a Pedro de los primeros cristianos.

II. Sobre el primado de Pedro –la roca– estará asentado, hasta el fin del mundo, el edificio de la Iglesia. La figura de Pedro se agranda de modo inconmensurable, porque realmente el fundamento de la Iglesia es Cristo, y, desde ahora, en su lugar estará Pedro. De aquí que el nombre posterior que reciban sus sucesores será el de Vicario de Cristo, es decir, el que hace las veces de Cristo.

Pedro es la firme seguridad de la Iglesia frente a todas las tempestades que ha sufrido y padecerá a lo largo de los siglos. El fundamento que le proporciona y la vigilancia que ejerce sobre ella como buen pastor son la garantía de que saldrá victoriosa a pesar de que estará sometida a pruebas y tentaciones. Pedro morirá unos años más tarde, pero su oficio de pastor supremo "es preciso que dure eternamente por obra del Señor, para perpetua salud y bien perenne de la Iglesia, que, fundada sobre roca, debe permanecer firme hasta la consumación de los siglos".

El amor al Papa se remonta a los mismos comienzos de la Iglesia. Los *Hechos de los Apóstoles* nos narran la conmovedora actitud de los primeros cristianos, cuando San Pedro es encarcelado por Herodes Agripa, que espera darle muerte después de la fiesta de Pascua. Mientras tanto *la Iglesia rogaba incesantemente por él a Dios*. "Observad los sentimientos de los fieles hacia sus pastores –dice San Crisóstomo–. No recurren a disturbios ni a rebeldía, sino a la oración, que es el remedio invencible. No dicen: como somos hombres sin poder alguno, es inútil que oremos por él. Rezaban por amor y no pensaban nada semejante".

Debemos rezar mucho por el Papa, que lleva sobre sus hombros el grave peso de la Iglesia, y por sus intenciones. Quizá podemos hacerlo con las palabras de esta oración litúrgica: *Dominus conservet eum, et vivificet eum, et beatum faciat eum in terra, et non tradat eum in animam inimicorum eius*: Que el Señor le guarde, y le dé vida, y le haga feliz en la tierra, y no le entregue en poder de sus enemigos. Todos los días sube hacia Dios un clamor de la Iglesia entera rogando "con él y por él" en todas partes del mundo. No se celebra ninguna Misa sin que se mencione su nombre y pidamos por su persona y por sus intenciones. El Señor verá también con mucho agrado que nos acordemos a lo largo del día de ofrecer oraciones, horas de trabajo o de estudio, y alguna mortificación por su Vicario aquí en la tierra.

Gracias, Dios mío, por el amor al Papa que has puesto en mi corazón: ojalá podamos decir esto cada día con más motivo. Este amor y veneración por el Romano Pontífice es uno de los grandes dones que el Señor nos ha dejado.

– Obediencia fiel al Vicario de Cristo; dar a conocer sus enseñanzas. El "dulce Cristo en la tierra".

III. Junto a nuestra oración, nuestro amor y nuestro respeto para quien hace las veces de Cristo en la tierra. *El amor al Romano Pontífice ha de ser en nosotros una hermosa pasión, porque en él vemos a Cristo*. Por esto, "no cederemos a la tentación, demasiado fácil, de oponer un Papa a otro, para no otorgar nuestra confianza sino a aquel cuyos actos respondan mejor a nuestras inclinaciones personales. No seremos de aquellos que añoran al Papa de ayer o que esperan al de mañana para dispensarse de obedecer al jefe de hoy. Leed los textos del ceremonial de la coronación de los pontífices y notaréis que ninguno confiere al elegido por el cónclave los poderes de su dignidad. El sucesor de Pedro tiene esos poderes directamente de Cristo. Cuando hablemos del sumo Pontífice eliminemos de nuestro vocabulario, por consiguiente, las expresiones tomadas de las asambleas parlamentarias o de la polémica de los periódicos y no permitamos que hombres extraños a nuestra fe se cuiden de revelarnos el prestigio que tiene sobre el mundo el jefe de la Cristiandad".

Y no habría respeto y amor verdadero al Papa si no hubiera una obediencia fiel, interna y externa, a sus enseñanzas y a su doctrina. Los buenos hijos escuchan con veneración aun los simples consejos del Padre común y procuran ponerlos sinceramente en práctica.

En el Papa debemos ver a quien está en lugar de Cristo en el mundo: al "dulce Cristo en la tierra", como solía decir Santa Catalina de Siena; y amarle y escucharle, porque en su voz está la verdad. Haremos que sus palabras lleguen a todos los rincones del mundo, sin deformaciones, para que, lo mismo que cuando Cristo andaba sobre la tierra, muchos desorientados por la ignorancia y el error descubran la verdad y muchos afligidos recobren la esperanza. Dar a conocer sus enseñanzas es parte de la tarea apostólica del cristiano.

Al Papa pueden aplicarse aquellas mismas palabras de Jesús: *Si alguno está unido a mí, ése lleva mucho fruto, porque sin mí no podéis hacer nada*. Sin esa unión todos los frutos serían aparentes y vacíos y, en muchos casos, amargos y dañosos para todo el Cuerpo Místico de Cristo. Por el contrario, si estamos muy unidos al Papa, no nos faltarán motivos, ante la tarea que nos espera, para el optimismo que reflejan estas palabras de San Josemaría Escrivá de Balaguer: *Gozosamente te bendigo, hijo, por esa fe en tu misión de apóstol que te llevó a escribir: "No cabe duda: el porvenir es seguro, quizá a pesar de nosotros. Pero es menester que seamos una sola cosa con la Cabeza* –ut omnes unum sint!– *por la oración y por el sacrificio*".

Rev. D. Alfonso RIOBÓ Serván (Madrid, España) (www.evangeli.net)

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE PASCUA

«Yo soy la puerta de las ovejas»

Hoy, en el Evangelio, Jesús usa dos imágenes referidas a sí mismo: Él es el pastor. Y Él es la puerta. Jesús es el buen pastor que conoce a las ovejas. «Las llama una por una» (Jn 10,3). Para Jesús, cada uno de nosotros no es número; tiene con cada uno un contacto personal. El Evangelio no es solamente una doctrina: es la adhesión personal de Jesús con nosotros.

Y no sólo nos conoce personalmente. También personalmente nos ama. "Conocer", en el Evangelio de san Juan, no significa simplemente un acto del entendimiento, sino un acto de adhesión a la persona conocida. Jesús, pues, nos lleva en su Corazón a cada uno. Nosotros también lo hemos de conocer así. Conocer a Jesús no implica solamente un acto de fe, sino también de caridad, de amor. «Examinaos si conocéis —nos dice san Gregorio Magno, comentando este texto— si le conocéis no por el hecho de creer, sino por el amor». Y el amor se demuestra con las obras.

Jesús es también la puerta. La única puerta. «Si uno entra por mí, estará a salvo» (Jn 10,9). Y poco más allá recalca: «Nadie va al Padre sino por mí» (Jn 14,6). Hoy, un ecumenismo mal entendido hace que algunos se piensen que Jesús es uno de tantos salvadores: Jesús, Buda, Confucio..., Mahoma, ¡qué más da! ¡No! Quien se salve se

salvará por Jesucristo, aunque en esta vida no lo sepa. Quien lucha por hacer el bien, lo sepa o no, va por Jesús. Nosotros, por el don de la fe, sí que lo sabemos. Agradezcámoslo. Esforcémonos por atravesar esta puerta, que, si bien es estrecha, Él nos la abre de par en par. Y demos testimonio de que toda nuestra esperanza está puesta en Él.

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

IR A ÍNDICE DOMINGO IV DE PASCUA

Entrar por la puerta

«En verdad les digo: yo soy la puerta de las ovejas».

Eso dice Jesús.

Y tú, sacerdote, ¿has entrado por esa puerta?

¿Te has configurado con tu Señor y eres puerta?

¿Las ovejas te siguen? ¿Entran y salen por esa puerta?

Tú eres puerta, sacerdote. ¿Mantienes la puerta abierta?

¿Te aseguras de que hayan salido todas y te hayan seguido, para alimentarlas?

¿Las acompañas? ¿O las dejas solas ante el peligro de que se las coman los lobos?

¿Te aseguras de que entren todas por la puerta, y de contarlas, para que no te falte ninguna?

Y si faltara una, ¿dejas a las demás seguras, y sales a buscar a la que se ha perdido?

¿O te quedas resignado en la comodidad de tu egoísmo, y cierras la puerta, y cierras los ojos y los oídos para no ver y no escuchar al que te llama pidiendo ayuda porque está perdido?

Analiza tus actos, sacerdote, y descubre, al paso de los años, en qué te has convertido: ¿en un verdadero pastor comprometido con su rebaño, porque has sido configurado con Cristo Buen Pastor? ¿O en un pastor asalariado que ha descuidado el rebaño que le ha sido encomendado?

¿Se ha vuelto tu ministerio un trabajo más a cambio de un sueldo? ¿O vives tu vocación sirviendo a tu rebaño, enamorado de tus ovejas, como Cristo el Buen Pastor?

Entra por la puerta de las ovejas, sacerdote, con humildad, haciéndote pequeño, como cordero, para que renueves tu vocación y sea encendido de fuego apostólico tu corazón.

Escucha, sacerdote, la voz del Buen Pastor, que te llama para que reconozcas su voz y lo sigas, y pídele que infunda en ti un espíritu de entrega, para que des tu vida por tus ovejas.

Pero ten cuidado, sacerdote, y fíjate bien por quién estás dando tu vida, porque en los rebaños también hay lobos disfrazados de ovejas perdidas.

Sé astuto como las serpientes, pero sencillo como las palomas. No te fíes de los hombres, pero no les tengas miedo a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; antes bien, teme ofender a tu Señor, y obedécelo; escucha su voz, deja todo y síguelo, como una oveja sigue a su pastor, entregándole tu voluntad y tu confianza, porque Él es tu dueño y sabe lo que te conviene.

Sigue a tu Pastor, sacerdote, pero no lo sigas por obligación. Síguelo por amor. Porque de Él recibes muchos bienes. Pero si no tienes amor, sacerdote, nada tienes.

Déjate configurar con el amor, que es Cristo, el Buen Pastor, para que des tu vida por tus ovejas, para que seas puerta, y todo el que entre por ti se salve.

Tú eres puerta, cordero y pastor, configurado con Cristo, que es la puerta, el cordero de Dios que quita los pecados del mundo, y el Buen Pastor, que da la vida por sus ovejas.

Tú abres la puerta, y perdonas los pecados, y los guías y los alimentas a través de la Palabra y de la Eucaristía, para darles vida en abundancia, por Cristo, con Él y en Él.

Tú eres, en unidad con Cristo, Buen Pastor. Y al mismo tiempo eres sacerdote, víctima y altar; sacerdote, profeta y rey.

(*Espada de Dos Filos* II, n. 68)

Domingo V de Pascua (ciclo A)

IR A ÍNDICE GENERAL

(Comentarios sobre las Lecturas propias de la Santa Misa para meditar y preparar la homilía)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)**
- **SAN AGUSTÍN (www.iveargentina.org)**
- **FRANCISCO – Regina Coeli 2014 y 2020 - Homilía 26.IV.13**
- **BENEDICTO XVI – Regina Coeli 2011**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)**
- **PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes**
- **FLUVIUM (www.fluvium.org)**
- **PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)**
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)**
  - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
  - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
  - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)**
- **Pbro. Walter Hugo PERELLÓ (Rafaela, Argentina) (www.evangeli.net)**
- **CONGREGACIÓN PARA EL CLERO (www.clerus.org)**
- **EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís**

***

DEL MISAL MENSUAL

IR A ÍNDICE DOMINGO V DE PASCUA

EL CAMINO A LA VIDA VERDADERA

Hech 6, 1-7, 1 Pe 2, 4-9; Jn 14, 1-12

Dos apóstoles no tan renombrados en el Evangelio como lo son Tomás y Felipe conversan animadamente con el Señor Jesús; dicho diálogo nos deja registradas una de las declaraciones más conocidas del cuarto Evangelio. Jesucristo es camino acreditado para quien pretenda vivir en amistad con el Padre. Así pues, cualquier persona bien dispuesta que se disponga a vivir como vivió el Señor Jesucristo, alcanzará el reconocimiento definitivo del Padre. Es oportuno recalcar que Jesucristo fue resucitado de la muerte ignominiosa en la cruz por la opción fundamental a la cual entregó su vida: la práctica obediente de la voluntad del Padre. Los predicadores cristianos que aparecen en los Hechos de los Apóstoles pueden presentar honestamente el camino cristiano, porque transparentan una existencia plena al lado de Jesucristo.

ANTÍFONA DE ENTRADA Sal 97, 1-2

Canten al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas y todos los pueblos han presenciado su victoria. Aleluya.

ORACIÓN COLECTA

Dios todopoderoso y eterno, lleva a su plenitud en nosotros el sacramento pascual, para que, a quienes te dignaste renovar por el santo bautismo, les hagas posible, con el auxilio de tu protección, abundar en frutos buenos, y alcanzar los gozos de la vida eterna. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Eligieron siete hombres llenos del Espíritu Santo.

Del libro de los Hechos de los Apóstoles: 6, 1-7

En aquellos días, como aumentaba mucho el número de los discípulos, hubo ciertas quejas de los judíos griegos contra los hebreos, de que no se atendía bien a sus viudas en el servicio de caridad de todos los días.

Los Doce convocaron entonces a la multitud de los discípulos y les dijeron: “No es justo que, dejando el ministerio de la palabra de Dios, nos dediquemos a administrar los bienes. Escojan entre ustedes a siete hombres de buena reputación, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, a los cuales encargaremos este servicio. Nosotros nos dedicaremos a la oración y al servicio de la palabra”.

Todos estuvieron de acuerdo y eligieron a Esteban, hombre lleno de fe y del Espíritu Santo, a Felipe, Prócoro, Nicanor, Timón, Pármenas y Nicolás, prosélito de Antioquía. Se los presentaron a los apóstoles y éstos, después de haber orado, les impusieron las manos.

Mientras tanto, la palabra de Dios iba cundiendo. En Jerusalén se multiplicaba grandemente el número de los discípulos. Incluso un grupo numeroso de sacerdotes había aceptado la fe.

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 32,1-2.4-5.18-19.

R/. El Señor cuida de aquellos que lo temen. Aleluya.

Que los justos aclamen al Señor; es propio de los justos alabado. Demos gracias a Dios al son del arpa, que la lira acompañe nuestros cantos. ***R/.***

Sincera es la palabra del Señor y todas sus acciones son leales. Él ama la justicia y el derecho, la tierra llena está de sus bondades. ***R/.***

Cuida el Señor de aquellos que lo temen y en su bondad confían; los salva de la muerte y en épocas de hambre les da vida. ***R/.***

SEGUNDA LECTURA

Ustedes son estirpe elegida, sacerdocio real.

De la primera carta del apóstol san Pedro: 2, 4-9

Hermanos; Acérquense al Señor Jesús, la piedra viva, rechazada por los hombres, pero escogida y preciosa a los ojos de Dios; porque ustedes también son piedras vivas, que van entrando en la edificación del templo espiritual, para formar un sacerdocio santo, destinado a ofrecer sacrificios espirituales, agradables a Dios, por medio de Jesucristo. Tengan presente que está escrito: *He aquí que pongo en Sión una piedra angular, escogida y preciosa; el que crea en ella no quedará defraudado.*

Dichosos, pues, ustedes, los que han creído. En cambio, para aquellos que se negaron a creer, vale lo que dice la Escritura: *La piedra que rechazaron los constructores ha llegado a ser la piedra angular, y también tropiezo y roca de escándalo.* Tropiezan en ella los que no creen en la palabra, y en esto se cumple un designio de Dios.

Ustedes, por el contrario, son estirpe elegida, sacerdocio real, nación consagrada a Dios y pueblo de su propiedad, para que proclamen las obras maravillosas de aquel que los llamó de las tinieblas a su luz admirable.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Jn 14, 6

R/. Aleluya, aleluya.

Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie va al Padre, si no es por mí, dice el Señor. ***R/.***

EVANGELIO

Yo soy el camino, la verdad y la vida.

+ Del santo Evangelio según san Juan: 14, 1-12

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: “No pierdan la paz. Si creen en Dios, crean también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas habitaciones. Si no fuera así, yo se lo habría dicho a ustedes, porque ahora voy a prepararles un lugar. Cuando me haya ido y les haya preparado un lugar, volveré y los llevaré conmigo, para que donde yo esté, estén también ustedes. Y ya saben el camino para llegar al lugar a donde voy”.

Entonces Tomás le dijo: "Señor, no sabemos a dónde vas, ¿cómo podemos saber el camino?". Jesús le respondió: "Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre si no es por mí. Si ustedes me conocen a mí, conocen también a mi Padre. Ya desde ahora lo conocen y lo han visto".

Le dijo Felipe: "Señor, muéstranos al Padre y eso nos basta". Jesús le replicó: "Felipe, tanto tiempo hace que estoy con ustedes, ¿y todavía no me conoces? Quien me ve a mí, ve al Padre. ¿Entonces por qué dices: 'Muéstranos al Padre'? ¿O no crees que yo estoy en el Padre y que el Padre está en mí? Las palabras que yo les digo, no las digo por mi propia cuenta. Es el Padre, que permanece en mí, quien hace las obras. Créanme: yo estoy en el Padre y el Padre está en mí. Si no me dan fe a mí, créanlo por las obras. Yo les aseguro: el que crea en mí, hará las obras que hago yo y las hará aún mayores, porque yo me voy al Padre".

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Dios nuestro, que por el santo valor de este sacrificio nos hiciste participar de tu misma y gloriosa vida divina, concédenos que, así como hemos conocido tu verdad, de igual manera vivamos de acuerdo con ella. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Jn 15, 1. 5

Yo soy la vid verdadera y ustedes los sarmientos, dice el Señor; si permanecen en mí y yo en ustedes darán fruto abundante. Aleluya.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, muéstrate benigno con tu pueblo, y ya que te dignaste alimentado con los misterios celestiales, hazlo pasar de su antigua condición de pecado a una vida nueva. Por Jesucristo, nuestro Señor.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

IR A ÍNDICE DOMINGO V DE PASCUA

Elección de los siete (Hch 6, 1-7)

1ª lectura

En el comienzo de la sección se presentan dos grupos de discípulos, distinguidos según el estrato del que procedían antes de su conversión: helenistas y hebreos. Los «helenistas» eran judíos que habían nacido y vivido un tiempo fuera de Palestina. Hablaban griego y utilizaban sinagogas propias en las que se leían versiones griegas de la Sagrada Escritura. Poseían cierta cultura griega, a la que los hebreos no eran del todo ajenos. Los «hebreos» eran judíos nacidos en Palestina, que hablaban arameo y usaban la Biblia hebrea en el culto sinagogal. Esta distinción de grupos según su procedencia pervivió lógicamente durante un tiempo en la comunidad cristiana. Pero

no debe hablarse de división, y menos aún de oposición entre dos facciones del cristianismo primitivo.

El capítulo narra la institución por los Apóstoles de «los Siete», que es el segundo grupo definido de discípulos —el primero está formado por «los Doce»—, al que se encomienda un ministerio en la Iglesia. Lucas emplea la palabra *diakonía* (asistencia, servicio, ministerio; vv. 1.2.4), aunque no llama «diáconos» a los siete discípulos elegidos para «servir las mesas» (v. 2). No sabemos con seguridad si el ministerio diaconal, tal como lo conocemos, deriva directamente de «los Siete», pero no debe descartarse la posibilidad de que el ministerio aquí descrito haya contribuido a la institución posterior del diaconado propiamente dicho. Los documentos cristianos de los primeros siglos recuerdan a muchos diáconos que fueron mártires del Señor, que servían en el culto y en las casas, y que, con su servicio, eran, sobre todo, instrumentos de unidad: «Os exhorto a que pongáis empeño por hacerlo todo en la concordia de Dios, bajo la presidencia del obispo, que ocupa el lugar de Dios; y de los presbíteros, que representan al colegio de los Apóstoles; desempeñando los diáconos, para mí muy queridos, el ejercicio que les ha sido confiado del ministerio de Jesucristo, el cual estaba junto al Padre antes de los siglos y se manifestó en estos últimos tiempos. Así pues, todos, conformándoos al proceder de Dios, respetaos mutuamente, y nadie mire a su prójimo desde un punto de vista meramente humano, sino amaos unos a otros en Jesucristo en todo momento. Que nada haya en vosotros que pueda dividiros, antes bien, formad un solo cuerpo con vuestro obispo y con los que os presiden, para que seáis modelo y ejemplo de inmortalidad» (S. Ignacio de Antioquía, *Ad Magnesios* 6).

San Lucas señala de nuevo en un sumario (v. 7), como en capítulos anteriores, el crecimiento de la Iglesia. Se refiere ahora a la conversión de multitud de sacerdotes. Se ha pensado que tal vez estos sacerdotes pertenecían a la clase modesta, como Zacarías (cfr. Lc 1,5), y no a las grandes familias sacerdotales, que eran del partido de los saduceos, enemigos de la naciente Iglesia (cfr. 4,1; 5,17).

Sacerdocio común de los fieles (1 Pe 2, 4-9)

2ª lectura

Todo el pasaje —compuesto por un entramado de citas del Antiguo Testamento, tal vez empleadas en la primitiva catequesis apostólica— gira en torno a la imagen de la edificación. El Bautismo hace al cristiano miembro del edificio espiritual de la Iglesia, cuya piedra clave es Jesucristo (vv. 4-8). Los cristianos, piedras vivas, han de estar unidos a Él por la fe y por la gracia, para construir sólidamente el templo donde se ofrezcan «sacrificios espirituales, agradables a Dios» (v. 5). Cuanto más íntima sea la unión con Jesucristo, más sólida resultará la edificación: «Todos los que creemos en Cristo Jesús somos llamados *piedras vivas* (...). Para que te prepares con mayor interés, tú que me escuchas, a la construcción de este edificio, para que seas una de las piedras próximas a los cimientos, debes saber que es Cristo mismo el cimiento de este edificio que estamos describiendo» (Orígenes, *In Iesu Nave* 9,1).

«Para esto habían sido destinados» (v. 8). No hay hombres que estén condenados de antemano. Se trata de una manera bíblica de expresar la acción libre de los hombres, como algo previsto en los planes de Dios.

Frente a los incrédulos, los creyentes son el verdadero y nuevo Pueblo de Dios (vv. 9-10). Los privilegios de Israel son ahora de los cristianos. Los vaticinios del Antiguo Testamento se han cumplido en la Iglesia.

En este pueblo santo hay un único sacerdote, Jesucristo, y un único sacrificio, el que ofreció en la cruz y se renueva en la Santa Misa. Pero todos los cristianos, mediante los sacramentos del Bautismo y de la Confirmación, participamos del sacerdocio de Jesucristo, y quedamos capacitados para llevar a cabo una mediación sacerdotal entre Dios y los demás hombres, y para participar activamente en el culto divino. Es el llamado sacerdocio común de los fieles. «Todas sus obras, oraciones, tareas apostólicas, la vida conyugal y familiar, el trabajo diario, el descanso espiritual y corporal, si se realizan en el Espíritu, incluso las molestias de la vida, si se llevan con paciencia, todo ello se convierte en sacrificios espirituales agradables a Dios por Jesucristo, que ellos ofrecen con toda piedad a Dios Padre en la celebración de la Eucaristía uniéndolos a la ofrenda del cuerpo del Señor. De esta manera, también los laicos, como adoradores que en todas partes llevan una conducta santa, consagran el mundo mismo a Dios» (Conc. Vaticano II, *Lumen gentium*, n. 34).

Camino, verdad y vida (Jn 14, 1-12)

Evangelio

Al parecer, el anuncio de las negaciones de Pedro ha entristecido a los discípulos. Jesús les anima diciendo que se marcha para prepararles una morada en los cielos, pues, a pesar de sus miserias y claudicaciones, finalmente perseverarán.

Inspirándose en las palabras del v. 2, Santa Teresa de Jesús escribirá sus célebres *Moradas*, considerando el «alma como un castillo todo de un diamante o muy claro cristal, adonde hay muchos aposentos, así como en el cielo hay muchas moradas. Que, si bien lo consideramos, hermanas, no es otra cosa el alma del justo sino un paraíso adonde dice Él tiene sus deleites. Pues ¿qué tal os parece que será el aposento adonde un Rey tan poderoso, tan sabio, tan limpio, tan lleno de todos los bienes se deleita?» (*Moradas* 1,1). Y más adelante añadirá: «La puerta para entrar en este castillo es la oración» (*ibidem* 2,11).

La muerte de Jesús va a ser el tránsito hacia el Padre, con quien es uno por ser Dios (cfr. v. 10). Los Apóstoles no entendían con profundidad lo que Jesús les estaba enseñando; de ahí la pregunta de Tomás (v. 5). El Señor explica que Él es el camino hacia el Padre. «Era necesario decirles: *Yo soy el Camino*, para demostrarles que en realidad sabían lo que les parecía ignorar, porque le conocían a Él» (S. Agustín, *In Ioannis Evangelium* 66,2).

Las palabras de Jesús al responder: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida» (v. 6), van más allá de la pregunta de Tomás. Ser la Verdad y la Vida es lo propio del Hijo de Dios hecho hombre, del que San Juan dice en el prólogo a su evangelio que está «lleno de gracia y de verdad» (1,14). Él es la Verdad porque con su venida al mundo se

muestra la fidelidad de Dios a sus promesas, y porque enseña verdaderamente quién es Dios y cómo la auténtica adoración ha de ser «en espíritu y en verdad» (4,23). Él es la Vida por tener desde toda la eternidad la vida divina junto al Padre (cfr. 1,4), y porque nos hace, mediante la gracia, partícipes de esa vida divina. Por todo ello dice el evangelio: «Ésta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien Tú has enviado» (17,3). Con su respuesta, Jesús está «como diciendo: ¿Por dónde quieres ir? Yo soy el Camino. ¿Adónde quieres ir? Yo soy la Verdad. ¿Dónde quieres permanecer? Yo soy la Vida. Todo hombre alcanza a comprender la Verdad y la Vida; pero no todos encuentran el Camino. Los sabios del mundo comprenden que Dios es vida eterna y verdad cognoscible; pero el Verbo de Dios, que es Verdad y Vida junto al Padre, se ha hecho Camino asumiendo la naturaleza humana. Camina contemplando su humildad y llegarás hasta Dios» (S. Agustín, *Sermones* 142 y 141,1.4). «Si buscas, pues, por dónde has de ir, acoge en ti a Cristo, porque Él es el camino (...). Es mejor andar por el camino, aunque sea cojeando, que caminar rápidamente fuera del camino. Porque el que va cojeando por el camino, aunque adelante poco, se va acercando al término; pero el que anda fuera del camino, cuanto más corre, tanto más se va alejando del término» (Sto. Tomás de Aquino, *Super Evangelium Ioannis, ad loc.*).

El v. 9 es de una intensidad deslumbrante. Conocer a Cristo es conocer a Dios. Jesús es el rostro de Dios: «Toda la vida de Cristo es *Revelación* del Padre: sus palabras y sus obras, sus silencios y sus sufrimientos, su manera de ser y de hablar. Jesús puede decir: "Quien me ve a mí, ve al Padre" (Jn 14,9), y el Padre: "Éste es mi Hijo amado; escuchadle" (Lc 9,35). Nuestro Señor, al haberse hecho hombre para cumplir la voluntad del Padre, nos "manifestó el amor que nos tiene" (1 Jn 4,9) con los menores rasgos de sus misterios» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 516).

Antes de partir de este mundo, el Señor promete a los Apóstoles que les hará partícipes de sus poderes para que la salvación de Dios se manifieste por medio de ellos (vv. 12-14). Las obras que realizarán son los milagros hechos en el nombre de Jesucristo (cfr. Hch 3,1-10; 5,15-16; etc.), y sobre todo, la conversión de los hombres a la fe cristiana y su santificación, mediante la predicación y la administración de los sacramentos. Se pueden considerar obras mayores que las de Jesús (v. 12) en cuanto que por el ministerio de los Apóstoles el Evangelio no sólo fue predicado en Palestina, sino que se difundió hasta los extremos de la tierra.

SAN AGUSTÍN (www.iveargentina.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO V DE PASCUA

«Yo soy el camino, la verdad y la vida»

Estas divinas lecciones nos levantan el corazón, para que la desesperanza no nos deprima, y al mismo tiempo lo aterran, para que no nos lleve el viento de la soberbia. Dificultoso, por demás, había de sernos seguir el camino medio, verdadero y derecho,

como si dijésemos entre la izquierda de la desesperación y la derecha de la presunción, si Cristo no dijese: *Yo soy el camino, la verdad y la vida*. O en palabras semejantes: «¿Por dónde quieres ir? Yo soy el camino. ¿A dónde quieres ir? Yo soy la verdad. ¿Dónde quieres detenerte? Yo soy la vida.» Vayamos, pues, tranquilamente por este camino; mas ¡cuidado con las asechanzas a la vera del camino! No se atreve el enemigo a poner celada en el mismo camino, porque el camino es Cristo; pero a la vera del camino es cierto que no se cansa de ponerlas. Por eso dice un salmo: *Junto a las sendas me pusieron tropiezos*. Y en otro lugar dice la Escritura: *Entre lazos andas*. Estos lazos entre los que andamos no están en el camino, sino a la vera del camino. ¿De qué te asustas, qué temes por el camino? Teme si te sales de él. Porque, si al enemigo se le deja poner lazos junto al camino, es para que, con la alegría de la seguridad, no se abandone el camino derecho y vaya el caminante a dar en las celadas.

Aunque sea Cristo la verdad y la vida, el excelso y Dios, el camino es Cristo humilde. Andando sobre las huellas de Cristo humilde, llegarás a la cumbre; si tu flaqueza no se desprecia de sus humillaciones, llegarás a la cima, donde serás inexpugnable. ¿Cuál fue la causa de las humillaciones de Cristo sino la debilidad tuya? Tu flaqueza te asediaba rigurosa y sin remedio, y esto hizo que viniese a ti un Médico tan excelente. Porque, si tu enfermedad fuese tal que, a lo menos, pudieras ir por tus pies al médico, aún se podría decir que no era intolerable; más como tú no pudiste ir a él, vino él a ti; y vino enseñándonos la humildad, por donde volvamos a la vida, porque la soberbia era obstáculo invencible para ello; como que había sido ella la que había hecho apartarse de la vida el corazón humano levantado contra Dios; y, desdeñando, cuando sano, las normas de su higiene, cayó el alma en enfermedad. Que ahora sepa, ya enferma, oír a quien despreció cuando sana; oiga, para levantarse, al que despreció para caer; oiga, escarmentada en cabeza propia, lo que rehusó alcanzar obedeciendo a lo mandado. Porque ahora su miseria tiene amaestrada al alma, que la felicidad hizo negligente, de cuan malo, ¡ay!, es alejarse de Dios, presumiendo de sí, y cuan bueno es adherirse al Señor, sintiendo siempre humildemente. Por quedar de lado al bien aquel incorruptible y singular para juntarse a esta multitud de apetencias sensuales, al amor del siglo y corrupciones terrenas, es prostituirse a espaldas del Señor. A ésta es a quien se grita: *De fornicaria se te ha vuelto la cara y eres de pies a cabeza desvergonzada*. Veamos ahora el objeto de la reprimenda.

Porque Dios, cuando riñe, no insulta; su mira es sacarle a la presunción los colores de la confusión para que sane. ¡Qué vehemencia la de la Escritura en sus voces y qué no usar la caricia de la adulación con quienes quiso volver al camino de salvación! *Adúlteros, ¿no sabéis que los amigos del mundo se hacen enemigos de Dios?*

El amor del mundo hace adúltera al alma; el amor del Hacedor del mundo hace casta el alma; pero, si ésta no comienza por abochornarse de sus disoluciones, jamás apetecerá los castos abrazos de Dios. Que la confusión, pues, la disponga para el retorno, porque es el orgullo quien la detiene. Quien increpa, no comete pecado, pone a la vista el pecado. Lo que el alma no quería ver, se lo pone delante de los ojos; y lo que deseaba tanto llevar a la espalda, la corrección se lo cuelga del cuello. Has de verte a ti en ti. *¿Qué andas mirando la brizna en el ojo de tu hermano, y no ves la viga en*

el tuyo? Y al alma, que anda fuera de sí, se la trae de nuevo a sí. Y lo mismo que se había alejado de sí misma, habíase alejado de su Señor. Esta alma, en efecto, se había mirado a sí misma, y salió complacida del examen, enamorándose con ello de su independencia. Se alejó de él sin quedarse en sí misma; siéntese impelida a salir de sí, sale fuera de sí misma y se precipita sobre lo exterior. Ama el mundo, ama lo temporal, ama lo terreno.

Ya el amarse a sí misma, con desprecio de quien la hizo, fuera decaer, venir a menos; tan a menos como distancia hay de una cosa hecha a quien la hizo. Luego Dios ha de ser amado en tal modo que aún nos olvidemos de nosotros mismos, si ello fuera posible. ¿Cómo se ha de obrar esta conversión? El alma se olvidó de sí misma, más por amor al mundo; olvídese ahora de sí misma, más para amar al artífice del mundo. Empujada fuera de sí, en cierta manera se perdió a sí; y como ni ver sus hechos sabe, justifica sus excesos. Flotando a la deriva, tiene a gala su altivez, sus liviandades, los honores, los empleos, las riquezas, y toda vanidad contribuye a infatuarla. Pero viene la reprensión, viene la corrección, la hace entrar en sí, se desagrada de sí, confiesa su fealdad, desea la belleza, y la disipada vuelve a Dios avergonzada.

¿Ruega contra ella o ruega por ella quien dice: Cubre su rostro de ignominia? *Llena,* dice, *su rostro de ignominia, y buscarán tu nombre, ¡oh Señor!* ¿Era, pues, aborrecimiento el desear les cubriera el rostro de vergüenza? Si está suspirando por que busquen el nombre del Señor, ¿no los ama extremadamente? Pero ¿hay aquí sólo amor o sólo aborrecimiento, o se aborrece y ama al mismo tiempo? Sí, sí; aborrece y ama. Aborrece lo tuyo, te ama a ti. ¿Qué significa: «Aborrece lo tuyo, te ama a ti»? Aborrece lo que tú hiciste, ama lo que hizo Dios. Tuyos, ¿qué son sino los pecados? Y tú, ¿qué eres sino lo que hizo Dios? Desdeñas lo que fuiste hecho, amas lo que hiciste; amas fuera de ti tus obras, menosprecias en ti la obra de Dios. No es extraño te vayas a lo exterior, no es extraño que resbales, no es extraño que te alejes de ti mismo, no es extraño se te llame *espíritu que va y no vuelve.* Oye, oye a quien te llama diciendo: *Volveos a mí, que yo me volveré a vosotros.*

A Dios no se le aleja ni se le trae; ni se inmuta cuando corrige ni hay mudanza en él cuando reprende. Si está lejos de ti, es porque te alejaste tú de él. Fuiste tú quien de él se cayó, no fue él quien se te ocultó. Ahora, pues, oye que te dice: *Volveos a mí, que yo me volveré a vosotros.* En otras palabras: "Éste volverme yo a vosotros no es sino volveros vosotros a mí.» Dios, en efecto, persigue a los que les vuelven la espalda e ilumina el rostro de los que le vuelven la cara. ¡Oh fugitivo!, ¿a dónde huirás de Dios? ¿A dónde huirás huyendo de quien ningún espacio circunscribe y de ninguna parte se halla ausente? Quien da libertad al convertido, ¿se venga del huido? Fugitivo, es tu juez; vuelve a él y le hallarás padre.

Hinchado por la soberbia, esta misma hinchazón le estorbaba para volver por la estrechura. Quien, en efecto, se hizo por nosotros camino, clama: *Entrad por la puerta estrecha.* Hace conatos para entrar, más la hinchazón se lo impide; y cuanto más la hinchazón se lo impide, tanto más perjudiciales le resultan los esfuerzos. Porque, para un hinchado, la estrechura es un tormento, que contribuye a hincharle más; y si aún aumenta de volumen, ¿cómo ha de poder entrar?

Tiene, pues, que deshincharse. ¿Cómo? Tomando el medicamento de la humildad; que beba esta pócima amarga, pero saludable, la pócima de la humillación. ¿Por qué tratar de encogerse? No se lo permite la masa; no grande, sino hinchada. Porque la magnitud o corpulencia es indicio de solidez, la hinchazón es inflamiento. Quien, pues, esté hinchado, no se tenga por grande; deshínchese para ser de grandeza auténtica y sólida. No ambicione estas cosas de acá; no le ufane la pompa esta de las cosas huidizas y corruptibles; oiga la voz del que dijo: *Entrad por la puerta angosta;* y también: *Yo soy el camino*. Como si el tímido le preguntase: «¿Por dónde voy a entrar?», le responde: *«Yo soy el camino,* entra por mí». Para entrar por esta puerta tienes que andar por este camino; porque si dijo: *Yo soy el camino,* dijo también: *Yo soy la puerta*. ¿Qué te preocupas del por dónde volver, a dónde volver y por dónde entrar? Para que no andes descarriado, él se hizo todo eso para ti: camino y entrada. En dos palabras lo dice: *Sé humilde, sé manso*. Pero que nos lo diga con la máxima diafanidad, para que veas por vista de ojos por dónde va el camino, cuál es el camino y a dónde va el camino. ¿A dónde quieres ir? Eres, muy posiblemente, un ambicioso que todo lo querría para sí. Pues…*Todas las cosas las puso el Padre en mis manos*. Dirás quizá: «Bien; las puso en las manos de Cristo, pero no en las mías…» Escucha lo que dice el Apóstol; escucha, según te dije hace rato; no te quiebre la desesperación las alas del ánimo; oye cómo fuiste amado cuando no eras amable; oye cómo eras amado cuando eras torpe y feo; antes, en fin, de que hubiera en ti cosa digna de amor. Fuiste amado primero para que te hicieras digno de ser amado. Pues bien, Cristo, dice el Apóstol, murió en beneficio de los impíos. ¿Acaso merecía el impío ser amado? Ruégote me digas qué merecía el impío. —La condenación, respondes tú. —Pues, con todo eso, *Cristo murió por los impíos*. Ahí ves lo que hizo por ti cuando impío; ¿qué reserva para el pío? ¿Qué se hizo a favor del impío? *Por los impíos murió Cristo*. Tú, que deseabas poseerlo todo, ahí tienes modo de hallarlo todo; no lo busques por el camino de la avaricia, búscalo por el camino de la piedad. Si por ahí vas, lo poseerás, porque poseerás al Hacedor de todas las cosas, y, poseyéndole a él, todo con él será tuyo.

No son estas ideas que os expongo deducciones del raciocinio. Escúchale al Apóstol sus mismas palabras: *Quien a su propio Hijo no perdonó, antes por nosotros todos le entregó, ¿cómo podría no darnos también con él todas las cosas?* ¡Evidentemente! ¡Oh avaro!, ahí tienes todas las cosas. A fin, pues, de no hallar estorbo, desama todo lo que amas y aduéñate de Cristo, en quien puedas ser dueño de todo. Médico él absolutamente innecesitado de tal remedio, tomó, sin embargo, para animar al enfermo, lo que ninguna falta le hacía; fue un modo de lenguaje para vencer la resistencia del enfermo y reanimar al decaído. *El cáliz,* dice, *que yo he de beber;* yo, en quien esa pócima nada tiene que sanar, porque no lo hay, voy a beberlo, con todo ello, para que tú, a quien hace falta beberlo, no te eches atrás y lo bebas. Ved ahora, hermanos, si la humanidad, tomando medicina tan excelente, debe continuar enferma. Ya se humilló Dios, y ¡aún es orgulloso el hombre! Oiga y aprenda. *Todas las cosas,* dice, *las puso el Padre en mis manos*. Si, pues, lo deseas todo, todo lo tendrás conmigo; si deseas al Padre, lo tendrás por mí, lo tendrás en mí. ¿De qué me sirve, dices, tenerlo todo, si a él no lo tengo? Bien dices. Si, pues, a él también quieres tenerle, oye lo que

sigue. Porque, habiendo dicho: *Todas las cosas las puso el Padre en mis manos,* como exhortando y diciendo: «Ven a mí si quieres poseerlo todo», y dijeras tú: «No quiero todas las cosas, sino al que hizo todas las cosas», prosigue y dice: *Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo*. No pierdas el ánimo, oye lo demás: *Y aquel a quien el Hijo quiera revelárselo. A quienquiera,* dice. —Tal vez a mí no quiera. —No habría venido a ti humilde si no quisiera le conocieras excelso. Quizá también aquí digas: «Aunque le conozca a él, yo querría conocer al Padre.» ¿Quieres conocer al Padre? Oye la voz de Felipe; fue el primero que habló de esto, y muy bien, como era justo. Sediento de felicidad, buscaba la en todas partes; más la sed no se le apagaba en ninguna, no hallaba dónde amortiguar su ardor. Y con esta sed dícele al Señor: *Señor, muéstranos al Padre, y nos basta*. ¿Qué significa ese *nos basta?*

Allí será el descansar, y nada más buscar. El Señor: *¿Tanto tiempo como llevo con vosotros y aún no me habéis conocido? Felipe, quien me ve a mí, ve también al Padre*. Consecuencia: para que se manifieste el Hijo, es de necesidad no hallar al Hijo inferior a su Padre, o no dicen nada estas sus palabras: *Yo y el Padre somos una misma cosa*. Ahora bien, el que de suyo es una misma cosa con el Padre, *se anonadó por ti a sí mismo, tomando forma de siervo. Anonadóse a sí mismo, tomando forma de esclavo,* cuando, alejado de él, te dio eso; para cuando vuelvas a él, te guardó: *Yo y el Padre somos una misma cosa.*

***Sermones* (3º) (t. XXIII), Sermón 142, 1-6, BAC Madrid 1983, 285-93**

FRANCISCO – Regina Coeli 2014 y 2020 - Homilía 26.IV.13

IR A ÍNDICE DOMINGO V DE PASCUA

Regina Coeli 2014

Confrontándonos, discutiendo y rezando, así se resuelven los conflictos en la Iglesia

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy la lectura de los Hechos de los Apóstoles nos hace ver que también en la Iglesia de los orígenes surgen las primeras tensiones y las primeras divergencias. En la vida, los conflictos existen, la cuestión es cómo se afrontan. Hasta ese momento la unidad de la comunidad cristiana había sido favorecida por la pertenencia a una única etnia, y a una única cultura, la judía. Pero cuando el cristianismo, que por voluntad de Jesús está destinado a todos los pueblos, se abrió al ámbito cultural griego, faltaba esa homogeneidad y surgieron las primeras dificultades. En ese momento creció el descontento, había quejas, corrían voces de favoritismos y desigualdad de trato. Esto sucede también en nuestras parroquias. La ayuda de la comunidad a las personas necesitadas —viudas, huérfanos y pobres en general—, parecía privilegiar a los cristianos de origen judío respecto a los demás.

Entonces, ante este conflicto, los Apóstoles afrontaron la situación: convocaron a una reunión abierta también a los discípulos, discutieron juntos la cuestión. Todos. Los problemas, en efecto, no se resuelven simulando que no existan. Y es hermosa esta confrontación franca entre los pastores y los demás fieles. Se llegó, por lo tanto, a una subdivisión de las tareas. Los Apóstoles hicieron una propuesta que fue acogida por todos: ellos se dedicarán a la oración y al ministerio de la Palabra, mientras que siete hombres, los diáconos, proveerán al servicio de las mesas de los pobres. Estos siete no fueron elegidos por ser expertos en negocios, sino por ser hombres honrados y de buena reputación, llenos de Espíritu Santo y de sabiduría; y fueron constituidos en su servicio mediante la imposición de las manos por parte de los Apóstoles. Y, así, de ese descontento, de esa queja, de esas voces de favoritismo y desigualdad de trato, se llegó a una solución. Confrontándonos, discutiendo y rezando, así se resuelven los conflictos en la Iglesia. Confrontándonos, discutiendo y rezando. Con la certeza de que las críticas, la envidias y los celos no podrán jamás conducirnos a la concordia, a la armonía o a la paz. También allí fue el Espíritu Santo quien coronó este acuerdo; y esto nos hace comprender que cuando dejamos la conducción al Espíritu Santo, Él nos lleva a la armonía, a la unidad y al respeto de los diversos dones y talentos. ¿Habéis entendido bien? Nada de críticas, nada de envidias, nada de celos. ¿Entendido?

Que la Virgen María nos ayude a ser dóciles al Espíritu Santo, para que sepamos estimarnos mutuamente y converger cada vez más profundamente en la fe y en la caridad, teniendo el corazón abierto a las necesidades de los hermanos.

***

Regina Coeli 2020

Jesús debe ser el protagonista de nuestra vida

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En el Evangelio de hoy escuchamos el inicio del llamado "*Discurso de despedida*" de Jesús. Se trata de las palabras que Jesús dirige a sus discípulos al terminar la Última Cena, poco antes de enfrentarse a su Pasión. En un momento tan dramático, Jesús comenzó diciendo: «No se turbe vuestro corazón» (v. 1). También nos lo dice a nosotros, en los dramas de nuestras vidas. Pero, ¿qué debemos hacer para que no se turbe nuestro corazón? Porque el corazón se turba.

El Señor indica dos remedios para el turbamiento. El primero es: «Creed en mí» (v. 1). Puede parecer un consejo un poco teórico, abstracto. Sin embargo, Jesús quiere decirnos algo bastante preciso. Él sabe que, en la vida, la peor ansiedad, el turbamiento, viene de la sensación de no tener fuerzas, del sentirse solos y sin un punto de referencia ante lo que nos sucede. Esta angustia, en la que a la dificultad se le añade mayor dificultad, no la podemos superar solos. Necesitamos la ayuda de Jesús, y por esto Jesús nos pide que *tengamos fe en Él*; es decir, que no nos apoyemos en nosotros mismos sino en Él. Porque la liberación del turbamiento pasa por la confianza. Encomendarse a Jesús, dar el "salto". Y esta es la liberación de la angustia. Y Jesús ha resucitado y está vivo precisamente para estar siempre a nuestro lado. Ahora podemos

decirle: "Jesús, creo que has resucitado y que me acompañas. Creo que me escuchas. Te traigo todo lo que me turba, mis problemas: tengo fe en Ti y me encomiendo a Ti".

Además, hay un segundo remedio para la angustia que Jesús expresa del siguiente modo: «En la casa de mi Padre hay muchas mansiones; [...] voy a prepararos un lugar» (v. 2). Esto es lo que hace Jesús por nosotros: nos ha reservado un lugar en el Cielo. Tomó nuestra humanidad sobre sí mismo para llevarla más allá de la muerte, a un nuevo lugar, al Cielo, para que allí donde está Él, estuviéramos también nosotros. Es la certeza que nos consuela: hay un lugar reservado para cada uno. Hay un lugar para mí también. Cada uno de nosotros puede decir: hay un lugar para mí. No vivimos sin meta ni destino. Se nos espera, somos preciosos. Dios está enamorado de nosotros, somos sus hijos. Y para nosotros ha preparado el lugar más digno y hermoso: el paraíso. No lo olvidemos: la morada que nos espera es el Paraíso. Aquí estamos de paso. Estamos hechos para el Cielo, para la vida eterna, para vivir para siempre. Para siempre: es algo que ni siquiera podemos imaginar ahora. Pero aún más bello es pensar que este *para siempre* será totalmente en el gozo, en la comunión plena con Dios y con los otros, sin más lágrimas, sin más rencores, sin divisiones ni angustias.

Pero, ¿cómo podemos llegar al Paraíso? ¿Cuál es el camino a seguir? Esta es la frase decisiva de Jesús. Lo dice hoy: «Yo soy el camino» (v. 6). Jesús es el camino para subir al cielo: tener una relación abierta con Él, imitarlo en el amor, seguir sus pasos. Y yo, cristiano, tú, cristiano, cada uno de nosotros, cristianos, podemos preguntarnos: "¿Qué camino sigo?". Hay caminos que no llevan al Cielo: los caminos de la mundanidad, los caminos para autoafirmarse, los caminos del poder egoísta. Y está el camino de Jesús, el camino del amor humilde, de la oración, de la mansedumbre, de la confianza, del servicio a los demás. No es el camino de *mi protagonismo*, es el camino de *Jesús como protagonista de mi vida*. Es ir adelante cada día preguntándole: "Jesús, qué piensas de esta decisión que he tomado? ¿Qué harías en esta situación, con estas personas?". Nos hará bien preguntar a Jesús, que es el camino, las indicaciones para el Cielo. Que la Virgen, Reina del Cielo, nos ayude a seguir a Jesús, que ha abierto para nosotros el Paraíso.

***

Homilía del 26 de abril de 2013

La fe, camino de belleza y verdad

La fe no es ni una alienación ni un fraude, sino un camino concreto de belleza y de verdad, trazado por Jesús, para preparar nuestros ojos y poder contemplar "el rostro maravilloso de Dios" en el lugar definitivo que está preparado para cada uno. Con estas palabras invita el Papa Francisco a no tener miedo y a vivir la vida como una preparación para mirar mejor, escuchar mejor y amar más.

En su reflexión, el Santo Padre parte de las lecturas de la liturgia del día. En esta ocasión, del pasaje evangélico de san Juan (Jn 14, 1-6): "No se turbe vuestro corazón, creed en Dios y creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no, os lo habría dicho, porque me voy a prepararos un lugar...". Y el Pontífice se preguntó: "¿Cómo es esta preparación? ¿Cómo se realiza? ¿Cómo es ese lugar? ¿Qué

significa preparar el lugar? ¿Alquilar una habitación en las alturas?". Preparar el lugar significa "preparar nuestra posibilidad de gozar, ver, sentir, comprender la belleza de aquello que nos espera, de la patria hacia la cual caminamos".

Por ello, "toda la vida cristiana es un trabajo de Jesús, del Espíritu Santo, para prepararnos un lugar, prepararnos los ojos para ver. Quienes están enfermos de cataratas y tienen que operarse: ellos ven, pero después de la operación, ¿qué dicen? "Nunca pensé que se podía ver así". Nuestros ojos, los ojos de nuestra alma tienen necesidad de ser preparados para contemplar el rostro maravilloso de Jesús". Se trata, entonces, de "preparar principalmente el corazón para amar, amar más". Y "esto no es alienación: esta es la verdad, esto es permitir que Jesús prepare nuestro corazón, nuestros ojos, para esa belleza tan grande. Es el camino de la belleza. También el camino del regreso a la patria".

BENEDICTO XVI – Regina Coeli 2011

IR A ÍNDICE DOMINGO V DE PASCUA

El compromiso de anunciar a Jesucristo constituye la tarea principal de la Iglesia

¡Queridos hermanos y hermanas!

El Evangelio del domingo de hoy, Quinto de Pascua, propone un doble mandamiento sobre la fe: creer en Dios y creer en Jesús. El Señor, de hecho, dice a sus discípulos: "Creed en Dios, y creed también en mí" (*Jn* 14,1). No son dos actos separados, sino un único acto de fe, la plena adhesión a la salvación realizada por Dios Padre mediante su Hijo Unigénito. El Nuevo Testamento puso fin a la invisibilidad del Padre. Dios mostró su rostro, como confirma la respuesta de Jesús al apóstol Felipe: "Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre" (*Jn* 14,9). El Hijo de Dios, con su encarnación, muerte y resurrección, nos liberó de la esclavitud del pecado para darnos la libertad de los hijos de Dios, y nos dio a conocer el rostro de Dios que es amor: Dios se puede ver, es visible en Cristo. Santa Teresa de Ávila escribe que "no debemos alejarnos de lo que constituye todo nuestro bien y nuestro remedio, es decir, de la santísima humanidad de nuestro Señor Jesucristo" (*Castillo interior*, 7, 6). Por tanto solo creyendo en Cristo, permaneciendo unidos a Él, los discípulos, entre quienes estamos también nosotros, pueden continuar su acción permanente en la historia: "En verdad, en verdad os digo –dice el Señor–: el que cree en mí, también él hará las obras que yo hago" (*Jn* 14,12).

La fe en Jesús comporta seguirlo cotidianamente, en las sencillas acciones que componen nuestra jornada. "Es propio del misterio de Dios actuar de modo oculto. Sólo poco a poco Él construye en la gran historia de la humanidad *su* historia. Se hace hombre, pero de manera que pueda ser ignorado por sus contemporáneos, por las fuerzas que cuentan en la historia. Sufre y muere y, como Resucitado, quiere llegar a la humanidad sólo a través de la fe de los suyos a los que se manifiesta. Continuamente

Él llama sumisamente a las puertas de nuestros corazones y, si le abrimos, lentamente nos hace capaces de 'ver'" (*Jesús de Nazaret II*, 2011, 306). San Agustín afirma que "era necesario que Jesús dijese: 'Yo soy el camino, la verdad y la vida' (Jn 14,6), porque una vez conocido el camino faltaba por conocer la meta" (*Tractatus in Ioh.*, 69, 2: *CCL* 36, 500), y la meta es el Padre. Para los cristianos, para cada uno de nosotros, por tanto, el Camino al Padre es dejarse guiar por Jesús, por su palabra de Verdad, y acoger el don de su Vida. Hagamos nuestra la invitación de san Buenaventura: "Abre por tanto los ojos, tiende el oído espiritual, abre tus labios y dispón tu corazón, para que puedas en todas las criaturas ver, escuchar, alabar, amar, venerar, glorificar, honrar a tu Dios" (*Itinerarium mentis in Deum*, I, 15).

Queridos amigos, el compromiso de anunciar a Jesucristo, "el camino, la verdad y la vida" (Jn 14,6), constituye la tarea principal de la Iglesia. Invoquemos a la Virgen María para que asista siempre a los Pastores y a cuantos en los diversos ministerios anuncian el alegre Mensaje de salvación, para que la Palabra de Dios se difunda y el número de los discípulos se multiplique (cfr *Hch* 6,7).

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

IR A ÍNDICE DOMINGO V DE PASCUA

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

La oración de Jesús en la Última Cena

2746. Cuando ha llegado su hora, Jesús ora al Padre (cf *Jn* 17). Su oración, la más larga transmitida por el Evangelio, abarca toda la Economía de la creación y de la salvación, así como su Muerte y su Resurrección. Al igual que la Pascua de Jesús, sucedida "una vez por todas", permanece siempre actual, de la misma manera la oración de la Hora de Jesús sigue presente en la Liturgia de la Iglesia.

2747. La tradición cristiana acertadamente la denomina la oración "sacerdotal" de Jesús. Es la oración de nuestro Sumo Sacerdote, inseparable de su sacrificio, de su "paso" [pascua] hacia el Padre donde él es "consagrado" enteramente al Padre (cf *Jn* 17, 11. 13. 19).

2748. En esta oración pascual, sacrificial, todo está "recapitulado" en Él (cf *Ef* 1, 10): Dios y el mundo, el Verbo y la carne, la vida eterna y el tiempo, el amor que se entrega y el pecado que lo traiciona, los discípulos presentes y los que creerán en Él por su palabra, la humillación y su gloria. Es la oración de la unidad.

2749. Jesús ha cumplido toda la obra del Padre, y su oración, al igual que su sacrificio, se extiende hasta la consumación de los siglos. La oración de la Hora de Jesús llena los últimos tiempos y los lleva hacia su consumación. Jesús, el Hijo a quien el Padre ha dado todo, se entrega enteramente al Padre y, al mismo tiempo, se expresa con una

libertad soberana (cf *Jn* 17, 11. 13. 19. 24) debido al poder que el Padre le ha dado sobre toda carne. El Hijo que se ha hecho Siervo, es el Señor, el «Pantocrátor». Nuestro Sumo Sacerdote que ruega por nosotros es también el que ora en nosotros y el Dios que nos escucha.

2750. Si en el Santo Nombre de Jesús, nos ponemos a orar, podemos recibir en toda su hondura la oración que Él nos enseña: "¡Padre Nuestro!". La oración sacerdotal de Jesús inspira, desde dentro, las grandes peticiones del Padre Nuestro: la preocupación por el Nombre del Padre (cf *Jn* 17, 6. 11. 12. 26), el deseo de su Reino (la gloria; cf *Jn* 17, 1. 5. 10. 24. 23-26), el cumplimiento de la voluntad del Padre, de su designio de salvación (cf *Jn* 17, 2. 4 .6. 9. 11. 12. 24) y la liberación del mal (cf *Jn* 17, 15).

2751. Por último, en esta oración Jesús nos revela y nos da el "conocimiento" indisociable del Padre y del Hijo (cf *Jn* 17, 3. 6-10. 25) que es el misterio mismo de la vida de oración.

Cristo abre para nosotros el camino del cielo

661. Esta última etapa permanece estrechamente unida a la primera, es decir, a la bajada desde el cielo realizada en la Encarnación. Solo el que "salió del Padre" puede "volver al Padre": Cristo (cf. *Jn* 16,28). "Nadie ha subido al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre" (*Jn* 3, 13; cf, *Ef* 4, 8-10). Dejada a sus fuerzas naturales, la humanidad no tiene acceso a la "Casa del Padre" (*Jn* 14, 2), a la vida y a la felicidad de Dios. Sólo Cristo ha podido abrir este acceso al hombre, "ha querido precedernos como cabeza nuestra para que nosotros, miembros de su Cuerpo, vivamos con la ardiente esperanza de seguirlo en su Reino" (*Prefacio de la Ascensión del Señor, I: Misa Romano*).

1025. Vivir en el cielo es "estar con Cristo" (cf. *Jn* 14, 3; *Flp* 1, 23; *1 Ts* 4,17). Los elegidos viven "en Él", aún más, tienen allí, o mejor, encuentran allí su verdadera identidad, su propio nombre (cf. *Ap* 2, 17):

«Pues la vida es estar con Cristo; donde está Cristo, allí está la vida, allí está el reino» (San Ambrosio, Expositio evangelii secundum Lucam 10,121).

1026. Por su muerte y su Resurrección Jesucristo nos ha "abierto" el cielo. La vida de los bienaventurados consiste en la plena posesión de los frutos de la redención realizada por Cristo, quien asocia a su glorificación celestial a aquellos que han creído en Él y que han permanecido fieles a su voluntad. El cielo es la comunidad bienaventurada de todos los que están perfectamente incorporados a Él.

2795. El símbolo del cielo nos remite al misterio de la Alianza que vivimos cuando oramos al Padre. Él está en el cielo, es su morada, la Casa del Padre es, por tanto, nuestra "patria". De la patria de la Alianza el pecado nos ha desterrado (cf *Gn* 3) y hacia el Padre, hacia el cielo, la conversión del corazón nos hace volver (cf Jr 3, 19-4, 1a; Lc 15, 18. 21). En Cristo se han reconciliado el cielo y la tierra (cf *Is* 45, 8; *Sal* 85, 12), porque el Hijo "ha bajado del cielo", solo, y nos hace subir allí con Él, por medio de su Cruz, su Resurrección y su Ascensión (cf *Jn* 12, 32; 14, 2-3; 16, 28; 20, 17; *Ef* 4, 9-10; *Hb* 1, 3; 2, 13).

Creer en Jesús

151. Para el cristiano, creer en Dios es inseparablemente creer en Aquel que él ha enviado, «su Hijo amado», en quien ha puesto toda su complacencia (*Mc* 1,11). Dios nos ha dicho que les escuchemos (cf. *Mc* 9,7). El Señor mismo dice a sus discípulos: «Creed en Dios, creed también en mí» (*Jn* 14,1). Podemos creer en Jesucristo porque es Dios, el Verbo hecho carne: «A Dios nadie le ha visto jamás: el Hijo único, que está en el seno del Padre, él lo ha contado» (*Jn* 1,18). Porque «ha visto al Padre» (*Jn* 6,46), él es único en conocerlo y en poderlo revelar (cf. *Mt* 11,27).

1698. La referencia primera y última de esta catequesis será siempre Jesucristo que es "el camino, la verdad y la vida" (*Jn* 14,6). Contemplándole en la fe, los fieles de Cristo pueden esperar que Él realice en ellos sus promesas, y que amándolo con el amor con que Él nos ha amado realicen las obras que corresponden a su dignidad:

«Te ruego que pienses [...] que Jesucristo, Nuestro Señor, es tu verdadera Cabeza, y que tú eres uno de sus miembros [...]. Él es con relación a ti lo que la cabeza es con relación a sus miembros; todo lo que es suyo es tuyo, su espíritu, su corazón, su cuerpo, su alma y todas sus facultades, y debes usar de ellos como de cosas que son tuyas, para servir, alabar, amar y glorificar a Dios. Tú eres de Él como los miembros lo son de su cabeza. Así desea Él ardientemente usar de todo lo que hay en ti, para el servicio y la gloria de su Padre, como de cosas que son de Él» (San Juan Eudes, Le Coeur admirable de la Très Sacrée Mère de Dieu, 1, 5: Oeuvres completes, v.6).

«Para mí la vida es Cristo» (Flp 1,21).

2614. Cuando Jesús confía abiertamente a sus discípulos el misterio de la oración al Padre, les desvela lo que deberá ser su oración, y la nuestra, cuando haya vuelto, con su humanidad glorificada, al lado del Padre. Lo que es nuevo ahora es "pedir en *su Nombre*" (*Jn* 14, 13). La fe en Él introduce a los discípulos en el conocimiento del Padre porque Jesús es "el Camino, la Verdad y la Vida" (*Jn* 14, 6). La fe da su fruto en el amor: guardar su Palabra, sus mandamientos, permanecer con Él en el Padre que nos ama en Él hasta permanecer en nosotros. En esta nueva Alianza, la certeza de ser escuchados en nuestras peticiones se funda en la oración de Jesús (cf *Jn* 14, 13-14).

2466. En Jesucristo la verdad de Dios se manifestó en plenitud. "Lleno de gracia y de verdad" (*Jn* 1, 14), él es la "luz del mundo" (*Jn* 8, 12), *la Verdad* (cf *Jn* 14, 6). El que cree en él, no permanece en las tinieblas (cf *Jn* 12, 46). El discípulo de Jesús, "permanece en su palabra", para conocer "la verdad que hace libre" (cf *Jn* 8, 31-32) y que santifica (cf *Jn* 17, 17). Seguir a Jesús es vivir del "Espíritu de verdad" (*Jn* 14, 17) que el Padre envía en su nombre (cf *Jn* 14, 26) y que conduce "a la verdad completa" (*Jn* 16, 13). Jesús enseña a sus discípulos el amor incondicional de la verdad: «Sea vuestro lenguaje: "sí, sí"; "no, no"» (*Mt* 5, 37).

La ordenación de los diáconos

1569 «En el grado inferior de la jerarquía están los diáconos, a los que se les imponen las manos "para realizar un servicio y no para ejercer el sacerdocio"» (LG 29; cf CD 15). En la ordenación al diaconado, sólo el obispo impone las manos, significando así

que el diácono está especialmente vinculado al obispo en las tareas de su "diaconía" (cf San Hipólito Romano, *Traditio apostolica* 8).

1570. Los diáconos participan de una manera especial en la misión y la gracia de Cristo (cf LG 41; AG 16). El sacramento del Orden los marco con un *sello* («carácter») que nadie puede hacer desaparecer y que los configura con Cristo que se hizo "diácono", es decir, el servidor de todos (cf *Mc* 10,45; *Lc* 22,27; San Policarpo de Esmirna, *Epistula ad Philippenses* 5, 25,2). Corresponde a los diáconos, entre otras cosas, asistir al obispo y a los presbíteros en la celebración de los divinos misterios sobre todo de la Eucaristía y en la distribución de la misma, asistir a la celebración del matrimonio y bendecirlo, proclamar el Evangelio y predicar, presidir las exequias y entregarse a los diversos servicios de la caridad (cf LG 29; cf. SC 35,4; AG 16).

1571. Desde el Concilio Vaticano II, la Iglesia latina ha restablecido el diaconado "como un grado propio y permanente dentro de la jerarquía" (LG 29), mientras que las Iglesias de Oriente lo habían mantenido siempre. Este *diaconado permanente*, que puede ser conferido a hombres casados, constituye un enriquecimiento importante para la misión de la Iglesia. En efecto, es apropiado y útil que hombres que realizan en la Iglesia un ministerio verdaderamente diaconal, ya en la vida litúrgica y pastoral, ya en las obras sociales y caritativas, "sean fortalecidos por la imposición de las manos transmitida ya desde los Apóstoles y se unan más estrechamente al servicio del altar, para que cumplan con mayor eficacia su ministerio por la gracia sacramental del diaconado" (AG 16).

"La estirpe elegida, el sacerdocio real"

782. El Pueblo de Dios tiene características que le distinguen claramente de todos los grupos religiosos, étnicos, políticos o culturales de la historia:

— Es el Pueblo de Dios: Dios no pertenece en propiedad a ningún pueblo. Pero Él ha adquirido para sí un pueblo de aquellos que antes no eran un pueblo: "una raza elegida, un sacerdocio real, una nación santa" (1 P 2, 9).

— Se llega a ser miembro de este cuerpo no por el nacimiento físico, sino por el "nacimiento de arriba", "del agua y del Espíritu" (Jn 3, 3-5), es decir, por la fe en Cristo y el Bautismo.

— Este pueblo tiene por Cabeza a Jesús el Cristo [Ungido, Mesías]: porque la misma Unción, el Espíritu Santo fluye desde la Cabeza al Cuerpo, es "el Pueblo mesiánico".

— "La identidad de este Pueblo, es la dignidad y la libertad de los hijos de Dios en cuyos corazones habita el Espíritu Santo como en un templo" (LG 9).

— "Su ley, es el mandamiento nuevo: amar como el mismo Cristo mismo nos amó (cf. Jn 13, 34)". Esta es la ley "nueva" del Espíritu Santo (Rm 8,2; Ga 5, 25).

— Su misión es ser la sal de la tierra y la luz del mundo (cf. Mt 5, 13-16). "Es un germen muy seguro de unidad, de esperanza y de salvación para todo el género humano" (LG 9.

— "Su destino es el Reino de Dios, que él mismo comenzó en este mundo, que ha de ser extendido hasta que él mismo lo lleve también a su perfección" (LG 9).

803. *"Vosotros sois linaje elegido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido" (1 P 2, 9).*

1141. La asamblea que celebra es la comunidad de los bautizados que, "por el nuevo nacimiento y por la unción del Espíritu Santo, quedan consagrados como casa espiritual y sacerdocio santo para que ofrezcan, a través de todas las obras propias del cristiano, sacrificios espirituales" (LG 10). Este "sacerdocio común" es el de Cristo, único Sacerdote, participado por todos sus miembros (cf LG 10; 34; PO 2):

«La Madre Iglesia desea ardientemente que se lleve a todos los fieles a aquella participación plena, consciente y activa en las celebraciones litúrgicas que exige la naturaleza de la liturgia misma y a la cual tiene derecho y obligación, en virtud del bautismo, el pueblo cristiano "linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido" (1 P 2,9; cf 2,4-5)» (SC 14).

1174. El Misterio de Cristo, su Encarnación y su Pascua, que celebramos en la Eucaristía, especialmente en la asamblea dominical, penetra y transfigura el tiempo de cada día mediante la celebración de la Liturgia de las Horas, "el Oficio divino" (cf SC IV). Esta celebración, en fidelidad a las recomendaciones apostólicas de "orar sin cesar" (*1 Ts* 5,17; *Ef* 6,18), "está estructurada de tal manera que la alabanza de Dios consagra el curso entero del día y de la noche" (SC 84). Es "la oración pública de la Iglesia" (SC 98) en la cual los fieles (clérigos, religiosos y laicos) ejercen el sacerdocio real de los bautizados. Celebrada "según la forma aprobada" por la Iglesia, la Liturgia de las Horas "realmente es la voz de la misma Esposa la que habla al Esposo; más aún, es la oración de Cristo, con su mismo Cuerpo, al Padre" (SC 84).

1269. Hecho miembro de la Iglesia, el bautizado ya no se pertenece a sí mismo (*1 Co* 6,19), sino al que murió y resucitó por nosotros (cf *2 Co* 5,15). Por tanto, está llamado a someterse a los demás (*Ef* 5,21; *1 Co* 16,15-16), a servirles (cf *Jn* 13,12-15) en la comunión de la Iglesia, y a ser "obediente y dócil" a los pastores de la Iglesia (*Hb* 13,17) y a considerarlos con respeto y afecto (cf *1 Ts* 5,12-13). Del mismo modo que el Bautismo es la fuente de responsabilidades y deberes, el bautizado goza también de derechos en el seno de la Iglesia: recibir los sacramentos, ser alimentado con la palabra de Dios y ser sostenido por los otros auxilios espirituales de la Iglesia (cf LG 37; CIC can. 208-223; CCEO, can. 675,2).

1322. La Sagrada Eucaristía culmina la iniciación cristiana. Los que han sido elevados a la dignidad del sacerdocio real por el Bautismo y configurados más profundamente con Cristo por la Confirmación, participan por medio de la Eucaristía con toda la comunidad en el sacrificio mismo del Señor.

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO V DE PASCUA

Yo soy el camino, la verdad y la vida

En el Evangelio del quinto Domingo del tiempo pascual encontramos una de las afirmaciones más fuertes y rotundas de todo el Nuevo Testamento. En respuesta a la pregunta de Tomás sobre el camino por el que hay que ir al Padre, Jesús responde:

«Yo soy el camino, la verdad y la vida. *Nadie* va al Padre, sino por mí».

Jesús se proclama la *meta* última de nuestra existencia y el *camino* para conseguirla. Podríamos desarrollar al respecto infinitas consideraciones. Pero, hay una que me parece particularmente actual. ¿Qué pensar a la luz de estas palabras de Jesús sobre las otras religiones? Hoy nos toca de cerca este problema, porque las otras religiones ya no son más una realidad lejana, de otros continentes.

Con la movilidad, que caracteriza al mundo moderno, y con la emigración, las religiones ya no están más repartidas geográficamente como lo estaban antes.

Nos planteamos por ello tres preguntas: ¿qué piensa el cristianismo de sí mismo? ¿Qué piensa sobre las otras grandes religiones? ¿Es posible un diálogo y una colaboración entre los cristianos y los que pertenecen a las otras religiones?

Ante todo, por lo tanto, *lo que piensa el cristianismo de sí mismo*. A diferencia del hebraísmo, del que ha nacido, el cristianismo se ha proclamado desde el comienzo como una religión universal, esto es, no ligada a un pueblo o a una raza sino destinada a todas las gentes. Jesús dejó a sus discípulos este mandato: «Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (*Mateo* 28,19).

No sólo es una religión abierta a todos, en la que todos *pueden* entrar, sino también religión en la que según la revelación cristiana *deben* entrar (en el sentido de «son llamados» a entrar). En efecto, está escrito que fuera de Jesús:

«No hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debamos salvarnos» (*Hechos* 4,12).

Jesús es presentado en la Escritura como el «solo mediador entre Dios y los hombres» (1 *Timoteo* 2,5). No entre Dios y esta o aquella clase de hombres sino de todos los hombres, de la humanidad entera.

¿En qué se basan afirmaciones tan absolutas? En el hecho de que en Cristo es Dios mismo en persona quien se ha hecho el encontradizo con los hombres, que ha descendido en medio de nosotros haciéndose carne. No es, por lo tanto, un simple enviado o un profeta. Esto forma parte del núcleo más esencial de la fe cristiana. Ya en la antigüedad había quien decía: «No es posible llegar a la Verdad absoluta por un solo camino; son posibles y necesarios diversos caminos». Es verdad, respondía san Agustín, a menos que, sin embargo, la Verdad no se conciba ella ese mismo camino, que es lo que ha acontecido con Cristo. Siendo Dios, él es la *verdad* y la *vida;* haciéndose hombre ha llegado a ser también el *camino* para alcanzar la verdad y la vida.

Jesús ha reivindicado para sí esta universalidad y este sentido absoluto y, resucitándole de la muerte, Dios Padre ha avalado estas sus reivindicaciones y les ha puesto su propio sello. Pero, la prueba más evidente es la que tenemos dentro de

nosotros: cuanto uno más conoce a Dios, más entiende que él es verdaderamente el camino, la verdad y la vida. Lo toca con la mano por sí solo.

Vengamos, ahora, al segundo punto: *¿Qué pensar entonces de las otras religiones?* A este propósito, ha habido una clara evolución en el pensamiento cristiano, favorecida también por las conquistas modernas sobre la tolerancia y la libertad religiosa. El cambio ha encontrado su expresión en el concilio Vaticano II con el documento *Nostra aetate* (sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas). Las varias religiones del mundo en lo que tienen de positivo y siempre con gran respeto se han examinado según el orden de su mayor o menor relación con el cristianismo.

Vienen propuestos primero el Hinduismo y el Budismo. En el *Hinduismo,* se dice, los hombres buscan la liberación de la angustia a través de unas formas de vida ascética y en la meditación profunda. En el *Budismo* viene reconocida la radical insuficiencia de este mundo material y se enseña el modo de alcanzar la liberación perfecta y la iluminación.

Más cercano a la fe cristiana está el *Islamismo* en cuanto religión monoteísta, esto es, que cree en un Dios único y personal, al cual enseña a someterse con devoción. En fin, todavía más cercano está el *Hebraísmo* con el cual el cristianismo comparte la fe en el mismo Dios de Abrahán y las Escrituras del Antiguo Testamento. Los Hebreos son precisamente nuestros «hermanos mayores» según la expresión usada por el Papa en la visita a la sinagoga de Roma.

En un tiempo era convicción de los cristianos que «nadie puede salvarse fuera de la Iglesia Católica» (Pío IX, encíclica *Quanto conficiamur moerore* del 10 agosto 1863, DS 1707) y que sólo los bautizados podían salvarse. Ahora no somos así tan categóricos. Creemos que Jesucristo es la vía ordinaria de salvación, que su muerte redentora es la que ha expiado objetivamente los pecados de todos y ha reconciliado a la humanidad entera con Dios. No obstante, estamos convencidos que la gracia de Cristo actúa asimismo fuera de los canales ordinarios, que son el bautismo y la adhesión a la Iglesia. Los que sin conocer el Evangelio viven de acuerdo con los dictámenes de su conciencia y los principios de la propia religión y ayudan al prójimo pueden estar más unidos a Cristo que muchos cristianos bautizados, que no viven del todo las exigencias del propio bautismo.

Dios se sirve precisamente de las «semillas de verdad» y de los ritos sagrados presentes en las diversas religiones para hacer llegar a sus seguidores los beneficios de la redención de Cristo y conducirles a la salvación.

En esto, los fundadores de otras religiones junto con los respectivos pueblos han desarrollado y desarrollan aún un quehacer análogo al de Moisés y a la Ley en el Antiguo Testamento: ser precursores de Cristo para prepararles también los caminos, como hizo Juan el Bautista.

Podemos, por lo tanto, afirmar que hay salvación fuera de Cristo; pero, no sin Cristo; hay salvación fuera de la Iglesia, si bien no independientemente de la Iglesia. «En la forma de sólo Dios conocida» *(Gaudium et spes,* 22) el Espíritu Santo sopla

asimismo fuera de los confines visibles de la Iglesia. «Dios, nuestro Salvador, quiere que todos los hombres se salven» (1 *Timoteo* 2, 3-4) y él es suficientemente consciente y omnipotente para realizar todo lo que quiere. Esto es lo que sabemos con certeza y que nos da hoy serenidad y optimismo al pensar en todos los que viven fuera del horizonte cristiano.

Ahora, el tercer punto: *¿Es posible el diálogo?* ¿Cómo podemos poner de acuerdo estas nuestras certezas cristianas con el necesario pluralismo religioso de hoy y con los principios sacrosantos de la tolerancia y del respeto a las convicciones de otros? Yo pienso que el *pluralismo* no consiste en creer que todas las religiones sean igualmente buenas y verdaderas (esto sería más bien un *relativismo* religioso, que en su raíz destruye toda religión), sino que consiste en el reconocerle a cada uno el derecho de creer verdadera y definitivamente en la propia religión.

La fe de todos debe gozar de libertad para proponer su mensaje a los hombres con el respeto a las leyes de los distintos países dejando a cada uno ser libre para decidir si acogerlo o no. Hoy éste es el planteamiento general y pacífico de los países cristianos (que desgraciadamente no encuentra siempre una actitud correspondiente en los países de otras religiones).

Por lo tanto, lo que es necesario renunciar no son a las propias certezas de fe sino a los métodos intolerantes de profesarla y propagarla, que tantos daños han producido. En el pasado, también nosotros cristianos hemos fallado a este respecto especialmente en las relaciones con los Hebreos. Hoy ya no tenemos dificultad en reconocer que esto no es un defender el Evangelio sino un traicionarlo. Porque el Evangelio predica lo contrario: la hermandad universal y el amor incluso para con los enemigos. Según el Evangelio, el ideal supremo es dar la vida por la fe, no matar al infiel

¿Es sólo esto lo que pueden hacer las distintas religiones? ¿No hacerse la guerra entre ellas y renunciar a toda «guerra santa»? No; hay un vasto campo en el que las religiones pueden colaborar positivamente para el bien de la humanidad. Ante todo, para tener vivo el sentido de Dios, de la oración y del misterio en un mundo, que tiende a profundizar siempre más y más en el materialismo y arriesga con una asfixia espiritual; para resolver las tensiones étnicas, trabajar juntos por la paz; para la salvaguarda de lo creado; por una más equitativa distribución de las riquezas y de los recursos de la tierra entre los pueblos.

De igual forma, cuando se habla de las distintas religiones, es necesario insistir más sobre lo que nos une que sobre lo que nos separa. Éste fue el mensaje que el papa Juan Pablo 11 quiso lanzar al mundo con el famoso encuentro de oración de Asís, en 1986, entre los que dirigen las mayores religiones; y es lo que no se cansa de promover con todas sus iniciativas y sus viajes.

No sólo, sino que hay también lugar para aprender los unos de los otros. La comparación y el diálogo con miembros de otras religiones que nos ayudan muy frecuentemente a aceptar mejor los alcances de nuestra misma fe como también nuestras incoherencias. Enriquecen el patrimonio religioso de cada uno. Gandhi, con su vida y su ideal de la no-violencia, nos ha enseñado también a nosotros los cristianos

muchas cosas. Él, antes que nosotros, ha entendido y valorado un punto importante del Evangelio.

El mismo Gandhi una vez vino a decir que Jesucristo le fascinaba; pero, que los cristianos le daban miedo. No es él sólo a tener este sentimiento y desgraciadamente no podemos dejar de creerles a ellos. La comparación con otras religiones, al final, nos empuja, por lo tanto, a ser más humildes y no tan arrogantes. Y esto es un resultado muy importante para hacer que bendigamos a Dios por vivir en un tiempo, en el que tal comparación ha llegado a ser no sólo posible sino también necesaria.

PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes

IR A ÍNDICE DOMINGO V DE PASCUA

Una paz perenne

Jesucristo es el Príncipe de la paz. El hombre que cree en Él recibe al Espíritu Santo –que Dios da a los que lo aman–, y se llena de paz. No de una paz efímera, como la da el mundo, sujeta a falsas seguridades, a circunstancias, acuerdos, y ambientes condicionados, sino una paz perenne que llena el alma. Paz interior, que no depende de las condiciones del mundo, de las guerras o tribulaciones, ni del ambiente o circunstancias, sino solo de Dios.

Por eso el hombre creyente que ama y sigue a Cristo no pierde la paz, confía y vive con fe, con esperanza y con caridad, en la seguridad de que camina en el camino correcto hacia la felicidad eterna, en donde el mismo Cristo le está preparando un lugar de acuerdo a los tesoros que acumula en el cielo con sus buenas obras.

Cree tú en Jesús, y en que Él es el camino, la verdad y la vida. Búscalo, encuéntralo, ámalo, y síguelo, para que donde esté Él estés tú.

Acude a María, su Madre, para que te lleve a Jesús, y no pierdas la paz, porque todo lo que te pasa, los acontecimientos, los problemas, las tribulaciones, las experiencias, son medios para guiarte y mantenerte en el camino, a la luz del Evangelio, para llegar a Dios.

El camino es Cristo, que ha vencido al mundo, ha resucitado, se presenta ante ti, y se queda contigo en Cuerpo, en Sangre, en Alma, en Divinidad, en presencia real y substancial en la Eucaristía, y te dice: la paz sea contigo».

FLUVIUM (www.fluvium.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO V DE PASCUA

Nuestra vida en Cristo

Nos presenta la Iglesia en este domingo quinto de Pascua un pasaje evangélico muy propio del tiempo litúrgico que celebramos, por cuanto nos hace considerar la vida en Cristo a la que somos llamados. Esa concisa expresión del Señor: **Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida**, lo confirma. Asegura Jesucristo que para nosotros, los hombres, Él es Camino único de nuestra existencia, Verdad inequívoca para todo criterio y Vida plena de felicidad consumada.

Por sorprendente que nos parezca, Nuestro Dios nos otorga vivir su misma Vida, no ya imitar humanamente el comportamiento de Jesús de Nazaret, llevando así una conducta intachable desde el punto de vista terreno, sino mucho más. Podemos afirmar, incluso, que esta declaración de Jesucristo condensa todo su Evangelio: siendo hombres, Dios nos ha destinado a su Vida. Y esta vida divina en el hombre puede ser ya una realidad en cada uno, si vivimos vida sacramental por la Gracia.

Que Cristo es la Verdad podemos entenderlo de diversos modos. Entre ellos consideramos ahora que el Señor nos muestra nuestra verdad; es decir, cual es en verdad nuestra condición, lo que Dios ha establecido en el hombre por la creación y la posterior elevación por Cristo al orden sobrenatural: nuestra condición de hijos de Dios.

Jesucristo es el Camino puesto que a través de Él y sólo por Él alcanzamos la salvación. No solamente con su ayuda. No sólo imitando su conducta. Es preciso, de hecho, desarrollar personalmente en nosotros la misma vida de Cristo, con sus afanes y objetivos, con una oración y un sacrificio según nos quiso dar ejemplo, siendo otros cristos, según la expresión paulina.

La Redención, que celebramos de modo especial en Pascua, supone para el hombre, siendo criatura, la posibilidad de vivir la vida misma de su Creador. Así queda expresado, entre otras, por las palabras del Señor: **Soy la Vida, Soy el Camino**. El Señor es Vida y Camino nuestro y además nuestra Verdad. Muestra en su ser, en efecto, la realidad a la que somos llamados, nuestro destino por creación, lo que Dios espera: **os llevaré junto a mí, para que, donde yo estoy, estéis también vosotros**, declaró a los Apóstoles. El Señor mismo manifiesta claramente, por otra parte, su unión con el Padre: **Yo estoy en el Padre y el Padre en mí**. De ello se deduce nuestra vida en Dios cuando cumplimos su voluntad y, por tanto, que nuestras obras puedan ser sobrenaturales: **el que cree en mí, también él hará las obras que yo hago, y las hará mayores.**

El Creador, en efecto, quiere a su criatura humana con tal amor que no podemos comprenderlo. Lo reconocemos, sin embargo, y hacemos lo posible por agradecerlo y corresponder, aunque somos conscientes de que siempre nos quedaremos muy cortos. Y es que **tanto amó Dios al mundo –**al hombre–, **que entregó a su Unigénito** para que pudiéramos vivir de su Vida. Pero deseemos entregar amor por Amor. Como niños, hijos del mejor Padre, le manifestamos con sencillez que no sabemos…, que no podemos sólo con nuestras fuerzas y le pedimos… Y recordamos, entonces, al Apóstol de las gentes; que, reconociendo su debilidad, sin embargo, proclamaba optimista: **¡Todo lo puedo en Aquel que me conforta!**

¿Sentimos esa fortaleza? ¿Sentimos esa confianza y seguridad en Nuestro Padre Dios? Porque podemos vivir más de acuerdo con esta condición nuestra, entre otros modos, fomentando nuestra filiación divina. Si se consolida firmemente en cada uno la verdad de que somos hijos de Dios por el bautismo, miraremos a los demás quizá con otros ojos. A los buenos..., y a los que no lo son tanto, los contemplaremos desde la óptica de Nuestro Padre Dios; o, lo que es igual, con los ojos del padre del hijo pródigo: ojos paternales y apostólicos, que quieren el bien del otro y se gozan al conceder el perdón y al ver progresar todavía en la perfección lograda.

Por eso el Papa Juan Pablo II, en la bula de convocación del Jubileo del año 2000, exhortaba: **que en este año jubilar nadie quiera excluirse del abrazo del Padre. Que nadie se comporte como el hermano mayor de la parábola evangélica, que se niega a entrar en casa para hacer fiesta (cfr. Lc 15, 25-30). Que la alegría del perdón sea más grande y profunda que cualquier resentimiento.** Que, siendo hijos –podemos proclamar cada uno de palabra y con la vida–, queramos sintonizar apasionadamente con el Padre de la parábola evangélica. Él desea tanto la vuelta al hogar del menor como la fiesta y la alegría también gozosa del que permaneció siempre a su lado.

Este Camino, esta Verdad y esta Vida, ha querido nuestro Dios que sean con su Madre y que sea también Madre nuestra.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

IR A ÍNDICE DOMINGO V DE PASCUA

"El sacerdocio santo": Los laicos y la animación del mundo

Hemos escuchado en el Evangelio otro pasaje del discurso de adiós de Jesús. Es una reflexión debida en gran parte al evangelista Juan, sobre quién es Jesús (camino, verdad y vida) y sobre la relación de Jesús con el Padre. Un diálogo ya todo lleno de fe trinitaria. Son aspectos de la fe que tenemos oportunidad de desarrollar a menudo en nuestras asambleas.

Por el contrario, en la palabra de Dios de esta Misa hay un enunciado que no debemos en absoluto dejamos escapar, porque es el único del año. Se trata del tema de los cristianos "sacerdocio santo, llamado a ofrecer sacrificios espirituales gratos a Dios por medio de Cristo". ¡Un sacerdocio de todo el pueblo! Y por ello, también y principalmente, el sacerdocio de ustedes.

Se trata de un tema exquisitamente pascual. Con el éxodo, el pueblo hebreo se había vuelto sacerdotal (Ex. 19, 6), vale decir, un pueblo que es, con respecto al mundo entero, lo que el sacerdote y el profeta son con respecto al pueblo elegido. Ahora, con la Pascua de Cristo, son los creyentes en él el nuevo pueblo sacerdotal y profético.

¿Cuáles son aquellos "sacrificios espirituales" que el pueblo cristiano debe ofrecer? ¿Cuál la materia para consagrar? ¡Toda la realidad terrenal, todo el mundo!

La animación cristiana del mundo es la obra sacerdotal del pueblo cristiano. Lo que llega al altar en nuestras manos, es decir, el pan y el vino, es entonces la expresión de un ofrecimiento más grande y más total que abarca todo el trabajo del hombre. Los laicos cristianos son los sacerdotes de aquella que alguien ha llamado "la misa sobre el mundo" (T. de Chardin).

Sobre esto queremos detenernos hoy. Quiero, si lo consigo, ayudarlos a entender la espléndida vocación y el carisma propio del laico en la Iglesia.

Son dos las directrices que el Concilio Vaticano II (*Decreto sobre el apostolado de los laicos*) asigna a la acción del laico cristiano: primero, vital unión con Cristo, con todo aquello que tal programa implica y exige de vida de gracia, alimento litúrgico, adhesión a la voluntad de Dios, rectificación de la intención, etc.; segundo, sincero darse al mundo o, como dice el Concilio, al orden y a la realidad temporales. ¿Pero no hay una contradicción entre las dos cosas? ¿Una adhesión a Cristo, a su Reino, a las realidades espirituales y eternas no debilita toda obligación temporal? Y viceversa, tomar en serio sinceramente las realidades temporales y sumergirse en ellas, ¿no distraerá del Reino de Dios y de la propia santificación? San Pedro nos ha hablado de los cristianos como "piedras vivas" para la construcción del edificio espiritual que es la Iglesia. ¿Es posible ser, al mismo tiempo, también piedras vivas y activas para la construcción del otro edificio que es la ciudad terrenal? En otras palabras, ¿es posible tener el gusto por el trabajo y la realización, estar activamente comprometidos en los problemas sindicales, en la cultura, en el progreso, en mejorar la propia condición económica, y ser, al mismo tiempo, buenos cristianos y hombres espirituales?

Según san Pablo, sí: *Todo lo que puedan decir o realizar* —dice—, *háganlo siempre en nombre del Señor Jesús*... (Col. 3, 17). Cualquier cosa, incluso las más materiales: *sea que ustedes coman, sea que beban* (1 Cor. 10, 31). Por lo tanto, no debería haber dificultad para santificar la acción, es decir, todas las zonas de la propia vida y las horas de la propia jornada. Y sin embargo, ¡qué esfuerzo! Quien lo ha experimentado alguna vez, lo sabe. Se llega al domingo y se tiene la impresión de que Dios estuvo ausente de nosotros toda la semana y nosotros de Dios. Es como si fuera necesario volver a tomar contacto con él desde el principio.

¿Por qué todo esto? Un motivo, el más profundo, está en nosotros mismos: no estamos convertidos, y por eso no estamos libres frente a las cosas; éstas conservan para nosotros el carácter ambiguo debido al deseo y al desorden con que nos acercamos a ellas después del pecado. Debido a eso, tienen el poder de distraernos y de seducirnos, y nosotros nos perdemos muy fácilmente en ellas.

Pero un motivo es también un determinado modo, no del todo adecuado, con que en el pasado hemos presentado las cosas. Se insistió en forma no correcta sobre el ideal del desapego del mundo, hasta inculcar el "despreciar las cosas terrenales y amar las celestiales", como decía la antigua plegaria del segundo domingo de adviento. O también se decía que hay un solo modo de dar sentido al trabajo humano: el de rescatarlo con la recta intención. No importa lo que hagas y si el resultado es bueno o malo, si mejoras de veras al mundo, si el artefacto que produces es más funcional o no, si tu campo está bien cultivado o no: estas cosas, en efecto, están destinadas a

desaparecer junto con todo este mundo. Lo que importa y permanece es que tú hayas actuado con recta intención, de acuerdo con la voluntad de Dios. Entonces, las manos sobre la tierra, pero el corazón en el cielo.

Hay una parte de verdad y de cristiano en todo esto; manifiesta la supremacía de Dios y del espíritu sobre la materia. Pero resulta insuficiente; sentimos que falta algo. En efecto, no da razón del valor intrínseco y positivo de la acción humana y de las realidades terrenales en las cuales se ejerce: no asegura a las cosas aquel rescate y aquella ascensión hacia Cristo de que habla san Pablo (cfr. Rom. 8; Ef. 1. 10). Santifica la *operación,* pero no lo *operado* por el hombre (T. de Chardin).

Aun antes que nosotros se dieron cuenta los no creyentes. Los cristianos —dijeron— no creen en el esfuerzo por la transformación del mundo; fingen estar interesados en ella, pero su corazón está lejos de nosotros; desperdician en el cielo los tesoros destinados a la tierra (Hegel).

El Concilio ha indicado un camino para salir de esta incomodidad. Hoy el creyente puede, si quiere. superar el desdoblamiento y realizar en sí mismo el sentido del deber terrenal, el entusiasmo por la acción, el gusto por el ser y el crear que tiene en común con todos los otros hombres, y esto unido a un darse a Dios y a obedecerlo. "Todas las realidades que constituyen el orden temporal, vale decir los bienes de la vida, de la familia, de la cultura, la economía, las artes y las profesiones, las instituciones de la comunidad política, las relaciones internacionales y más todavía, como también su evolución y su progreso, no sólo son medios con que el hombre puede alcanzar su fin último, sino que tienen un "valor" propio, puesto en ellas por Dios, sea consideradas en sí mismas, sea consideradas como partes de todo el orden temporal: *Dios miró todo lo que había hecho, y vio que era muy bueno* (Gn. 1,31)" (*Decreto sobre el apostolado de los laicos*).

Por lo tanto, la solución es vista por el Concilio en el llamado a dos grandes verdades: *la creación* (las cosas son positivas en sí mismas porque están creadas por Dios), y *la redención* (Dios reconcilió consigo todas las cosas en Cristo). He aquí donde está la solución. La oposición entre unión con Dios y entregarse al mundo no tiene razón de ser o, de todas maneras, ahora puede ser superada porque Dios y el mundo han sido reconciliados en Jesucristo, quien ha resumido en sí mismo todas las cosas, *todo lo que existe en la tierra y en el cielo* (Col. 1. 21). Las cosas ya no son indiferentes: trabajar para mejorar este mundo tiene un sentido y un mérito en sí mismo, además del debido a la recta intención.

Por eso, cuando, como ha sucedido a menudo en estas semanas posteriores a Pascua, los cristianos escuchan repetir lo dicho por Pablo: *Ya que ustedes han resucitado con Cristo, busquen los bienes del cielo... Tengan el pensamiento puesto en las cosas celestiales y no en las de la tierra* (Col 3,1), no deben engañarse: las cosas celestiales, de allá arriba, no son necesarias y solamente las cosas del más allá, sino también y sobre todo las cosas que, ya en este mundo, pertenecen al orden nuevo inaugurado por Cristo con su resurrección. En realidad, a ese orden deben pertenecer ahora todas las cosas. Les compete a los cristianos comprometidos con las realidades

terrenales y con los oficios de este mundo hacer que eso se produzca. Es éste el sentido de su sacerdocio real, la consagración que deben operar.

Ahora, como todos los domingos, nos disponemos a celebrar nuestra Eucaristía. Es el momento en que, "acercándose a Cristo, piedra viva rechazada por los hombres", ustedes también, sacerdocio santo, ofrecen su sacrificio espiritual grato a Dios por medio de Cristo. Mañana, retomarán con más convicción y entrega su trabajo terrenal, sabiendo ya que en él ustedes sirven a Dios.

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO V DE PASCUA

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

– Alegría de la Resurrección

"Yo soy el camino y la verdad y la vida" (Jn 14,6).

La alegría de la Pascua se deriva del hecho de que Cristo, con la potencia de su cruz y de su resurrección, nos lleva al Padre. Y en la casa de su Padre hay muchas moradas. Él va a preparar una morada para nosotros (Jn 14,1).

La alegría de la resurrección se transforma ya claramente en la espera del retorno de Cristo al cielo. Y esto suscita cierta tristeza y cierto miedo. Por lo cual, el Salvador dice: "No perdáis la calma" (Jn 14,1).

La resurrección del Señor ha abierto una perspectiva clara de los destinos últimos del hombre en Dios. Cristo nos guía hacia estos destinos con la potencia del Espíritu Santo. Nos preparamos a la Ascensión y juntamente a Pentecostés.

– Camino al Padre

Cristo es el camino: nadie va al Padre sino por Él (cf. Jn 14,6).

El Apóstol Felipe, con sencillez, pero también con curiosidad ansiosa, pide al maestro Divino: "Señor, muéstranos al Padre y nos basta". Da la impresión de estar escuchando la pregunta que atormenta al hombre de siempre, necesitado de certidumbre y seguridad, deseoso de encontrarse con Dios. Jesús responde con firme autoridad: "Quien me ha visto a mí ha visto al Padre. ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí? Lo que yo os digo no lo hablo por cuenta propia. El Padre que permanece en mí, Él mismo hace las obras. Creedme: yo estoy en el Padre y el Padre en mí". Jesús subraya la perfecta identidad de naturaleza entre Él y el Padre, y por lo tanto, la identidad de pensamiento (lo que yo os digo no lo hablo por mi cuenta) y de acción (el Padre que permanece en mí, Él mismo hace las obras), aun dentro de la distinción de las divinas Personas.

Jesús parece reprochar a Felipe por su pregunta: "Hace tanto que estoy con vosotros, ¿y no me conoces, Felipe?" Pero más que un reproche, era una constatación

de las dificultades que la razón humana experimenta ante el misterio. Efectivamente, nos encontramos aquí en la cumbre del misterio trinitario y sólo conociendo profundamente a Jesucristo y aceptando todo su mensaje, es posible conocer a Dios como Padre, que revela su amor con la creación y la redención. Sólo Jesús es el camino hacia el Padre; sólo Jesús nos hace conocer el misterio trascendente de la Santísima Trinidad y el misterio inmanente de la Providencia de Dios, que está presente en la historia de los hombres con el proyecto de salvación, que nos trae su amor, su misericordia y su perdón.

El Apóstol Tomás plantea luego, con idéntica sencillez, la segunda pregunta igualmente fundamental, referente al destino del hombre: "Señor, no sabemos a dónde vas. ¿Cómo podemos saber el camino?". Jesús responde, con igual claridad, que Él retorna al Padre, a la casa del Padre, adonde todos están llamados a entrar, porque para todos hay un lugar asignado. El camino es Él mismo, con la verdad que ha revelado y la gracia sacramental que ha traído con la encarnación y la redención. La concepción cristiana de la vida es radicalmente escatológica, es decir, proyectada más allá del tiempo y de la historia: cada uno debe negociar apasionadamente los talentos propios durante la existencia, en espera del lugar feliz y eterno en la casa del Padre: "Volveré y os llevaré conmigo, para que donde estoy yo estéis también vosotros". Y Jesús concluye dirigiéndonos también a nosotros su palabra decisiva: "Creed en Dios y creed también en mí". Únicamente Jesús es la luz. ¡Él sólo es la Verdad!

– Cristo, piedra angular

Cristo nos lleva al Padre, convirtiéndose en piedra angular de la Iglesia, esto es, del templo espiritual.

La segunda lectura, tomada de la primera Carta de San Pedro, nos hace meditar en la Iglesia y en la misión de los laicos en la Iglesia.

Jesús quiso elegir a Pedro y a los Apóstoles y fundar sobre ellos y sus sucesores la Iglesia, dándoles sus mismos poderes divinos y entregándoles la Verdad revelada, para su transmisión íntegra, su desarrollo con la asistencia del Espíritu Santo y su defensa contra los errores. Pero es también evidente, como dice Pedro, que la "Piedra angular" del edificio espiritual es Él, Cristo: piedra viva, escogida, preciosa y "el que crea en ella no quedará defraudado". En otro contexto, también San Pablo afirma "... la piedra era Cristo" (1 Cor 10,4). Sobre esta "piedra angular", que por desgracia muchos rechazan con daño común, ya que no puede ser eliminada, todos los seguidores de Cristo están llamados a ser piedras vivas para la construcción del edificio espiritual, "formando un sacerdocio sagrado para ofrecer sacrificios espirituales que Dios acepta por Jesucristo". Grande es, pues, la dignidad y grande la responsabilidad de cada uno de los cristianos. "El honor es para vosotros los creyentes -escribe San Pedro-. Vosotros sois una raza elegida, un sacerdocio real, una nación consagrada, un pueblo adquirido por Dios para proclamar las hazañas del que nos llamó a salir de las tinieblas y a entrar en su luz maravillosa".

Así, pues, Cristo es el camino y nosotros caminamos en Él hacia el Padre, hacia la casa del Padre. En Él: con la fuerza de su cruz y de la resurrección. Con la fuerza de su Evangelio y de la Eucaristía.

Y simultáneamente Cristo es piedra angular: nos lleva al Padre en la comunidad del Pueblo "adquirido por Dios" (1 Pe. 2,9), haciéndonos "piedras vivas para la construcción de un edificio espiritual" (1 Pe 2,5).

Cristo nos conduce a los destinos definitivos en Dios por medio de la misma Iglesia, que Él fundó sobre los Apóstoles, como lo testimonia la primera lectura.

Mediante una múltiple participación de la diaconía de la Iglesia construimos, como piedras vivas, un edificio espiritual. La piedra angular sigue siendo siempre la redención: el servicio de la cruz y de la resurrección de Cristo. De ella sacamos todos la vida y la salvación.

Conservad profundamente en el corazón la verdad salvífica que la Iglesia proclama en el V domingo de Pascua.

Que se consolide en vuestra conciencia.

Que guíe vuestro comportamiento.

Cristo es el camino, la verdad y la vida.

¡Caminemos por este camino!

¡Amemos esta verdad!

¡Vivamos esta vida!

"Que no se turbe vuestro corazón" (Jn 14,1,27).

Dejad que os impregne esta fortaleza que brota de la resurrección del Señor.

La victoria es nuestra fe (cf. 1 Jn 5,4).

***

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

El anuncio de la despedida ha entristecido a los discípulos. El Señor los tranquiliza asegurándoles que va a prepararles un sitio en la Casa del Padre. Estas consoladoras palabras nos recuerdan que Jesús se va, pero no se desentiende de nosotros. Ninguno de nosotros es tan impermeable ante la realidad de la partida de este mundo como para que le alegren estas palabras. "Me voy a prepararos un sitio…" Sí, hay un lugar donde el hombre encontrará su quietud y felicidad total y definitiva.

La gran fiesta del cielo que Jesús nos prepara colmará el sueño del corazón más exigente con la posesión eterna de Dios Uno y Trino; con la visión de la Humanidad del Señor, el valor infinito de sus actos teándricos; la contemplación de la Madre de Dios y de todas las jerarquías angélicas; y la comunión con tantos hombres y mujeres eminentes por su santidad que han poblado y seguirán poblando la tierra hasta el último día.

Retengamos esto: Cualquier situación dichosa que podamos concebir, el sueño más ambicioso debido a la imaginación más rica, estaría a miles de años luz, mejor, a una distancia infinita de lo que Dios está preparando a los que le aman. El camino que conduce a esta dicha inefable es Cristo. No nos engañemos cuando a nuestro alrededor vemos que se prefieren otros caminos por considerar ingenuo o utópico el de Jesucristo. Quienes presumen de una visión más lúcida de la vida y desconfían de toda seguridad que no sea empírica, de todo comportamiento e intención elevado, ¿son más críticos, en el noble sentido de esta expresión, o sencillamente más crispados, más desconfiados? Hay quien cree que la única verdad es que todo es mentira; en el mejor de los casos, interés, provecho personal no declarado, hipocresía.

Frente a este materialismo nihilista, el cristiano debe recordar lo que la Revelación y la experiencia le dicen: que hay un hambre en el hombre que sólo Dios puede saciar. Una sed que sólo Él puede calmar. Un llanto y un dolor que sólo la esperanza del Cielo puede consolar. Un género de injusticias que sólo la paz del Cielo podrá solucionar. Preguntas, preguntas esenciales, que todos nos planteamos en la vida y que sólo Dios podrá contestar. Nuestro corazón no está tan cauterizado como para que estas palabras de Cristo no le llenen de paz: "Me voy a prepararos un sitio… para que donde Yo estoy estéis también vosotros. Y a donde voy, ya sabéis el camino".

En Dios están encerrados, en unidad y equilibrio indescriptible y de modo eminente, no sólo lo que el hombre con sus esfuerzos morales, intelectuales, literarios, artísticos, técnicos…, intenta conseguir, sino la esencia inconceptuable de las tres Personas Divinas. "Veré –dice S. Agustín–, distinto y junto lo que es y lo que ha sido, y su principio propio y escondido. Todo lo que de magnífico en la Creación se haya disperso, desparramado aquí y allá, ayer y mañana, lo hallaremos en Él, reunido en su mano, cobijado en su inmenso corazón. Y los hombres. Las mil maneras de ser hombre según el predominio de la sensibilidad o de la inteligencia, de la vitalidad o del carácter; cuanto en estas individualidades hay de excelente, se encontrará, en medida perfecta y en perfecta armonía, en la asamblea de los justos. Sin la desazón y la inmadurez del hombre que quiso ser mil cosas a un tiempo, y sin aquella rigidez y esquematismo de quien para salvarse de toda tentación, se ciñó a una cosa, a una sola manera de ser una sola cosa".

***

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«Yo soy el camino, y la verdad, y la vida»

I. LA PALABRA DE DIOS

Hch 6, 1-7: «Escogieron a siete hombres llenos del Espíritu Santo»

Sal 32,1-2.4-5.18-19: «Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti»

1P 2,4-9: «Vosotros sois una raza elegida, un sacerdocio real»

Jn 14, 1-12: «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida»

II. APUNTE BÍBLICO-LITÚRGICO

De aquellos a los que los Apóstoles eligen se dice que «les encargaremos de esta tarea» (servicio). Se advierte que en aquella Iglesia tan importante era atender a las viudas o necesitados como a la Palabra y a la oración.

Tomás es el prototipo de quienes quieren pisar siempre sobre terreno firme. No arriesga. La respuesta que Jesús le da suena más a propuesta: Si Él es el Camino, ya sabe por dónde hay que ir; si Él es la Verdad, ya sabe de quién ha de fiarse; si Él es la Vida, ya sabe por quién la entrega. Tomás y todos los demás discípulos, cuando se escribía esto, ya habían comprobado que descubrir a Jesucristo no procede de planteamientos teóricos, sino porque había tenido lugar un encuentro personal y de adhesión incondicional.

III. SITUACIÓN HUMANA

La sociedad pluralista pone en tela de juicio muchas seguridades. Lo que en otro tiempo para muchos eran verdades sin vuelta de hoja, ahora aparecen relativizadas, o sin fundamento. El hombre de hoy tiene miedo al riesgo, porque puede quedar frustrado. Hoy se arriesga poco o nada. Se tantea y prueba todo antes de dar cualquier paso. Y crece la desconfianza en que pueda haber «una verdad, un camino» por el que valga la pena arriesgarse. A santo Tomás le ocurrió algo así. Y Jesús no pudo ser más claro.

IV. LA FE DE LA IGLESIA

La fe

– Creer en Jesucristo: "Para el cristiano, creer en Dios es inseparablemente creer en aquel que él ha enviado, «su Hijo amado», en quien ha puesto toda su complacencia (Mc 1,11). Dios nos ha dicho que le escuchemos. El Señor mismo dice a sus discípulos: «Creed en Dios, creed también en mí» (Jn 14,1)" (151).

– Cristo, nuestro modelo: "El Verbo se encarnó para ser nuestro modelo de santidad: «Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí…» (Mt 11,29). «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí» (Jn 14,6)" (459; cf 516).

La respuesta

– Vivir en la verdad: "En Jesucristo la verdad de Dios se manifestó toda entera. «Lleno de gracia y de verdad» (Jn 1,14), Él es la «luz del mundo» (Jn 8,12), la Verdad. El que cree en Él, no permanece en las tinieblas. El discípulo de Jesús, «permanece en su palabra», para conocer «la verdad que hace libre» y que santifica" (2466. cf 2467. 2468. 2469. 2470).

– "El Antiguo Testamento lo proclama: Dios es fuente de toda verdad. Su Palabra es verdad. Su ley es verdad. «Tu verdad, de edad en edad» (Sal 119,90)" (2465).

El testimonio cristiano

– «Todos los hombres, conforme a su dignidad, por ser personas…. se ven impulsados, por su misma naturaleza, a buscar la verdad y, además, tienen la obligación moral de hacerlo con respecto a la verdad religiosa. Están obligados

también a adherirse a la verdad una vez que la han conocido y a ordenar toda su vida según sus exigencias (DH 2)» (2467).

Reconociendo a Jesús como «el Camino», ¿habrá quien no encuentre la ruta hacia el Padre? Sabiendo que es «la Verdad», ¿habrá quien la busque en otros o en las cosas? Teniéndolo como «la Vida», ¿habrá quien deje a la muerte la última palabra?

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO V DE PASCUA

Leer y meditar el evangelio

– Para leer con fruto el Santo Evangelio.

I. Jesucristo es para cada hombre *Camino, Verdad y Vida*, nos anuncia el Evangelio de la Misa. Quien le conoce sabe la razón de su vida y de todas las cosas; nuestra existencia es un constante caminar hacia Él. Y es en el Santo Evangelio donde debemos aprender *la ciencia suprema de Jesucristo*, el modo de imitarle y de seguir sus pasos. *Para aprender de Él, hay que tratar de conocer su vida: leer el Santo Evangelio, meditar aquellas escenas que el Nuevo Testamento nos relata, con el fin de penetrar en el sentido divino del andar terreno de Jesús.*

Porque hemos de reproducir, en la nuestra, la vida de Cristo, conociendo a Cristo: a fuerza de leer la Sagrada Escritura y de meditarla. Queremos identificarnos con el Señor, que nuestra vida en medio de nuestros quehaceres sea reflejo de la suya, y *para ser* ipse Christus *hay que mirarse en Él. No basta con tener una idea general del espíritu de Jesús, sino que hay que aprender de Él detalles y actitudes. Y, sobre todo, hay que contemplar su paso por la tierra, sus huellas, para sacar de ahí fuerza, luz, serenidad, paz.*

Cuando se ama a una persona se desean saber hasta los más mínimos detalles de su existencia, de su carácter, para así identificarse con ella. Por eso hemos de meditar la historia de Cristo, desde su nacimiento en un pesebre, hasta su muerte y su resurrección.

Debemos leer el Evangelio con un deseo grande de *conocer para amar*. No podemos pasar las páginas de la Escritura Santa como si se tratara de un libro cualquiera. "En los libros sagrados, el Padre, que está en el Cielo, sale amorosamente al encuentro de sus hijos para conversar con ellos". Nuestra lectura ha de ir acompañada de oración, pues sabemos que Dios es el autor principal de esos escritos santos. En ellos, y de modo especial en el Evangelio, está "el alimento del alma, la fuente límpida y perenne de la vida espiritual". "Nosotros –escribe San Agustín– debemos oír el Evangelio como si el Señor estuviera presente y nos hablase. No debemos decir: "felices aquellos que pudieron verle". Porque muchos de los que le vieron le crucificaron; y muchos de los que no le vieron, creyeron en Él. Las mismas

palabras que salían de la boca del Señor se escribieron, se guardaron y se conservan para nosotros".

Para leer y meditar el Santo Evangelio con fruto debemos hacerlo con fe, sabiendo que contiene la verdad salvadora, sin error alguno, y también con piedad y santidad de vida. La Iglesia, con la asistencia del Espíritu Santo, ha guardado íntegro e inmune de todo error el impagable tesoro de la vida y de la doctrina del Señor para que nosotros, al meditarla, nos acerquemos con facilidad a Él y luchemos por ser santos. Y sólo en la medida en que queramos ser santos penetraremos en la verdad íntima contenida en estos santos libros, sólo entonces gustaremos el fruto divino que encierran. ¿Valoramos nosotros este inmenso tesoro que con tanta facilidad podemos tener en nuestras manos? ¿Buscamos en él el conocimiento y el amor cada día mayores a la Santa Humanidad del Señor? ¿Pedimos ayuda al Espíritu Santo cada vez que comenzamos la lectura del Santo Evangelio?

– Contemplar en él la Santísima Humanidad de Cristo.

II. No se ama sino aquello que se conoce bien. Por eso es necesario que tengamos la vida de Cristo *en la cabeza y en el corazón, de modo que, en cualquier momento, sin necesidad de ningún libro, cerrando los ojos, podamos contemplarla como en una película; de forma que, en las diversas situaciones de nuestra conducta, acudan a la memoria las palabras y los hechos del Señor.*

Así nos sentiremos metidos en su vida. Porque no se trata sólo de pensar en Jesús, de representarnos aquellas escenas. Hemos de meternos de lleno en ellas, ser actores. Seguir a Cristo tan de cerca como Santa María, su Madre, como los primeros doce, como las santas mujeres, como aquellas muchedumbres que se agolpaban a su alrededor. Si obramos así, si no ponemos obstáculos, las palabras de Cristo entrarán hasta el fondo del alma y nos transformarán (...).

Si queremos llevar hasta el Señor a los demás hombres, es necesario ir al Evangelio y contemplar el amor de Cristo.

Nos acercamos al Evangelio con el deseo grande de contemplar al Señor tal como sus discípulos le vieron, observar sus reacciones, su modo de comportarse, sus palabras...; verlo lleno de compasión ante tanta gente necesitada, cansado después de una larga jornada de camino, admirado ante la fe de una madre o de un centurión, paciente ante los defectos de sus más fieles seguidores...; también le contemplamos en el trato habitual con su Padre, en la manera confiada como se dirige a Él, en sus noches en oración..., en su amor constante por todos.

Para quererle más, para conocer su Santísima Humanidad, para seguirle de cerca debemos leer y meditar despacio, con amor y piedad. El Concilio Vaticano II "recomienda insistentemente a todos los fieles (...) la lectura asidua de la Sagrada Escritura (...), pues "desconocer la Escritura es desconocer a Cristo" (San Jerónimo). Acudan –dice– al texto mismo: en la liturgia, tan llena de palabras divinas; en la lectura espiritual...".

Haz que vivamos siempre de ti, le pedimos al Señor en la Misa de hoy. Pues bien, este alimento para nuestra alma, que diariamente debemos procurarnos, es fácil de

tomar. Apenas requiere tres o cuatro minutos cada día, pero poniendo amor. *Esos minutos diarios de lectura del Nuevo Testamento, que te aconsejé –metiéndote y participando en el contenido de cada escena, como un protagonista más–, son para que encarnes, para que "cumplas" el Evangelio en tu vida..., y para "hacerlo cumplir*".

– El Señor nos habla a través de los Libros Sagrados. La Palabra de Dios es siempre actual.

III. *¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras, más que la miel para mi boca!*

San Pablo enseñaba a los primeros cristianos que la palabra de Dios es *viva y eficaz*. Es siempre actual, nueva para cada hombre, nueva cada día, y, además, palabra personal porque va destinada expresamente a cada uno de nosotros. Al leer el Santo Evangelio, nos será fácil reconocernos en un determinado personaje de una parábola, o experimentar que unas palabras están dirigidas a nosotros. *Muchas veces y de muchas maneras habló Dios en otro tiempo a nuestros padres por el ministerio de los Profetas; últimamente, en estos días, nos ha hablado por su Hijo*. Estos días son también los nuestros. Jesucristo sigue hablando. Sus palabras, por ser divinas y eternas, son siempre actuales. En cierto modo, lo que narra el Evangelio está ocurriendo ahora, en nuestros días, en nuestra vida. Es actual la marcha y la vuelta del hijo pródigo; la oveja que anda perdida y el Pastor que ha salido a buscarla; la necesidad de la levadura para convertir la masa, y de la luz para iluminar la oscuridad del pecado...

El Evangelio nos revela lo que es y lo que vale nuestra vida, y nos traza el camino que debemos seguir. *El Verbo* –la Palabra– *es la luz que ilumina a todo hombre*. Y no hay hombre al que no se dirija esta Palabra. Por eso el Evangelio debe ser fuente de jaculatorias, que alimenten la presencia de Dios durante el día, y tema de oración muchas veces.

Si meditamos el Evangelio, encontraremos la paz. *Salía de Él una virtud que sanaba a todos*, comenta en cierta ocasión el Evangelista. Y esa virtud sigue saliendo de Jesús cada vez que entramos en contacto con Él y con sus palabras, que permanecen eternamente.

El Evangelio debe ser el primer libro del cristiano porque nos es imprescindible conocer a Cristo; hemos de mirarlo y contemplarlo hasta saber de memoria todos sus rasgos. El Santo Evangelio nos permite meternos de lleno en el misterio de Jesús, especialmente hoy, cuando tantas y tan confusas ideas circulan sobre el tema más trascendental para la Humanidad desde hace veinte siglos: Jesucristo, Hijo de Dios, *piedra angular*, fundamento de todo hombre. "No os descarriéis entre la niebla, escuchad más bien la voz del pastor. Retiraos a los montes de las Santas Escrituras, allí encontraréis las delicias de vuestro corazón, nada hallaréis allí que os pueda envenenar o dañar, pues ricos son los pastizales que allí se encuentran".

En muchas ocasiones será conveniente hacer la lectura cotidiana del Evangelio a primera hora del día, procurando sacar de esa lectura una enseñanza concreta y sencilla que nos ayude en la presencia de Dios durante la jornada o a imitar al Maestro en algún aspecto de nuestro comportamiento: estar más alegres, tratar mejor a los

demás, estar más atentos hacia aquellas personas que sufren, ofrecer el cansancio... Así, casi sin darnos cuenta, se podrá cumplir en nosotros este gran deseo: "Ojalá fuera tal tu compostura y tu conversación que todos pudieran decir al verte o al oírte hablar: éste lee la vida de Jesucristo".

Y esto será un gran bien no sólo para nosotros, sino también para quienes viven, trabajan o pasan a nuestro lado.

Pbro. Walter Hugo PERELLÓ (Rafaela, Argentina) (www.evangeli.net)

IR A ÍNDICE DOMINGO V DE PASCUA

«Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí»

Hoy, la escena que contemplamos en el Evangelio nos pone ante la intimidad que existe entre Jesucristo y el Padre; pero no sólo eso, sino que también nos invita a descubrir la relación entre Jesús y sus discípulos. «Y cuando haya ido y os haya preparado un lugar, volveré y os tomaré conmigo, para que donde esté yo estéis también vosotros» (Jn 14,3): estas palabras de Jesús no sólo sitúan a los discípulos en una perspectiva de futuro, sino que los invita a mantenerse fieles al seguimiento que habían emprendido. Para compartir con el Señor la vida gloriosa, han de compartir también el mismo camino que lleva a Jesucristo a las moradas del Padre.

«Señor, no sabemos a dónde vas, ¿cómo podemos saber el camino?» (Jn 14,5). Le dice Jesús: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí. Si me conocéis a mí, conoceréis también a mi Padre; desde ahora lo conocéis y lo habéis visto» (Jn 14,6-7). Jesús no propone un camino simple, ciertamente; pero nos marca el sendero. Es más, Él mismo se hace Camino al Padre; Él mismo, con su resurrección, se hace Caminante para guiarnos; Él mismo, con el don del Espíritu Santo nos alienta y fortalece para no desfallecer en el peregrinar: «No se turbe vuestro corazón» (Jn 14,1).

En esta invitación que Jesús nos hace, la de ir al Padre por Él, con Él y en Él, se revela su deseo más íntimo y su más profunda misión: «El que por nosotros se hizo hombre, siendo el Hijo único, quiere hacernos hermanos suyos y, para ello, hace llegar hasta el Padre verdadero su propia humanidad, llevando en ella consigo a todos los de su misma raza» (San Gregorio de Niza).

Un Camino para andar, una Verdad que proclamar, una Vida para compartir y disfrutar: Jesucristo.

CONGREGACIÓN PARA EL CLERO (www.clerus.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO V DE PASCUA

Seguir a Jesús

En este quinto domingo del tiempo pascual, la Iglesia nos propone, igual que la semana pasada, un texto del Evangelista Juan, en el cual el Señor Jesús revela a los discípulos algunas verdades profundas sobre su propia identidad.

Pero, el motor que hace que el discurso se desarrolle entre los interlocutores protagonistas del Evangelio del día, ya no es sólo un genérico deseo de felicidad, sino, el mismo corazón de las expectativas más profundas propias de cada hombre: el deseo de poder ver a Dios, cara a cara; «*Felipe le dijo: «Señor, muéstranos al Padre*» (cfr. Jn. 14,8).

El comportamiento de aquellos que hablan con Jesús, podría convertirse para nosotros en motivo de escándalo: de hecho, la acentuación de Felipe –*"eso nos basta"*– como también las palabras a través de las cuales Tomás afirma el no saber cuál sea el camino para llegar al lugar al cual el Señor va (cfr. Jn 14,5), nos proponen una mala imagen de los dos Apóstoles, tanto, que nos hace tomar instintivamente una cierta distancia de ellos. En verdad, ¿cuántas veces en el pasar de los días, dejamos que el letargo de nuestra fe nos lleve a una pesadez del espíritu, por lo que los ojos de nuestra mente se hacen ciegos de frente a las "obras" que el Señor cumple en la vida de cada uno? Es así que dejamos caer también la extrema invitación de Jesús: «*Creedme: yo estoy en el Padre y el Padre está en mí. Al menos, creedlo por las obras*» (Jn. 14,11).

Es una verdad innegable: nosotros, a menudo decimos de seguir al Señor, y lo decimos en verdad; pero tal seguimiento podría ser sólo a nivel intelectual. Esto es debido al hecho que no dejamos sedimentar en nosotros su Palabra, no la dejamos germinar a través de la oración (cfr.Hc.6,4), pero sobre todo no nos hacemos disponibles, a fin que, regenerados por los sacramentos, Cristo se haga presente a través de nuestra humanidad «*para ofrecer sacrificios espirituales, agradables a Dios*» (1Pr. 2,5).

El Señor Resucitado, venciendo la muerte, nos ofreció un ejemplo y nos abrió las puertas del paraíso, mostrándonos así, no sólo de ser el camino que conduce al Padre, sino también la verdad y la vida: «*El que me ha visto, ha visto al Padre*» (Jn. 14,9).

Pidámosle por lo tanto al Padre que nos done siempre su Espíritu, para que sea más claro en nosotros, que sólo a través de Cristo es posible conocer el diseño bueno que la providencia pensó para nuestra vida, con el fin de fundar nuestra esperanza y nuestras acciones sólo en Él. De este modo se hará más fácil darnos cuenta que el Señor está siempre junto a nosotros, de hecho, podremos ser instrumentos eficaces para que Él, se manifieste al mundo entero.

Es una tarea que nace del preferir a Dios: para los primeros discípulos, como hemos leído en la segunda lectura, era claro el hecho de haber sido preferidos: «*Vosotros sois linaje elegido, sacerdocio real, nación santa*» (cfr. 1Pr. 2,9); nosotros debemos apropiarnos de esta consciencia, para que experimentando la vida nueva en Cristo, podamos cantar con el salmista: «¡*Aclamad con júbilo justos, a Yahvé, que la alabanza es propia de hombres rectos!*» (Sal. 33,1).

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

IR A ÍNDICE DOMINGO V DE PASCUA

Camino, Verdad y Vida

«Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre si no es por mí».

Eso dice Jesús.

Y tú, sacerdote, ¿vas al Padre?

¿Conoces el camino? ¿Lo sigues? ¿Llevas a otros contigo?

El camino es el amor, sacerdote.

El camino no solo se contempla, se anda. Y al andar se deja huella, para que los que caminan perdidos encuentren también el camino.

Tu Señor es el camino, sacerdote.

Y te ha configurado, para que seas camino con Él, para que hagas sus obras y aun mayores, porque Él va al Padre, y no se olvidará de ti.

¿Acaso puede una madre olvidarse de su niño de pecho, y no compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvidara, Él no te olvidará. Te lleva grabado en las palmas de sus manos, porque te ama.

Tu Señor es el camino que te lleva a la tierra prometida, para darte vida.

Tu Señor es la vida. Y, siendo la vida, se ha entregado a la muerte, para destruirla y rescatarte de la oscuridad, para hacerte luz con Él.

Y el Padre lo ha resucitado de entre los muertos, para darte vida en Él.

Tu Señor es la verdad que ha nacido en medio de un mundo de mentira, para darte libertad.

Reconoce la verdad que se te ha revelado, sacerdote, y hazla tuya, porque la verdad te hará libre.

Tu Señor te ha hecho verdad y vida con Él, para que comuniques al mundo la verdad, y le lleves la vida.

¡Qué mayor tesoro podría un hombre desear, que conocer el camino que lo lleva a la verdad y le da la vida! Pero ¿cómo alguien podría desear un tesoro que no conoce?

Anuncia al mundo la buena nueva, sacerdote, llevando tu mensaje con fe, con esperanza, pero sobre todo con amor. Que tu mensaje sea desde lo más profundo de tu corazón: mensaje de paz y de salvación.

Es para eso, que has sido enviado, configurado con Jesús Buen Pastor.

Lleva tu cruz de cada día con alegría, y participa activamente en cada celebración, tocando con tus manos el Cuerpo y la Sangre de tu Señor, y reconócelo en la Eucaristía.

No seas incrédulo sino creyente, porque en tus manos tienes el camino, la verdad y la vida.

Permanece en el camino, vive en la verdad y lleva al pueblo de Dios la vida, uniéndolo en el sacrificio de tu Señor, por el que el Hijo los lleva al Padre.

Celebra cada Santa Misa con devoción, con toda tu mente, con toda tu alma y con todo tu corazón.

Eleva entre tus manos a tu Señor, recibe su paz y dile: "gracias, perdón, y ayúdame más".

(*Espada de Dos Filos* II, n. 75)

_____

Domingo VI de Pascua (ciclo A)

IR A ÍNDICE GENERAL

(Comentarios sobre las Lecturas propias de la Santa Misa para meditar y preparar la homilía)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)**
- **SAN AGUSTÍN (www.iveargentina.org)**
- **FRANCISCO – Ángelus 2017 y 2020 - Homilía del 6 de mayo de 2013**
- **BENEDICTO XVI – Regina Coeli 2011**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)**
- **PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes**
- **FLUVIUM (www.fluvium.org)**
- **PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)**
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)**
  - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
  - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
  - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)**
- **P. Julio César RAMOS González SDB (Salta, Argentina) (www.evangeli.net)**
- **CONGREGACIÓN PARA EL CLERO (www.clerus.org)**
- **EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís**

***

DEL MISAL MENSUAL

IR A ÍNDICE DOMINGO VI DE PASCUA

LA ALEGRIA DEL ESPIRITU

Hech 8,5-8; 1 Pe 3,15-18; Jn 14,15-21

Los discípulos de Jesús se habían acostumbrado a la compañía orientadora de su Maestro. Paulatinamente aprendieron a desprenderse de sus viejos esquemas tradicionales, marcados por los estrechos criterios de la supremacía -el hombre sobre la mujer; el judío sobre el gentil; el sano sobre el enfermo- y aprendieron a amar y respetar sin distingo s a toda persona, particularmente a la más necesitada. Este nuevo paradigma de vida había sido elocuentemente vivido por el Señor Jesús. Luego de su ascensión al Padre, tendrían que aprender a sobreponerse a su ausencia física. El camino nuevo, bajo el Espíritu de la verdad, les permitiría realizar el discernimiento oportuno en sintonía con la vida y obra de Jesucristo. Una fidelidad creativa, vivida en el amor fraterno, les permitiría mantenerse fieles a Jesucristo.

ANTÍFONA DE ENTRADA Cfr. Is 48, 20

Con voz de júbilo, anúncienlo; que se oiga. Que llegue a todos los rincones de la tierra: el Señor ha liberado a su pueblo. Aleluya.

ORACIÓN COLECTA

Dios todopoderoso, concédenos continuar celebrando con incansable amor estos días de tanta alegría en honor del Señor resucitado, y que los misterios que hemos venido conmemorando se manifiesten siempre en nuestras obras. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Les impusieron las manos y recibieron el Espíritu Santo.

Del libro de los Hechos de los Apóstoles: 8, 5-8.14-17

En aquellos días, Felipe bajó a la ciudad de Samaria y predicaba allí a Cristo. La multitud escuchaba con atención lo que decía Felipe, porque habían oído hablar de los milagros que hacía y los estaban viendo: de muchos poseídos salían los espíritus inmundos, lanzando gritos, y muchos paralíticos y lisiados quedaban curados. Esto despertó gran alegría en aquella ciudad.

Cuando los apóstoles que estaban en Jerusalén se enteraron de que Samaria había recibido la palabra de Dios, enviaron allá a Pedro y a Juan. Estos, al llegar, oraron por los que se habían convertido, para que recibieran el Espíritu Santo, porque aún no lo habían recibido y solamente habían sido bautizados en el nombre del Señor Jesús. Entonces Pedro y Juan impusieron las manos sobre ellos, y ellos recibieron el Espíritu Santo.

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 65, 1-3a. 4-5. 6-7a.16 y 20.

R/. Las obras del Señor son admirables. Aleluya.

Que aclame al Señor toda la tierra. Celebremos su gloria y su poder, cantemos un himno de alabanza, digamos al Señor: "Tu obra es admirable". ***R/.***

Que se postre ante ti la tierra entera y celebre con cánticos tu nombre. Admiremos las obras del Señor, los prodigios que ha hecho por los hombres. ***R/.***

El transformó el Mar Rojo en tierra firme y los hizo cruzar el Jordán a pie enjuto. Llenémonos por eso de gozo y gratitud: el Señor es eterno y poderoso. ***R/.***

Cuantos temen a Dios, vengan y escuchen, y les diré lo que ha hecho por mí. Bendito sea Dios, que no rechazó mi súplica, ni me retiró su gracia. ***R/.***

SEGUNDA LECTURA

Murió en su cuerpo y resucitó glorificado.

De la primera carta del apóstol san Pedro: 3,15-18

Hermanos: Veneren en sus corazones a Cristo, el Señor, dispuestos siempre a dar, al que las pidiere, las razones de la esperanza de ustedes. Pero háganlo con sencillez y respeto y estando en paz con su conciencia. Así quedarán avergonzados los que denigran la conducta cristiana de ustedes, pues mejor es padecer haciendo el bien, si tal es la voluntad de Dios, que padecer haciendo el mal. Porque también Cristo murió, una sola vez y para siempre, por los pecados de los hombres; él, el justo, por nosotros, los injustos, para llevarnos a Dios; murió en su cuerpo y resucitó glorificado.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Jn 14, 23

R/. Aleluya, aleluya.

El que me ama, cumplirá mi palabra, dice el Señor; y mi Padre lo amará y vendremos a él. ***R/.***

EVANGELIO

Yo le rogaré al Padre y él les dará otro Paráclito.

+ Del santo Evangelio según san Juan: 14, 15-21

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: "Si me aman, cumplirán mis mandamientos; yo le rogaré al Padre y él les dará otro Paráclito para que esté siempre con ustedes, el Espíritu de la verdad. El mundo no puede recibirlo, porque no lo ve ni lo conoce; ustedes, en cambio, sí lo conocen, porque habita entre ustedes y estará en ustedes.

No los dejaré desamparados, sino que volveré a ustedes. Dentro de poco, el mundo no me verá más, pero ustedes sí me verán, porque yo permanezco vivo y ustedes también vivirán. En aquel día entenderán que yo estoy en mi Padre, ustedes en mí y yo en ustedes.

El que acepta mis mandamientos y los cumple, ése me ama. Al que me ama a mí, lo amará mi Padre, yo también lo amaré y me manifestaré a él".

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Suba hasta ti, Señor, nuestra oración, acompañada por estas ofrendas, para que, purificados por tu bondad, nos dispongas para celebrar el sacramento de tu inmenso amor. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN **Jn 14, 15-16**

Si me aman, cumplirán mis mandamientos, dice el Señor; y yo rogaré al Padre, y él les dará otro Abogado, que permanecerá con ustedes para siempre. Aleluya.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Dios todopoderoso y eterno, que, por la resurrección de Cristo, nos has hecho renacer a la vida eterna, multiplica en nosotros el efecto de este sacramento pascual, e infunde en nuestros corazones el vigor que comunica este alimento de salvación. Por Jesucristo, nuestro Señor.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

IR A ÍNDICE DOMINGO VI DE PASCUA

Les imponían las manos y recibían el Espíritu Santo (Hch 8, 5-8.14-17)

1ª lectura

Este Felipe no es el Apóstol (Hch 1,13) sino uno de los Siete, elegidos para la atención de los necesitados (Hch 6,5). El Evangelio rebasa las fronteras de Judea porque «en medio del infortunio, los cristianos continúan la predicación, en vez de descuidarla» (S. Juan Crisóstomo, *In Acta Apostolorum* 18). El éxito de la predicación en Samaría es la primera consecuencia de la persecución: «La religión fundada por el misterio de la Cruz de Cristo no puede ser destruida por ningún género de crueldad. No se disminuye la Iglesia por las persecuciones, antes al contrario, se aumenta. El campo del Señor se viste entonces con una cosecha más rica. Cuando los granos que caen mueren, nacen multiplicados» (S. León Magno, *In natali Apostolorum Petri et Pauli* 6).

Los Apóstoles guían la primera expansión de la Iglesia fuera de Jerusalén (v. 14).

La Tradición ha visto en los vv. 15-17 una primera manifestación del sacramento dela Confirmación: «Los Apóstoles, en cumplimiento de la voluntad de Cristo, comunicaban a los neófitos, mediante la imposición de las manos, el don del Espíritu Santo, destinado a completar la gracia del Bautismo (cfr Hch 8,15-17; 19,5-6). Esto explica por qué en la *Carta a los Hebreos* se recuerda, entre los primeros elementos de la formación cristiana, la doctrina del Bautismo y de la imposición de las manos (cfr Hb 6,2). Es esta imposición de las manos la que ha sido con toda razón considerada por la Tradición católica como el primitivo origen del sacramento de la Confirmación,

el cual perpetúa, en cierto modo, en la Iglesia, la gracia de Pentecostés» (Pablo VI, *Divinae consortium naturae*).

Pedro y Juan no actúan en virtud de una fuerza independiente que posean o controlen, sino en dependencia del poder divino (vv. 15.17). Los cristianos alcanzan los milagros mediante la súplica a Dios y nunca por gestos o fórmulas mágicas. San Lucas señalará de nuevo las diferencias entre el milagro cristiano y la magia al narrar los episodios del mago Elimas (13,6ss.), la adivina de Filipos (16,16ss.) y los hijos del sacerdote Esceva (19,13ss.).

Glorificad a Cristo Señor en vuestros corazones (1 Pe 3, 15-18)

2ª lectura

La coherencia de vida será ocasión de que quienes calumnian puedan rectificar (v. 16). Con palabras de Isaías referidas a Dios, se manda glorificar –literalmente, «santificar»– a Cristo Señor (v. 15), es decir, tributarle el culto sólo debido a Dios, aun en medio de las contrariedades: «¿Qué cosa es glorificar a Cristo en nuestros corazones sino sentir, por muy incomprensible que sea la gloria, su santidad en lo íntimo del corazón? ¡Qué gran fortaleza para vencer dan a los que tienen esperanza los fulgores inestimables de la santidad» (S. Beda, *In 1 Epistolam Sancti Petri*, *ad loc.*).

Os dará otro Paráclito (Jn 14, 15-21)

Evangelio

Jesús anuncia que, tras su resurrección, enviará el Espíritu Santo a los Apóstoles, que les guiará haciéndoles recordar y comprender cuanto Él les había dicho. El Espíritu Santo es revelado así como otra Persona divina con relación a Jesús y al Padre. Con ello se anuncia ya el misterio de la Santísima Trinidad, que se revelará en plenitud con el cumplimiento de esta promesa.

El auténtico amor ha de manifestarse con obras (v. 15). «Esto es en verdad el amor: obedecer y creer al que se ama» (S. Juan Crisóstomo, *In Ioannem* 74). Por eso Jesús quiere hacernos comprender que el amor a Dios, para serlo de veras, ha de reflejarse en una vida de entrega generosa y fiel al cumplimiento de la voluntad divina: el que recibe sus mandamientos y los guarda, ése es quien le ama (cfr v. 21).

Paráclito (v. 16) significa «llamado junto a uno» con el fin de acompañar, consolar, proteger, defender... De ahí que el Paráclito se traduzca por «Consolador», «Abogado», etc. Jesús habla del Espíritu Santo como de «otro Paráclito» (v. 16), porque el mismo Jesús es nuestro Abogado y Mediador en el cielo junto al Padre (cfr 1 Jn 2,1), y el Espíritu Santo será dado a los discípulos en lugar suyo cuando Él suba al cielo como Abogado o Defensor que les asista en la tierra.

El Paráclito es nuestro Consolador mientras caminamos en este mundo en medio de dificultades y bajo la tentación de la tristeza. *Por grandes que sean nuestras limitaciones, los hombres podemos mirar con confianza a los cielos y sentirnos llenos de alegría: Dios nos ama y nos libra de nuestros pecados. La presencia y la acción del Espíritu Santo en la Iglesia son la prenda y la anticipación de la felicidad eterna,*

de esa alegría y de esa paz que Dios nos depara (San Josemaría Escrivá, *Es Cristo que pasa*, n. 128).

SAN AGUSTÍN (www.iveargentina.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO VI DE PASCUA

Acerca de las palabras: "si me amáis, observad mis mandatos", hasta: "permanecerá con vosotros y estará dentro de vosotros"

En la lectura del evangelio hemos oído estas palabras del Señor: *Si me amáis, observad mis mandatos, y yo rogaré al Padre y os dará otro consolador para que esté con vosotros eternamente: el Espíritu de verdad, a quien el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce. Pero vosotros le conoceréis, porque morará con vosotros y estará dentro de vosotros*. Muchas son las cosas que hay que indagar en estas breves palabras del Señor; pero mucho es para nosotros buscar todas las cosas que hay que buscar en ellas o hallar todas las cosas que en ellas buscamos. No obstante, prestando atención a lo que nosotros debemos decir y vosotros debéis oír, según lo que el Señor se digna concedernos y de acuerdo con nuestra capacidad y la vuestra, recibid, carísimos, lo que nosotros os podemos decir, y pedidle a Él lo que nosotros no os podemos dar. Cristo prometió el Espíritu Santo a los apóstoles, pero debemos advertir de qué modo se lo ha prometido. Dice: *Si me amáis, guardad mis mandatos, y yo rogaré al Padre y os dará otro consolador, que es el Espíritu de verdad, para que permanezca con vosotros eternamente*. Este es, sin duda, el Espíritu Santo de la Trinidad, al que la fe católica confiesa coeterno y consustancial al Padre y al Hijo, y el mismo de quien dice el Apóstol: *La caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado*. ¿Por qué, pues, dice el Señor: *Si me amáis, guardad mis mandatos, y yo rogaré al Padre y os dará otro consolador,* cuando dice que, si no tenemos al Espíritu Santo, no podemos amar a Dios ni guardar sus mandamientos? ¿Cómo hemos de amar para recibirlo, si no podemos amar sin temerlo? ¿O cómo guardaremos los mandamientos para recibirlo, si no es posible observarlos sin tenerle con nosotros? ¿Acaso debe preceder en nosotros el amor que tenemos a Cristo, para que, amándole y observando sus preceptos, merezcamos recibir al Espíritu Santo a fin de que no ya la caridad de Cristo, que ha precedido, sino la caridad del Padre se derrame en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo, que nos ha sido dado? Perversa es esta sentencia. Quien cree amar al Hijo y no ama al Padre, no ama verdaderamente al Hijo, sino lo que él se ha imaginado. Porque *nadie,* dice el Apóstol, *puede pronunciar el nombre de Jesús si no es por el Espíritu Santo*. ¿Y quién dice Señor Jesús del modo que dio a entender el Apóstol sino aquel que le ama? Muchos lo pronuncian con la lengua y lo arrojan del corazón y de sus obras, conforme de ellos dijo el Apóstol: *Confiesan conocer a Dios, pero con sus hechos lo niegan*. Luego, si con los hechos se niega, sin duda también con los hechos se habla. *Nadie,* pues, *puede pronunciar* con provecho *el nombre del Señor Jesús* con la mente, con la palabra, con la obra, con el corazón, con la boca, con los hechos, *sino por el*

Espíritu Santo; y de este modo solamente lo puede decir el que ama. Y ya de este modo decían los apóstoles: *Señor Jesús*. Y si lo pronunciaban sin fingimiento, confesándolo con su voz, con su corazón y con sus hechos; es decir, si con verdad lo pronunciaban, era ciertamente porque amaban. Y ¿cómo podían amar sino por el Espíritu Santo? Con todo, a ellos se les manda amarle y guardar sus mandatos para recibir al Espíritu Santo, sin cuya presencia en sus almas no pudieran amar y observar los mandamientos.

No nos queda más que decir que el que ama tiene consigo al Espíritu Santo, y que teniéndole merece tenerle más abundantemente, y que teniéndole con mayor abundancia, es más intenso su amor. Ya los discípulos tenían consigo al Espíritu Santo, que el Señor prometía, sin el cual no podían llamarle Señor; pero no lo tenían aún con la plenitud que el Señor prometía. Lo tenían y no lo tenían, porque aún no lo tenían con la plenitud con que debían tenerlo. Lo tenían en pequeña cantidad, y había de serles dado con mayor abundancia. Lo tenían ocultamente, y debían recibirlo manifiestamente; porque es un don mayor del Espíritu Santo hacer que ellos se diesen cuenta de lo que tenían. De este don dice el Apóstol: *Nosotros no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el Espíritu que procede de Dios, para conocer los dones que Dios nos ha dado*. Y no una, sino dos veces les infundió el Señor manifiestamente al Espíritu Santo. Poco después de haber resucitado, dijo soplando sobre ellos: *Recibid al Espíritu Santo*. ¿Acaso por habérselo dado entonces no les envió después también al que les había prometido? ¿O no es el mismo Espíritu Santo el que entonces les insufló y el que después les envió desde el cielo? De aquí nace otra cuestión: por qué esta donación, que hizo manifiestamente, la hizo dos veces. Quizá en atención a los dos preceptos del amor: el amor de Dios y el amor del prójimo; y para que entendamos que al Espíritu Santo pertenece el amor, hizo esta doble manifestación de su donativo. Y si otra causa hubiera de buscarse, no por eso hemos de prolongar esta plática más de lo conveniente, con tal que tengamos bien presente que, sin el Espíritu Santo, nosotros no podemos amar a Cristo ni guardar sus mandamientos, y que tanto menos podremos hacerlo cuanto menos de El tengamos, y que lo haremos con tanta mayor plenitud cuanto más de Él participemos. Por consiguiente, no sin motivo se promete no sólo al que no le tiene, sino también al que le tiene: al que no le tiene, para que le tenga, y al que ya le tiene, para que le tenga con mayor abundancia. Porque, si uno no pudiera tenerle más abundantemente que otro, no hubiera dicho Elíseo al santo profeta Elías: *El Espíritu, que está en ti, hágase doble en mí.*

Cuando Juan Bautista dijo que *Dios no da el Espíritu con medida,* hablaba del mismo Hijo de Dios, al cual no le fue dado con medida, porque en El habita toda la plenitud de la Divinidad. Ni aun el hombre Cristo Jesús sería el mediador entre Dios y los hombres sin la gracia del Espíritu Santo, pues El mismo afirma que en Él tuvo su cumplimiento aquel dicho profético: *El Espíritu del Señor ha venido sobre mí; por lo cual me ha ungido y me ha enviado a evangelizar a los pobres.* La igualdad que tiene con el Padre, no la tiene por gracia, sino por naturaleza; pero la elevación del hombre a la unidad de persona en el Unigénito no es efecto de la naturaleza, sino de la gracia, como lo atesta el Evangelio, diciendo: *Mas el Niño crecía y se fortalecía lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba en El.* A todos los demás se les da con medida, y

después de dado se les vuelve a dar, hasta llenar en cada uno la medida de su perfección. Y por esta razón exhorta el Apóstol a *no saber más de lo que conviene saber, sino saber con moderación según la medida de la fe que Dios ha distribuido a cada uno*. No se divide con esto el Espíritu; se dividen los dones dados por el Espíritu, porque hay diversidad de dones, pero el Espíritu es siempre el mismo.

Con estas palabras: *Yo rogaré al Padre y Él os dará otro paráclito,* declara que también Él es Paráclito, que en latín quiere decir abogado. Y de Cristo se ha dicho que *tenemos por abogado ante el Padre a Jesucristo, justo*. Y en este sentido dijo que el mundo no era capaz de recibir al Espíritu Santo, conforme lo que estaba escrito: *La prudencia de la carne es enemiga de Dios, porque no está ni puede estar sometida a la ley;* como si dijera que la injusticia no puede ser justa. Llama mundo en este lugar a los amadores del mundo, cuyo amor no procede del Padre. Y, por lo tanto, el amor de Dios, derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado, es contrario al amor de este mundo, que tratamos de disminuir y desterrar de nosotros. *El mundo,* pues, *no puede recibirlo, porque no lo ve ni lo conoce,* porque el amor mundano no tiene esos ojos espirituales, sin los cuales no es posible ver al Espíritu Santo, que es invisible a los ojos de la carne.

En cambio, dice: *Vosotros lo conoceréis, porque permanecerá con vosotros y estará dentro de vosotros*.

Estará dentro de ellos para permanecer con ellos; no permanecerá con ellos para estar en ellos, porque primero hay que estar en un lugar para permanecer en él. Pero para que entendiésemos que, al decir que *permanecerá con vosotros,* no era una permanencia semejante a la de un huésped en la casa, explicó esa permanencia añadiendo que *estará dentro de vosotros*. Es invisiblemente visible y no podemos conocerlo si no está dentro de nosotros. De este modo vemos dentro de nosotros nuestra propia conciencia; vemos el rostro de los otros, pero no vemos el nuestro; vemos, en cambio, nuestra conciencia y no vemos la de los otros. Pero la conciencia no tiene existencia fuera de nosotros, y el Espíritu Santo existe también sin nosotros y se da para estar dentro de nosotros. No obstante, no podemos verlo y conocerlo como debe ser visto y conocido si no está dentro de nosotros.

***Tratados sobre el Evangelio de San Juan* (t. XIV), Tratado 74, 1-5, BAC Madrid 1965, 335-41.**

FRANCISCO – Ángelus 2017 y 2020 - Homilía del 6 de mayo de 2013

IR A ÍNDICE DOMINGO VI DE PASCUA

Ángelus 2017

Cada día se debe aprender el arte de amar

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio de hoy (cf. *Juan* 14, 15-21), continuación del domingo pasado, nos lleva a ese momento conmovedor y dramático que es la Última cena de Jesús con sus discípulos. El evangelista Juan recoge de boca y del corazón del Señor sus últimas enseñanzas, antes de la pasión y de la muerte. Jesús promete a sus amigos, en ese momento triste, oscuro, que, después de Él, recibirán «otro Paráclito» (v. 16). Esta palabra significa otro "Abogado", otro Defensor, otro Consolador: «el Espíritu de la verdad» (v. 17); y añade: «no os dejaré huérfanos: volveré a vosotros» (v. 18). Estas palabras transmiten la alegría de una nueva venida de Cristo: Él, resucitado y glorificado, vive en el Padre y, al mismo tiempo, viene a nosotros en el Espíritu Santo. Y en esta su nueva venida se revela nuestra unión con Él y con el Padre: «comprenderéis que yo estoy en mi Padre y vosotros en mí y yo en vosotros» (v. 20).

Meditando estas palabras de Jesús, nosotros hoy percibimos ser el Pueblo de Dios en comunión con el Padre y con Jesús mediante el Espíritu Santo. En este misterio de comunión, la Iglesia encuentra la fuente inagotable de la propia misión, que se realiza mediante el amor. Jesús dice en el Evangelio de hoy: «El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama, y el que me ame, será amado de mi Padre; y yo le amaré y me manifestaré a él» (v. 21). Es el amor que nos introduce en el conocimiento de Jesús, gracias a la acción de este "Abogado" que Jesús nos ha enviado, es decir el Espíritu Santo. El amor a Dios y al prójimo es el mandamiento más grande del Evangelio. El Señor hoy nos llama a corresponder generosamente a la llamada evangélica, al amor, poniendo a Dios en el centro de nuestra vida y dedicándonos al servicio de los hermanos, especialmente a los más necesitados de apoyo y consuelo.

Si existe una actitud que nunca es fácil, no se da por descontado tampoco para una comunidad cristiana, es precisamente la de saberse amar, de quererse en el ejemplo del Señor y con su gracia. A veces los contrastes, el orgullo, las envidias, las divisiones dejan la marca también en el rostro bello de la Iglesia. Una comunidad de cristianos debería vivir en la caridad de Cristo, y sin embargo es precisamente allí que el maligno "mete la pata" y nosotros a veces nos dejamos engañar. Y quienes lo pagan son las personas espiritualmente más débiles. Cuántas de ellas —y vosotros conocéis algunas— cuántas de ellas se han alejado porque no se han sentido acogidas, no se han sentido comprendidas, no se han sentido amadas. Cuántas personas se han alejado, por ejemplo de alguna parroquia o comunidad por el ambiente de chismorreos, de celos, de envidias que han encontrado ahí. También para un cristiano saber amar no es nunca un dato adquirido una vez para siempre; cada día se debe empezar de nuevo, se debe ejercitar porque nuestro amor hacia los hermanos y las hermanas que encontramos se haga maduro y purificado por esos límites o pecados que lo hacen parcial, egoísta, estéril e infiel. Cada día se debe aprender el arte de amar. Escuchad esto: cada día se debe aprender el arte de amar, cada día se debe seguir con paciencia la escuela de Cristo, cada día se debe perdonar y mirar a Jesús, y esto, con la ayuda de este "Abogado", de este Consolador que Jesús nos ha enviado que es el Espíritu Santo.

La Virgen María, perfecta discípula de su Hijo y Señor, nos ayude a ser cada vez más dóciles al Paráclito, al Espíritu de verdad, para aprender cada día a amarnos como Jesús nos ha amado.

***

Ángelus 2020

El Espíritu Santo es el don del amor de Dios

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio de este domingo presenta dos mensajes: el cumplimiento de los mandamientos y la promesa del Espíritu Santo.

Jesús vincula el amor a Él con *el cumplimiento de los mandamientos*, y en esto insiste en su discurso de despedida: «Si me amáis, guardaréis mis mandamientos» (v. 15); «El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama» (v. 21). Jesús nos pide que le amemos, pero explica: este amor no se agota en un deseo de Él, o en un sentimiento, no, requiere la disponibilidad a seguir su camino, es decir, la voluntad del Padre. Y esta se resume en el mandamiento del amor mutuo —el primer amor [en la actuación]— dado por el mismo Jesús: «Que os améis unos a otros; como yo os he amado» (*Juan* 13, 34). No dijo: "Amadme como os he amado", sino "amaos recíprocamente como yo os he amado". Nos ama sin pedirnos nada a cambio. El amor de Jesús es un amor gratuito, nunca nos pide nada a cambio. Y quiere que este amor gratuito suyo se convierta en la forma concreta de vida entre nosotros: esta es su voluntad.

Para ayudar a los discípulos a recorrer este camino, Jesús promete que rogará al Padre que envíe «otro Paráclito» (v. 16), es decir, un Consolador, un Defensor que tome su lugar y les dé la inteligencia para escuchar y el valor para observar sus palabras. Este es el *Espíritu Santo*, que es el don del amor de Dios que desciende al corazón del cristiano. Después de que Jesús muriera y resucitara, su amor se da a aquellos que creen en Él y son bautizados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. El Espíritu mismo los guía, los ilumina, los fortalece, para que cada uno pueda caminar en la vida, incluso en medio de la adversidad y la dificultad, en las alegrías y las penas, permaneciendo en el camino de Jesús. Esto es posible precisamente permaneciendo dócil al Espíritu Santo, de modo que, a través de su presencia activa, no sólo consuele, sino que transforme los corazones, abriéndolos a la verdad y al amor.

Frente a la experiencia del error y del pecado —por la que todos pasamos—, el Espíritu Santo nos ayuda a no sucumbir y nos hace acoger y vivir plenamente el sentido de las palabras de Jesús: «Si me amáis, guardaréis mis mandamientos» (v. 15). Los mandamientos no se nos han dado como una especie de espejo en el que vemos reflejadas nuestras miserias e incoherencias. No, no son así. La Palabra de Dios se nos da como Palabra de vida, que transforma el corazón, la vida, que renueva, que no juzga para condenar, sino que cura y tiene como fin el perdón. La misericordia de Dios es así. Una palabra que ilumina nuestros pasos. ¡Y todo esto es obra del Espíritu Santo! Es el Don de Dios, es Dios mismo, que nos ayuda a ser personas libres, personas que quieren y saben amar, personas que han comprendido que la vida es una misión para proclamar las maravillas que el Señor realiza en aquellos que confían en Él.

Que la Virgen María, modelo de la Iglesia que sabe escuchar la Palabra de Dios y acoger el don del Espíritu Santo, nos ayude a vivir el Evangelio con alegría, sabiendo que el Espíritu nos sostiene, fuego divino que caldea nuestros corazones e ilumina nuestros pasos.

***

Homilía 6 de mayo de 2013

No se puede entender la vida del cristiano sin el Espíritu Santo

"El Espíritu Santo es nuestro amigo y compañero de camino y nos dice dónde está Jesús". El papa subrayó la importancia del examen de conciencia en la vida de todo cristiano.

El santo padre ha hablado sobre el Espíritu Santo, que es "justamente Dios, la Persona Dios, que da testimonio de Jesucristo en nosotros". Ha indicado también la protección del Espíritu Santo que "Jesús llama Paráclito", "o sea aquello que nos defiende", que "siempre está a nuestro lado para sostenernos".

A continuación, ha recordado que "no se puede entender la vida cristiana sin la presencia del Espíritu Santo: no sería cristiana. Sería una vida religiosa, pagana, piadosa, que cree en Dios, pero sin la vitalidad que Jesús quiere para sus discípulos. Y aquello que da la vitalidad es el Espíritu Santo, presente". Y ha añadido que el Espíritu "da testimonio" de Jesús para que nosotros podamos darlo a los demás".

Sobre la primera lectura ha recordado que "hay una cosa bella: aquella mujer que escuchaba a Pablo, que se llamaba Lidia. De ella se dice que el Señor le abrió el corazón para que se adhiriera a las palabras de Pablo. Esto es lo que hace el Espíritu Santo: nos abre el corazón para conocer a Jesús. Sin Él no podemos conocer a Jesús. Nos prepara al encuentro con Jesús. Nos hace ir por el camino de Jesús. El Espíritu Santo actúa en nosotros durante todo el día, durante toda nuestra vida, como testimonio que nos dice dónde está Jesús".

El papa Francisco ha animado a la oración refiriéndose a ésta como "el camino para tener en cada momento" la gracia de la "fecundidad de la Pascua". Se ha detenido también a hablar sobre el examen de conciencia "que los cristianos realizan con respecto a la jornada que han vivido" y ha afirmado que es "un ejercicio que nos hace bien porque es tomar consciencia de aquello que el Señor ha obrado en nuestro corazón".

El santo padre quiso pedir "la gracia de acostumbrarnos a la presencia de este compañero de camino, el Espíritu Santo, de este testimonio de Jesús que nos dice dónde está Jesús, cómo encontrar a Jesús, qué cosa nos dice Jesús. Tenerle una cierta familiaridad: es un amigo". Y recordando las palabras de Jesús 'No, no te dejo solo, te dejo a Éste', ha proseguido "Jesús nos lo deja como amigo".

Para finalizar ha invitado a que "antes que termine la jornada tengamos la costumbre de preguntarnos: '¿Qué cosa ha obrado el Espíritu Santo en mí, hoy? ¿Qué testimonio me ha dado? ¿Cómo me ha hablado? ¿Qué cosa me ha sugerido?'. Ya que el Espíritu Santo es "presencia divina que nos ayuda a ir adelante en nuestra vida de

cristianos. Pidamos hoy esta gracia. Y esto hará que, como lo hemos hecho en la oración, en cada momento tengamos presente la fecundidad de la Pascua".

BENEDICTO XVI – Regina Coeli 2011

IR A ÍNDICE DOMINGO VI DE PASCUA

La alegría del Evangelio

¡Queridos hermanos y hermanas!

En el libro de los *Hechos de los Apóstoles* se narra que, tras una primera violenta persecución, la comunidad cristiana de Jerusalén, exceptuando los apóstoles, se dispersa en las regiones circundantes y Felipe, uno de los diáconos, llega a una ciudad de Samaria. Allí predicó a Cristo resucitado, su anuncio estuvo acompañado por numerosas curaciones, así que la conclusión del episodio es muy significativa: "Y hubo una gran alegría en aquella ciudad" (*Hch* 8,8). Cada vez nos impresiona esta expresión, que en esencia nos comunica un sentido de esperanza; como si dijera: ¡es posible! Es posible que la humanidad conozca la verdadera alegría, porque allá donde llega el Evangelio, florece la vida; como un terreno árido que, llegado por la lluvia, rápidamente reverdece. Felipe y los demás discípulos, con la fuerza del Espíritu Santo, hicieron en los pueblos de Palestina lo que había hecho Jesús: predicaron la Buena Noticia y realizaron signos prodigiosos. Era el Señor el que actuaba por medio de ellos. Así como Jesús anunciaba la venida del Reino de Dios, los discípulos anunciaron a Jesús resucitado, profesando que Él es Cristo, el Hijo de Dios, bautizando en su nombre y expulsando toda enfermedad del cuerpo y del espíritu.

"Y hubo una gran alegría en aquella ciudad". Leyendo este pasaje, espontáneamente se piensa en la fuerza sanadora del Evangelio, que a lo largo de los siglos ha "lavado", como río beneficioso, a tantas poblaciones. Algunos grandes Santos y Santas han llevado esperanza y paz a ciudades enteras –pensemos en san Carlos Borromeo en Milán, en la época de la peste; en la beata Madre Teresa de Calcuta; y en tantos misioneros, cuyos nombres Dios conoce, que han dado la vida por llevar el anuncio de Cristo y hacer florecer entre los hombres la alegría profunda. Mientras los poderosos de este mundo buscaban conquistar nuevos territorios por intereses políticos y económicos, los mensajeros de Cristo iban por todas partes con el objetivo de llevar a Cristo a los hombres y a los hombres a Cristo, sabiendo que sólo Él puede dar la verdadera libertad y la vida eterna. También hoy la vocación de la Iglesia es la evangelización: tanto de las poblaciones que todavía no han sido "regadas" por el agua viva del Evangelio; como de aquellas que, aun teniendo antiguas raíces cristianas, necesitan linfa nueva para dar nuevos frutos, y redescubrir la belleza y la alegría de la fe.

Queridos amigos, el beato Juan Pablo II ha sido un gran misionero, como documenta también una muestra preparada estos días en Roma. Él relanzó la misión *ad gentes* y, al mismo tiempo, promovió la nueva evangelización. Confiamos la una y

la otra a la intercesión de María Santísima. Que la Madre de Cristo acompañe siempre y en todas partes el anuncio del Evangelio, para que se multipliquen y se amplíen en el mundo los espacios en los que los hombres reencuentran la alegría de vivir como hijos de Dios.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

IR A ÍNDICE DOMINGO VI DE PASCUA

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

La oración de Jesús en la Última Cena

2746. Cuando ha llegado su hora, Jesús ora al Padre (cf *Jn* 17). Su oración, la más larga transmitida por el Evangelio, abarca toda la Economía de la creación y de la salvación, así como su Muerte y su Resurrección. Al igual que la Pascua de Jesús, sucedida "una vez por todas", permanece siempre actual, de la misma manera la oración de la Hora de Jesús sigue presente en la Liturgia de la Iglesia.

2747. La tradición cristiana acertadamente la denomina la oración "sacerdotal" de Jesús. Es la oración de nuestro Sumo Sacerdote, inseparable de su sacrificio, de su "paso" [pascua] hacia el Padre donde él es "consagrado" enteramente al Padre (cf *Jn* 17, 11. 13. 19).

2748. En esta oración pascual, sacrificial, todo está "recapitulado" en Él (cf *Ef* 1, 10): Dios y el mundo, el Verbo y la carne, la vida eterna y el tiempo, el amor que se entrega y el pecado que lo traiciona, los discípulos presentes y los que creerán en Él por su palabra, la humillación y su gloria. Es la oración de la unidad.

2749. Jesús ha cumplido toda la obra del Padre, y su oración, al igual que su sacrificio, se extiende hasta la consumación de los siglos. La oración de la Hora de Jesús llena los últimos tiempos y los lleva hacia su consumación. Jesús, el Hijo a quien el Padre ha dado todo, se entrega enteramente al Padre y, al mismo tiempo, se expresa con una libertad soberana (cf *Jn* 17, 11. 13. 19. 24) debido al poder que el Padre le ha dado sobre toda carne. El Hijo que se ha hecho Siervo, es el Señor, el «Pantocrátor». Nuestro Sumo Sacerdote que ruega por nosotros es también el que ora en nosotros y el Dios que nos escucha.

2750. Si en el Santo Nombre de Jesús, nos ponemos a orar, podemos recibir en toda su hondura la oración que Él nos enseña: "¡Padre Nuestro!". La oración sacerdotal de Jesús inspira, desde dentro, las grandes peticiones del Padre Nuestro: la preocupación por el Nombre del Padre (cf *Jn* 17, 6. 11. 12. 26), el deseo de su Reino (la gloria; cf *Jn* 17, 1. 5. 10. 24. 23-26), el cumplimiento de la voluntad del Padre, de su designio de salvación (cf *Jn* 17, 2. 4 .6. 9. 11. 12. 24) y la liberación del mal (cf *Jn* 17, 15).

2751. Por último, en esta oración Jesús nos revela y nos da el "conocimiento" indisociable del Padre y del Hijo (cf *Jn* 17, 3. 6-10. 25) que es el misterio mismo de la vida de oración.

El Espíritu Santo, consolador/defensor

243. Antes de su Pascua, Jesús anuncia el envío de "otro Paráclito" (Defensor), el Espíritu Santo. Este, que actuó ya en la Creación (cf. *Gn* 1,2) y "por los profetas" (*Símbolo Niceno-Constantinopolitano:* DS 150), estará ahora junto a los discípulos y en ellos (cf. *Jn* 14,17), para enseñarles (cf. *Jn* 14,16) y conducirlos "hasta la verdad completa" (*Jn* 16,13). El Espíritu Santo es revelado así como otra persona divina con relación a Jesús y al Padre.

388. Con el desarrollo de la Revelación se va iluminando también la realidad del pecado. Aunque el Pueblo de Dios del Antiguo Testamento conoció de alguna manera la condición humana a la luz de la historia de la caída narrada en el Génesis, no podía alcanzar el significado último de esta historia que sólo se manifiesta a la luz de la muerte y de la resurrección de Jesucristo (cf. *Rm* 5,12-21). Es preciso conocer a Cristo como fuente de la gracia para conocer a Adán como fuente del pecado. El Espíritu-Paráclito, enviado por Cristo resucitado, es quien vino "a convencer al mundo en lo referente al pecado" (*Jn* 16,8) revelando al que es su Redentor.

692. Jesús, cuando anuncia y promete la Venida del Espíritu Santo, le llama el "Paráclito", literalmente "aquel que es llamado junto a uno", *advocatus* (*Jn* 14, 16. 26; 15, 26; 16, 7). "Paráclito" se traduce habitualmente por "Consolador", siendo Jesús el primer consolador (cf. *1 Jn* 2, 1). El mismo Señor llama al Espíritu Santo "Espíritu de Verdad" (*Jn* 16, 13).

729. Solamente cuando ha llegado la hora en que va a ser glorificado Jesús *promete* la venida del Espíritu Santo, ya que su Muerte y su Resurrección serán el cumplimiento de la Promesa hecha a los Padres (cf. *Jn* 14, 16-17. 26; 15, 26; 16, 7-15; 17, 26): El Espíritu de Verdad, el otro Paráclito, será dado por el Padre en virtud de la oración de Jesús; será enviado por el Padre en nombre de Jesús; Jesús lo enviará de junto al Padre porque él ha salido del Padre. El Espíritu Santo vendrá, nosotros lo conoceremos, estará con nosotros para siempre, permanecerá con nosotros; nos lo enseñará todo y nos recordará todo lo que Cristo nos ha dicho y dará testimonio de Él; nos conducirá a la verdad completa y glorificará a Cristo. En cuanto al mundo, lo acusará en materia de pecado, de justicia y de juicio.

1433. Después de Pascua, el Espíritu Santo "convence al mundo en lo referente al pecado" (*Jn* 16, 8-9), a saber, que el mundo no ha creído en el que el Padre ha enviado. Pero este mismo Espíritu, que desvela el pecado, es el Consolador (cf *Jn* 15,26) que da al corazón del hombre la gracia del arrepentimiento y de la conversión (cf *Hch* 2,36-38; Juan Pablo II, *Dominum et vivificantem*, 27-48).

1848. Como afirma san Pablo, "donde abundó el pecado, [...] sobreabundó la gracia" (*Rm* 5, 20). Pero para hacer su obra, la gracia debe descubrir el pecado para convertir nuestro corazón y conferirnos "la justicia para la vida eterna por Jesucristo nuestro

Señor" (*Rm* 5, 20-21). Como un médico que descubre la herida antes de curarla, Dios, mediante su Palabra y su Espíritu, proyecta una luz viva sobre el pecado:

«La conversión exige el reconocimiento del pecado, supone el juicio interior de la propia conciencia, y éste, puesto que es la comprobación de la acción del Espíritu de la verdad en la intimidad del hombre, llega a ser al mismo tiempo el nuevo comienzo de la dádiva de la gracia y del amor: "Recibid el Espíritu Santo". Así, pues, en este "convencer en lo referente al pecado" descubrimos una «doble dádiva»: el don de la verdad de la conciencia y el don de la certeza de la redención. El Espíritu de la verdad es el Paráclito» (DeV 31).

Invocar al Espíritu Santo

1083. Se comprende, por tanto, que en cuanto respuesta de fe y de amor a las "bendiciones espirituales" con que el Padre nos enriquece, la liturgia cristiana tiene una doble dimensión. Por una parte, la Iglesia, unida a su Señor y "bajo la acción el Espíritu Santo" (*Lc* 10,21), bendice al Padre "por su don inefable" (*2 Co* 9,15) mediante la adoración, la alabanza y la acción de gracias. Por otra parte, y hasta la consumación del designio de Dios, la Iglesia no cesa de presentar al Padre "la ofrenda de sus propios dones" y de implorar que el Espíritu Santo venga sobre esta ofrenda, sobre ella misma, sobre los fieles y sobre el mundo entero, a fin de que por la comunión en la muerte y en la resurrección de Cristo-Sacerdote y por el poder del Espíritu estas bendiciones divinas den frutos de vida "para alabanza de la gloria de su gracia" (*Ef* 1,6).

2670. «Nadie puede decir: "¡Jesús es Señor!" sino por influjo del Espíritu Santo» (*1 Co* 12, 3). Cada vez que en la oración nos dirigimos a Jesús, es el Espíritu Santo quien, con su gracia preveniente, nos atrae al camino de la oración. Puesto que Él nos enseña a orar recordándonos a Cristo, ¿cómo no dirigirnos también a él orando? Por eso, la Iglesia nos invita a implorar todos los días al Espíritu Santo, especialmente al comenzar y al terminar cualquier acción importante.

«Si el Espíritu no debe ser adorado, ¿cómo me diviniza él por el Bautismo? Y si debe ser adorado, ¿no debe ser objeto de un culto particular?» (San Gregorio Nacianceno, Oratio [teológica 5], 28).

2671. La forma tradicional para pedir el Espíritu es invocar al Padre por medio de Cristo nuestro Señor para que nos dé el Espíritu Consolador (cf *Lc* 11, 13). Jesús insiste en esta petición en su nombre en el momento mismo en que promete el don del Espíritu de Verdad (cf *Jn* 14, 17; 15, 26; 16, 13). Pero la oración más sencilla y la más directa es también la más tradicional: "Ven, Espíritu Santo", y cada tradición litúrgica la ha desarrollado en antífonas e himnos:

«Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor» (Solemnidad de Pentecostés, Antífona del «Magnificat» in I Vísperas: Liturgia de las Horas; cf. Solemnidad de Pentecostés, misa del día, Secuencia: Leccionario, V, 1).

«Rey celeste, Espíritu Consolador, Espíritu de Verdad, que estás presente en todas partes y lo llenas todo, tesoro de todo bien y fuente de la vida, ven, habita en nosotros,

purifícanos y sálvanos. ¡Tú que eres bueno!» (Oficio Bizantino de las Horas, Oficio Vespertino del día de Pentecostés, capítulo 4: «Pentekostárion»).

2672. El Espíritu Santo, cuya unción impregna todo nuestro ser, es el Maestro interior de la oración cristiana. Es el artífice de la tradición viva de la oración. Ciertamente hay tantos caminos en la oración como orantes, pero es el mismo Espíritu el que actúa en todos y con todos. En la comunión en el Espíritu Santo la oración cristiana es oración en la Iglesia.

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO VI DE PASCUA

Hacerse paráclitos

Nos estamos acercando a la fiesta de Pentecostés y la liturgia comienza a prepararnos a ella. La primera lectura, sacada de los *Hechos de los apóstoles,* nos habla del Espíritu Santo. En Samaria muchos han acogido el mensaje cristiano. Dos apóstoles vienen de Jerusalén para confirmarles en la fe y no tardan en darse cuenta de una cosa: las personas han sido regularmente bautizadas; pero, no muestran ninguno de los signos que solían acompañar a la venida del Espíritu Santo: alegría, entusiasmo, hechos prodigiosos... Entonces, los apóstoles realizaron un gesto que preanunciaba nuestro actual sacramento de la confirmación: «Les imponían las manos y recibían el Espíritu Santo».

En el Evangelio, Jesús habla a los discípulos del Espíritu con el término característico de Paráclito: «Yo le pediré al Padre que os dé otro defensor, que esté siempre con vosotros, el Espíritu de la verdad».

Poco después del fragmento de hoy, vuelve de nuevo sobre el mismo tema diciéndoles: «Os he dicho estas cosas estando entre vosotros. Pero el paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho».

Paráclito es un término griego que significa: o bien consolador o bien defensor o bien ambas cosas a la vez. Aplicado al Espíritu Santo este título constituye el arribo de un tema presente en toda la Biblia. En el Antiguo Testamento Dios es el gran consolador de su pueblo, el que proclama: «Yo, yo soy tu consolador» (al pie de la letra en la versión de los Setenta, ¡tu Paráclito!) (*Isaías* 51,12), aquel que «consuela como una madre» (*Isaías* 66, 13). Esta consolación de Dios o este «Dios de la paciencia y del consuelo» (*Romanos* 15,5) se ha «encarnado» en Jesucristo, que se define indirectamente como el primer consolador, defensor o Paráclito.

Es él quien clama en el Evangelio: «Venid a mí todos los que estáis cansados y fatigados, y yo os daré descanso» (*Mateo* 11,28). El Espíritu Santo siendo en esto, como en cualquier otro ámbito, quien continúa la obra de Cristo y quien lleva a

cumplimiento las obras comunes de la Trinidad, no podía no definirse, también él, como el Consolador, «defensor, que esté siempre con vosotros», como lo define Jesús.

Pero, todo esto no basta para explicar por qué Juan en su Evangelio insista tanto en el título de Paráclito. Eso debe su origen y su importancia asimismo en la experiencia. La Iglesia entera después de Pascua ha hecho una experiencia viva y fuerte del Espíritu como consolador, defensor y aliado en las dificultades externas e internas, en las persecuciones, en los procesos y en la vida de cada día.

En los *Hechos* leemos: «Las iglesias por entonces gozaban de paz en toda Judea, Galilea y Samaria; pues se edificaban y progresaban en el temor del Señor y estaban llenas de la consolación (*paraclesis*) del Espíritu Santo» (*Hechos* 9, 31).

Paráclito, he dicho, puede significar dos cosas: defensor y consolador. En los primeros siglos, cuando la Iglesia está en estado de persecución y hace la experiencia cotidiana de procesos y condenas, se ve en el Paráclito sobre todo al abogado y al defensor divino contra los acusadores humanos. Él se ha ejercitado Como el que asiste a los mártires y ante los jueces en los tribunales; el que pone en su boca la palabra que nadie está en disposición de contradecir.

Saliendo de la era de las persecuciones se traslada el acento y el significado predominante del Paráclito llega a ser el de consolador en las tribulaciones y en las angustias de la vida. San Buenaventura pone en comparación entre sí a la consolación de los hombres y la del Espíritu Santo y ve tres diferencias fundamentales entre las dos.

«La consolación del Espíritu es verdadera, perfecta y proporcionada. Es *verdadera,* porque usa la consolación allí donde ha de aplicarla, esto es, en el alma, no en los instintos de la carne, lo cual es lo opuesto de cuanto hace el mundo, que consuela la carne y aflige al alma, semejante en esto a un hospedero malo, que cuida al caballo y desatiende al caballero.

Es *perfecta,* porque consuela en cada tribulación; no como hace el mundo, que, al dar una consolación, proporciona dos tribulaciones, como uno que remienda un viejo gabán cerrando un agujero y abriendo otros dos. Es *proporcionada,* porque allá donde hay una mayor tribulación aporta una mayor consolación; no como hace el mundo que consuela y lisonjea en la prosperidad y en la adversidad irrita y condena».

Ahora, debemos sacar de nuestra contemplación del Paráclito una consecuencia práctica y operativa. En efecto, no basta estudiar el significado del término Paráclito y ni siquiera honrar e invocar al Espíritu Santo con este nombre. ¡Es necesario que nosotros mismos lleguemos a ser paráclitos!

Si es verdad que el cristiano debe ser un *alter Christus* u otro Cristo, es asimismo verdadero que debe ser «otro Paráclito». Éste es un título para imitar y para vivir, no sólo para comprender.

Mediante el Espíritu Santo ha sido derramado el amor de Dios en nuestros corazones (cfr. *Romanos* 5, 5); esto es, bien sea el amor con que somos amados por Dios bien sea el amor por el que somos hechos capaces, a nuestra vez, de amar a Dios

y al prójimo. Aplicada a la consolación (la forma que toma el amor ante el sufrimiento de la persona amada) la palabra del Apóstol viene a decimos una cosa importantísima: que el Paráclito no se limita a darnos algo de consuelo, como un deleite, sino que nos enseña el arte de consolar.

En otras palabras, no sólo nos consuela sino que también por nuestra parte nos hace capaces de consolar a los demás. Nos lo explica bien san Pablo. Él escribe: «¡Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre misericordioso y Dios de toda consolación, que nos consuela en toda tribulación nuestra para poder nosotros consolar a los que están en toda tribulación, mediante el consuelo con que nosotros somos consolados por Dios!» (2 *Corintios* 1, 3-4).

La palabra griega, de la que proviene el nombre Paráclito, vuelve a aparecer en este texto, al menos, cinco veces, bien como verbo bien como sustantivo. Contiene lo esencial para una teología de la consolación.

El consuelo verdadero viene de Dios, que es el «Padre de toda consolación». Viene sobre quien está en la aflicción; pero, no se detiene en él. Su fin último es logrado cuando quien ha experimentado el consuelo se sirve, a su vez, de él para consolar a otros.

Pero, ¿consolar cómo? Aquí está lo importante. Con la consolación misma con que él ha sido consolado por Dios; con un consuelo divino, no humano. No contentándose con repetir inútiles palabras de circunstancias, que pronto abandonan el terreno que encuentran «¡ ánimo, no te desanimes; verás que todo se resolverá según lo mejor!»), sino «para que con la paciencia y el consuelo que dan las Escrituras mantengamos la esperanza» *(Romanos* 15, 4). Así se explican los milagros que una sencilla palabra o un gesto, puestos en un clima de oración, son capaces de realizar junto a la cabecera de un enfermo con la fe en la presencia del Espíritu. Es Dios el que está consolando a través de ti.

En un cierto sentido, hasta el Espíritu Santo tiene necesidad de nosotros para ser Paráclito. Él quiere consolar, defender, exhortar; pero, no tiene boca ni manos ni ojos para «dar cuerpo» a su consuelo. O mejor, tiene nuestras manos, nuestros ojos y nuestra boca.

Nuestra alma puede hasta desear hacer una sonrisa o una caricia (a un niño, a la mujer o al marido); pero, de por sí no puede conseguirla; tiene necesidad que la mano traduzca en acto su deseo. Como el alma actúa, se mueve, sonríe, a través de los miembros de nuestro cuerpo, así el Espíritu Santo actúa con los miembros de «su» cuerpo, que es la Iglesia.

Cuando el Apóstol les exhorta a los cristianos de Tesalónica diciendo: «Consolaos mutuamente» (1 *Tesalonicenses* 5, 11) es como si nos dijese: «Haceos paráclitos» los unos de los otros. Si el consuelo, que recibimos del Espíritu, no pasa de nosotros a los demás, si queremos guardarlo egoístamente sólo para nosotros, el consuelo bien pronto se corrompe.

He aquí, por qué una hermosa plegaria, atribuida a san Francisco de Asís, dice:

«Que yo no busque tanto
el ser consolado, cuanto el consolar;
ser comprendido, cuanto comprender;
ser amado, cuanto amar...»

A luz de lo que os he dicho, no es difícil descubrir quiénes son hoy los paráclitos en tomo a nosotros. Son los que se inclinan sobre los enfermos terminales y los enfermos del SIDA; los que se preocupan de aliviar la soledad de los ancianos; los voluntarios, que dedican su tiempo a visitas a los hospitales. Los que se dedican a los niños, víctimas de abusos de todo género, dentro y fuera de casa. Paráclitos son igualmente quienes se hacen paladines de los derechos de los menores amenazados, al igual como ciertas poblaciones indias de la América latina, o que se hacen voz de quienes no la tienen.

Nosotros, los sacerdotes y religiosos, todos debemos ser paráclitos, esto es, instrumentos de consolación del Espíritu, sobre todo de quien viene la palabra de Dios, de la esperanza y del perdón sacramental. Es a nosotros, sacerdotes y predicadores, a los que hoy se dirige de un modo del todo particular el mandamiento, que Dios daba a sus profetas en el Antiguo Testamento: «Consolad, consolad (*parakaleite*) a mi pueblo» *(Isaías* 40,1).

Terminemos nuestra reflexión, recitando juntos los primeros versículos de la Secuencia de Pentecostés, en donde el Espíritu Santo es invocado como «perfecto consolador»:

«Ven, Espíritu divino,
manda tu luz desde el cielo.
Padre amoroso del pobre;
don, en tus dones espléndido;
luz que penetra las almas;
fuente del mayor consuelo.
Ven, dulce huésped del alma,
descanso de nuestro esfuerzo,
tregua en el duro trabajo,
brisa en las horas de fuego,
gozo que enjuga las lágrimas
y reconforta en los duelos».

PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes

IR A ÍNDICE DOMINGO VI DE PASCUA

Amar a Dios cumpliendo los mandamientos

Amar a Dios por sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo. En este mandamiento se resumen todos los mandamientos de la Ley de Dios.

Pero Jesús nos dio un mandamiento nuevo: que nos amemos los unos a los otros como Él nos amó. Y nos dio un corazón como el suyo para que podamos hacer todo por amor de Dios.

El que ama a Dios lo demuestra cumpliendo sus mandamientos, escuchando su Palabra, y viviendo el Evangelio poniéndola en práctica, aplicando la sabiduría divina a su propia vida, porque la Palabra está viva.

La Palabra es el Verbo encarnado, fruto bendito del vientre inmaculado de la mujer que Dios eligió para manifestar su amor por la humanidad, por obra del Espíritu Santo, que Dios derrama sobre los que lo aman.

Esfuérzate tú por cumplir los mandamientos del Señor.

Práctica su Palabra, aplicándola en tu vida.

Vive el Evangelio invocando al Espíritu Santo, para que te enseñe y te recuerde todas las cosas, y te dé la sabiduría para imitar a Cristo y hacer sus obras.

Muéstrale al Señor tu Dios que lo amas con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todas tus fuerzas, obedeciéndolo, escuchando su Palabra y haciendo lo que Él te diga.

Abre tu corazón, examina tu conciencia y descubre si tienes paz, la paz que Dios le da a los que lo aman y lo obedecen. Entonces sabrás si Dios ha hecho morada en ti, o si estás rechazando su gracia con tu mal comportamiento.

Rectifica, pide perdón, convierte tu corazón, cumple los mandamientos del Señor, y deja con docilidad que llene de su amor y de su paz tu corazón».

FLUVIUM (www.fluvium.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO VI DE PASCUA

La auténtica vida nuestra

En este sexto domingo de Pascua nos ofrece la Liturgia otro pasaje del Evangelio de san Juan que se refiere nuevamente a la vida en Cristo a la que Dios nos destina. En la intimidad de la Ultima Cena Jesús manifiesta a sus discípulos el sentido profundo de su presencia entre los hombres: que podamos recibir el Espíritu Santo; que podamos, así, ser amados por Dios.

Recibir el amor de Dios es lo máximo. En ese amor están contenidos todos los tesoros que pueden ser pensados: aquello que satisface plenamente y sin cansancio nuestros apetitos, no solamente de modo genérico, en cuanto personas que somos, sino nuestros deseos y gustos individuales. Dios, que nos ha creado, conoce a la perfección lo que satisface a cada uno.

Es Dios quien toma la iniciativa, ya que, siendo criaturas, en modo alguno podíamos prever la grandeza de la vida en Él mismo a la que nos invita, gracias a su

amor totalmente desinteresado. Reconocemos, pues, que con la misma libertad con que crea, llamando a la existencia a las demás criaturas, a los hombres los hace dignos de Sí: con capacidad para acoger su amor y para manifestarle amor.

¡Sólo las bestias no rezan!, afirmaba con fuerza san Josemaría. Quería referirse a que lo más propio del ser humano es su relación con Dios, consciente y libre: ese trato personal y espiritual, que solamente la criatura humana puede tener en este mundo con el Creador, y que llamamos oración. No rezar, por tanto, es quedarse –en cierta medida, al menos– al nivel de los irracionales, que no pueden rezar. Orar, por el contrario, por cuanto supone entrar en relación con el Ser más grandioso que existe y podemos pensar, es lo que objetivamente más nos dignifica. Lo que, por otra parte, nos puede proporcionar la máxima impresión de plenitud. Podemos afirmar, sin duda, que valemos tanto como vale nuestra oración.

En la misma raíz de tal dignidad humana está la libertad: característica decisiva del hombre, de la que no gozan los demás seres creados de este mundo. Haciéndonos libres –a su imagen y semejanza–, podemos lograr a Dios nosotros mismos, aunque necesariamente deba ser por su omnipotencia. **Si me amáis…,** dice. Porque Jesús quiere garantizar nuestra libertad y condiciona la acción divina sobre el hombre –siempre amorosa y enriquecedora– al consentimiento humano. Pero ese amor a Dios, que debe concretarse en las obras que espera de nosotros –los mandamientos–, es el comienzo de la vida divina para la que fuimos creados. Este modo de existir totalmente distinto, sobrenatural, no puede ser sino por un nuevo don –la Gracia o participación en su naturaleza divina– que enriquece más la nuestra, ya de suyo superior al resto de la creación corpórea.

El Espíritu, en efecto, es la gran Novedad de Dios para el hombre. Es la tercera de las personas divinas, enviado por el Padre y el Hijo, que nos hace vivir en Dios; lo cual supone tal fortuna que somos incapaces de valorar adecuadamente. Sin embargo, ocupados como estamos en tantas cosas –a veces, demasiado ocupados, e incluso absortos por lo material de cada día–, esa vida en Dios para la que fuimos creados, la única que propiamente nos corresponde y que da razón de nuestra dignidad, nos puede parecer poco importante. Sería algo –podríamos pensar– de lo que ocuparse cuando lo demás, lo propiamente decisivo, por así decir, estuviera resuelto.

No queramos caer en la trampa que, como a un animal más, nos tienden los bienes sensibles, por su atractivo o con su urgencia. Así se nos antoja lo que apetece, el progreso, el descanso, la comodidad… Pero gracias a la inteligencia, podemos descubrir el engaño que esconde de suyo la satisfacción sin medida de los apetitos, cuando no se moderan por la decisión de buscar a Dios en todo. Ese modo de actuar, supondría utilizar egoístamente lo que nos ha concedido Dios para nuestro verdadero fin, para amarle. Sería ponernos a nosotros mismos en lugar a de Dios como fin de la vida. Nos interesa, por consiguiente, estar prevenidos, desconfiar de nuestras tendencias –no por ser nuestras son siempre buenas–, que incitan a conducir la vida humana al margen de Dios: por caminos que, aunque los transitemos libremente y sean apetecibles, no concluyen en nuestra genuina e inigualable plenitud. El hombre

no es como un pez, que no sabe descubrir en la carnaza que le atrae el engaño mortal. Tenemos capacidad para descubrir que sólo es Dios el Bien que nos dignifica.

El paso del tiempo y las diversas experiencias en la vida de los hombres nos han enseñado además que, hasta por razones de bienestar y eficacia, nos conviene acatar la ley de Dios. De lo contrario, nos tocará casi siempre reconocer, y bastante pronto, que la felicidad de lo meramente fácil o atrayente era sólo una apariencia de felicidad o cosa de pocos momentos. Contamos, en cambio con el ejemplo estimulante de nuestra Madre, verdaderamente feliz por Dios, siendo su esclava.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

IR A ÍNDICE DOMINGO VI DE PASCUA

Él les dará otro paráclito

Con este domingo, la atención se desplaza de Cristo al Espíritu Santo, del Resucitado a su don. Comienza una especie de pequeño Adviento como preparación de Pentecostés. La venida de Cristo fue preparada, durante siglos, por el anuncio de los profetas, e indicada por Juan Bautista; la del Espíritu Santo fue anunciada por la promesa de Jesús; fue el mismo Jesús, por así decirlo, el precursor del Paráclito: *Y yo rogaré al Padre y él les dará otro Paráclito para que esté siempre con ustedes: el Espíritu de la Verdad.*

En la primera lectura, hemos escuchado el relato de la venida del Espíritu Santo a una de las primeras comunidades cristianas: aquella formada en Samaría para la predicación del apóstol Felipe. Habiéndose sabido que la Samaría había recibido bien la palabra de Dios, de Jerusalén se envía a Pedro y Juan: *Entonces les impusieron las manos y recibieron el Espíritu Santo,* El Espíritu va allí donde ya ha sido bien recibida la palabra de Dios.

En la intención de la Iglesia, estas lecturas deben prepararnos para esperar y desear, también nosotros, la venida del Espíritu Santo en Pentecostés. Deben ayudarnos sobre todo a conocer mejor a aquel a quien esperamos.

¿Quién es el Espíritu Santo? A esta pregunta estamos habituados a contestar: la tercera persona de la Trinidad. Con eso hemos dicho todo acerca de él. Él, en efecto, es de veras una persona. No es simplemente la fuerza impersonal de Dios o su soplo creador, como se pensaba en el Antiguo Testamento. No es el aliento del hombre, el principio divino en él, y ni siquiera "la materia de que está hecho Dios", como pensaban los filósofos estoicos de Grecia. Cristo nos dijo del Espíritu Santo que es enviado, que viene, que habita; Pablo precisó que él ruega dentro de nosotros con gemidos inefables, que distribuye sus dones en la Iglesia. Los teólogos dicen que es el amor del Padre y del Hijo, un amor tan fuerte y real que no se agota en un movimiento transitorio del alma, sino que constituye una entidad, "un modo de ser" de Dios objetivo y subjetivo al mismo tiempo (*hipóstasis* y *persona* en el lenguaje de los Padres).

Esto es entonces el Espíritu en sí. Pero si con ello hemos dicho todo de él, hemos dicho poco o nada para nosotros. Todavía no podemos conocer qué es Dios y el Espíritu de Dios en sí mismo, pero podemos conocer qué es para nosotros. Y lo que el Espíritu Santo es para nosotros nos lo dijo Jesús en el Evangelio de hoy con una palabra: el Paráclito, es decir, el Protector. Para Juan, éste es casi el nombre propio del Espíritu Santo.

A menudo se habla del Espíritu Santo como de aquel que da luz, es decir, sabiduría, consejo, inteligencia y ciencia, y como de aquel que da fuerza: *Permanezcan en la ciudad hasta que sean revestidos con la fuerza que viene de lo alto* (Lc. 24, 48). Pero el hombre no tiene necesidad sólo de luz para ver y de fuerza para obrar; también tiene necesidad de consuelo para vivir. Su corazón está inquieto, dice San Agustín; a menudo se siente solo y amenazado en este universo; el cansancio lo abate, el futuro lo atemoriza, los amigos lo traicionan. ¿Quién será su protector capaz de darle ánimo, confianza y esperanza? *¡Soy yo, soy yo* –dice el Señor– *el que los consuelo! ¿Quién eres tú para temer a un mortal?... ¿Temblarás sin cesar, todo el día, ante la furia del opresor cuando se dispone a destruir? Pero, ¿dónde está la furia del opresor?... Yo soy el Señor, tu Dios... ¡Tú eres mi Pueblo!* (Is. 51. 12-16). A sus profetas, Dios les dice: *¡Consuelen, consuelen a mi Pueblo!* (Is. 40, 1).

El Dios de la Biblia está muy lejos del "Dios de las gentes". Este último a menudo es representado colérico (como la divinidad etrusca), muy dispuesto a comportarse cruelmente incluso con los muertos; o como capaz de sentir envidia con respecto a los hombres, tal como era el dios de los griegos. San Pablo, que tenía presentes estas otras imágenes de Dios a su alrededor, dice: *Bendito sea Dios... Padre de las Misericordias y Dios de todo consuelo* (2 Cor. 1, 3).

Este consuelo de Dios fue como encarnado por primera vez en Jesucristo. Él pasó consolando toda clase de sufrimientos y predicando el consuelo: *Felices los afligidos porque serán consolados* (Mt. 5, 5). *Vengan a mí todos los que están afligidos y agobiados, y yo los aliviaré* (Mt. 11, 28). Antes de irse de este mundo, él rogó al Padre que nos mandase otro protector, alguien que se quedase con nosotros para siempre.

Éste es el Espíritu: el "protector óptimo", como lo invoca la liturgia en Pentecostés; aquel que hasta la parusía estará con nosotros para consolarnos. Permanecerá "con nosotros": es decir, no nos consolará desde afuera, o desde lejos, sino estando con nosotros, hablándonos desde adentro, en calidad de nuestro "dulce huésped"; *él permanece con ustedes y estará en ustedes,* dijo Jesús (Jn. 14, 17)

El consuelo de Dios es su amor por nosotros hecho persona. Sin embargo, nosotros lo recogemos en la Iglesia y desde la Iglesia, que es su primera destinataria. Después de Pentecostés, narran los Hechos de los Apóstoles, la Iglesia *se iba consolidando, vivía en el temor del Señor y crecía en número, asistida por el Espíritu Santo* (Hech. 9, 31).

Ahora es el momento de preguntarnos: ¿y nosotros qué hacemos? ¿No se espera nada de nosotros para ser dignos de recibir este consuelo? ¿Y por qué, entonces,

estamos tan carentes de este consuelo, resecos como "tamarindos en la estepa" y, en consecuencia, como toda persona descontenta, somos malos también con los otros?

La primera razón se descubre al reflexionar sobre el nombre mismo del Espíritu Santo: Paráclito indica, sí, a aquel que acude en defensa de alguien, que consuela; pero significa también, en pasivo, aquel que es llamado para defender, aquel de quien se busca consuelo. Nosotros no recurrimos en forma suficiente a esta fuente de consuelo. Recurrimos a otras. Buscamos agua en las cisternas agrietadas que son las riquezas, la diversión, los placeres, las distracciones, las cosas de la carne, en una palabra. Mendigamos un poco de consuelo de los hombres, que no pueden darlo, o al menos que no pueden darlo en forma duradera y que no siempre pueden hacerla.

La segunda razón es que *Dios consuela a los afligidos* (2 Cor. 7, 6) y a ellos les concede sus favores. Los soberbios son inmunes a su ternura, son autosuficientes; Dios los *mira de lejos,* aún más, a menudo los hace bajar del trono de sus falsas seguridades. Nosotros somos demasiado poco humildes y demasiado poco niños para merecer la ternura de Dios.

Destinatario del consuelo de Dios por medio del Espíritu Santo: así se nos aparece hoy el creyente en Cristo. Pero un destinatario no exclusivo; Dios no consuela a algunos hombres prefiriéndolos a otros –aun cuando estuvieran afligidos–, sino que lo hace para que, a su vez, ellos se conviertan en consoladores de los hermanos. Dios, escribía san Pablo *nos reconforta en todas nuestras tribulaciones, para que nosotros podamos dar a los que sufren el mismo consuelo que recibimos de Dios* (2 Cor. 1, 4). Nosotros debemos ser paráclitos con respecto a nuestros hermanos, gente que sepa adivinar dónde hay una aflicción para aliviar, una tristeza para reconfortar, un miedo para ayudar a superar, una soledad para romper.

Él vendrá a ustedes, prometió el Señor al hablar del Espíritu. La Eucaristía es el sacramento que renueva esta presencia del Espíritu Santo en nosotros, como Espíritu del Cristo resucitado. "A nosotros que nos nutrimos con el cuerpo y sangre de Cristo, otorga la plenitud del Espíritu Santo": así rezaremos al Padre en el Canon de la Misa, sabiendo que con la plenitud del Espíritu Santo él nos dará también la plenitud de su consuelo.

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO VI DE PASCUA

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en Viterbo (27-V-1984)

– Alegría pascual

La Iglesia adora hoy a Dios con el Salmo responsorial de su liturgia, y en este Salmo se refleja la profunda alegría del tiempo pascual.

La obra de Dios: la obra admirable que ha realizado en medio de los hombres. La ha realizado en Jesucristo, crucificado y resucitado. Dios la ha realizado por medio de Él, que se hizo obediente hasta la muerte de cruz (cfr. Fil 2,8), y con esta obediencia nacida del amor hacia el Padre y hacia los hombres venció la muerte y reveló la vida en toda su definitiva verdad y realidad.

Esta obra fue realizada por Dios y por Cristo Señor ante los ojos de los testigos. Y es precisamente su voz, juntamente con el grito del Salmo, la que nos invita a todos a venir y ver la obra de la resurrección y la redención. Toda la tierra y toda la creación narran de un modo nuevo la gloria de Dios: también la tierra y las criaturas participan de la resurrección de Cristo.

La Iglesia es portavoz y servidora de esta gloria. Es "salmista" de las cosas admirables que Dios ha hecho entre los hombres. Y simultáneamente la Iglesia, en este domingo pascual, lee con atención los Hechos de los Apóstoles para recordar, una vez más, cómo la resurrección de Cristo produjo los primeros efectos en medio de los hombres.

Mirad, leemos que el diácono Felipe predicó a Cristo en Samaria, confirmando con signos la verdad de la enseñanza anunciada. Y de este modo Samaria recibió la palabra de Dios. Siguiendo a Felipe se encaminaron a esa ciudad los Apóstoles Pedro y Juan, para imponer las manos, en nombre del Señor Jesús, sobre los bautizados y sobre los que recibían el Espíritu Santo (cfr. Hch 8,5-8).

"Aclamad al Señor tierra entera" (Sal 65,1).

– Promesa del Espíritu Santo

Este domingo, la Iglesia, llena de alegría pascual, preparándose a la Ascensión del Señor, vive al mismo tiempo, la promesa de otro Defensor: el Espíritu de la verdad (Jn 14,16-17).

Cristo Señor, al prometer, la víspera de la pasión, el Espíritu Santo que sería enviado, dice a los Apóstoles: "No os dejaré desamparados, volveré" (Jn 14,18).

Lo mismo que cada año, nos preparamos para Pentecostés. En esta preparación se encierra la alegría de una nueva venida de Cristo mismo. Él, resucitado y glorificado, permaneciendo en el Padre, viene, al mismo tiempo, a nosotros en el Espíritu Santo, en el Consolador, en el Espíritu de la verdad.

Y en esta nueva venida suya se revela nuestra unión con el Padre: "Sabréis que yo estoy con mi Padre, vosotros conmigo y yo con vosotros" (Jn 14,20). La Iglesia hoy se ve a sí misma como el pueblo de Dios unido al Padre en Jesús mediante la fuerza del Espíritu Santo.

Y la Iglesia se alegra con esta verdad, con esta realidad. La Iglesia encuentra en ella, siempre de nuevo, la fuente inagotable de su misión y de su aspiración a la santidad.

– Mandamiento del amor

La misión de la Iglesia, su aspiración a la santidad, se realiza mediante el amor.

Cristo dice en el Evangelio de hoy: (Jn 14,21) "El que acepta mis mandamientos y los guarda, ése me ama: al que me ama, lo amará mi Padre, y yo también lo amaré y me revelaré a él".

Así pues, el amor nos introduce en el más profundo conocimiento de Jesucristo. El amor abre ante el corazón humano el misterio de esta unión con el Padre en Cristo mediante la fuerza del Espíritu Santo, que actúa en nosotros.

Y por esto, el amor es el mandamiento mayor del Evangelio. En él se cumplen todos los mandamientos y consejos. Es "el vínculo de la perfección" (Col 3,14).

"Aclamad al Señor, tierra entera".

Mirad lo que dice el Apóstol en su primera Carta, de la que está tomada la segunda lectura de la liturgia de hoy: "Glorificad en vuestros corazones a Cristo Señor y estad siempre prontos para dar razón de vuestra esperanza a todo el que os la pidiera…" (1 Pe 3,15).

Hay una primera invitación: una fe lúcida, consciente, valiente. Esta fe nos pide Cristo crucificado y resucitado, también en nuestros tiempos. De ella toma origen asimismo toda la esperanza cristiana.

Y ved luego las ulteriores palabras del Apóstol: "Pero con mansedumbre y respeto y en buena conciencia… Que mejor es padecer haciendo el bien, si tal es la voluntad de Dios, que padecer haciendo el mal" (1 Pe 3,16-17).

La segunda invitación: ¡Que la fe brote de las obras! ¡Que la fe forma las conciencias! Cristo crucificado y resucitado es la "medida" más perfecta de nuestra conducta.

***

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

"Si me amáis, guardaréis mis mandamientos". El amor no es algo lírico y vaporoso, sino cumplimiento del querer bueno y sabio de Dios, Padre nuestro. El Señor, que censuró sin miramientos los numerosos preceptos judíos calificándolos de carga pesada (Mt 23,4), recuerda que no hay amor a Dios y a los demás allí donde no hay obras que manifiesten ese amor. No quiere Jesús un amor forzado sino libre y espontáneo, pero sin confundirlo con un sentimentalismo anárquico y caprichoso.

Cuando filosofías que han convertido en clave de especulación el sentimiento o el instinto, confundiendo la sinceridad con la cómoda obediencia al estado de ánimo. Cuando la libertad viene entendida, tantas veces, como licencia. Cuando se apela a la propia conciencia para sortear los deberes para con Dios, afirmando que Dios no puede admitir un servicio forzado, que no se siente, Cristo deja caer esta frase realista, amiga de los hechos y no de las palabras: "El que acepta mis mandamientos y los guarda, ése me ama". La espontaneidad de un miembro vivo de un cuerpo vivo -somos miembros del Cuerpo Místico de Cristo y Él es la Cabeza- o está al servicio de la cabeza o es un cáncer.

Preguntémonos: ¿Hago míos los mandamientos de la Ley de Dios? ¿Me intereso por los objetivos de la Iglesia, de la parroquia, u otros intereses priman sobre este principal y gustoso deber? ¿Asisto a la Santa Misa para dar a Dios el culto que Él merece y quiere? ¿Constituye la extensión del Reino de Cristo, el que muchos encuentren la verdad que hace libre al hombre y le asegura la vida eterna, el verdadero motor de mi existencia?

Hay quien tiene del cristianismo una imagen triste, contrariante. Se piensa que todo consiste en obedecer a un gravoso conjunto de disposiciones que, al faltar el amor que les da sentido, acaban fatigando y terminan en el rechazo. Y no es así. Es una tarea de amor. Y no de cualquier amor. Es algo gustoso y llevadero como todo lo que se hace por amor, aunque cueste.

La tristeza no hace mella en quien permanece unido a Dios por amor. "¿Qué puede perturbar al cristiano?, pregunta S. Juan Crisóstomo, ¿la muerte? No, porque la desea como premio. ¿Las injurias? No, porque Cristo enseñó a sufrirlas: 'Dichosos seréis cuando os insulten y persigan' (Mt 5,11). ¿La enfermedad? Tampoco, porque la Escritura aconseja: 'recibe cuanto Dios te mande y mantén el buen ánimo en las vicisitudes de la prueba, pues el oro se prueba en el fuego, y los hombres gratos a Dios, en el crisol de la tribulación' (Eccli 2,5). ¿Qué queda entonces capaz de turbar al cristiano? Nada. En la tierra, hasta la alegría suele parar en tristeza; pero, para el que vive según Cristo, incluso las penas se le convierten en gozo".

Ser cristiano es paladear la dicha inmensa, inexpresable, de que Dios me ama, me busca, se interesa por mí y perdona mis torpes y, a veces ingratas, maneras de comportarme, y, en consecuencia, tratar de corresponder a ese amor tan grande como inmerecido.

***

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«El Espíritu vive con nosotros y está en nosotros»

I. LA PALABRA DE DIOS

Hch 8,5-8.14-17: «Les imponían las manos y recibían el Espíritu Santo»

Sal 65,1-7.16.20: «Aclama al Señor, tierra entera»

1P 3,15-18: «Murió en la carne, pero volvió a la vida por el Espíritu»

Jn 14,15-21: «Yo le pediré al Padre que os dé otro Defensor»

II. APUNTE BÍBLICO-LITÚRGICO

Ahora es aceptado incluso por quienes no habían sido admitidos por Israel. El Espíritu sólo se da, según San Lucas, a quienes están en comunión con los Doce.

Todo el discurso de la última Cena respira en Juan un clima de intimidad personal, propio de quien abre el corazón a sus amigos. En el versículo 15, pone Juan el amor como condición para cumplir con los preceptos: «Si me amáis, guardaréis mis mandamientos»; y en el versículo 21, exactamente al revés: «El que acepta mis

mandamientos y los guarda, ese me ama». Lo verdaderamente cristiano es la anulación de fronteras entre lo personal y lo preceptivo «Ama y haz lo que quieras».

El amor no es condición para el decreto. La obediencia «guarda», «observa», «cumple»: el amor cristiano se hace actitud, seguimiento. La adhesión no suele hacer distinciones entre quien manda o lo que se manda. Ni es tampoco obediencia ciega, porque es fruto de la madurez y de la convicción.

III. SITUACIÓN HUMANA

Hay importantes sectores de la sociedad que creen que las leyes oprimen, quitan libertad, que destruyen la creatividad humana. Se convierten así en algo insoportable, de lo que hay que liberarse cuanto antes. Los que creen en la ley como cauce de convivencia la cumplen sin agobios, sin conciencia gregaria, con la seguridad del bien común que de ese cumplimiento se sigue.

IV. LA FE DE LA IGLESIA

La fe

– Promesa del Espíritu Santo: "Por fin llega la Hora de Jesús: Jesús entrega su espíritu en las manos del Padre en el momento en que por su Muerte es vencedor de la muerte, de modo que, «resucitado de los muertos por la Gloria del Padre» (Rm 6,4), enseguida da a sus discípulos el Espíritu Santo dirigiendo sobre ellos su aliento. A partir de esta hora, la misión de Cristo y del Espíritu se convierte en la misión de la Iglesia: «Como el Padre me envió, también yo os envío»" (730; cf 729).

– La misión del Espíritu Santo en la Liturgia de la Iglesia: 1112.

La respuesta

– El Espíritu Santo, el principio de la vida de la Iglesia: "El Espíritu Santo es «el principio de toda acción vital y verdaderamente saludable en todas las partes del cuerpo». Actúa de múltiples maneras en la edificación de todo el Cuerpo en la caridad: por la Palabra de Dios, «que tiene el poder de construir el edificio» (Hch 20,32), por el Bautismo mediante el cual forma el Cuerpo de Cristo, por los sacramentos que hacen crecer y curan a los miembros de Cristo; por «la gracia concedida a los apóstoles» que «entre estos dones destaca», por las virtudes que hacen obrar según el bien, y por las múltiples gracias especiales [llamadas «carismas»] mediante las cuales los fieles quedan «preparados y dispuestos a asumir diversas tareas o ministerios que contribuyen a renovar y construir más y más la Iglesia»" (798).

El testimonio cristiano

– "En efecto, es a la misma Iglesia, a la que ha sido confiado el «Don de Dios»... Es en ella donde se ha depositado la comunión con Cristo, es decir el Espíritu Santo, arras de la incorruptibilidad, confirmación de nuestra fe y escala de nuestra ascensión hacia Dios... Porque allí donde está la Iglesia, allí está también el Espíritu de Dios; y allí donde está el Espíritu de Dios, está la Iglesia y toda gracia (San Ireneo, haer. 3, 24, 1)" (797). Cuando el seguimiento de Jesús, fruto de la fe en Él, fructifica, toda la vida del cristiano «transparenta» a Jesús. Y como seguir a Jesucristo no conoce límites ni fronteras, siempre nos exigirá más.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO VI DE PASCUA

La esperanza del Cielo.

– Hemos sido creados para el Cielo. Fomentar la esperanza.

I. En estos cuarenta días que median entre la Pascua y la Ascensión del Señor, la Iglesia nos invita a tener los ojos puestos en el Cielo, nuestra Patria definitiva, a la que el Señor nos llama. Esta invitación se hace más apremiante cuando se acerca el día en que Jesús sube a la derecha del Padre.

El Señor había prometido a sus discípulos que después de un poco de tiempo estaría con ellos para siempre. *Todavía un poco y el mundo ya no me verá, pero vosotros me veréis*... El Señor ha cumplido su promesa en estos días en que permanece junto a los suyos, pero esta presencia no se terminará cuando suba con su Cuerpo glorioso al Padre, pues con su Pasión y Muerte nos ha preparado un lugar en la casa del Padre, donde hay muchas moradas. *De nuevo vendré* –les dice– *y os llevaré junto a mí para que donde yo estoy estéis también vosotros*.

Los Apóstoles, que habían quedado entristecidos por la predicción de las negaciones de Pedro, son confortados con la esperanza del Cielo. La vuelta a la que hace referencia Jesús incluye su segunda venida al fin del mundo y el encuentro con cada alma cuando se separe del cuerpo. Nuestra muerte será eso: el encuentro con Cristo, a quien hemos procurado servir a lo largo de nuestra vida. Él nos llevará a la plenitud de la gloria, al encuentro con su Padre celestial, que es también Padre nuestro. Allí, en el Cielo, donde tenemos preparado un lugar, nos espera Jesucristo, a quien tenemos presente y hablamos en nuestra oración, con el que hemos dialogado tantas veces.

Del trato habitual con Jesucristo nace el deseo de encontrarnos con Él. La fe lima muchas asperezas de la muerte. El amor al Señor cambia por completo el sentido de ese momento final que llegará para todos. *Los que se quieren, procuran verse. Los enamorados sólo tienen ojos para su amor. ¿No es lógico que sea así? El corazón humano siente esos imperativos. Mentiría si negase que me mueve tanto el afán de contemplar la faz de Jesucristo*. Vultum tuum, Domine, requiram*, buscaré, Señor, tu rostro*.

El pensamiento del Cielo nos ayudará a vivir el desprendimiento de los bienes materiales y a superar circunstancias difíciles. Es muy agradable a Dios que fomentemos esta esperanza teologal, que está unida a la fe y al amor, y en muchas ocasiones tendremos especial necesidad de ella. *A la hora de la tentación piensa en el Amor que en el cielo te aguarda: fomenta la virtud de la esperanza, que no es falta de generosidad*. También en los momentos en que el dolor y la tribulación arrecien,

cuando cueste la fidelidad o la perseverancia en el trabajo o en el apostolado. ¡El premio es muy grande! Y está a la vuelta de la esquina, dentro de no mucho tiempo.

La meditación sobre el Cielo, hacia donde nos encaminamos, debe espolearnos para ser más generosos en nuestra lucha diaria, "porque la esperanza del premio conforta el alma para realizar las buenas obras".

El pensamiento de ese definitivo encuentro de amor, al que somos llamados, nos ayudará a estar vigilantes en las cosas grandes y en las pequeñas, haciéndolas acabadamente, como si fueran las últimas antes de irnos al Padre.

– Lo que Dios ha revelado sobre la vida eterna.

II. No existen palabras para expresar, ni de lejos, lo que será nuestra vida en el Cielo que Dios ha prometido a sus hijos. Sabemos, como recientemente se ha recordado, que "estaremos con Cristo y veremos a Dios (cfr. 1 Jn 3, 2); promesa y misterio admirables en los que consiste esencialmente nuestra esperanza. Si la imaginación no puede llegar allí, el corazón llega instintiva y profundamente".

Será una realidad dichosísima lo que ahora entrevemos por la revelación y que apenas podemos imaginar en nuestro ser actual. En el Antiguo Testamento se describe la felicidad del Cielo evocando la tierra prometida después de tan largo y duro caminar por el desierto. Allí, en la nueva y definitiva patria, se encuentran todos los bienes, allí se terminarán las fatigas de tan largo y difícil peregrinaje.

El Señor nos habló de muchas maneras de la incomparable felicidad de quienes en este mundo amen con obras a Dios. La eterna bienaventuranza es una de las verdades que con más insistencia predicó nuestro Señor: *La voluntad de mi Padre, que me ha enviado* –declara–, *es que yo no pierda a ninguno de los que me ha dado, sino que los resucite a todos en el último día. Por tanto, la voluntad de mi Padre... es que todo aquel que ve al Hijo, y cree en Él, tenga vida eterna, y yo le resucitaré en el último día. Oh Padre* –dirá en la Ultima Cena–, *yo deseo ardientemente que aquellos que Tú mes has dado estén conmigo allí donde yo estoy, para que contemplen mi gloria, que Tú me has dado, porque Tú me amaste antes de la creación del mundo*.

La bienaventuranza eterna es comparada a un banquete que Dios prepara para todos los hombres, en el que quedarán saciadas todas las ansias de felicidad que lleva en el corazón el ser humano.

Los Apóstoles nos hablan frecuentemente de esa felicidad que esperamos. San Pablo enseña que *ahora vemos a Dios como en un espejo y bajo imágenes oscura*s; pero entonces le veremos cara a cara, y que *la alegría y la felicidad allí son indescriptibles*.

La felicidad de la vida eterna consistirá ante todo en la visión directa e inmediata de Dios. Esta visión no es sólo un perfectísimo conocimiento intelectual, sino también comunión de vida con Dios, Uno y Trino. Ver a Dios es encontrarse con Él, ser felices en Él. De la contemplación amorosa de las Tres divinas Personas se seguirá en nosotros un gozo ilimitado. Todas las exigencias de felicidad y de amor de nuestro pobre corazón quedarán colmadas, sin término y sin fin. *Vamos a pensar lo que será el Cielo.*

Ni ojo vio, ni oído oyó, ni pasó a hombre por pensamiento cuáles cosas tiene Dios preparadas para los que le aman. *¿Os imagináis qué será llegar allí, y encontrarnos con Dios, y ver aquella hermosura, aquel amor que se vuelca en nuestros corazones, que sacia sin saciar? Yo me pregunto muchas veces al día: ¿qué será cuando toda la belleza, toda la bondad, toda la maravilla infinita de Dios se vuelque en este pobre vaso de barro que soy yo, que somos todos nosotros? Y entonces me explico bien aquello del Apóstol:* ni ojo vio, ni oído oyó... *Vale la pena, hijos míos, vale la pena.*

– La resurrección de los cuerpos. El pensamiento del Cielo nos debe llevar a una lucha decidida y alegre por alcanzarlo.

III. Además del inmenso gozo de contemplar a Dios, de ver y de estar con Jesucristo glorificado, existe una bienaventuranza accidental, por la que gozaremos de los bienes creados que responden a nuestras aspiraciones. La compañía de las personas justas que más hemos querido en este mundo: familia, amigos; y también la gloria de nuestros cuerpos resucitados, porque nuestro cuerpo resucitado será numérica y específicamente idéntico al terreno: *es preciso* –indica San Pablo– *que "este" ser corruptible se revista de incorruptibilidad, y que "este" ser mortal se revista de inmortalidad*. "Este", el nuestro, no otro semejante o muy parecido. "Importa mucho –afirma el Catecismo Romano– estar persuadidos de que este mismo cuerpo, y sin duda el mismo cuerpo que ha sido propio de cada uno, aunque se haya corrompido y reducido a polvo, sin embargo, de eso ha de resucitar". Y San Agustín afirma con toda claridad: "Resucitará esta carne, la misma que muere y es sepultada (...). La carne que ahora enferma y padece dolores, esa misma ha de resucitar". Nuestra personalidad seguirá siendo la misma, y tendremos el propio cuerpo, pero revestido de gloria y esplendor, si hemos sido fieles. Nuestro cuerpo tendrá las cualidades propias de los cuerpos gloriosos: agilidad y sutileza –es decir, no estar sometidos a las limitaciones del espacio y del tiempo–, la impasibilidad –no habrá ya muerte, ni llanto ni gemido, ni habrá más dolor...; ni tendrán ya más hambre, ni más sed..., enjugará Dios toda lágrima de sus ojos–, la claridad, la belleza.

"Creo en la resurrección de la carne", confesamos en el Símbolo Apostólico. Nuestros cuerpos en el Cielo tendrán características diferentes de las actuales, pero seguirán siendo cuerpos y ocuparán un lugar, como ahora el Cuerpo glorioso de Cristo y el de la Virgen. No sabemos cómo ni dónde está ni cómo se forma ese lugar. La tierra de ahora se habrá transfigurado: vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habrán desaparecido... he aquí que hago todas las cosas nuevas. Muchos Padres y Doctores de la Iglesia, y también muchos santos, piensan que la renovación de todo lo creado se desprende de la misma revelación.

El recuerdo del Cielo, próxima ya la fiesta de la Ascensión del Señor, nos debe llevar a una lucha decidida y alegre por quitar los obstáculos que se interpongan entre nosotros y Cristo, nos impulsa a buscar sobre todo los bienes que perduran y a no desear a toda costa los consuelos que acaban.

Pensar en el Cielo da una gran serenidad. Nada aquí es irreparable, nada es definitivo, todos los errores pueden ser reparados. El único fracaso definitivo sería no acertar con la puerta que lleva a la Vida. Allí nos espera también la Santísima Virgen.

P. Julio César RAMOS González SDB (Salta, Argentina) (www.evangeli.net)

IR A ÍNDICE DOMINGO VI DE PASCUA

«Yo le amaré y me manifestaré a él»

Hoy, Jesús –como lo hizo entonces con sus discípulos– se despide, pues vuelve al Padre para ser glorificado. Parece ser que esto entristece a los discípulos que, aún le miran con la sola mirada física, humana, que cree, acepta y se aferra a lo que únicamente ve y toca. Esta sensación de los seguidores, que también se da hoy en muchos cristianos, le hace asegurar al Señor que «nos os dejaré huérfanos» (Jn 14,18), pues Él pedirá al Padre que nos envíe «otro Paráclito» (Auxiliador, Intercesor: Jn 14,16), «el Espíritu de la verdad» (Jn 14,17); además, aunque el mundo no le vaya a "ver", «vosotros sí me veréis, porque yo vivo y también vosotros viviréis» (Jn 14,19). Así, la confianza y la comprensión en estas palabras de Jesús suscitarán en el verdadero discípulo el amor, que se mostrará claramente en el "tener sus mandamientos" y "guardarlos" (cf. v. 21). Y más todavía: quien eso vive, será amado de igual forma por el Padre, y Él –el Hijo– a su discípulo fiel le amará y se le manifestará (cf. v. 21).

¡Cuántas palabras de aliento, confianza y promesa llegan a nosotros este Domingo! En medio de las preocupaciones cotidianas –donde nuestro corazón es abrumado por las sombras de la duda, de la desesperación y del cansancio por las cosas que parecen no tener solución o haber entrado en un camino sin salida– Jesús nos invita a sentirle siempre presente, a saber descubrir que está vivo y nos ama, y a la vez, al que da el paso firme de vivir sus mandamientos, le garantiza manifestársele en la plenitud de la vida nueva y resucitada.

Hoy, se nos manifiesta vivo y presente, en las enseñanzas de las Escrituras que escuchamos, y en la Eucaristía que recibiremos. –Que tu respuesta sea la de una vida nueva que se entrega en la vivencia de sus mandamientos, en particular el del amor.

CONGREGACIÓN PARA EL CLERO (www.clerus.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO VI DE PASCUA

La vida cristiana es permanecer en el amor de Cristo

Las lecturas de este sexto domingo de Pascua nos permiten proponer algunas consideraciones sobre la "vida cristiana" en la que también nosotros, como discípulos del Resucitado, estamos llamados a "permanecer" (cfr. Jn 14,16).

El texto de los Hechos de los Apóstoles nos sugiere sobre todo de "*poner atención a las palabras*" que la Iglesia nos anuncia, siendo este el primer paso necesario para entrar y formar parte del *cuerpo místico* de Cristo: es una acción que implica, como luego se especifica, no sólo la "escucha", sino sobre todo la vista de los "signos" que hacen evidente el contenido del mensaje cristiano (cfr. Hch 8,6). Se trata por lo tanto de una "puerta", que pasada una vez para siempre mediante el Bautismo, tiene la necesidad de ser atravesada cada día, en el "descubrimiento" de que cosa signifique verdaderamente ser *discípulo*.

Es por esto, que Pedro y Juan, como hemos escuchado, deciden dirigirse a Samaría para imponer las manos a los discípulos de Felipe, con el fin de que recibieran el Espíritu Santo (cfr. Hch 8,17), y por lo tanto la fuerza que por sí sola puede hacer capaz al hombre de "dar el grande anuncio" y de "hacerlo llegar a los confines del mundo", como nos invita Isaías en la antífona de ingreso (cfr. Is 48,20).

Las palabras del Profeta nos introducen, también, a otro elemento esencial para que la existencia de un hombre pueda ser reconocida como "vida cristiana".

El Apóstol Pedro lo indica cuando afirma que debemos estar *«siempre dispuestos a responder delante de cualquiera que pida razón de la esperanza»* que está en nosotros (1Pe 3,15) *«con suavidad y respeto»* (1Pe 3,16).

El uso de términos como "necesidad" y "deber", usados hasta este momento, necesita a este punto una explicación: el cristianismo no es una aplicación de una moral del deber; el Cristianismo es más bien la *comunión* de aquellos que están enamorados de Cristo: y *permanecen* en su amor, "observando sus mandamientos" (cfr. Jn 14,21) que el creyente se da cuenta de cumplir actos que de otro modo sería inexplicable, humanamente hablando.

El cristiano, lo entendemos muy bien con la lectura del Evangelio, no es un hombre que debe esforzarse por poner en práctica preceptos o comportamientos devotos: si uno ama, entonces, es orientado naturalmente a vivir como Jesús nos ha indicado. Descubrir el propio Bautismo, a través de la guía del Espíritu de verdad, significa por lo tanto, tratar de conocer cada día un poco más la vida de Jesús –a través de la lectura, la oración, los sacramentos, la vida de comunidad–, para que sea más fácil enamorarse de Él.

De todo el recorrido propuesto hasta ahora, por lo tanto, emerge, que ninguna objeción a tal "vida" es real, ni siquiera el hecho de que Jesús no se pueda ver en carne y hueso.

Y es todavía el Evangelio de Juan que nos lo hace entender: *«Dentro de poco el mundo ya no me verá, pero ustedes sí me verán»* (Jn 14,19). La alternativa entre "ustedes" y el "mundo" no corresponde a una división de tipo moral o étnica: se trata más bien, de una alternativa que alberga en el corazón de cada uno de nosotros.

Si seguimos, entonces, la mentalidad del mundo, no lograremos nunca ver al Resucitado; pero si iniciamos a confiar en la Iglesia, nuestra madre, y a escuchar lo que ella nos enseña y nos sugiere, entonces descubriremos que en verdad el Señor se

ve y es una Presencia tan esencial y real que suscita en nosotros una fascinación irresistible, el único y verdadero motor de la "vida cristiana".

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

IR A ÍNDICE DOMINGO VI DE PASCUA

Vivir en el Espíritu

«Yo le rogaré al Padre, y Él les dará otro Paráclito para que esté siempre con ustedes, el Espíritu de la verdad».

Eso dice Jesús.

Y Jesús siempre dice la verdad. Porque el Espíritu de la verdad vive en Él y en el Padre, y no se pueden separar. Son un solo Dios verdadero, en una Santísima Trinidad.

Y tú, sacerdote, eres parte de esa deidad, porque estás unido en Cristo, por el Espíritu Consolador, que te enseña y te recuerda todas las cosas que te ha dicho tu Señor.

Tú eres al mismo tiempo sacerdote, víctima y altar, templo vivo del Espíritu Santo, para llevar al mundo su verdad. Cristo es la verdad. Es Él quien te envía a llevar la vida al pueblo de Dios. Él es la vida, y es el Espíritu de la verdad, quien infunde la vida. Cristo es el camino con quien tú te haces camino, sacerdote, para conducir a su pueblo de vuelta a casa, al abrazo misericordioso del Padre.

Tú eres, sacerdote, la presencia viva de tu Señor, en cuerpo, en sangre, en espíritu, para llevar a las almas el alimento de vida, presencia real y substancial de tu Señor en el sacramento de la Eucaristía.

Tu Señor te ha enviado al Espíritu Santo Paráclito, quien te ha dado sus dones, sus frutos y sus carismas, para que, a través del ministerio sacerdotal, lleves a todas las almas a la verdad, para que conozcan el Espíritu y reciban al Espíritu, para que vivan en el Espíritu y sean unidos a Dios en un solo Cuerpo y un mismo Espíritu del cual Cristo es cabeza.

Por tanto, sacerdote, tú eres responsable de la unión del pueblo con Dios, reuniendo a las ovejas en un solo rebaño y con un solo Pastor.

Tu Señor no te ha dejado solo. Él te ha enviado al Espíritu Santo para que cumplas tu misión.

Bautiza, sacerdote, al pueblo de Dios, y perdona sus pecados, porque los pecados que perdones serán perdonados, pero los que no perdones les quedarán sin perdonar. Y esa, sacerdote, es una gran responsabilidad.

Lleva, sacerdote, al pueblo la Palabra de tu Señor, para que crean en Él y se salven. Porque todo el que crea en que Cristo es el Hijo de Dios, no morirá, sino que tendrá vida eterna. Y esa, sacerdote, también es tu responsabilidad.

Tú fuiste llamado y elegido, y dijiste sí, en perfecta conciencia y con total libertad. El Señor te ha ungido con su Espíritu para hacerte sacerdote para siempre.

En ti vive, sacerdote, el Espíritu de la verdad que Dios da a los que lo aman. Por tanto, sacerdote, tu espíritu es de amor, de servicio, de perdón, de unión, de entrega, de abandono y de obediencia a la voluntad de Dios.

Demuéstrale tu amor a tu Señor cumpliendo sus mandamientos, para que permitas que se manifieste en ti, y a través de ti, al mundo entero.

(*Espada de Dos Filos* II, n. 82)

(Para pedir una suscripción gratuita por email del envío diario de "Espada de Dos Filos", -facebook.com/espada.de.dos.filos12- enviar nombre y dirección a: espada.de.dos.filos12@gmail.com)

NUESTRAS REDES SOCIALES

La Compañía de María
Madre de los Sacerdotes

+52 81 1600 7552
lacompaniademaria01@gmail.com
www.lacompaniademaria.com

La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes

Fundación La Morada de la Misericordia, A.C.

+52 55 2300 5026
lamoradadelamisericordia@gmail.com
www.lamoradadelamisericordia.org

La Morada de la Misericordia

Espada de Dos Filos

+52 56 4172 4844

espada.de.dos.filos12@gmail.com
www.lacompaniademaria.com
Espada de Dos Filos

LA COMPAÑÍA DE MARÍA EN LA PAGINA WEB DE LA ARQUIDIÓCESIS DE TOLUCA